

NOVELA  
FICCIÓN

Philip José Farmer  
**EL MUNDO  
DEL RIO**  
y otras historias



60400  
304



ESPA  
EBOOK

*El Mundo del Río*: un lugar donde ha sido resucitada toda la Humanidad, treinta y seis mil millones de personas, procedentes de todas las épocas y lugares, en una mezcla inigualada de razas y culturas, pululando a lo largo de las orillas de un río de un millón y medio de kilómetros.

*El Mundo del Río*, un planeta donde Tom Mix se codea con Juana de Arco, y Jesucristo con Mahoma, y Stalin con Hitler... un lugar donde todo puede ocurrir.

Philip José Farmer, que con su serie de *El Mundo del Río* (cinco volúmenes publicados todos ellos en esta misma colección) ganó un premio Hugo y el reconocimiento mundial por su gran imaginación y creatividad, nos ofrece en este volumen lo mejor de su obra corta, donde el *toque Farmer*, esa mezcla de inspiración y maravilla de la que él es maestro, brilla en toda su plenitud. Empezando con este *Mundo del Río* donde se conjugan en pocas páginas todas las virtudes que luego harían mundialmente famosa la serie entera.



Philip José Farmer

# El Mundo del Río y otras historias

ePub r1.0

karpanta 23.04.14

Título original: *Riverworld and Other Stories*

Philip José Farmer, 1979

Traducción: Víctor Conill

Diseño/Retoque de cubierta: Antoni Garcés

Editor digital: karpanta

ePub base r1.1

---

**más libros en [espaebook.com](http://espaebook.com)**

---

# El Mundo del Río

*La primera versión de la serie El Mundo del Río fue escrita en 1952. Era una novela de 150.000 palabras titulada En Deuda con la Carne, que escribí en un mes con idea de poder presentarla a un premio literario internacional para novelas de fantasía y ciencia ficción. La novela ganó el concurso, pero debido a circunstancias que no explicaré aquí no fue publicada, y yo sólo percibí una parte del dinero que me correspondía. En aquel momento, la historia no fue concebida como una serie; el original era un libro completo, en el cuál el misterio del Planeta del Río quedaba resuelto. Cuando las desafortunadas contrariedades relacionadas con el concurso llegaron a su fin obtuve los derechos de propiedad sobre el libro. En aquel momento, y para un autor que tan sólo había vendido unas pocas historias destinadas a diversas revistas, no había mercado para una novela de ciencia ficción tan larga como aquella. Metí el manuscrito en el proverbial baúl y me olvidé de él durante unos cuantos años.*

*En 1964 lo saqué a la luz, le quité el polvo, le cambié el título por el de En Deuda con un Río y fui con él a ver a un par de editores. Uno de ellos lo rechazó so pretexto de considerarlo tan sólo una historia de «aventuras», lo cual no era cierto en absoluto. Curiosamente, el editor que hizo dicho comentario había publicado mi novela La Odisea Verde, que puede tildarse mucho más de «aventuras» que la mencionada anteriormente.*

*Envié el original a Fred Pohl, editor por aquel entonces de Galaxia y otras revistas del mismo cariz, y este me lo devolvió acompañado de diversos y muy perspicaces comentarios. Según él, el concepto era demasiado amplio como para ser desarrollado incluso en una novela tan larga como aquella, por lo que me proponía escribir para él una serie de novelas cortas que, en caso de que yo lo deseara, podrían aparecer más tarde en forma de libro. Para entonces, yo ya le había dado al concepto de El Mundo del Río las vueltas suficientes como para saber que Pohl tenía razón. Un planeta en el cual la mayor parte de la humanidad que había vivido entre el año 1.000.000 antes de Cristo y los primeros años del siglo veintiuno había sido resucitada a orillas de un río de quince o tal vez treinta millones de kilómetros de longitud, era un mundo demasiado grande como para ocupar un solo volumen. Además, aparecían en él demasiados personajes sobre los cuales tenía intención de detenerme a escribir.*

*Así pues, escribí El Día del Gran Grito, una novela corta que apareció en el número de enero de 1965 de Worlds of Tomorrow, una de las revistas editadas por Pohl. Trece años habían transcurrido desde que escribiera la versión original. En esta última, la acción comenzaba veinte años después de que cierto día, treinta y cinco mil millones de personas procedentes de distintas épocas y lugares de la Tierra fueran resucitadas de forma misteriosa pero científica. El Día del Gran Grito, a su vez, comenzaba con el breve y accidental despertar del protagonista, sir Richard Francis Burton, en la cámara de prerresurrección.*

*Más tarde, y tras sufrir una ligera ampliación, El Día del Gran Grito pasó a formar parte de la novela A Vuestros Cuerpos Dispersos, publicada en 1971, abarcando desde el capítulo primero al decimoctavo de dicha obra.*

*Su continuación, El Expreso de los Suicidios, que apareció en el número de marzo de 1966 de la misma revista, fue ampliado hasta completar los capítulos comprendidos entre el diecinueve y el treinta de la mencionada novela.*

*Escribí la versión reducida de El Mundo del Río poco después de haber escrito El Expreso de los Suicidios, pero aún así apareció en Worlds of Tomorrow en enero del mismo año. No me sentía del todo satisfecho con ella en aquel momento y acabé por ampliarla ligeramente para que apareciera en una recopilación de mis cuentos cortos titulada En la Banda Negra. No obstante, seguía sin contentarme. Me parecía más un esbozo que una historia completamente desarrollada.*

*En esta ocasión, El Mundo del Río ha sido ampliada desde 12.000 hasta 33.750 palabras, y creo que esta versión me satisfará por fin.*

*Cuando el cuarto volumen de la serie El Mundo del Río, El Laberinto Mágico, aparezca, los misterios planteados en los tres primeros quedarán resueltos y la serie alcanzará un final claro y preciso. Pero, como digo en el prólogo al tercer volumen, El Oscuro Designio, tengo intención de escribir un quinto e incluso un sexto volumen que traten de cuestiones para las cuales me ha faltado espacio en los primeros cuatro volúmenes. Estos constituyen lo que yo llamo la «corriente principal» de la serie, mientras que el quinto y el sexto deberán considerarse como libros «adyacentes» o «tributarios».*

Tom Mix había huido en la Tierra de viudas furiosas, de toros enloquecidos, y de acreedores desesperados. Había huido a pie, a caballo y en coche. Pero esta era la primera vez, tanto en su mundo natal como en el Mundo del Río, que huía en barco.

Navegaba rápidamente Río abajo y contra el viento, rodeando un recodo con su perseguidor a unos cincuenta metros a sus espaldas. Ambas embarcaciones, la gran cazadora y la pequeña cazada, eran catamaranes de bambú. Estaban bien construidas, aunque no había ni un solo clavo metálico en ellas: de doble casco, timón delante y detrás y recios *spinnakers*. Las velas estaban hechas de fibra de bambú.

Faltaba una hora para el ocaso. Las sombras de las montañas occidentales del valle cruzaban las colinas que había a sus pies y cubrían la mitad de la llanura que bordeaba el Río. La gente formaba grupos junto a las grandes piedras fungiformes que se alienaban por la ribera, a kilómetro y medio de distancia entre sí. Cuando el sol agonizante tocase las cimas de los montes, las piedras rugirían y echarían llamas, y los centenares de recipientes grises cilíndricos que había en la cima de cada una de ellas se llenarían con la comida vespertina, el licor, el tabaco, la marijuana, y la goma de los sueños. Pero por el momento no tenían nada que hacer excepto haraganear por allí, hablar, y esperar a que ocurriera algo excitante.

Pronto iban a verse complacidos.

La curva que acababa de rodear la embarcación de Mix reveló que el kilómetro y medio de anchura del Río tras él se había convertido de pronto en un lago de cinco kilómetros delante. Había allí centenares de botes, todos ellos llenos de pescadores que habían depositado sus cilindros en las piedras y luego salido para aumentar su dieta normal con pescado. Eran tantas las embarcaciones que de pronto Mix descubrió que tenía menos espacio para maniobrar que en el estrecho que acababa de dejar a sus espaldas.

Tom Mix estaba a la caña del timón. Delante suyo en la cubierta había otros dos refugiados, Bithniah y Yeshua. Ambos eran hebreos, unidos entre sí por la sangre y por la religión aunque separados por mil doscientos años y sesenta generaciones. Esto representaba mucha diferencia. En algunos aspectos Bithniah era menos extraña a Mix de lo que lo era con respecto a Yeshua; en algunos aspectos, Yeshua estaba más cerca de Mix que la mujer.

Los tres, en aquel momento, compartían rasguños, magulladuras y contusiones producidos por un mismo hombre, Kramer. Él no estaba en la embarcación que seguía su estela, pero sus hombres sí. Si los capturaban, los llevarían de vuelta a «El Martillo», como había sido llamado Kramer en la Tierra y lo seguía siendo aquí. Si no podían capturar a los refugiados vivos, los matarían.

Mix miró hacia atrás. Cada pizca de vela en los dos mástiles del gran catamarán estaba izada. Estaba ganándole lentamente distancia a la embarcación más pequeña. El bote de Mix hubiera debido ser capaz de mantener la distancia, puesto que su tripulación era mucho más ligera, pero, durante la escapatoria, tres lanzas habían atravesado la vela. Los agujeros eran pequeños, pero su efecto se había ido acumulando durante la persecución. En unos quince minutos la proa de la perseguidora

podría tocar la popa de su embarcación. Sin embargo, los hombres de Kramer no intentarían abordarles por la popa. Seguirían hasta situarse a su costado, lanzarían sus garfios de abordaje, tirarían de ellos hasta unir a las dos embarcaciones, y luego saltarían en enjambre por el costado.

Diez guerreros contra tres, uno de ellos una mujer, otro un hombre que podía echar a correr pero que se negaba por principios a luchar, y un tercero que se había visto metido en muchos duelos y combates en masa pero que no podría resistir durante mucho tiempo a un tal número.

La gente de un bote de pesca le gritó furiosamente cuando llevó al catamarán demasiado cerca de ellos. Mix sonrió y se quitó de la cabeza su sombrero blanco de ala ancha, hecho de fibras de paja entretejidas y pintadas con un raro pigmento. Los saludó con el sombrero y luego volvió a ponérselo. Llevaba una larga capa blanca hecha con toallas unidas por sus cierres magnéticos, una toalla blanca rodeando su cintura, y botas de *cowboy* de tacones altos de piel blanca de serpiente del Río. Esta última prenda era, en aquella situación, tanto una afectación como un estorbo. Ahora que la lucha estaba cerca, necesitaba tener los pies desnudos para afianzarse bien en la resbaladiza cubierta.

Llamó a Yeshua para que se hiciera cargo de la caña. Con el rostro rígido, inexpresivo ante la sonrisa de Mix, Yeshua se le acercó apresuradamente. Medía metro setenta, exactamente la altura de Mix, lo cual lo situaba entre los altos con relación a la gente de su tiempo y lugar en la Tierra. Su pelo era negro pero con asomos rojizos al sol. Lo llevaba limpiamente cortado a la altura de la nuca. Su cuerpo era delgado pero fibroso, y lo llevaba cubierto tan sólo por un taparrabo negro; su pecho estaba lleno con un rizado vello negro. El rostro era delgado y largo, ascético, el de un lampiño joven judío de aspecto erudito. Sus ojos eran grandes y marrón oscuro con chispas de verde, heredadas, decía, de antepasados gentiles. La gente de su tierra nativa, Galilea, estaba muy mezclada, debido a que durante varios miles de años habían sido tanto una ruta para el comercio como una carretera para los invasores.

Yeshua hubiera podido ser el gemelo de Mix, un doble que no hubiera comido o dormido tan bien como su contrapartida. Había ligeras diferencias entre ellos. La nariz de Yeshua era un poco más larga, sus labios un poco más delgados, y Mix no poseía chispas de verde en sus ojos ni asomos de rojo en su pelo. El parecido seguía siendo sin embargo tan grande que la gente necesitaba un cierto tiempo para distinguirlos... siempre que no hablaran.

Era esto lo que había hecho que Mix apodara a Yeshua *Apuesto*.

Ahora, Mix sonrió de nuevo. Dijo al otro:

—Está bien, Apuesto. Cuida de ella mientras yo me libro de esos.

Se sentó y se quitó las botas, luego se puso en pie y cruzó la cubierta para dejarlas caer junto con su capa en una bolsa que colgaba de un obenque. Cuando miró a la caña, sonrió por tercera vez.

—No pongas esa cara tan ceñuda. Vamos a tener un poco de diversión.

Yeshua habló con una voz profunda de barítono en un inglés con fuerte acento.

—¿Por qué no vamos a la orilla? Estamos ya muy lejos del territorio de Kramer. Podemos pedir asilo.

—Pedirlo es una cosa —respondió Mix con una voz de barítono casi tan profunda como la del otro—. Obtenerlo es otra.

—¿Quieres decir que toda esa gente está tan asustada de Kramer que no nos permitiría

refugiarnos entre ellos?

—Quizá. O quizá no. Simplemente no siento deseos de averiguarlo. De todos modos, si vamos a la orilla, ellos lo harán también, y nos liquidarán antes de que los del lugar puedan interferir.

—Podemos echar a correr hacia las colinas.

—No. Les daremos un poco de trabajo antes de intentar eso. Vuelve aquí, ayuda a Bithniah con las cuerdas.

Yeshua y la mujer manejaron la vela mientras Mix empezaba a hacer zigzaguear el barco. Las miradas por encima de su hombro le mostraron que su perseguidor estaba siguiendo su estela. Podía haber continuado en línea recta por el centro del Río, y así situarse por delante de la embarcación de Mix. Pero su capitán tenía miedo de que alguno de los zigs o zags pudiera convertirse en una línea recta cuyo final terminara en la orilla.

Mix dio una orden de aflojar un poco la vela. Bithniah protestó:

—¡Nos atraparán antes!

—Eso es lo que ellos creen —dijo Mix—. Haz lo que digo. La tripulación nunca discute con el capitán, y yo soy el capitán.

Sonrió, y le dijo a la mujer lo que esperaba hacer. Ella se alzó de hombros, indicando que si iban a ser abordados, tanto daba que fuera más pronto o más tarde. También dejó entrever que desde siempre había sabido que él estaba un poco loco y que ahora esto había quedado doblemente confirmado.

—Yo no voy a derramar sangre —digo sin embargo Yeshua.

—Sé que no puedo contar contigo para una lucha —dijo Mix—. Pero si ayudas controlando el barco, estarás contribuyendo indirectamente al derramamiento de sangre. Mete eso en tu pipa filosófica y fúmatelo.

Sorprendentemente, Yeshua sonrió. O quizá su reacción no fue tan inesperada. Le encantaba el americanismo de Mix, y también le gustaba discutir sutilidades éticas. Pero en estos momentos iban a estar demasiado ocupados como para iniciar una discusión.

Mix miró de nuevo hacia atrás. El zorro —el perseguidor era el zorro y él era el conejo— estaba ahora casi a su popa. Había una separación de seis metros entre ellos, y dos hombres estaban preparados en la proa de la embarcación de doble casco, listos para arrojar sus lanzas. Sin embargo, las rápidas subidas y bajadas de la cubierta bajo ellos hacían muy difícil afinar la puntería.

Mix lanzó un grito a su tripulación —si podía considerársela una tripulación—, y giró bruscamente la caña del timón. La proa había permanecido apuntada formando ángulo hacia la orilla derecha del Río. Ahora se alejó repentinamente, mientras el bote se inclinaba y la vela giraba con rapidez. Mix se inclinó mientras pasaba silbando por encima de su cabeza. Bithniah y Yeshua se aferraron a las cuerdas para evitar ser arrojados fuera de la cubierta. La parte derecha del casco de la embarcación se alzó, abandonando por unos breves segundos el agua.

Por un momento, Mix pensó que el barco iba a volcar. Luego se enderezó, y Bithniah y Yeshua estaban tirando de nuevo de las cuerdas. Oyó gritos tras él, pero no volvió la cabeza. Frente a él hubo más gritos cuando las tripulaciones de dos pequeños botes de pesca de un solo mástil vocearon su irritación y su miedo.

La embarcación de Mix pasó entre los dos botes por un canal que no tendría más de diez metros de ancho. El canal se estrechó rápidamente cuando las dos embarcaciones convergieron. Sus timoneles estaban intentando apartarlas, pero habían sido arrastradas la una hacia la otra por el paso de la tercera, en un rumbo de colisión. Normalmente hubieran podido salvar la situación, pero ahora la otra embarcación extranjera estaba entre ellas, y su proa estaba girando en ángulo hacia el bote de babor.

Mix podía ver los contorsionados rostros de los hombres y mujeres de aquella embarcación. Reflejaban claramente su angustia mientras su proa se estrellaba contra el lado de estribor del bote, cerca de su popa. Lentamente, demasiado lentamente pareció, la proa de aquel bote giró. Luego su botavara empezó a oscilar como si repentinamente hubiera quedado desequilibrada.

Una voz de mujer brotó por encima de todas las demás, gritándole algo en un inglés casi ininteligible. Un hombre le arrojó una lanza, una acción inútil y estúpida pero que revelaba parte de su cólera. El arma pasó a unos treinta centímetros por encima de la cabeza de Mix y fue a hundirse en el agua a estribor.

Mix miró hacia atrás. El perseguidor había caído en la trampa. Ahora, si él conseguía evitar el caer en la suya propia...

Su embarcación se deslizó junto al bote de babor, y el extremo de su botavara casi se enredó con los aparejos del mástil atado al borde de estribor de la cubierta. Y luego la embarcación se vio libre.

Tras él, los gritos y chillidos aumentaron. El resonar de madera golpeando contra madera le hizo sonreír. Miró rápidamente hacia atrás. El gran catamarán se había estrellado de proa contra el costado del bote de pesca de su derecha. Había hecho que la embarcación de bambú de un solo casco, mucho más pequeña, girara sobre sí misma en un ángulo de noventa grados con respecto a su anterior rumbo. Las tripulaciones de ambas embarcaciones fueron arrojadas por cubierta, incluidos los timoneles. Tres de los hombres de Kramer cayeron por la borda y se agitaron desesperadamente en el agua. Eso los eliminaba. Quedaban tan sólo siete con los que enfrentarse.

El conejo se convirtió en zorro; el atacado, en atacante. Su embarcación giró tan rápidamente como Mix se atrevió, y empezó a avanzar contra el viento hacia las otras dos que habían colisionado. Aquello tomó un cierto tiempo, pero la embarcación de Kramer no estaba en situación de hacer una contramaniobra. Tanto él como el bote de pesca tenían el casco roto y estaban hundiéndose lentamente. El agua penetraba por las hendiduras en los cascos. El capitán del catamarán estaba gesticulando, la boca abierta, la voz ahogada por las de todos los demás en su barco y en los otros, además de los gritos procedentes de los muchos botes de pesca que había por los alrededores. Sus hombres debieron oírle, sin embargo, o interpretaron sus furiosos signos. Se pusieron en pie, tomaron sus armas, y se dirigieron hacia la embarcación contra la que habían chocado. Mix no comprendió por qué motivo iban a abordarla. Era cambiar una nave hundiéndose por otra, saltar de la sartén al fuego. Quizá fuera simplemente un reflejo, una reacción impensada. Estaban furiosos, y tenían que demostrárselo a los que hallaran más cerca.

Si esa era su intención, se vieron frustrados. Los dos hombres y dos mujeres del bote de pesca saltaron por la borda y empezaron a nadar. Otro bote se dirigió hacia ellos para recogerles. Arriaron la vela cuando llegaron cerca de los nadadores, y varios hombres se inclinaron por la borda para tender manos auxiliaoras. Dos de los hombres de Kramer, habiendo llegado a la embarcación más pequeña, corrieron al otro lado y arrojaron lanzas a la gente en el agua.

—Deben estar locos —murmuró Mix—. Dentro de un momento tendrán a toda la zona sobre sus gargantas.

Aquello le resultó agradable. Podía dejar a los perseguidores a merced de los habitantes del lugar. Pero no tenía intención de hacerlo. Tenía una deuda que pagar. Al contrario que la mayoría de las deudas, iba a ser un placer pagar aquella.

Le dijo a Yeshua que se hiciera cargo de la barra, y se preparó para la lucha.

Cogió un pesado bumerán de un lado de la cubierta. Tenía unos sesenta centímetros de longitud y era de madera de roble blanco, de gran dureza, trabajada con pedernal. Uno de sus extremos se inclinaba en un ángulo de treinta grados. Un arma formidable en manos expertas, que podía romper un brazo a un enemigo a ciento cincuenta metros de distancia e incluso causar una herida mortal.

A sus pies había un hacha, cuatro bumeranes más, varias lanzas de roble con punta de pedernal y una honda de cuero y un saco de cuero con proyectiles. En cuanto la embarcación de Mix se aproximó lo bastante a la otra, este arrojó el bumerán. El arma voló hacia su objetivo, con el sol reflejándose sobre su girante superficie pálida, y golpeó a un hombre en el cuello. Pese al ruido de las voces, Mix oyó débilmente el crac del cuello al partirse. El hombre cayó de lado sobre cubierta; el bumerán resbaló hasta chocar contra la barandilla.

Los camaradas del hombre muerto gritaron y se volvieron hacia Mix. El capitán llamó a los cuatro hombres que habían abordado el pesquero que estaba hundiéndose. Estos lanzaron porras y lanzas, y Mix y su tripulación se dejaron caer de barriga sobre la cubierta. Algunos de los proyectiles golpearon contra la madera o se clavaron estremecidamente en ella. La más cercana, una lanza con

una punta de madera endurecida al fuego, aterrizó a unos pocos centímetros de la oreja de Yeshua y resbaló hasta caer al agua.

Mix saltó en pie, se afirmó sobre la cubierta, y cuando el lado de estribor de la embarcación descendió, arrojó una lanza. Hizo corto en su blanco, el pecho de un hombre, pero le atravesó el pie. El hombre aulló y arrancó la punta de la cubierta, pero no tuvo el valor suficiente como para arrancársela también de su pie. Cojeó de un lado para otro de la cubierta, chillando su dolor, hasta que dos hombres lo derribaron al suelo y tiraron del asta de la lanza. La cabeza se soltó del asta y quedó medio hundida en la parte superior de su pie.

Mientras tanto, el segundo bote de pesca, el que Mix había estado a punto de golpear con su embarcación, se había acercado por el otro lado al pesquero que se estaba hundiendo. Tres hombres saltaron a él y empezaron a atar cabos para unir los dos botes. Varios botes de remos y tres canoas se acercaron también al pesquero, y sus ocupantes saltaron a bordo. Evidentemente, los del lugar estaban furiosos por el ataque y pretendían tomar medidas inmediatas. Mix pensó que hubiera sido más juicioso aguardar hasta que el gran catamarán se hundiera y entonces alancear a los miembros de la tripulación mientras nadaban. Por otra parte, atacando a los hombres de Kramer, se ponían en un compromiso. Aquello podía ser el inicio de una guerra. En cuyo caso, los refugiados iban a ser bien recibidos allí.

Sin embargo, un catamarán, debido a sus dos cascos, no se hunde tan fácilmente. Era posible que fuera capaz de escapar, si no de vuelta a su puerto de origen, sí al menos fuera de aquella zona. Los del lugar no deseaban que ocurriera eso.

El capitán enemigo, viendo lo que estaba ocurriendo, había ordenado a sus hombres que atacaran. Al frente de ellos, abordó el naufragante pesquero, lo cruzó, y se lanzó contra el hombre que tenía más cerca. Una mujer hizo girar una honda por encima de su cabeza, soltó un extremo, y la piedra golpeó contra el plexo solar del capitán. Cayó de espaldas, inconsciente o muerto.

Otro de los guerreros de Kramer cayó con una lanza atravesándole el brazo. Su camarada tropezó con él y recibió la punta de una lanza con todo el peso del que la esgrimía detrás.

La mujer que había lanzado la piedra con la honda vaciló hacia atrás, con una lanza clavada en su pecho, y cayó al agua.

Entonces ambos lados se unieron, y se produjo la *melée*.

Yeshua condujo el catamarán a lo largo del lado de babor del de Kramer, mientras Bithniah y Mix arriaban la vela y luego lanzaban garfios de abordaje por encima de la barandilla. Mientras Bithniah y Yeshua sudaban para unir ambas embarcaciones, Tom Mix utilizó su honda. Había practicado en tierra y agua durante centenares de horas con aquella arma, y ahora la manejó diestramente, con una gran velocidad y precisión. Tuvo que aguardar hasta que divisó a un enemigo separado de la multitud para evitar el herir accidentalmente a alguien del lugar. Acertó tres veces su blanco. Una piedra golpeó a un hombre en el lado del cuello. Otra golpeó la base de una espina dorsal. La tercera destrozó una rodilla, y el tambaleante hombre fue atrapado y derribado por algunos locales mientras un cuchillo de pedernal seccionaba su yugular.

Mix arrojó una lanza que se hundió profundamente en el muslo de un hombre. Luego, aferrando una pesada hacha, saltó al catamarán, y su hacha se alzó y cayó dos veces contra otros tantos cráneos.

Los dos enemigos supervivientes intentaron saltar por la borda. Sólo uno lo consiguió. Mix tomó el bumerán que había sobre la cubierta, lo alzó para arrojarlo a la bamboleante cabeza en el agua, luego lo volvió a bajar. Los bumeranes eran demasiado costosos como para malgastarlos en alguien que ya no constituía ningún peligro.

De pronto, excepto los quejidos de los heridos y el llanto de una mujer, hubo un silencio. Incluso los mirones, que ahora aparecían rápidamente en la escena de la batalla procedentes de todas partes, callaban. Los participantes en la batalla parecían pálidos y agotados. El ardor había desaparecido de ellos.

A Mix le gustaba ir vestido de acuerdo con cada ocasión, y aquello era una victoria. Regresó a su bote, les hizo un guiño a Yeshua y Bithniah, y se puso sus botas y capa.

Su sombrero de ala ancha había permanecido durante todo el tiempo sobre su cabeza. Regresó al pesquero, se quitó el sombrero con un floreo, sonrió y dijo:

—Señoras y señores, Tom Mix, a vuestro servicio. Y muchas gracias por vuestra ayuda.

—¿Pero qué demonios dices? —contestó un hombre—. Apenas si comprendo tu idioma. Aunque parece inglés.

Mix volvió a ponerse el sombrero y alzó los ojos como si pidiese ayuda del cielo.

—¡Aún estamos en el siglo diecisiete! Bueno, por lo menos podré entender algo de tu jerga. ¿Cuál es tu gracia, *amigo*?

—¿Mi gracia? ¿*Amigo*?

—Sí, tu nombre. Y quién es tu jefe... me gustaría ofrecerle mis servicios. Le necesito, y creo que él va a necesitarme.

—El que manda por aquí es Stafford —dijo una mujer. Le miraba con extrañeza. Lo mismo que los otros. Pero no sólo le miraban a él así. También Yeshua estaba recibiendo mucha atención.

—No —dijo Mix sonriendo—, no es mi hermano gemelo, ni siquiera es hermano mío, sólo nos une el parentesco que significa ser humanos. Él nació en la Tierra varios miles de años antes que yo y en un lugar bastante alejado de mi Pennsylvania natal. Es sólo una jugarreta del destino el que se parezca tanto a mí. Una suerte para él, porque de otro modo nunca podría haberse librado de Kramer.

Aparentemente, algunos de sus oyentes comprendieron algo de lo que había dicho. El problema no era tanto el vocabulario, aunque había algunas diferencias significativas, sino la entonación y la pronunciación. De alguna forma se parecían en el habla a algunos australianos a los que había conocido. Sólo Dios sabía lo que opinaban ellos de su propio acento.

—¿Alguno de vosotros sabe esperanto? —preguntó.

—Hemos oído hablar de esta lengua —dijo el capitán—. Está siendo enseñada por algunos miembros de esa nueva secta, la Iglesia de la Segunda Oportunidad, según tengo entendido. Hasta ahora, sin embargo, ninguno de ellos ha llegado hasta esta zona.

—Lástima. Tendremos que arreglárnoslas con lo que tenemos.

Miró brevemente a su alrededor.

—Mis amigos y yo —continuó— lo hemos pasado bastante mal los dos últimos días. Estamos cansados y hambrientos. Me gustaría que se nos permitiera quedar aquí unos días antes de seguir Río abajo. ¿Creéis que vuestro jefe... vuestro señor... pondrá objeciones?

—Ni mucho menos, señor —dijo la mujer—. El recibe siempre bien a los buenos luchadores, con la esperanza de que se queden. Y les da grandes recompensas. Pero dime, estos hombres deben ser de Kramer, ¿por qué tenían tanto interés en mataros que intentaron hacerlo en un sitio en el que tienen prohibido entrar bajo pena de muerte?

—Es una larga historia —dijo Mix.

Sonrió. Su sonrisa era muy atractiva, y él lo sabía perfectamente. La mujer era hermosa, una rubia bajita de rolliza figura, y posiblemente estaba completamente libre de ataduras en aquel momento o pensando en deshacerse de todas las que tuviera. Evidentemente, lo era todo menos tímida.

—Por supuesto, sabéis quién es Kramer el Martillo, o Kramer el Incendiario. Esos dos, Bithniah y Yeshua, eran prisioneros suyos, condenados a la hoguera por herejes, según sus leyes, y eso es todo lo que cuenta en sus tierras. Además, son judíos, lo cual hace aún peores las cosas. Yo los liberé, junto con un puñado de otros. Nosotros tres fuimos los únicos que conseguimos llegar a la embarcación. El resto ya lo sabéis.

El capitán decidió que era el momento de presentarse a sí mismo.

—Me llamo Robert Nickard. Esta mujer es Angela Doverton. No te sientas engañado por sus poco modestas maneras, Maestro Mix. Habla francamente y sin tener en cuenta su sexo, despreciando el lugar que le corresponde. Es mi esposa, aunque aquí no se da ni se toma en matrimonio de la forma en que estábamos acostumbrados.

Angela sonrió y le hizo un guiño a Mix. Afortunadamente, Nickard no pudo ver su gesto.

—En cuanto a este asunto de la herejía, a Nueva Albión no le importa, oficialmente al menos, a qué religión pertenezca un hombre o una mujer. O el hecho de que sea completamente ateo, aunque el cómo alguien puede seguir siéndolo después de haber sido resucitado de entre los muertos es algo que no puedo comprender. Damos la bienvenida a todos los ciudadanos, siempre que sepan trabajar y sean conscientes, limpios, y relativamente sobrios. Incluso aceptamos judíos.

—Esto debe haber representado un buen cambio con respecto al tiempo en que vivíais —dijo Mix.

Rápidamente, antes de que Nickard pudiera hacer ningún comentario al respecto, añadió:

—¿A quién debemos presentarnos?

Nickard le dio las indicaciones necesarias. Mix dijo a su tripulación que regresara a su embarcación. Soltaron las cuerdas, recuperaron los garfios de abordaje, izaron la vela, y partieron río abajo. No, sin embargo, antes de que Mix viera a Angela Doverton dirigirle otro guiño. Había decidido ya permanecer apartado de ella, por deseable que fuera. No creía en el hacer el amor a la compañera de otro hombre. Claro que, si ella iba a abandonar a Nickard, lo cual parecía probable, entonces... No, aquello no causaría más que problemas. Aunque...

Tras él, los trabajos de llevar los dos botes dañados a la orilla antes de que se hundieran habían empezado. El único superviviente de la fuerza de Kramer había sido sacado del agua y estaba siendo llevado, atado, a la orilla. Mix se preguntó cuál sería su destino, aunque no le importaba demasiado.

La mujer, Bithniah, gobernó el catamarán mientras Yeshua se hacía cargo de las cuerdas. Tom Mix permanecía de pie en la proa, una mano sobre el aparejo para sujetarse, su larga capa blanca ondeando tras él. Debía parecer una figura extraña y dramática a los del lugar. Al menos, eso era lo

que esperaba. Allá donde iba, si echaba en falta un poco de dramatismo, no dudaba en ponerlo de su propia cosecha.

Como casi en todas partes, en el interminable valle había una llanura, de kilómetro y medio de ancho y llana como el piso de una casa. La cubría la hierba baja con la que nada podía acabar. Al fondo de la llanura se alzaban las colinas. Eran al principio montículos de unos seis metros de altura pero iban ensanchándose y elevándose hasta acabar siendo montañas. A diferencia de la llanura, en la que sólo había algunos árboles dispersos, las colinas tenían espesos bosques. Ochenta de cada cien eran «árboles de hierro» indestructibles, aquellos monstruos de profundas raíces cuya madera soportaba el fuego y no se inmutaba lo más mínimo ante los ataques del hacha de acero más aguda (si es que existía algún hacha de acero en aquel mundo). Entre ellos crecían altos pinos, de entre quince y treinta metros de altura, y robles, abedules, olmos, álamos y otras variedades del mismo tamaño. Bajo los árboles había hierba más alta y matorrales de bambú.

Tras las colinas se alzaban las montañas. Las partes más bajas eran accidentadas, torturadas, había en ellas cañones y fisuras y pequeñas mesetas. Pero a los quinientos metros de altura las montañas se convertían en una especie de acantilado sin interrupciones. Lisas como el cristal, las montañas se remontaban durante otros mil quinientos metros, en línea recta, inclinándose en algunos casos hacia fuera casi en la cima. Eran inescalables, como podía atestiguar todo aquel que lo había intentado. Si alguien deseaba ir al valle que había al otro lado de aquel en el que se hallaba, tenía que seguir el curso del Río, y eso podía tomarle años. El Valle del Río era como una serpiente a escala planetaria, retorciéndose hacia abajo a partir de las fuentes en el Polo Norte y rodeando el Polo Sur para ascender de nuevo por el otro hemisferio hasta la boca del Polo Norte.

O al menos eso se decía. Nadie lo había demostrado aún.

En aquella zona, a diferencia de algunas otras en las que había estado, enormes enredaderas rodeaban los árboles e incluso algunos de los grupos de bambúes. De las enredaderas brotaban perennes flores de muchas formas, tamaños, y exhibiendo todas las gamas del espectro.

Durante dieciséis mil kilómetros, ambos lados del valle del río estallaban de color. Luego, con la misma brusquedad con que había cesado, los árboles recuperaban su ascético verde.

Pero aquella zona resplandecía de colores.

A un poco más de un kilómetro de la escena de la batalla, Mix ordenó que Bithniah timoneara hacia la orilla izquierda. Entonces Yeshua arrió la vela, y el catamarán deslizó su proa sobre la suave ladera de la orilla. Los tres saltaron de la embarcación, y muchas manos de la multitud que se había congregado agarraron la embarcación y tiraron de ella hasta sacarla completamente del agua. Hombres y mujeres rodearon a los recién llegados e hicieron numerosas preguntas. Mix empezaba a responder a una formulada por una atractiva mujer cuando fue interrumpido por soldados. Llevaban cascos y corazas de piel de pez reforzados con hueso, modelados según la moda imperante en tiempos de Carlos I y Oliver Cromwell. Llevaban pequeños escudos redondos de roble recubierto de piel y largas lanzas rematadas con piedra o madera o pesadas hachas de guerra o grandes mazas. Gruesas botas de piel de pez protegían sus piernas hasta por encima de las rodillas.

Su alférez al mando, Alfred Regius Swinford, oyó a medias la narración de Mix de lo que había

ocurrido. De pronto, Mix se interrumpió y dijo:

—Tenemos hambre. ¿No podríamos esperar a cargar nuestros cubos?

Hizo un gesto indicando las estructuras de piedra fungiformes de dos metros de altura que se alineaban junto a la orilla del Río. Los cilindros grises de los demás estaban insertados en las depresiones de la superficie.

—¿Cubos? —dijo el sargento—. Nosotros les llamamos copias, extranjero. Una abreviatura de cornucopia. Dadme vuestras copias. Nosotros os la cargaremos, y podréis llenaros la barriga después de que Stafford os vea. Cuidaré de que sean convenientemente identificadas.

Mix se alzó de hombros; no estaba en situación de discutir, aunque, como todo el mundo, se sentía inquieto si su «cubo sagrado» estaba fuera de su vista. Los tres caminaron entre los soldados cruzando la llanura en dirección a una colina. Pasaron junto a un gran número de chozas de bambú de una sola habitación. En la parte superior de la colina había una amplia empalizada circular de troncos. Cruzaron la puerta de la empalizada hasta un enorme patio. La Casa del Consejo, su destino, era un largo edificio triangular de troncos en el centro de la empalizada. Había varias torres de observación y una amplia pasarela en la parte interior de la empalizada. Los troncos de afilada punta se elevaban muy por encima de ella, pero en ellos habían sido practicadas ventanas y troneras a través de las cuales los defensores podían arrojar lanzas o verter aceite de pescado ardiendo sobre los atacantes. También había cabrias de madera que podían hacerse colgar sobre la parte exterior de la empalizada para dejar caer redes llenas de enormes piedras.

Mix vio diez enormes depósitos de madera llenos con agua, y cobertizos que supuso contenían almacenados pescado seco, y bellotas para hacer pan, y armas.

Saliendo de uno de los cobertizos, sin embargo, aparecieron algunos hombres acarreando cestos de tierra. Debían estar cavando un túnel secreto subterráneo hasta el exterior para tener así una vía de escape o una forma de atacar al enemigo por la retaguardia. No podía ser considerado un buen secreto cuando se permitía a unos extranjeros observar evidencias de su construcción. Se sintió momentáneamente helado. Quizá a ningún extranjero que supiera del túnel se le permitiera abandonar el lugar.

Mix no dijo nada. Lo mejor que podía hacer era fingir ignorancia, aunque dudaba que el alférez de la patrulla pensara que era tan poco observador. No. Tenía que pensar alguna otra cosa, por débil que fuera.

—Así que perforando un pozo —dijo—. Eso es una buena idea. Si sois sitiados, no necesitaréis preocuparos por el agua.

—Exacto —dijo Swinford—. Deberíamos haberlo perforado hace mucho tiempo. Pero andábamos cortos de manos.

Mix no creyó haber engañado al alférez, pero al menos lo había intentado. Por aquel entonces el sol había alcanzado los picos de la hilera occidental de montañas. Un momento más tarde se hundió tras ellas, y el valle resonó con la erupción de las piedras a lo largo de las orillas. La cena estaba servida.

Stafford y su consejo se sentaban a una mesa redonda de pino en una plataforma del fondo de la sala. Antorchas de pino impregnadas con aceite de pescado y colocadas en abrazaderas a lo largo de

las paredes iluminaban el lugar. El humo se alzaba hacia las vigas ennegrecidas y a las aberturas practicadas en el techo, pero el hedor a pescado empapaba la estancia. Bajo él flotaba otro hedor, el de cuerpos humanos sin lavar.

Mix pensó que podía haber habido una excusa para aquella suciedad en la Inglaterra del siglo XVII, pero que allí no había ninguna. El Río estaba a una distancia que se podía recorrer cómodamente a pie. Sin embargo, sabía que los viejos hábitos tardan en morir, aunque vayan cambiando lentamente. Con el constante paso de gente que procedía de culturas que se bañaban frecuentemente, una necesidad de mayor limpieza y una sensación de vergüenza asociada con la suciedad iban extendiéndose por todas partes. Dentro de otros diez o quince años, aquellos ingleses se enjabonarían regularmente en el Río. Bueno, la mayor parte de ellos lo harían, al menos. Siempre hay personas en cualquier cultura para quienes el agua es solamente para beber.

Además, aparte lo ofensivo del olor corporal y la estética de un cuerpo limpio, no había ninguna razón por la que debieran lavarse frecuentemente. No había enfermedades corporales en el Mundo del Río. Aunque hubiera muchas enfermedades mentales.

El alférez se detuvo ante la plataforma e informó a Stafford. Los demás que ocupaban la mesa, veinte en total, miraron a los recién llegados. Muchos fumaban cigarrillos o puros proporcionados por las copias, un artículo desconocido en sus tiempos en la Tierra, donde solamente se utilizaban las pipas.

Stafford se levantó de la mesa para saludar cortésmente a sus huéspedes. Era un hombre alto, metro noventa, con anchos hombros, largos brazos y cuerpo enjuto. Su rostro era largo y estrecho, sus cejas gruesas y enmarañadas, sus ojos grises, su nariz larga y puntiaguda, sus labios delgados, su barbilla prominente y profundamente hendida. Su pelo castaño descendía hasta sus hombros, ligeramente rizado en sus puntas.

Con una voz firme y agradable —era nativo de Carlisle, cerca de la frontera escocesa— les pidió que se sentaran a la mesa. Les ofreció que eligieran entre vino, whisky o licor. Mix, sabiendo que el suministro era limitado, tomó el ofrecimiento como una buena señal. Stafford no sería tan generoso en artículos caros con alguien hacia quien se sintiera hostil. Mix olisqueó, sonrió ante el aroma de un excelente *bourbon*, y dio un sorbo. Le hubiera gustado beberse el vaso hasta el fondo, pero eso hubiera significado que sus anfitriones se hubieran visto obligados a ofrecerle otro inmediatamente.

Stafford pidió a Tom Mix que presentara su propio informe. Este implicaba un largo relato, durante el cual fueron encendidos los fuegos en las dos grandes chimeneas a cada lado de la parte central de la gran sala. Mix observó que aquellos que traían la leña eran hombres y mujeres de aspecto mongólico, pequeños y muy morenos. Supuso que procedían del otro lado del Río, que estaba ocupado por hunos. Por lo que había oído, habían nacido en la época en que Atila había invadido Europa, el siglo V d. C. Si eran esclavos o refugiados del otro lado del Río era algo que no podía saber.

Stafford y los demás escucharon a Mix, con tan sólo unos breves comentarios mientras bebían. Entonces fueron traídas sus copias, y todos comieron. Tom se vio agradablemente sorprendido por lo que le ofreció su cubo aquella noche. Era todo mejicano: tacos, enchiladas, burritos, una ensalada de frijoles, y el licor era tequila, con una rodaja de limón y un poco de sal. Le hizo sentirse más en su

casa, especialmente cuando el tabaco resultó ser unos cuantos puritos oscuros y retorcidos.

A Stafford no pareció gustarle el licor que obtuvo. Lo olió, luego miró a su alrededor. Mix interpretó correctamente su expresión. Dijo:

—¿Quieres cambiar?

—¿Qué es lo que tienes? —preguntó el otro.

Eso necesitó una larga explicación. Stafford había vivido cuando Norteamérica empezaba a ser colonizada por los ingleses, pero sabía muy poco de ella. Además, en su época, México era una zona conquistada por los españoles, y casi no tenía datos al respecto. Pero después de escuchar la exposición de Mix, le tendió su taza.

Tom la olisqueó y dijo:

—Bueno, no sé lo que es, pero no le tengo miedo. Toma, prueba el tequila.

Stafford siguió el procedimiento recomendado: bebió inmediatamente, y siguió con el ritual de la sal y el limón.

—¡Buf! ¡Parece como si tuviera fuego lamiéndome las orejas!

Suspiró, y dijo:

—Es de lo más extraño. Pero al mismo tiempo muy agradable y estimulante. ¿Qué hay del tuyo?

Mix dio un sorbo.

—¡Ah! ¡No sé qué infiernos de destilación es! Pero tiene un sabor estupendo, aunque un poco denso. Sea cual sea su origen, se trata de un vino... de alguna clase. Quizá sea el que acostumbraban a hacer los antiguos babilonios. Quizá sea egipcio, quizá malayo o un primitivo *sake* japonés, el vino de arroz. ¿Tenían vino los aztecas? No lo sé, pero es fuerte, y sin embargo sabroso.

»El tequila es un alcohol destilado de las semillas del agave. Bien, esto es una hermandad internacional, no hay ninguna discriminación contra el alcohol extranjero, así que a tu salud.

—¡Salud!

Terminado el suministro de la copia, Stafford ordenó que fuera traído un barrilito de licor de líquenes. El licor estaba compuesto por alcohol destilado de los líquenes verdeazulados que crecían en las laderas de las montañas y luego cortado con agua, con el sabor añadido de las hojas secas de las enredaderas de los árboles reducidas a polvo. Tras engullir de un solo sorbo media taza, Stafford dijo:

—No sé por qué los hombres de Kramer estaban tan ansiosos por mataros que se atrevieron a penetrar en mis aguas.

Hablando cuidadosa y lentamente, de modo que todos ellos pudieran comprenderle fácilmente, Mix empezó su historia. De tanto en tanto Stafford hacía una seña a un oficial, y este le llenaba de nuevo a Mix la taza. Mix era consciente de que aquella generosidad no estaba basada solamente en la hospitalidad. Si Stafford conseguía que su huésped se emborrachara lo suficiente, este podía, si era un espía, decir algo que no debiera. Mix, sin embargo, estaba aún muy lejos de sentir soltarse su lengua. Además, no tenía nada que ocultar. Bueno, no demasiado.

—¿Cuánto quieres que retroceda en mi relato? —dijo.

Stafford se echó a reír.

—De momento —dijo— deja a un lado tu vida en la Tierra. Y condensa todo lo anterior a tu

primer encuentro con Kramer.

—Bueno, pues desde el Día de Todas las Almas (término para indicar la resurrección general de por lo menos la mitad del género humano en el planeta) he estado bajando por el Río. Nací en 1880 d. C. y fallecí en 1940 d. C. Pero no fui resucitado entre gente de mi propia época y lugar. Me encontré en una zona ocupada por polacos del siglo xv. Al otro lado del Río había algún tipo de pigmeos indios americanos. Hasta entonces no había sabido que existieran tales hombres, aunque los indios *cherokee* tienen leyendas sobre ellos. Lo sé, porque en una cierta parte yo también soy *cherokee*.

Aquello era una mentira, una que unos estudios cinematográficos habían originado para darle un poco más de glamour. Pero la había dicho tan a menudo que la creía a medias. Además, no podía hacer ningún daño difundirla otro poco.

Stafford eructó y dijo:

—Me di cuenta cuando te vi por primera vez que había en ti algo de sangre de piel roja.

—Mi abuelo era un jefe de los *cherokee* —dijo Mix. Esperaba que sus antepasados ingleses, holandeses de Pennsylvania e irlandeses le perdonaran.

—De todos modos —prosiguió—, no estuve mucho tiempo con los polacos. Deseaba encontrar algún lugar donde pudiera comprender el lenguaje. Me sacudí el polvo de los pies y me largué como un mono de culo listado.

Stafford se echó a reír y dijo:

—¡Vaya comparaciones!

—No me tomó mucho tiempo descubrir que no había caballos en este mundo, ni ningún otro tipo de animales excepto el hombre, las lombrices de tierra y los peces. De modo que construí un bote. Y empecé a buscar a gente de mi propia época, esperando tropezarme con gente a la que conociera. O gente que hubiera oído hablar de mí. Fui bastante famoso durante mi vida; millones de personas me conocían. Pero dejemos eso de lado ahora.

»Supuse que si la gente estaba distribuida a lo largo de este valle siguiendo la secuencia temporal de la Tierra, aunque hubiese muchas excepciones, los habitantes del siglo veinte debían estar cerca de la desembocadura del Río. Tenía conmigo a unos diez hombres y mujeres y nos embarcamos con viento y corriente favorables hace unos cinco años. De vez en cuando, parábamos a descansar o a trabajar.

—¿A trabajar?

—Como mercenarios. Recibíamos cigarrillos extra, licor, buena comida. A cambio ayudábamos a los que necesitaban ayuda para una causa justa. La mayoría de los miembros de mi tripulación eran veteranos de las guerras de la Tierra. Uno de ellos había sido general de la Guerra de Secesión norteamericana. Yo me gradué en el Instituto Militar de Virginia...

Otra prevaricación de los estudios cinematográficos.

—He oído hablar de Virginia —dijo Stafford—. Pero...

Tom Mix tuvo que hacer una pausa en su narración para preguntar cuánto sabía exactamente Stafford de la historia a partir de su muerte. El inglés respondió que había obtenido alguna información de un albanés errante que murió en 1901 y de un persa que murió en 1897. Al menos,

suponía que esas fechas eran exactas. Los dos habían sido musulmanes, lo cual hacía difícil correlacionar su calendario con el cristiano. Además, ninguno de los dos sabía demasiado acerca de historia mundial. Uno había mencionado que las colonias americanas habían conseguido su independencia tras una guerra. No había sabido si creer o no al hombre. Era tan absurdo.

—Canadá siguió siendo leal —dijo Mix—. Veo que tengo un montón de cosas que contarte. De todos modos, luché en la guerra Hispano-Norteamericana, en la Rebelión de los Boxers, en la Insurrección de las Filipinas, y en la Guerra de los Boers. Más tarde te explicaré qué son todas ellas.

Mix no había luchado en ninguna de ellas, por supuesto, pero qué infiernos. De todos modos, lo hubiera hecho si hubiera tenido la oportunidad. Había desertado de la caballería de los Estados Unidos en su segundo período de enganche debido a que deseaba ir a las líneas del frente y los malditos jefes lo mantenían en casa.

—Fuimos capturados por esclavistas un par de veces cuando desembarcamos en lugares aparentemente amistosos. Escapamos, pero llegó un momento en que yo era el único que quedaba del grupo original. El resto habían resultado muertos o se habían marchado debido a que estaban cansados de viajar. Mi amada pequeña egipcia, la hija de un faraón... bien, también resultó muerta.

En realidad, Miriam era hija de un tendero de El Cairo y había nacido en algún momento del siglo XVIII. Pero él era un *cowboy*, y los *cowboys* siempre embellecían un poco la verdad. Quizá más que un poco. De todos modos, figurativamente, era una hija de los faraones. Y lo que contaba en este mundo, como en el anterior, no eran los hechos sino lo que la gente creía que eran los hechos.

—Quizá vuelva a encontrarla algún día —dijo—. Y a los otros también. Tanto pueden haber sido resucitados Río abajo como Río arriba.

Hizo una pausa, y luego dijo:

—Es curioso. Entre todos los millones, miles de millones quizá, de rostros que he visto bajando el Río, no he visto a nadie al que conociese en la Tierra.

—Yo conocí a un individuo del siglo veinte —dijo Stafford— que calculaba que podría haber en este mundo por lo menos treinta y cinco mil millones de seres humanos.

Tom Mix asintió y dijo:

—Sí, lo sé. Pero lo lógico sería pensar que en cinco años, aunque sólo fuese uno... Bueno, algún día lo conseguiré. En fin, lo cierto es que construí esta última embarcación hace un año a unos ocho mil kilómetros de aquí. Mi nueva tripulación y yo navegamos sin novedad hasta que paramos en una de las piedras de Kramer a comer. Llevábamos algún tiempo comiendo sólo pescado y brotes de bambú y pan de bellota, y los demás estaban ansiosos de poder fumar y echar un trago. Corrí el riesgo y perdí. Nos llevaron ante el propio Kramer, un alemán del siglo quince, gordo y feo.

»Como muchos otros chiflados, no ha sabido aceptar el hecho de que este mundo no es exactamente lo que él pensaba que debía ser la vida después de la muerte. En la Tierra fue un hombre importante. Un inquisidor. Por su culpa murieron quemados muchos hombres, mujeres y niños, después de torturarlos para mayor gloria de Dios.

Yeshua, que se sentaba junto a Mix, murmuró algo. Mix guardó silencio unos instantes. Pensó si no habría ido demasiado lejos.

Aunque no había visto indicio alguno de ello, era posible que Stafford y los suyos fuesen a su

modo tan lunáticos como Kramer al suyo. Durante su existencia terrestre, la mayoría de los habitantes del siglo diecisiete tenían firmísimas convicciones religiosas. Al encontrarse allí, en aquel lugar extraño, que no era el cielo ni el infierno, habían experimentado una gran conmoción. Algunos no se habían recuperado todavía.

Los había con la suficiente capacidad de adaptación como para dejar a un lado su antigua religión y buscar la verdad. Pero había demasiados que, como Kramer, habían racionalizado su entorno. Kramer, por ejemplo, sostenía que aquel mundo era un purgatorio. Aunque había vacilado al descubrir que no había allí sólo cristianos sino también paganos, había insistido en que no se habían entendido correctamente en la Tierra las doctrinas de la Iglesia. Habían sido deliberadamente deformadas en su exposición por sacerdotes inspirados por Satanás. Pero él había conseguido ver por fin La Verdad.

Sin embargo, había que iluminar a los que no habían sido capaces de ver las cosas claramente, como él. El método de revelación de Kramer, lo mismo que en la Tierra, era el potro del tormento y la hoguera.

Cuando le explicaron a Mix todo esto, no discutió las teorías de Kramer. Por el contrario, le ofreció sus servicios con (aparente) entusiasmo. No temía a la muerte porque sabía muy bien que resucitaría veinticuatro horas después en otra parte del mundo. Pero no quería que le atasen al potro y luego le quemasen.

Esperaba una oportunidad de escapar.

Una noche, Kramer había atrapado a un grupo que se bajó de su barco. A Mix le dieron lástima los cautivos, pues había sido testigo de los procedimientos que Kramer utilizaba para cambiar las ideas de los hombres. Sin embargo, nada podía hacer por ellos. Si eran lo bastante estúpidos como para negarse a fingir que estaban de acuerdo con Kramer, serían torturados.

—Pero aquí Yeshua me inquietaba —dijo Mix—. En primer lugar, se parecía demasiado a mí. Verle morir en la hoguera sería como verme a mí mismo entre las llamas. Además, no le dieron oportunidad de decir sí o no. Kramer le preguntó si era judío. Yeshua dijo que lo había sido en la Tierra, pero que ahora no tenía religión.

»Kramer dijo que le daría la oportunidad de convertirse, es decir de creer lo mismo que Kramer. Esto era una mentira, pero Kramer es un farsante mentiroso que tiene que encontrar justificación para todas las marranadas que hace. Dijo que él daba a los cristianos una oportunidad de escapar de la hoguera y lo mismo a todos los paganos... salvo a los judíos. Ellos habían crucificado a Jesús, y debían pagarlo. Además, no podía confiarse en un judío. Mentiría siempre para salvar el pellejo.

»Toda la tripulación estaba condenada pues todos eran judíos. Kramer les preguntó adónde iban, y Yeshua dijo que buscaban un sitio en el que nadie hubiese oído hablar nunca de un judío. Kramer dijo que tal lugar no existía; Dios les encontraría fuesen adonde fuesen. Yeshua perdió el control y llamó a Kramer hipócrita y anti-Cristo. Kramer se enfureció y dijo a Yeshua que él no moriría tan deprisa como los otros.

»Por aquel entonces yo estaba a punto de ingresar en la cárcel con ellos. Kramer se había dado cuenta de nuestro parecido. Me preguntó si le había mentado al decirle que no era judío. ¿Cómo podía parecerme tanto a un judío si no lo era? Por supuesto, era la primera vez que pensaba que yo

parecía judío, cosa que no soy. Si fuese más moreno, podría pasar por uno de mis antepasados *cherokees*.

»Así que le sonreí, aunque sudaba copiosamente y me temblaban las piernas, y le dije que Yeshua parecía un gentil y que por eso se parecía a mí. Utilicé en mi provecho uno de sus propios comentarios: le recordé que había dicho que las mujeres judías eran casi todas adúlteras. Así que quizá Yeshua fuese medio gentil sin saberlo.

»Kramer lanzó una de esas risotadas suyas; acostumbra a reírse a grandes carcajadas hasta que la saliva le chorrea por la barbilla. Me dijo que yo tenía razón. Pero me di cuenta de que mis días estaban contados. Pensaría más tarde en mi aspecto, y acabaría decidiendo que yo era un mentiroso. Al diablo con todo, pensé. Me iré esta noche.

»Pero no podía dejar de pensar en Yeshua. Decidí que no podía marcharme como un perro con el rabo entre las piernas. Tenía que hacer que Kramer me recordara hasta el punto de que le entrase dolor de cabeza cada vez que pensase en mí. Aquella noche, cuando empezó a llover, maté con mi hacha a los dos guardianes y abrí las puertas de la empalizada. Pero alguien estaba despierto y dio la alarma. Corrimos hasta mi barco, tuvimos que abrirnos paso hasta él luchando, y sólo Yeshua, Bithniah, la mujer y yo logramos escapar. Kramer debió decir a los hombres que salieron a perseguirnos que harían mejor no volviendo si no llevaban nuestras cabezas. No podían poner fin a la persecución.

—Dios —dijo Stafford— fue lo bastante misericordioso como para darnos juventud eterna en este hermoso mundo. Estamos libres de necesidades, de hambre, de trabajo duro y de enfermedades. Sin embargo, hombres como Kramer quieren convertir este Jardín del Edén en un infierno. ¿Por qué? Lo ignoro. Es un loco, no hay duda. Uno de estos días nos atacará, como ha atacado a los que viven al norte de su territorio original. ¡Si deseáis ayudarnos a combatirle, sed bienvenidos!

—¡Odio a ese diablo asesino! —dijo Mix—. Podría decirnos cosas... pero en fin, debéis saberlas.

—Para mi eterna vergüenza —contestó Stafford—, he de confesar que presencié muchas crueldades e injusticias en la Tierra, y que no sólo no me opuse a ellas sino que las alenté. Creía que para mantener la ley y el orden y la religión eran necesarias torturas y persecuciones. Sin embargo, a menudo sentía remordimientos. Así que cuando me vi en un mundo nuevo, decidí empezar otra vez. Lo que había sido justo y necesario en la Tierra no tenía por qué serlo aquí.

—Eres un hombre extraordinario —dijo Mix—. La mayoría de la gente ha seguido haciendo y pensando aquí lo mismo que pensaban y hacían en la Tierra. Pero creo que el Mundo del Río está cambiando lentamente a muchos de ellos.



era cierto, se hizo alguna especie de grabación de la estructura atómica del trozo de ternera. Ya te he explicado lo que son las grabaciones y los átomos. Sea como sea, la carne en nuestros cubos no ha sido tocada por manos humanas. Ni no humanas, incidentalmente.

»De modo que, ¿cómo puede ser impura?

—Esta es una cuestión que ocuparía a los rabinos durante muchos siglos —dijo Yeshua—. Y supongo que incluso después de todo ese tiempo estarían en desacuerdo entre sí. No. La forma más segura es no comerla.

—¡Entonces hazte vegetariano! —dijo Mix, alzando las manos—. ¡Y pasa hambre!

—De todos modos —dijo Yeshua—, hubo un hombre en mi época, uno que era considerado muy sabio y que, se decía, hablaba con Dios, a quien no le importaba si sus discípulos se sentaban a la mesa con las manos sucias si no había agua para lavárselas y existían circunstancias atenuantes. Fue increpado por los fariseos por eso, pero él sabía que las leyes de Dios estaban hechas para los hombres y no los hombres para las leyes.

»Eso tenía sentido en aquel entonces, y sigue teniendo sentido ahora. Quizá me esté volviendo excesivamente estricto, farisaico, más dedicado a la letra que al espíritu de la ley. En realidad, no debería prestar atención a la ley relativa a lo que es ritualmente puro y lo que es ritualmente impuro. Ya no creo en la ley.

»Pero aunque me decida a comer carne, no puedo llevarme la carne de cerdo a mi boca si sé lo que es. Vomitaría. Mi estómago no tiene mente, pero sabe lo que le conviene y lo que no. Es un estómago hebreo, y desciende de centenares de generaciones de estómagos similares. Las tablas de Moisés gravitan en él tan pesadamente como una montaña.

—Lo cual no impide que Bithniah coma cerdo y jamón —dijo Mix.

—¡Ah! ¡esa mujer! ¡Es la reencarnación de alguna abominable pagana!

—Ni siquiera crees en la reencarnación —dijo Bithniah, y se echó a reír.

Stafford había comprendido parte de la conversación. Dijo ansiosamente:

—¿Entonces tú, Maestro Yeshua, viviste en la época de Nuestro Señor! ¿Lo conociste?

—Tanto como conozco a cualquier otro hombre —dijo Yeshua.

Todo el mundo en la mesa empezó a asañearle con numerosas preguntas. Stafford ordenó que fuera traído más licor de líquenes.

¿Durante cuánto tiempo había conocido a Jesús?

Desde su nacimiento.

¿Era cierto que Herodes masacró a los inocentes?

No. Herodes no tenía la autoridad suficiente, aunque hubiera querido hacerlo. Hubiera sido destituido de su puesto por los romanos y quizá ejecutado. Más aún, un hecho como aquel hubiera originado una violenta revolución. No. Esa historia, de la que nunca había oído hablar hasta su llegada al Mundo del Río, no era cierta. Debía tratarse de una leyenda folklórica que se había originado después de la muerte de Jesús. Probablemente, sin embargo, estaba basada en una historia anterior relacionada con Isaac.

Entonces, ¿eso significaba que Jesús, José y María no huyeron a Egipto?

No lo hicieron. ¿Por qué hubieran debido hacerlo?

¿Qué había acerca del ángel que se le apareció a María y le anunció que iba a dar a luz aunque era virgen?

¿Cómo podía ser eso cuando Jesús tenía hermanos y hermanas mayores, todos ellos engendrados por José y dados a luz por María? Además, María, a la que él había conocido muy bien, jamás había dicho nada acerca de ningún ángel.

Mix, observando que el enrojecimiento de algunos rostros no era causado enteramente por el licor, se inclinó hacia Yeshua.

—Cuidado —susurró—. Puede que esos tipos hayan decidido que su religión era falsa, pero sigue sin gustarles el oír negárseles lo que durante todas sus vidas se les ha enseñado que era cierto. Y un montón de ellos son como Kramer. Creen, aunque no lo digan, que se hallan en una especie de purgatorio. Aún esperan ir al Cielo. Esta es simplemente una estación de transbordo. Yeshua se alzó de hombros y dijo: —Deja que me maten. Me levantaré de nuevo en algún otro lugar, ni peor ni mejor que este.

Uno de los consejeros, Nicholas Hyde, empezó a golpear su jarra de piedra contra la mesa.

—¡No te creo, judío! —exclamó—. ¡Si es que *eres* judío! ¡Estás mintiendo! ¿Qué intentas hacer, tratar de crear la disensión entre nosotros con esas mentiras diabólicas? ¿O quizá tú mismo eres el *diablo*?

Stafford apoyó su mano sobre el brazo de Hyde.

—Contente, querido amigo. Tus acusaciones no tienen sentido. Precisamente el otro día te oí decir que Dios no estaba en ningún lugar a lo largo del Río. Si Él no está aquí, entonces Satanás también está ausente. ¿O resulta más fácil creer en el viejo Diablo que en el Creador? Este hombre de aquí es nuestro huésped, y durante tanto tiempo como lo sea, lo trataremos cortésmente. Se volvió hacia Yeshua. —Por favor, prosigue.

Las preguntas se sucedieron rápidas y numerosas. Finalmente, Stafford dijo:

—Se está haciendo tarde. Nuestros huéspedes han pasado por muchas aventuras hoy, y mañana vamos a tener mucho trabajo. Permitiré una sola pregunta más.

Miró a un alto joven de aspecto distinguido que había sido presentado como William Grey.

—Milord, ¿te importa hacerla tú?

Grey se puso en pie, algo inseguro.

—Gracias, señor. Ahora, Maestro Yeshua, ¿estabas tú presente cuando Cristo fue crucificado? ¿Y le viste cuando resucitó? ¿O hablaste con alguien de confianza que lo hubiera visto, quizá en el camino a Emaús?

—Esto es más de una pregunta —dijo Stafford—. Pero adelante.

Yeshua permaneció en silencio por un momento. Cuando habló, lo hizo aún más lentamente.

—Sí, estaba presente cuando fue crucificado y cuando murió. En cuanto a los acontecimientos después de eso, testificaré tan sólo una cosa. No resucitó de entre los muertos en la Tierra. Sin embargo, no tengo ninguna duda de que resucitó aquí.

Estalló un clamor, con la voz de Hyde alzándose por encima de las demás y exigiendo que el mentiroso judío fuera arrojado de allí.

Stafford se puso en pie, golpeando fuertemente la mesa, y gritó:

—¡Por favor, silencio, caballeros! No habrá más preguntas.

Dio órdenes a un tal sargento Channing para que condujera a los tres a sus habitaciones. Luego dijo:

—Maestro Mix, hablaré con vosotros tres por la mañana. Dios os proporcione sueños agradables.

Mix, Yeshua y Bithniah siguieron al sargento, que sujetaba una antorcha, aunque no era necesaria. El cielo nocturno, resplandeciente con gigantescos enjambres estelares y luminosas nubes de gases, arrojaba una luz más brillante que la de la luna llena en la Tierra. El Río destellaba. Mix le preguntó al soldado si podían bañarse antes de retirarse. Channing dijo que podían hacerlo si se apresuraban. Los tres caminaron entrando en el agua con sus toallas-faldellín puestas. Cuando estaba con gente que se bañaba desnuda, Mix hacía lo mismo. Cuando se hallaba con gente más pudorosa, observaba su mismo pudor.

Utilizando el jabón proporcionado por las copias, se quitaron la suciedad y el sudor. Mix observó a Bithniah. Era bajita y de piel oscura, pechos llenos, cintura estrecha, y bien torneadas piernas. Sus caderas, sin embargo, eran demasiado anchas para sus gustos, aunque estaba dispuesto a prescindir de esta imperfección. Especialmente ahora, estando como estaba lleno de licor. La mujer poseía un largo, denso y reluciente pelo negroazulado y un rostro agradable, si a uno le gustaban las narices largas, lo cual era su caso. Su cuarta esposa, Vicky Forde, la tenía, y la había amado más que a ninguna otra mujer. Los ojos de Bithniah eran grandes y oscuros, e incluso durante la lucha había lanzado a Mix algunas curiosas miradas. Se dijo a sí mismo que Yeshua haría mejor vigilándola más de cerca. Irradiaba el calor de una gata callejera en la época del celo.

En cuanto a Yeshua, era algo muy distinto. Su única semejanza con Mix era física. Era un individuo tranquilo y retraído, salvo por aquel exabrupto contra Kramer, y parecía estar pensando siempre en algo remoto. Pese a su silencio, daba impresión de gran autoridad, o más bien de ser un hombre que la había tenido y que ahora; deliberadamente, la desechaba. O, quizá, de ser un hombre que rechazaba toda pretensión de autoridad.

—Ya estáis lo bastante limpios —dijo Channing—. Salid.

—¿Sabes? —dijo Mix a Yeshua—, poco antes de que llegase a territorio de Kramer, me sucedió algo extraño. Un hombrecillo moreno me asaltó gritando en una lengua extraña. Quería abrazarme; gemía y lloraba, y no hacía más que repetir un nombre una y otra vez. Me costó mucho convencerle de que estaba en un error. Quizá no le convenciese del todo. Intentó venirse conmigo, pero yo no quise saber nada de él. Su mirada me ponía nervioso.

»No me había vuelto a acordar de esto hasta ahora. Estoy seguro de que me confundía contigo. Y ahora que lo pienso, creo que pronunció tu nombre unas cuantas veces.

Yeshua salió de sus cavilaciones.

—¿Dijo cómo se llamaba?

—No sé. Probó conmigo cuatro o cinco idiomas distintos, incluido el inglés, y no fui capaz de entenderle en ninguno de ellos. Pero repitió una palabra varias veces. Mattithayah. ¿Significa algo para ti?

Yeshua no contestó. Tembló y se echó sobre los hombros una larga toalla. Mix se dio cuenta de

que algo se estremecía en el interior de Yeshua. El calor del día, que llegaba a unos veintisiete grados al mediodía (no había termómetros), se esfumaba lentamente. La elevada humedad del valle lo retenía hasta que unas horas después de la medianoche caían las lluvias de siempre. Luego la temperatura descendía con gran rapidez a unos dieciocho grados y se inmovilizaba allí hasta el alba.

El sargento Channing les condujo a sus residencias. Eran estas pequeñas cabañas de bambú de una sola habitación con techos de hojas gigantes del árbol de hierro trenzadas. Dentro de cada una de ellas había una mesa, varias sillas y una cama baja, todo ello de bambú. Había también toalleros de madera y un armero para lanzas y otras armas. Un orinal de noche de arcilla cocida reposaba en un rincón. El suelo era una plataforma de bambú ligeramente elevada. Auténtica clase. La mayoría de las chozas tenían tan sólo un suelo de tierra batida.

Yeshua y Bithniah entraron en una choza; Mix, en la otra. Channing empezó a decir buenas noches, pero Mix le preguntó si no le importaba quedarse hablando un poco más. Para acabar de decidir al sargento, lo convenció dándole un puro de su cilindro. Hubo un tiempo en la Tierra en el que Mix había fumado, pero había dejado el vicio para conservar su imagen de héroe «limpio» para su enorme público de jóvenes apasionados por el cine. Aquí, alternaba largos períodos de indulgencia con otros de abstinencia. Durante el pasado año, había prescindido totalmente del tabaco. Pero pensó que se pondría más a tono con el sargento si le acompañaba en la fumada. Encendió un cigarrillo, tosió, y por un momento se sintió mareado. El tabaco, sin embargo, sabía definitivamente bien. Micah Shepstone Channing era un pelirrojo bajo, musculoso, y de recios huesos. Había nacido en 1621 en el poblado de Havant, Hampshire, donde se convirtió en fabricante de pergaminos. Cuando estalló la guerra civil, se unió a las fuerzas en contra de Carlos I. Seriamente herido en la batalla de Naseby, regresó a casa, prosiguió con su negocio, se casó, tuvo ocho hijos de los cuales cuatro vivieron hasta la edad adulta, y murió de unas fiebres en 1687.

Mix le hizo un cierto número de preguntas. Aunque su mayor interés era establecer unos sentimientos de amistad, se sentía curioso acerca del hombre. Le gustaba la gente en general.

Luego pasó a otros asuntos, las personalidades de los hombres importantes de Nueva Albión, su forma de gobierno, y las relaciones con los estados vecinos, especialmente el Deusvolens de Kramer, que los albionenses pronunciaban Ducevolenz.

Durante la Guerra Civil inglesa, Stafford había servido bajo el Conde de Manchester. Pero, tras perder una mano a causa de una herida infectada, fue a vivir a Sussex y se convirtió en apicultor. A su debido tiempo se volvió próspero, y pasó del negocio de la miel al comercio en general. Más tarde, se especializó en aprovisionamientos navales. En 1679 murió durante una tormenta en las afueras de Dover. Era, dijo Channing, un buen hombre, un líder nato, muy tolerante, y desde un principio había sido muy hábil en establecer e instrumentalizar su estado.

—Fue él quien sugirió que siempre utilizáramos los títulos de nobleza o realeza y eligiéramos a nuestros líderes. Ahora está sirviendo en su segundo mandato como lord mayor del lugar.

—¿Tienen las mujeres derecho al voto? —dijo Mix.

—Al principio no lo tenían, pero el año pasado insistieron en obtener sus derechos, y después de una cierta agitación, los obtuvieron —dijo Channing, con una expresión algo hosca—. Pueden recoger sus cosas y marcharse siempre que quieran, puesto que hay muy pocas propiedades

implicadas en cualquier separación, y ningún hijo al que cuidar, y muy poco trabajo de casa o cocina que hacer. Se han vuelto enormemente independientes.

Anglia, en la frontera sur de Nueva Albión, tenía un sistema de gobierno similar, pero su jefe elegido recibía el título de sheriff. Ormondia, en el norte, estaba habitada principalmente por aquellos monárquicos que se habían mantenido fieles a Carlos I y Carlos II durante los disturbios. Eran gobernados por James Butler, primer Duque de Ormonde, gobernador de Irlanda bajo Carlos I y Carlos II, y canciller de la Universidad de Oxford.

—En Ormondia es milord y su gracia —dijo Channing—. Uno diría que Inglaterra ha sido trasplantada de la vieja Tierra al Río. Pese a lo cual, los títulos son en su mayor arte honoríficos, podríamos decir, puesto que todos excepto el duque son elegidos, y su consejo tiene en él más hombres nacidos pobres pero honestos y con méritos que nobles. Lo que es más, cuando sus mujeres descubrieron que las nuestras habían obtenido el derecho al voto, lanzaron el grito al cielo y no hubo nada que Su Gracia pudiera hacer más que tragarse la amarga píldora y sonreír como si realmente le gustara la idea.

Aunque las relaciones entre los dos pequeños estados nunca habían sido cordiales, estaban unidos contra Kramer. El problema principal era que sus consejos militares conjuntos no se avenían demasiado. Al duque no le gustaba la idea de tener que consultar al lord mayor o depender de él en cualquier cosa.

—A decir verdad, a mí tampoco me gusta —dijo Channing—. Tendría que haber un solo general supremo durante una guerra. Este es un caso en el cual dos cabezas no son mejores que una.

Los Hunos al otro lado del Río habían causado muchos problemas en los años anteriores, pero desde hacía algún tiempo se mostraban amistosos. En realidad, tan sólo una cuarta parte de ellos eran Hunos, según Channing. Habían luchado entre sí durante tanto tiempo que se habían ido matando entre ellos. Los muertos habían sido reemplazados por gente de otros lugares a lo largo del Río. Hablaban una especie de lengua franca huna, llena de palabras de otros idiomas que constituían una cuarta parte del vocabulario. El estado directamente frente a Nueva Albión estaba por el momento gobernado por un *sikh*, Govind Singh, un líder militar tremendamente fuerte.

—Como ya he dicho —hizo notar Channing—, a lo largo de quinientos kilómetros por esta parte del Río la gente resucitada fue principalmente británicos del 1600. Pero hay franjas de diez a quince kilómetros en que no. A unos cincuenta kilómetros hacia abajo hay algunos cipangeses del siglo XIII, unos feroces y pequeños bastardos de ojos oblicuos. Y está Ducevolenz, que pertenece al siglo XIV y es medio alemán, medio español.

Mix le dio las gracias por la información, y luego dijo que ya era hora de irse a dormir. Channing le deseó una buena noche.

Mix cayó dormido inmediatamente. En algún momento durante la noche soñó que estaba haciendo el amor con Victoria Forde, su cuarta esposa, la única mujer a la que aún amaba. Tambores y el resonar de cuernas hechas con huesos de pez lo despertaron. Abrió los ojos. Todavía era oscuro, pero la palidez del cielo indicaba que el sol asomaría pronto por encima de las montañas. Podía ver a través de la abierta ventana el griseante cielo y las estrellas y nubes de gases que iban palideciendo rápidamente.

Cerró los ojos y se echó el borde de las toallas que le servían de sábana por encima de su cabeza. ¡Oh, dormir un poco más! Pero toda una vida de disciplina de *cowboy*, de actor, y de estrella de circo en la Tierra, y de mercenario en este mundo, le hizo saltar de la cama. Estremeciéndose de frío, se puso una toalla faldellín y se echó por la cara un poco de helada agua de una jofaina poco profunda de arcilla cocida. Luego se quitó el faldellín para lavarse las ingles. Su Vicky del sueño había sido tan buena en la cama como la auténtica Vicky.

Pasó su mano por su mentón y mejillas. Era una costumbre que no había conseguido sacarse de encima pese al hecho de que no tenía que afeitarse y nunca más tendría que hacerlo. Todos los hombres habían sido resucitados permanentemente lampiños. Tom no sabía por qué. Quizá a quienesquiera que habían hecho aquello no les gustara el pelo facial. De ser así, no les desagradaba sin embargo el vello púbico ni los pelos de los sobacos. Pero se habían asegurado de que no creciera pelo en las orejas, y los pelos de la nariz crecían tan sólo hasta una longitud determinada.

Los desconocidos responsables del Mundo del Río habían efectuado también algunos ajustes en los cuerpos y rostros de algunos. Las mujeres que habían tenido amplios senos en la Tierra habían despertado de la muerte para descubrir que sus glándulas mamarias se habían visto reducidas de tamaño. Las mujeres con pechos muy pequeños habían obtenido pechos de tamaño «normal». Y ninguna mujer tenía pechos colgantes.

No todo el mundo se sintió satisfecho con ello, sin embargo. En absoluto. Había gente a la que le gustaba lo que había tenido en la Tierra. Y por supuesto, había habido sociedades en las cuales unos enormes pechos colgantes eran muy admirados, y otras en las cuales el tamaño y forma del seno femenino no significaba nada en absoluto, en términos de belleza o sexo. Se trataba simplemente de unas glándulas que proporcionaban leche a los bebés.

Los hombres con penes muy pequeños en la Tierra tenían aquí penes que no causarían ni ridículo ni vergüenza. Mix nunca había oído ninguna queja respecto a eso. Pero un hombre que secretamente había anhelado ser una mujer en la Tierra le había susurrado a Mix en una ocasión, estando borracho, sus quejas al oído. ¿Por qué no podían los misteriosos seres que habían corregido tantas faltas físicas haberle proporcionado a él un cuerpo de mujer?

—¿Por qué no les dijiste lo que deseabas? —había respondido Mix, y se había echado a reír. Por supuesto, el hombre no podía haber informado de nada a los Quienesquiera que fuesen. Había muerto, y se había despertado en las orillas del Río, y en el intervalo simplemente había estado muerto.

El hombre le había lanzado entonces a Tom un puñetazo y le había puesto un ojo morado. Tom había tenido que golpearle y dejarle sin sentido para impedir que le siguiera pegando.

Otras deficiencias o desviaciones de lo «normal» habían sido corregidas también. En una ocasión Tom había conocido a un inglés muy apuesto —del siglo XVIII—, que había sido un noble. De las ingles hacia arriba había sido perfecto, pero sus piernas habían medido tan sólo cincuenta centímetros de largo. Ahora medía todo él metro noventa de estatura. No se quejaba en absoluto de ello. Pero lo grotesco de su aspecto en la Tierra había retorcido aparentemente su carácter. Aunque ahora era un hombre corporalmente apuesto, seguía siendo un amargado, salvajemente cínico, insultante, y, aunque era un gran «amante», odiaba a las mujeres.

Tom había tenido también una disputa con él, y le había partido al inglés la nariz. Sorprendentemente, ahora que la apostura del inglés quedó arruinada por una nariz aplastada y torcida, el hombre se convirtió en una persona mucho mejor. Gran parte de sus odios desaparecieron.

A menudo era difícil comprender a los seres humanos. Mientras se secaba, Tom había estado pensando en lo que Quienesquiera que Fuesen habían hecho en la parte física de la gente. Ahora se envolvió en una capa hecha con largas toallas unidas entre sí por cierres magnéticos en el interior de la tela, y tomó un rollo de papel higiénico. Este también era proporcionado por las copias, aunque había sociedades que no lo utilizaban para su propósito original. Abandonó la cabaña y caminó hacia la letrina más cercana. Se trataba de una zanja sobre cuál había sido construida una larga choza de bambú. Tenía dos entradas. En una plancha de madera horizontal sobre una de ellas había sido tallada una burda figura de un hombre, con todos sus atributos. La entrada de la letrina de las mujeres estaba a unos veinte metros de distancia, y sobre su puerta se había tallado en la madera el burdo perfil de una mujer.

Si bien la costumbre del baño diario no se había extendido todavía lo suficiente en aquella zona, otras medidas sanitarias sí habían sido reforzadas. El sargento Channing había informado a Mix que a nadie se le autorizaba defecar en el lugar que le apeteciera. (No utilizó la palabra «defecar», por supuesto, ya que era desconocida en el siglo XVII, sino otra más expresiva). A menos que concurrieran circunstancias atenuantes, una persona descubierta defecando fuera del recinto de los aseos públicos era exiliada... después de que su rostro hubiera sido concienzudamente restregado por los excrementos.

Orinar en público era aceptado bajo ciertas situaciones, pero el que orinaba debía tomar buen cuidado de no ser observado si el sexo opuesto estaba presente.

—Pero es una costumbre más celebrada en su quebrantamiento que en su observancia —había dicho Channing, citando a Shakespeare sin saberlo. (Nunca había oído hablar del Bardo de Avon)—. En los locos tiempos sin ley inmediatamente después de la resurrección, la gente se volvió más bien desvergonzada. Había poca modestia por aquel entonces, y a la gente, si me perdonas la frase, le importaba todo una mierda. ¡Ja, ja!

A intervalos regulares, los depósitos de la letrina eran vaciados y su contenido izado hasta las montañas y dejado caer en un profundo y apropiadamente denominado cañón.

—Pero algún día va a estar tan lleno que el viento va a traernos de vuelta el hedor hasta nosotros. No sé qué vamos a hacer entonces. Arrojarla al Río y dejar que los peces se la coman, supongo. Eso

es lo que hacen esos horribles Hunos al otro lado del Río.

—Bueno —había dicho Tom, arrastrando las palabras—, eso me parece una forma inteligente de resolver el problema. Los excrementos no duran así demasiado. Los peces los eliminan inmediatamente, casi antes incluso de que toquen el agua.

—¡Sí, pero luego nosotros pescamos los peces y nos los comemos!

—Eso no afecta en absoluto su sabor —había dicho Mix—. Escucha, me dijiste que habías vivido en una granja durante un par de años, ¿no? Bien, entonces sabes que los pollos y los cerdos comen mierda de vaca y de caballo si tienen oportunidad, y a menudo lo hacen. ¿Acaso eso afecta su sabor cuando se hallan sobre la mesa, eh?

Channing había hecho una mueca.

—No parece que sea lo mismo. De todos modos, cerdos y pollos comen estiércol de vaca, y hay una gran diferencia entre eso y los excrementos humanos.

—Realmente me gustaría saberlo —había dicho Mix—. Nunca he comido ninguna de las dos cosas.

Hizo una pausa.

—Mira, tengo una idea. Tú sabes que las grandes lombrices comen excrementos humanos. ¿Por qué tu gente no las saca del suelo y las echa en el pozo de la mierda? Ellas os librarán del problema, y las lombrices se sentirán tan felices como un irlandés con una botella de whisky gratis.

Channing se había mostrado sorprendido.

—¡Es una idea espléndida! Me pregunto cómo no se nos ocurrió antes a ninguno de nosotros.

Luego había felicitado a Mix por su inteligencia. Mix no le había dicho que había pasado por muchas zonas en las cuales aquella «nueva» idea llevaba mucho tiempo puesta en práctica.

Aquellos lugares, como este, eran pobres en azufre. De otro modo, hubieran procesado los cristales de nitrato de los excrementos y los hubieran mezclado con carbón y azufre para obtener pólvora. El explosivo era colocado después en recipientes de bambú para ser utilizado como bombas o cabezas de combate para cohetes.

Mix entró en la letrina y se sentó en uno de los doce agujeros. Durante el corto tiempo que estuvo allí, captó unos cuantos chismorreos, principalmente acerca de la aventura que tenía uno de los consejeros con una de las mujeres del lord mayor. Oyó también un chiste verde que nunca antes había oído. Tras lavarse las manos en una pileta conectada a un arroyo cercano, se apresuró a volver a su choza. Tomó su cilindro y caminó cuarenta metros hasta la choza de Yeshua. Tenía intención de llamar a la puerta para invitar a la pareja a que fueran con él a la más próxima piedra de carga. Pero se detuvo a unos pocos pasos de la puerta.

Yeshua y Bithniah estaban discutiendo con voz fuerte en el intensamente acentuado inglés del siglo XVII. Mix se preguntó por qué no utilizarían el hebreo. Más tarde descubriría que el inglés era el único idioma que tenían en común, aunque podían seguir una muy limitada conversación en el español andaluz del siglo XVI y el alto alemán del siglo XIV. Aunque la lengua nativa del Bithniah era el hebreo, era al menos mil doscientos años más antiguo que el de Yeshua. Su gramática era, desde el punto de vista de Yeshua, arcaica, y su vocabulario estaba lastrado con aportaciones egipcias y palabras hebreas que habían caído en desuso mucho tiempo antes de que él naciera.

Además, aunque nacido en Palestina de devotos padres judíos, la lengua nativa de Yeshua era el arameo. Conocía el hebreo principalmente como una herramienta litúrgica, aunque podía leer el Pentateuco, los cinco primeros libros del Antiguo Testamento, con alguna dificultad.

Siendo así las cosas, Mix tuvo cierta dificultad en comprender la mitad de lo que decían. Sus palabras no sólo resultaban distorsionadas por su pronunciación hebrea y aramea, sino que habían aprendido su inglés en una zona ocupada por gente del Yorkshire del siglo XVII, y ese acento retorció aún más su habla. Pero Mix pudo llenar las lagunas de lo que no comprendía. Casi todas.

—¡No iré contigo a vivir a las montañas! —estaba gritando Bithniah—. ¡No quiero estar sola! ¡Odio estar sola! ¡Tengo que tener a gente a mi alrededor! ¡No deseo sentarme en la cima de una roca sin nadie con quien hablar excepto una tumba andante! ¡No iré! ¡No iré!

—Estás exagerando, como siempre —dijo Yeshua, también con voz fuerte, pero mucho más tranquilo que Bithniah—. En primer lugar, tendrás que ir tres veces al día a la piedra de cilindros de la colina más cercana. Y puedes bajar siempre que quieras a la orilla y hablar con quien te apetezca. Además, no tengo intención de vivir ahí arriba todo el tiempo. De tanto en tanto bajaré para trabajar, probablemente como carpintero. Pero no quiero...

Mix no pudo comprender el resto de lo que dijo el hombre, pese a que habló casi tan fuerte como antes. Sin embargo, no tuvo problemas en comprender la mayor parte de las palabras de Bithniah.

—¡No sé por qué sigo contigo! ¡Por supuesto, no es porque no encuentre a nadie más que me quiera! ¡He tenido montones de ofertas, déjame decírtelo! ¡Y me he sentido tentada, muy tentada, de aceptar algunas!

»¡Pero sí sé por qué tú me quieres a tu lado! ¡Por supuesto, no es debido a que estés enamorado de mi inteligencia o de mi cuerpo! ¡Si fuera así, te deleitarías con ellos, me hablarías más y me echarías de espaldas debajo tuyo mucho más a menudo de lo que lo haces!

»¡La única razón de que sigas conmigo es que sabes que conocí a Aarón y Moisés, y que estuve con las tribus cuando abandonamos Egipto y luego invadimos Canaán! ¡Tu único interés en mí es extraerme todo lo que sé acerca de tu gran y sagrado héroe, Moisés!

Las orejas de Mix se enhiestaron, figurativamente. ¡Bien, bien! He ahí a un hombre que había conocido a Cristo, o al menos eso decía, viviendo con una mujer que había conocido a Aarón y Moisés, o al menos eso decía. De todos modos, cualquiera de ellos, o ambos, podían estar mintiendo. Había tantos mentirosos a lo largo del Río. Él era quien mejor podía saberlo. Hace falta un mentiroso para reconocer a otro, aunque sus mentiras eran en su mayor parte simples prevaricaciones inofensivas.

—¡Déjame decírtelo, Yeshua! —gritó Bithniah—. ¡Moisés era un sinvergüenza! ¡Siempre estaba predicando contra el adulterio y contra yacer con mujeres gentiles, pero resulta que yo sé lo que él practicaba! ¡Bueno, incluso se casó con una gentil, una *kushi* del Midian! ¡E intentó impedir que su hijo fuera circuncidado!

—He oído todo esto muchas veces antes —dijo Yeshua.

—Pero no crees realmente que te esté diciendo la verdad, ¿no? ¡No puedes aceptar que lo que creíste tan devotamente durante toda tu vida sea un puñado de mentiras! ¿Por qué debería mentir yo? ¿Qué ganaría con ello?

—Te gusta torturarme, mujer.

—Oh, no necesito mentir para conseguir eso. ¡Hay muchas otras formas! ¡De todos modos, es cierto que Moisés no sólo tenía muchas esposas, sino que también tomaba a las mujeres de otros hombres si se le presentaba la oportunidad! Yo lo sabía muy bien: yo fui una de ellas. ¡Pero era un auténtico hombre, un toro! ¡No como tú! ¡Tú solamente te conviertes en un auténtico hombre cuando tomas la goma de los sueños o estás fuera de ti! ¿Qué tipo de hombre es este, te pregunto?

—Paz, mujer —dijo suavemente Yeshua.

—¡Entonces no me llames mentirosa!

—Yo nunca he hecho eso.

—¡No necesitas hacerlo! ¡Puedo ver en tus ojos, oír en tu voz, que no me crees!

—No. Aunque hay veces, la mayor parte de las veces, de hecho, en que desearía no haber oído nunca tus historias. Pero grande es la verdad, independientemente de lo que duela.

Siguió hablando en hebreo o arameo. El tono de su voz indicaba que estaba citando algo.

—¡Háblame en inglés! —gritó Bithniah—. ¡Estoy harta de los que se proclaman hombres santos y se pasan toda la vida citando proverbios morales, mientras sus propios pecados huelen durante todo el tiempo como un camello enfermo! ¡Suenas como ellos! ¡Y tú ni siquiera afirmas haber sido un hombre santo! ¡Quizá lo fueras! ¡Pero creo más bien que tu devoción te arruinó! ¡Aunque me gustaría saberlo, de todos modos! ¡Tú nunca me has hablado mucho acerca de tu vida! ¡Aprendí muchas más cosas de ti cuando estabas hablándole a los hombres del consejo que todo lo que me hayas dicho directamente nunca!

La voz de Yeshua, que se había ido haciendo más baja cada vez, se volvió de pronto tan suave que Mix no pudo captar ni una sola palabra. Miró hacia las montañas del este. Unos cuantos minutos más, y el sol se asomaría por ellas. Entonces las piedras lanzarían su retumbante y resplandeciente energía. Si no se apresuraban, se quedarían sin desayuno. Es decir, a menos que se conformaran con pescado seco y pan de bellota, cuyo solo pensamiento le hacía sentir náuseas.

Llamó sonoramente a la puerta. Los dos que estaban dentro callaron. Bithniah abrió con violencia la puerta, pero logró sonreírle como si nada hubiese pasado.

—Sí, ya lo sé. Iremos inmediatamente.

—Yo no —dijo Yeshua—, yo no tengo hambre.

—¡Eso mismo! —chilló Bithniah—. Ahora intenta que yo me sienta culpable, que yo sea responsable de tu falta de apetito. Muy bien, pues yo tengo hambre y voy a comer. Puedes quedarte ahí sentado y cavilar lo que quieras.

—Digas lo que digas tú, me iré a vivir a las montañas.

—¡Allá tú! ¡Debes tener algo que ocultar! ¿Quién te persigue? ¿Por qué tienes tanto miedo a vivir entre la gente? ¡Yo no tengo nada que ocultar!

Bithniah cogió su copia por el asa y salió hecha una furia. Mix caminó a su lado intentando entablar una conversación agradable. Pero ella estaba demasiado enfadada por cooperar. Cuando divisaron la roca fungiforme más próxima, situada entre dos lomas, de su cima brotaron llamas azules y llegó hasta ellos un rugido como de león. Bithniah se detuvo y masculló algo en su idioma nativo. Evidentemente maldecía. Mix se contentó con una sola palabra.

—¿Tienes un humo? —preguntó ella, tras tranquilizarse un poco.

—En mi cabaña. Pero tendrás que pagarme después. Yo suelo cambiar mis cigarrillos por licor.

—¿Cigarrillos? ¿Así llamas tú a los *pipaquins*?

Él asintió y regresaron a su cabaña. Yeshua no aparecía. Mix dejó la puerta abierta aposta. No confiaba ni en Bithniah ni en sí mismo.

Bithniah miró a la puerta.

—Debes pensar que soy tonta. ¡En la puerta contigua a la de Yeshua!

Mix rió entre dientes.

—Se ve que nunca viviste en Hollywood.

Le dio un cigarrillo. Ella utilizó el encendedor que le había proporcionado la copia: una caja metálica de la que, al hacer presión a un lado, brotaba un alambre de un resplandor blanquecino.

—¿Nos oíste, verdad? —dijo ella—. Los dos estábamos chillando como locos. Es un hombre muy difícil. A veces me asusta, y no soy fácil de asustar. Hay en él algo muy profundo... y muy diferente, casi extraño, como inhumano. No es que no sea bueno, ni que no entienda a la gente. Es bueno y entiende a la gente... pero quizá demasiado.

»Lo malo es que siempre parece retraído. A veces se ríe mucho, y me hace reír, pues tiene un maravilloso sentido del humor. Pero otras hace juicios duros, tanto que me ofenden porque sé que me incluye entre los acusados. Yo no me hago ilusiones sobre hombres o mujeres. Sé lo que son y lo que se puede esperar. Pero acepto esto. La gente es gente, aunque a veces pretendan ser mejor de lo que son. Pero lo que yo te digo es que si esperas lo peor de vez en cuando te llevas una sorpresa agradable porque no resulta así.

—Mi actitud es bastante parecida —dijo Mix—. Hasta los caballos son impredecibles; y los hombres son mucho más complicados. Así que nunca puedes saber exactamente lo que va a hacer un caballo o un hombre y qué es lo que le impulsa. De eso puedes estar seguro. Tú para ti mismo eres el Número Uno, pero para la otra persona, el Número Uno es ella. Si alguien actúa como si tú fueses el Número Uno y se sacrifica por ti está engañándose a sí mismo.

—Tal como hablas parece como si tuvieses problemas con tu esposa.

—Ay, las esposas. Por cierto que esa es una de las cosas que me gustan de este mundo. Que no tienes que pasar por un juicio ni pagar nada cuando te separas. Simplemente coges tu cubo, tus toallas y tus armas y te vas. No hay relaciones de propiedad, no hay leyes, no hay hijos de quien preocuparse, aunque yo no tenía hijos en la Tierra.

—Yo tuve doce hijos —dijo ella—. Murieron todos salvo tres antes de los dos años. Gracias a Dios, no tendré que volver a pasar por eso aquí.

—Quien nos esterilizó sabía lo que hacía —dijo Mix—. Si hubiésemos podido tener hijos, este valle estaría tan atestado como una porqueriza a la hora de la comida.

Se aproximó a ella y sonrió.

—De todos modos, nosotros los hombres aún tenemos nuestras armas, aunque estén cargadas con balas de fogeo.

—Quédate dónde estás —dijo ella, aunque no había dejado de sonreír—. Aunque dejase a Yeshua, no creo que me fuese contigo. Te pareces demasiado a él.

—Podría demostrarte que soy distinto —dijo él, pero se apartó de ella y tomó un trozo de pescado seco de su saco de cuero. Mientras lo comía, le preguntó por el Moisés al que habían mencionado en la discusión.

—¿Te enfadarías y me pegarías si te dijese la verdad? —dijo ella.

—No, ¿por qué? —preguntó él.

—Porque he aprendido a mantener la boca cerrada respecto a mi vida terrenal. La primera vez que hablé de ello, eso ocurrió al año siguiente del Día del Gran Grito, fui terriblemente apaleada y arrojada al Río. La gente que lo hizo se sintió ultrajada por mis palabras, aunque todavía no comprendo por qué. Sabían que su religión era falsa. Tenían que saberlo desde el momento mismo en que resucitaron de entre los muertos en este mundo. Pero tuve suerte de no ser torturada y luego quemada viva.

—Me gustaría oír la auténtica historia del éxodo —dijo él—. No me importa que no sea la que me enseñaron en la escuela dominical.

—¿Me prometes no decírselo a nadie?

—Te lo prometo. Puedes confiar en mí.

Ella lo miró inexpresivamente.

—¿Es realmente una promesa?

—Tanto como pueda serlo cualquier otra.

—Está bien.

Había nacido, dijo, en la región de Goshen, que se hallaba en la región de Mizraim, es decir, Egipto. Su tribu era la de Leví, y había acudido con otras tribus de Eber a Mizraim hacía unos cuatro años.

El hambre en su propia región los había empujado hasta allí. Además, Yuseph —es decir, José— los había invitado a ir allí. Era el visir del Faraón de Egipto, y por lo tanto estaba en su mano el traer a las tribus a las fértiles tierras al este del gran delta del Nilo.

—¿Quieres decir que la historia de José es cierta? —dijo Mix—. ¿Fue vendido como esclavo por sus hermanos, y se convirtió en la mano derecha del Faraón?

Bithniah sonrió y dijo:

—Debes recordar que todo eso ocurrió cuatrocientos años antes de que yo naciera. Puede que fuera o no fuera cierto, pero esa fue la historia que me contaron.

—Me resulta difícil creer que un Faraón hiciera de un hebreo nómada su primer ministro. ¿Por qué no elegiría a un egipcio, un hombre civilizado que conociera todos los complicados problemas de administrar una gran nación?

—No lo sé. Pero el Faraón del Bajo Egipto, por aquel entonces, cuando mis antepasados llegaron a Egipto, no era un egipcio. Era un extranjero, uno de esos invasores de los desiertos que los ingleses llaman los reyes pastores. Hablaba un idioma muy parecido al hebreo, o al menos eso me dijeron. Puede que considerara a José más o menos como un primo suyo. Un miembro de su pueblo, al menos, y por lo tanto más digno de confianza que un egipcio nativo. De todos modos, no sé si la historia es cierta, puesto que no vi a José con mis propios ojos, por supuesto. Pero mientras mi gente estaba en Goshen, la gente del Alto Egipto conquistó a los reyes pastores y puso a uno de los suyos propios como Faraón de todo Egipto.

Entonces, dijo Bithniah, fue cuando los hijos de Eber y de Jacob empezaron a empeorar. Habían entrado en Mizraim como hombres libres, trabajando bajo contrato, pero entonces se convirtieron en esclavos, de hecho si no oficialmente.

—Sin embargo, no fue tan malo hasta que el gran Ramsés se convirtió en Faraón. Era un poderoso guerrero y un edificador de fortalezas y ciudades, y los hebreos estaban entre los muchos pueblos destinados a esta tarea.

—Ese Ramsés, ¿fue el primero o el segundo? —preguntó Mix.

—No lo sé. El Faraón antes de él se llamaba Seti.

—Entonces debió tratarse de Ramsés II —dijo Mix—. ¡De modo que él fue el Faraón de la Opresión! Y el hombre que le sucedió, ¿se llamaba Merneptah?

—Pronuncias su nombre de una forma extraña, pero sí, él era.

—El Faraón del éxodo.

—Sí, el de la marcha. Fuimos capaces de escapar de nuestro cautiverio debido a que Mizraim estaba revuelto por aquel entonces. La gente de los mares, como los llaman los ingleses, y como eran llamados en mi época, invadieron la región. Según tengo entendido, fueron derrotados, pero durante la época de los disturbios aprovechamos la oportunidad para huir de Mizraim.

—Moisés, ¿no fue al Faraón y le pidió que a su pueblo le fuera permitido el irse?

—No se hubiera atrevido. Hubiera sido torturado y luego ejecutado. Y muchos de nosotros hubieran sido degollados como ejemplo.

—¿Oíste hablar de las plagas que asolaron a los egipcios y que Dios envió a petición de Moisés? ¿El Nilo convirtiéndose en sangre, la plaga de las langostas, la muerte de todos los primogénitos masculinos de los egipcios y la marca con sangre de los umbrales de las casas de los hebreos a fin de que sus hijos fueran respetados?

Ella se echó a reír y dijo:

—No hasta que llegué a este mundo. Hubo una plaga que arrasó todo el país, pero mató tanto a hebreos como a egipcios. Mis dos hermanos y una hermana murieron de ella, y yo enfermé también, aunque sobreviví.

Mix le preguntó acerca de la religión de las tribus. Ella dijo que había una mezcla de religiones en las tribus. Su madre había adorado, entre otros, a Él, el principal dios que los hebreos habían traído consigo cuando habían entrado en las tierras de Goshen. Su padre se había inclinado por los dioses de Egipto, especialmente Ra. Pero había participado en la oferta de sacrificios a Él, aunque estos fueran pocos. No podía permitirse pagar muchos.

Ella había conocido a Moisés cuando ella era todavía muy joven. Él era un muchacho salvaje (esas fueron sus propias palabras), medio hebreo, medio mizraimita. La mezcla no era nada raro. Las mujeres esclavas eran a menudo violadas por sus dueños o se entregaban voluntariamente a fin de obtener más comida y comodidades para la criatura. O a veces simplemente porque les gustaba tener relaciones sexuales. Incluso había algunas dudas acerca de si una de sus hermanas era o no hebrea, si su padre había sido hebreo o egipcio.

Había también algunas dudas acerca de la identidad del padre de Moisés.

—Cuando Moisés tenía diez años fue adoptado por un sacerdote egipcio que había perdido a sus dos hijos en una plaga. ¿Por qué adoptaría el sacerdote a Moisés en vez de a un muchacho egipcio, a menos que el sacerdote fuera realmente el padre de Moisés? La madre de Moisés había trabajado durante un cierto tiempo para el sacerdote.

Cuando Moisés tenía quince años, había regresado a los hebreos, y se convirtió de nuevo en un esclavo. La historia era que su padre adoptivo había sido ejecutado debido a que practicaba secretamente la religión prohibida de Atón, fundada por el maldito Faraón Akenatón. Pero Bithniah sospechaba que fue a causa de que Moisés se hizo sospechoso ante los ojos de su padre de dormir con una de sus concubinas.

—¿No tuvo que huir más tarde al Midian, a resultas de haber matado a un egipcio contra maestre de esclavos? Se supone que mató al hombre cuando lo descubrió maltratando a un esclavo hebreo.

Bithniah se echó a reír.

—Probablemente la verdad sea que el egipcio lo descubrió a él con su esposa, y Moisés se vio obligado a matarlo para evitar ser él el muerto. Pero escapó al Midian. O eso es lo que dijo cuando regresó algunos años más tarde bajo un nombre falso.

—Moisés debió ser un lujurioso del infierno —dijo Mix.

—El chico creció con características de macho cabrío.

Al regresar con su esposa medianita, Moisés anunció que los hijos de Eber habían sido adoptados por un dios. Este dios era Yahvé. El anuncio cogió por sorpresa a los hebreos, la mayoría de los cuales no habían oído hablar de Yahvé hasta entonces. Pero Yahvé había hablado a través de una mata ardiendo a Moisés, y Moisés había sido encargado de liberar a su pueblo de la esclavitud. Era un hombre inspirado y hablaba con gran autoridad, parecía arder realmente con la luz de Yahvé tanto como la mata ardiendo que describía.

—¿Qué hay acerca de la separación de las aguas del Mar Rojo y de ahogar luego al Faraón y a sus soldados cuando persiguieron a tus hebreos?

—Esos hebreos que vivieron mucho después que nosotros y escribieron esos libros de los que me han hablado eran unos mentirosos. O quizá no fueran mentirosos, sino que simplemente creyeran las historias que eran contadas de boca en boca a lo largo de muchos siglos.

—¿Qué hay acerca del becerro de oro?

—¿Te refieres a la estatua del dios que el hermano de Moisés, Aarón, construyó mientras Moisés estaba en la montaña hablando con Yahvé? Era un becerro, el dios mizraimita Hapi con forma de becerro. Pero no era de oro. Estaba hecho de arcilla. ¿Dónde podíamos conseguir oro en aquel desierto?

—Pensé que al liberaros de la esclavitud habríais llevado con vosotros un buen botín en vuestra huida.

—Pudimos sentirnos lo bastante afortunados llevándonos con nosotros nuestras ropas y nuestras armas. Nos marchamos apresuradamente, y no deseábamos lastrarnos más de lo necesario, por si los soldados iban detrás de nosotros. Afortunadamente, las guarniciones estaban faltas de hombres por aquella época. Muchos soldados habían sido llamados a la costa para luchar contra la gente del mar.

—¿Moisés hizo las tablas de piedra?

—Sí. Pero no había diez mandamientos en ellas. Y estaban escritas con jeroglíficos egipcios. Yo no podía leerlos; las tres cuartas partes de nosotros no podíamos. De todos modos, no había espacio suficiente en las tablas como para escribir diez mandamientos en jeroglíficos egipcios. Y la escritura duró poco. La pintura era mala, y los ardientes vientos y la arena la arrancaron muy pronto de la piedra.



—¿Por qué no?

—He hecho voto de no derramar la sangre de ningún ser humano ni de tomar parte en ninguna actividad que dé como resultado el derramamiento de sangre.

—¿Pero y cuando estabais huyendo? ¿Acaso no luchaste contra tus perseguidores?

—No, no lo hice.

—¿Quieres decir que si hubierais sido capturados no te hubieras defendido? ¿Simplemente te hubieras quedado ahí y permitido que te asesinaran?

—Así es.

Stafford tamborileó sus dedos de nuevo, mientras su piel enrojecía lentamente. Luego dijo:

—Sé muy poco acerca de esta Iglesia de la Segunda Oportunidad, pero he oído algunos informes de que sus miembros se niegan a luchar. ¿Eres tú uno de ellos?

Yeshua agitó negativamente la cabeza.

—No. Mi voto es absolutamente privado.

—Tales cosas no existen —dijo Stafford—. Una vez has comunicado tu voto a otras personas, se convierte en algo público. Lo que tú quieres decir es que hiciste ese voto a tu dios.

—No creo en los dioses ni en un Dios —dijo Yeshua con una voz baja pero firme—. Hubo un tiempo en que sí creía, y creía muy firmemente. De hecho, era más que una creencia. Era conocimiento. Sabía. Pero estaba equivocado.

»Ahora creo tan sólo en mí mismo. No a causa de que me conozca a mí mismo. Ningún hombre conoce realmente nada, ni siquiera a sí mismo, o quizá debiera decir que ningún hombre conoce lo suficiente. Pero yo sé esto. Que puedo formular un voto para mí mismo, y mantenerlo.

Stafford sujetó el borde de su escritorio como si estuviera comprobando su realidad.

—Si no crees en Dios, entonces ¿por qué haces un voto así? ¿Qué te importa derramar sangre en defensa propia? Es algo natural. Y si no hay Dios, no hay tampoco pecado. Un hombre puede hacer lo que quiera, no importa lo que dañe a otros, y ello es correcto porque todas las cosas son correctas o todas las cosas no son correctas si no existe una Ley Superior. Las leyes humanas no importan.

—Los votos son la única cosa auténtica en el mundo.

Bithniah se echó a reír y dijo:

—¡Está loco! ¡No sacarás ningún sentido de sus palabras! ¡Creo que se niega a matar para impedir que lo maten porque desea ser matado! ¡Le gustaría morir, pero no tiene el valor suficiente como para suicidarse! ¡Además, qué obtendría con ello! ¡Simplemente sería resucitado en algún otro lugar!

—Lo cual —dijo Stafford— hace que tu voto carezca de significado. Realmente no puedes matar a nadie aquí. Puedes detener la respiración de una persona, y se convertirá en un cadáver. Pero veinticuatro horas más tarde tendrá un nuevo cuerpo, un cuerpo completo, aunque el anterior haya sido cortado en mil pedazos.

Yeshua se alzó de hombros.

—Eso no importa. No para mí, al menos. He hecho mi voto, y no voy a romperlo.

—¡Loco! —dijo Bithniah.

—Supongo que no pretenderás iniciar una nueva religión, ¿verdad? —dijo Mix.

Yeshua miró a Mix como si fuera un estúpido.

—Simplemente dije que no creo en Dios.

Stafford suspiró.

—No tengo tiempo de discutir de teología o filosofía contigo. De todos modos, la resolución de tu caso es fácil. Puedes abandonar nuestro estado inmediatamente, y al decir inmediatamente quiero decir en este mismo momento. O puedes quedarte aquí, pero como subciudadano. Hay diez de tales subciudadanos viviendo actualmente en Nueva Albión. Ellos, como tú, no quieren luchar, aunque por razones distintas a las tuyas. Pero tienen sus deberes, sus trabajos, exactamente igual que todos los demás ciudadanos. Sin embargo, no pueden recibir ninguno de los bonos entregados a los ciudadanos cada tres meses por el estado, los cigarrillos, licor, y comida extras. Se les exige que contribuyan con una cierta cantidad de lo que reciben en sus copias al tesoro del estado. Y deben trabajar turnos extra como limpiadores de las letrinas. También, en caso de guerra, serán mantenidos en el interior de la empalizada hasta que la guerra haya terminado. Esto es para que no se vean obligados a realizar ninguna tarea militar. Otra razón para ello es que no podemos estar seguros de su lealtad.

—Acepto esto —dijo Yeshua—. Construiré para vosotros botes de pesca y casas y cualquier otra cosa que sea necesaria siempre y cuando no esté directamente conectada con la guerra.

—Eso no siempre resulta fácil de discernir —dijo Stafford—. Pero no importa, podemos utilizarte.

Después de ser despedidos y haber salido fuera, Bithniah detuvo a Yeshua.

—Adiós, Yeshua —dijo con ojos llameantes—. Te dejo. No puedo seguir soportando por más tiempo tu locura.

Yeshua pareció más triste aún.

—No voy a discutir contigo. Será mejor si nos separamos. No te estaba haciendo feliz, y no es bueno depositar la infelicidad de uno sobre otra persona.

—No, estás equivocado respecto a esto —dijo ella. Las lágrimas empezaron a correr por sus mejillas—. No me importa compartir la infelicidad si puedo ayudar a aliviarla, si puedo hacer algo al respecto. Pero no puedo ayudarte. Lo intenté, y fracasé, aunque no me echo la culpa de este fracaso.

Yeshua se alejó.

—Tom —dijo Bithniah—, ahí va el hombre más infeliz del mundo. Me gustaría saber por qué está tan triste y solo.

Mix miró hacia su casi doble, que se alejaba caminando rápidamente, como si tuviera algún lugar donde ir, y dijo:

—Por la gracia de Dios, id.

Y se preguntó de nuevo qué extraña conjunción de genes había dado como resultado dos hombres, nacidos con aproximadamente mil ochenta años de separación en países distanciados ocho mil kilómetros el uno del otro, de antepasados totalmente distintos, y que sin embargo parecían gemelos. ¿Cuántas de tales coincidencias se habían producido durante la existencia del hombre en la Tierra?

Bithniah se fue a unirse a un grupo femenino de trabajo. Mix buscó al capitán Hawkins y le transmitió las órdenes de Stafford. Pasó una hora entrenándose con su compañía, y el resto de la

mañana practicando la lucha con el hacha y el escudo y arrojando la lanza. Aquella tarde, mostró a algunos artesanos cómo hacer bumeranes. Al cabo de unos pocos días podría empezar a instruir en su lanzamiento.

Unas horas antes del oscurecer, quedó libre. Después de bañarse en el río volvió a su cabaña. Bithniah estaba en casa, pero Yeshua no.

—Se fue a las montañas —dijo ella—. ¡Quiere volver a ser puro! ¡Dice que necesita purificarse y meditar!

—Puede hacer lo que quiera con su tiempo libre —dijo Mix—. Bien, Bithniah, ¿qué te parece si te vienes a vivir conmigo? Me gustas, y creo que yo te gusto también.

—Me sentiría tentada si no te parecieras tanto a Yeshua —dijo ella, sonriendo.

—Puede que sea su imagen en el espejo, pero no tengo el ceño tan fruncido. Podemos divertirnos, y yo no necesito la goma de los sueños para hacer el amor.

—Pero siempre me recordarás a él —dijo ella. De pronto se echó a llorar, y se metió corriendo en su choza.

Mix se alzó de hombros, y se dirigió a la piedra más próxima para colocar sobre ella su copia.

Mientras comía los artículos proporcionados por su copia, cubo sagrado, cuerno de la abundancia, grial, cilindro, o como quiera llamársele, entabló conversación con una hermosa rubia de aspecto solitario. Se llamaba Delores Rambaut, y había nacido en Cincinnati, Ohio, en 1945. Había vivido en el estado del otro lado del Río hasta aquella misma mañana. Su compañero de choza la había vuelto loca con sus irrazonables celos, y así, después de soportarlo durante mucho tiempo, se había marchado. Por supuesto, dijo, podía haberse ido simplemente de la cabaña, pero lo más probable era que él hubiera intentado matarla.

—¿Cómo es que estabais viviendo con todos esos Hunos? —dijo él.

Ella pareció sorprendida.

—¿Hunos? Esa gente no son hunos. Son lo que llamamos escitas. Al menos, eso es lo que creo que son. Son una gente más bien alta y de piel blanca, caucasianos. Eran grandes jinetes en la Tierra, ¿sabes?, y conquistaron un amplio territorio en el sur de Rusia. En el siglo III a. C., si recuerdo correctamente lo que leí de ellos.

—La gente de aquí los llama Hunos —dijo él—. Quizá tan sólo sea un término insultante y no tenga relación alguna con su raza o nacionalidad. O al contrario. Sea como sea, me alegra que estés aquí. No tengo ninguna compañera, y me siento solo.

Ella se echó a reír y dijo:

—¿No crees que estás yendo demasiado aprisa? Tom Mix, ¿eh? ¿No serás por casualidad...?

—El único e inimitable —dijo él—. Y tan desprovisto de caballo como lo están ahora los antiguos escitas.

—Hubiera debido darme cuenta. Vi bastantes fotos tuyas cuando era niña. Mi padre era un gran admirador tuyo. Tenía un montón de recortes de periódicos sobre ti, una foto autografiada, e incluso el cartel de una de tus películas, Tom Mix en Arabia. Decía que era la mejor película que habías hecho en toda tu vida. De hecho, dijo que era una de las mejores películas que hubiera visto nunca.

—A mí también me gustó siempre —dijo él, sonriendo.

—Sí. Era un poco triste, de todos modos. Oh, no me refiero a esa película. Me refiero a todas tus películas. Hiciste... ¿cuántas?

—Doscientas sesenta... creo.

—¡Huau! ¿Tantas? Sea como sea, mi padre dijo, oh, eso fue muchos años más tarde, cuando ya era un hombre muy viejo, que todas ellas habían desaparecido. Los estudios no tenían ninguna, y las pocas que aún existían eran propiedad privada y se estaban deteriorando rápidamente.

Tom dio un respingo, y dijo:

—*Sic transit gloria mundi*. De todos modos, gané un montón de dinero, y me lo pasé tremendamente bien haciéndolas. Así que, ¿qué demonios importa?

Delores había nacido cinco años después de que él estrellara su coche contra una barricada cerca de Florence, en la carretera entre Tucson y Phoenix. Estaba viajando como agente promotor de un circo y llevaba consigo un maletín metálico lleno de dinero con el cual debía pagar unas facturas.

Como de costumbre, conducía aprisa, a ciento cuarenta por hora en aquellos momentos. Había visto la señal de precaución indicando que la carretera estaba siendo reparada. Pero, también como de costumbre, no había prestado demasiada atención a la advertencia. En un momento determinado, la carretera estaba despejada. Al momento siguiente... no había forma de evitar estrellarse contra la barricada.

—Mi padre decía que moriste inmediatamente. El maletín estaba detrás tuyo, y te partió el cuello. Tom se sobresaltó de nuevo.

—Siempre tuve suerte.

—Decía que el maletín se abrió, y que había billetes de mil dólares flotando por todo el lugar. Era una lluvia de dinero. Los trabajadores no te prestaron ninguna atención al principio. Estaban corriendo arriba y abajo como gallinas con un zorro suelto en el gallinero, agarrando el dinero, metiéndoselo en sus bolsillos y debajo de sus camisas. Pero no supieron quién eras hasta más tarde. Tuviste un funeral realmente grande, y fuiste enterrado en el cementerio de Forest Lawn.

—Tenía clase —dijo él—. Incluso en mi muerte. ¿Acudió Victoria Forde, mi cuarta esposa, al funeral?

—No lo sé. Bueno, ¿qué te parece? ¡Aquí estoy, sentada, comiendo y hablando con una famosa estrella del cine!

Tom se sintió dolido de que los trabajadores hubieran estado más interesados en recoger el dinero que estaba flotando como verdes copos de nieve que en averiguar si él estaba muerto o no. Pero rápidamente se sonrió para mí mismo. Si él hubiera estado en su pellejo, probablemente hubiera hecho lo mismo. La visión de un billete de mil dólares flotando en el viento era algo muy tentador... sobre todo para aquellos que no ganaban en diez años lo que él conseguía en una semana. Realmente, no podía culpar a los pobres tipos.

—Erigieron un monumento en el lugar del accidente —dijo ella—. Mi padre se detuvo en una ocasión a verlo, cuando nos llevó en un viaje de vacaciones por el sudoeste. Espero que el saber esto te haga sentir un poco mejor.

—Me gustaría que los de aquí supieran la gran personalidad que fui yo en la Tierra —dijo él—. Quizá entonces me dieran un rango más alto que el de sargento. Pero no habían oído hablar del cine hasta que llegaron aquí, por supuesto, y ni siquiera pueden imaginar de qué se trata.

Al cabo de dos horas, Delores decidió que se conocían ya el tiempo suficiente como para que él no estuviera yendo demasiado aprisa. Aceptó su invitación de trasladarse a su cabaña. Apenas habían alcanzado su puerta cuando apareció Channing. Había sido envidia a decirle a Mix que debía presentarse inmediatamente ante el lord mayor.

Stafford estaba aguardándole en la Sala del Consejo.

—Maestro Mix, sabes mucho acerca de Kramer, y posees unos antecedentes militares tan excelentes que te nombro desde ahora mismo consejero adscrito al alto mando. No pierdas el tiempo dándome las gracias.

»Me dicen los espías que tengo en la tierra de Kramer que este prepara un gran ataque. No saben contra quién, porque Kramer no se lo ha comunicado siquiera a su alto mando. Sabe que tenemos espías allí, como sin duda debe tenerlos él aquí.

—Espero que no sigas pensando que soy un espía —dijo Mix.

Stafford sonrió levemente.

—No. Comprobé tu historia. No eres un espía, a menos que seas parte de un diabólico plan de Kramer, que este se prestase a sacrificar una buena embarcación y un grupo de soldados para convencerme de que tú eres lo que dices ser. Lo dudo, porque Kramer no es de los que liberan a prisioneros judíos. Claro que mata a la mayoría de los prisioneros, así que no puedo estar absolutamente seguro.

Stafford, supo Mix, se había sentido impresionado por la exhibición de Mix en la lucha en el Río y por los informes de los superiores de Mix. Además, la experiencia militar de Mix en la Tierra había hecho pensar un poco a Stafford. Tom se sintió ligeramente culpable por aquello, pero la sensación pasó rápidamente. Además, Mix conocía la topografía y las defensas de Deusvolens muy bien. Y había dicho la noche anterior que la única forma de derrotar a Kramer era darle de puñetazos hasta que se rindiera.

—Una curiosa forma de expresarlo, pero de un significado completamente claro —había dicho Stafford.

—Por lo que he oído —dijo Mix—, el método de expansión de Kramer es saltar como una rana por encima de un estado y conquistar el que queda más allá. Después de consolidar esta conquista, establece un cerco de la zona intermedia con sus ejércitos. Es un método excelente, pero no resultaría si los otros estados se aliasen contra él. Por desgracia tienen entre sí demasiadas rencillas y están demasiado celosos de las prerrogativas propias para someterse a la dirección de otro estado. Además no confían unos en otros. Así Kramer puede salirse con la suya.

»Pero creo que si pudiésemos asestarle un buen golpe, como capturar o matar de alguna forma a Kramer y a su ayudante español, Don Esteban de Falla, debilitaríamos considerablemente a Deusvolens. Entonces los demás estados acudirían galopando como comanches, con lo que podríamos aplastar Deusvolens y agarrar todo lo agarrable que encontráramos.

»Así pues, mi idea es realizar una incursión nocturna, por barco, naturalmente, una incursión masiva que pillara a Kramer con los pantalones bajados. Quemar su flota y caer sobre Kramer y de Falla y cortar sus gargantas. Rebana las cabezas del estado, y el cuerpo se rendirá. Su gente se verá dispersada.

—He enviado asesinos tras él varias veces, y siempre han fracasado —dijo Stafford—. Claro que puedo intentarlo de nuevo. Si creamos la suficiente distracción, puede que tengan éxito esta vez. De todos modos, no veo como podemos llevar adelante este plan. Navegar Río arriba es un trabajo lento, y no podremos alcanzar las tierras de Kramer cuando aún sea oscuro si partimos al anochecer. Seremos observados por sus espías mucho tiempo antes de que lleguemos allá, lo más probablemente cuando reunamos nuestras embarcaciones. Kramer estará preparado esperándonos. Esto sería fatal para nosotros. Tenemos que tener la sorpresa a nuestro favor.

—Ajá —dijo Mix—. Pero estás olvidando a los Hunos del otro lado del Río. Oh, incidentalmente, acabo de enterarme de que no son realmente hunos, son antiguos escitas.

—Ya lo sé —dijo Stafford—. Fueron erróneamente llamados Hunos en los primeros días, debido a su salvajismo y a nuestra ignorancia. La terminología no importa. Limitémonos a los puntos

relevantes.

—Lo siento. Bien, hasta ahora, Kramer ha estado trabajando únicamente en este lado del río. No ha molestado ni ha sido molestado por los Hunos. Pero ellos no son estúpidos, según lo que acabo de saber.

—Ah, sí, de esa mujer, Delores Rambaut —dijo Stafford.

Tom Mix intentó reprimir su sorpresa.

—¿Tienes espías espiando a tu propia gente?

—No oficialmente. No necesito destinar gente a espiar a nuestros propios conciudadanos. Hay bastantes voluntarios para venir corriendo a contarme todo lo que ocurre aquí. Son charlatanes, y la mayor parte del tiempo constituyen un engorro. Ocasionalmente, sin embargo, me dicen algo importante.

—Bien, lo que quería decir cuando he señalado que los Hunos no son estúpidos era que saben que Kramer va a terminar atacándoles cuando tenga ya los suficientes estados de este lado del Río bajo su yugo. Tienen que saber que entonces se lanzará contra ellos a fin de consolidar toda la zona. Saben que puede que transcurran años antes de que esto ocurra, pero saben también que terminará ocurriendo. Así pues, serán receptivos a algunas ideas que he estado madurando. Esto es lo que podemos hacer. Hablaron durante otra hora. Al final, Stafford dijo que haría lo que pudiera para desarrollar el plan de Mix. Era, en su opinión, un plan desesperado, debido principalmente al poco tiempo que había para llevarlo a cabo. Significaba permanecer en vela todas las noches y trabajar duro. Cada minuto que pasara proporcionaba a los espías de Kramer muchas más oportunidades de descubrir lo que estaba ocurriendo. Pero tenía que hacerse. No tenía intención de permanecer sentado pasivamente y aguardar a que Kramer atacara. Era mejor correr el riesgo que dejar que Kramer hiciera todos los disparos. Stafford estaba empezando a emplear algunos de los americanismos del siglo XX de Mix.

Inteligencia informó que Kramer no estaba utilizando todas sus fuerzas. Aunque teóricamente poseía disponibles los suficientes soldados y marineros como para abrumar tanto Nueva Albión como Ormondia, de hecho temía retirar demasiadas fuerzas de sus estados sometidos. Sus guarniciones en ellos estaban compuestas por una minoría de hombres de Deusvolens y una mayoría de colaboradores de los estados ocupados. Mantenían a la gente aterrorizada y habían construido muros de tierra y madera en las fronteras y estacionado tropas en fuertes a lo largo de ellas. Las copias de la mayor parte de los ciudadanos estaban almacenadas en lugares bien custodiados y solamente salían de allí durante los momentos de carga. Cualquiera que deseara huir o bien tenía que robar su copia o matarse para resucitar en algún otro lugar del Río con una nueva copia. Lo primero era casi imposible de hacer, y el segundo recurso era empleado tan sólo por los más valientes o más desesperados.

De todos modos, si Kramer debilitaba excesivamente sus guarniciones, podía encontrarse con una docena de revoluciones a la vez.

Por lo que decían los espías de Stafford, Kramer había tomado discretamente dos de cada diez de sus soldados y marineros en los estados sometidos y los había trasladado a Deusvolens y Felipia, el estado contiguo a su frontera norte. Su flota estaba estacionada a lo largo de las orillas del Río en una larga línea. Pero los soldados y las embarcaciones podían ser reunidos en cualquier momento durante la noche. Cuál sería esa noche era algo, por supuesto, que se desconocía.

—Los espías de Kramer saben que tú y Yeshua y Bithniah estáis aquí —dijo Stafford a Mix—. Tú crees que va a atacar a Nueva Albión simplemente para haceros volver a vosotros tres. Yo no lo creo. ¿Por qué deberíais ser tan importantes para él?

—Otros han escapado de él —dijo Mix—, pero nunca de una forma tan pública. Lo noticia ha circulado por todas partes, él lo sabe, y se siente humillado. Además, teme que otros puedan tener la misma idea. De todos modos, creo que lo que está planeando es extender sus conquistas, y nosotros simplemente lo hemos estimulado a actuar más pronto de lo que pretendía.

»Lo que hará será pasar más allá de Libertad y Ormondia y atacarnos a nosotros. Si toma Nueva Albión, entonces podrá iniciar su habitual movimiento de tenaza. Fueron enviados mensajeros a Ormondia, y el duque y su consejo se encontraron con Stafford y su consejo en la frontera. Pasaron la mitad de la noche intentando conseguir que el duque aceptara unirse a ellos en un ataque por sorpresa. El resto de la noche y toda la mañana fueron empleados en discutir acerca de quién debería ser el general supremo. Finalmente, Stafford aceptó que Ormonde tomara el mando. No le gustaba hacerlo, puesto que creía que el duque no era tan capaz como él. Además, los nuevoalbionenses no se sentirían felices sirviendo a sus órdenes. Pero Stafford necesitaba a los ormondianos.

Sin pararse siquiera a echar una cabezada, Stafford cruzó entonces el Río para conferenciar con los gobernantes de los dos estados «Hunos». Sus espías les habían informado que Kramer estaba planeando otra invasión. Estaban muy preocupados al respecto, puesto que Kramer nunca había atacado al otro lado del Río. Stafford les convenció finalmente de que Kramer acabaría atacándoles.

Regatearon, sin embargo, exigiendo la mayoría en el botín. Stafford y el agente del duque, Robert Abercrombie, terminaron aceptando relucientes.

El resto del día fue empleado en hacer planes para la disposición de los buques hunos. Hubo muchos problemas al respecto. Hartashershes y Dherwishawyash, los gobernantes, discutieron acerca de quién debería tomar la precedencia en el ataque. Mix indicó a Stafford que les sugiriera que los botes llevando a los gobernantes navegarían lado contra lado. Así los dos podrían desembarcar al mismo tiempo. A partir de ahí, cada cual se las arreglaría por su lado.

—Pero todo esto puede irse al garete —le dijo Stafford a Mix—. ¿Quién sabe lo que los espías de Kramer han descubierto? Puede que haya algunos incluso entre mi propio estado mayor o el de los Hunos. Y aunque no sea así, los observadores en las colinas nos observarán.

Los soldados en Nueva Albión y Ormondia estaban registrando las colinas en busca de espías. Para evitar ser descubiertos, estos deberían permanecer escondidos, incapaces de encender señales de fuego o golpear sus tambores transmisores. Algunos podían haberse deslizado por entre los cazadores para llevar su información a pie o en bote. Eso, sin embargo, tomaría tiempo.

Mientras tanto, enviados de Nueva Albión habían partido hacia tres de los estados al sur de sus fronteras. Iban a intentar conseguir su ayuda en forma de gente o embarcaciones para el ataque.

Tom, al final de la noche, había sido promovido a capitán. Se suponía que debía llevar el casco y la coraza de piel reforzados con huesos de los soldados albionianos, pero insistió en seguir llevando su sombrero de *cowboy*. Stafford se sentía demasiado cansado como para oponérsele.

Pasaron dos días y dos noches. Durante este tiempo, Mix consiguió dormir algo. Por la tarde del tercer día, decidió que necesitaba alejarse un poco de todo aquel ruido y agitación. Había tanto barullo que no podía encontrar ningún lugar tranquilo para dormir. Subiría a las colinas y encontraría un rincón apacible donde echar una cabezada, si eso era posible. Aún había grupos de búsqueda por todas partes.

Primero, sin embargo, pasó a ver a Bithniah. Vivía ahora con uno de los hombres cuya compañera había perecido durante la lucha en el Río, y parecía bastante feliz con él. No, ella no había visto al «monje chiflado», como le llamaba. Mix le informó de que había visto a Yeshua de vez en cuando, desde lejos. Había estado cortando pinos con su hacha, pero Mix no sabía con qué finalidad.

En su camino a las colinas, tropezó con Delores. Estaba en un grupo de trabajo que transportaba troncos de bambú gigante a la orilla. Su finalidad era reforzar los muros de madera que señalaban la frontera de Nueva Albión por el lado del agua. Parecía cansada y sucia y en absoluto feliz. Sin embargo, no era lo duro del trabajo lo que la hizo mirar a Mix con ojos llameantes. Ni una vez habían tenido tiempo ni energías para hacer el amor.

Tom le sonrió y le dijo:

—¡No te preocupes, querida! ¡Estaremos juntos todo el tiempo que queramos cuando todo esto haya terminado! ¡Y te haré la mujer viva más feliz!

Delores le contestó diciéndole lo que podía hacer con su sombrero.

Tom se echó a reír y dijo:

—Superarás todo esto, ya lo verás.

Ella no respondió. Se inclinó y cogió de nuevo la cuerda atada al tronco, y tiró de ella junto con

otra mujer para hacerle coronar la cresta de la colina.

—A partir de ahora todo es cuesta abajo —dijo Tom.

—No, para ti no —le respondió ella por encima del hombro.

Él se echó a reír de nuevo, pero, cuando se dio la vuelta, frunció el ceño. No era culpa suya el que ella se hubiera visto integrada a un equipo de trabajo. Y él lamentaba tanto como ella, más incluso, el no haber podido tener una luna de miel.

La siguiente colina era una babel de ruidos, con las hachas de piedra cortando las enormes plantas de bambú, los gruñidos de los hacheros, y las órdenes gritadas por los capataces de ambos sexos. Luego se encontró en una colina aún más alta, sólo para descubrir que allí tampoco había ningún lugar adecuado para dormir. Siguió adelante, sabiendo que cuando llegara a la montaña en sí, no iba a encontrar a ningún ser humano. Sin embargo, estaba empezando a sentirse cansado e impaciente.

Se detuvo cerca de la cima de la última colina para sentarse y recuperar el aliento. Allí los enormes árboles de hierro crecían muy juntos, y entre ellos había una hierba alta. No podía ver a nadie, pero podía oír débilmente las voces y las hachas. Quizá debiera simplemente echarse un poco allí. La hierba no era blanda, picaba, pero estaba tan cansado que aquello no iba a importarle. Abrió su capa y colocó su sombrero sobre su rostro, y se preparó para hundirse rápidamente en un bien merecido sueño. No había insectos que trepan sobre él o le picaran, no había ni hormigas ni moscas ni mosquitos. Como tampoco le molestaba el grito de ningún pájaro.

Se levantó y se quitó su blanca capa y la extendió sobre la hierba. Los calientes rayos del sol caían sobre él entre dos árboles de hierro; la alta hierba formaba como un muro a su alrededor. ¡Ah!

Stafford debía estarle buscando en aquellos momentos. Peor para él.

Se estiró, luego decidió quitarse sus botas militares. Sus pies ardían y estaban sudados. Se sentó y deslizó una bota fuera de su pie derecho, y empezó a quitarse el calcetín de hierba tejida. Se detuvo. ¿Había oído un roce entre la hierba que no había sido producido por el viento? Sus armas estaban a su lado, un *tomahawk* de cuarzo y un cuchillo de pedernal y un bumerán, todo ello sujeto a su cinturón. Sacó las tres cosas, dejando el bumerán sobre la capa, y sujetando el *tomahawk* en su mano derecha y el cuchillo en su izquierda.

El roce se había interrumpido, pero al cabo de un minuto se reanudó. Se alzó cautelosamente y miró por encima de la hierba. Allí, a siete metros de distancia, en dirección a la montaña, la hierba estaba aplastándose, luego alzándose de nuevo. Por un momento no pudo ver al transeúnte. O era más corto que las altas hojas, o andaba inclinado.

Luego vio una cabeza alzarse entre el verdor. Era un hombre de piel oscura, pelo negro, y rasgos hispánicos. Aquello no era significativo, puesto que la zona estaba llena de hombres como él, todos ellos buenos ciudadanos, algunos de ellos refugiados de Deusvolens y Felipia. La furtividad del hombre, sin embargo, indicaba que no estaba comportándose como alguien que perteneciera por derecho propio a aquel lugar.

Podía tratarse de un espía que estuviera eludiendo a los grupos de búsqueda.

El hombre había estado mirando hacia la montaña, presentando su perfil al observador. Mix se inclinó antes de que el desconocido volviera su cabeza hacia él. Se acuclilló, escuchando. El roce se

había detenido. Al cabo de un rato, empezó de nuevo. ¿Era consciente el hombre de que alguien más estaba allí, de modo que estaba intentando localizarle?

Se dejó caer de rodillas y apoyó la oreja sobre la tierra. Como la mayor parte de los habitantes del valle, el tipo iba probablemente descalzo o llevaba sandalias. Pero podía pisar una rama, aunque no había demasiado de estas caídas de los arbustos. O podía tropezar.

Al cabo de un minuto de intensa escucha, Mix se puso en pie. Ahora ni siquiera podía oír el sonido del paso del hombre. Como tampoco había ningún movimiento en la hierba causado por nada excepto por la brisa. ¡Sí! ¡Ahí estaba! El tipo había seguido andando. Su nuca se estaba alejando de Mix.

Se puso rápidamente el cinturón, se ciñó su capa en torno a su cuello, y volvió a colocarse la bota. Con su sombrero blanco sujeto por el ala entre los dientes, el cuchillo en una mano, el *tomahawk* en la otra, siguió al desconocido. Lo hizo lentamente, sin embargo, alzando la cabeza de tanto en tanto por encima de la hierba. Inevitablemente, en un determinado momento, perseguidor y perseguido se miraron el uno al otro al mismo tiempo.

El hombre se dejó caer inmediatamente. Ahora que había sido descubierto, Mix no vio ninguna razón para seguir agachado. Observó las oscilaciones de la hierba, traicionando al que se arrastraba entre ella como agua agitada por un nadador cerca de la superficie. Avanzó por entre la hierba, a grandes zancadas, hacia la otra estela, pero dispuesto a desaparecer inmediatamente si la estela verde cesaba.

De pronto, la oscura cabeza del hombre brotó. Sorprendentemente, se llevó un dedo a sus labios. Mix se detuvo. ¿Qué demonios estaba haciendo? Luego el hombre señaló más allá de Mix. Por un segundo, Mix se negó a mirar. Se parecía demasiado a un truco, pero ¿qué podía ganar el hombre con aquello? Estaba demasiado lejos como para obtener alguna ventaja cargando contra él cuando Mix mirara hacia sus espaldas.

Truco o no, Mix sentía demasiada curiosidad. Se volvió para examinar el territorio. Y allí estaba la hierba moviéndose, como si una invisible serpiente estuviera arrastrándose por entre ella.

Consideró rápidamente la situación. ¿Era aquella otra persona un aliado del hombre oscuro y estaba avanzando hacia él? No. Si fuera así, el hombre oscuro no se lo habría señalado. Lo que había ocurrido era que el hombre oscuro era un albioniano que había detectado a un espía. Estaba siguiendo su rastro cuando Mix lo había confundido a él con un espía.

Mix no tenía tiempo para pensar en aquel momento en cómo podría haber llegado a matar a uno de su propia gente. Se dejó caer y empezó a aproximarse al lugar donde estaba la tercera persona... donde había estado, mejor dicho, puesto que en el momento en que llegara allí el desconocido estaría probablemente en algún otro lugar. Cada doce pasos o así se alzaba para comprobar el progreso del desconocido. Ahora las olas estaban moviéndose hacia la montaña, apartándose tanto de él como del hombre oscuro. Este último, como señalaba la moviente hierba, estaba arrastrándose directamente hacia donde había estado Mix.

Cansado de aquel silencioso y lento juego, seguro de que una acción repentina y violenta iba a resolver la situación, Mix lanzó un grito. Y echó a correr por entre la hierba tan rápidamente como le fue posible.

La tarde estaba realmente llena de sorpresas. Dos cabezas se alzaron allá donde había esperado una. Una de ellas era rubia, y la otra pelirroja. La mujer había estado delante del hombre mientras se arrastraban agachados y se alzaban brevemente como periscopios humanos, aunque él no los había visto realmente alzarse para observar.

Mix se detuvo. Si había cometido un error acerca de la identidad de la primera persona, ¿no podía estarle ocurriendo lo mismo con esos dos?

Les gritó, diciéndoles quién era y lo que estaba haciendo allí. Entonces el hombre obscuro gritó de vuelta, diciendo que era Raimondo de la Reina, un ciudadano de Nueva Albión. El pelirrojo y la rubia se identificaron también:

Eric Simons y Guindilla Tashent, igualmente ciudadanos del mismo estado.

Mix deseaba echarse a reír ante aquella comedia de errores, pero seguía sin estar seguro. Simons y Tashent podían estar mintiendo de modo que los otros bajaran su guardia.

Tom se mantuvo allá donde estaba. Dijo:

—¿Qué estáis haciendo vosotros dos aquí?

—Por todos los infiernos —dijo el hombre—, ¡estábamos haciendo el amor! Pero por favor no armes un escándalo de todo esto. Mi mujer es muy celosa, y el hombre de Guindilla no se sentiría muy complacido tampoco si se enterara de esto.

—Vuestro secreto está a salvo conmigo —dijo Mix.

Se volvió hacia de la Reina, que estaba hablándole.

—¿Qué hay contigo, compañero? No hay ninguna razón para decir nada de todo esto, ¿verdad? Especialmente puesto que hace que todos nosotros parezcamos como unos estúpidos.

Había otro problema. Los dos amantes estaban probablemente faltando a sus deberes. Aquello podía ser serio, un asunto de consejo de guerra, si las autoridades se enteraban de ello. Mix no tenía intención de informar de nada al respecto, pero el español podía creer que era su deber llamar la atención de las autoridades sobre el asunto. Si insistía, entonces Mix no podría discutir con él. No con mucha fuerza, al menos.

Él, Simons, y Tashent, no se habían movido. De la Reina estaba avanzando por entre la hierba hacia él, probablemente para hablar con él de la situación. O quizá pensaba que no había que confiar en la pareja. Lo cual tenía sentido, pensó Mix. Podían ser espías que habían inventado aquella historia cuando habían sido descubiertos. O, más probablemente, la tenían ya preparada para el caso de que fueran descubiertos.

Pero Mix no creía realmente que fuera así.

En aquellos momentos, el español estaba a unos pocos pasos de él. Ahora Mix podía ver claramente sus rasgos, largos y delgados, aquilinos, un rostro hispano muy aristocrático. Era tan alto como Mix. A través de la inclinada hierba, Mix tuvo un atisbo de una toalla faldellín verde, un cinturón de piel conteniendo dos cuchillos de pedernal, y un *tomahawk*. Una de las manos del hombre estaba detrás de su espalda; la otra estaba vacía.

Mix no iba a permitir que nadie se acercara a él con una mano oculta. Gritó:

—¡Quieto ahí, amigo!

De la Reina se detuvo. Sonrió, pero al mismo tiempo pareció desconcertado.

—¿Qué ocurre, amigo?

Habló en inglés del siglo XVII, con un fuerte acento extranjero, y era posible que tuviera problemas en comprender la pronunciación americana del siglo XX de Mix. Se le podía conceder el beneficio de la duda, aunque no mucho.

Tom habló lentamente.

—Tu mano. La que tienes detrás de tu espalda. Sácala. Lentamente.

Corrió el riesgo de echar una mirada a los otros. Estaban avanzando hacia él, aunque lentamente. Parecían asustados.

—Por supuesto, amigo —dijo el español. Y de la Reina saltó hacia él, gritando, la mano ahora revelada, empuñando un cuchillo de pedernal. Tenía una hoja de tan sólo unos cuantos centímetros, pero eran suficientes como para seccionar una yugular o rebanar una garganta. Si el español hubiera sido más listo, hubiera podido ocultar toda el arma en su mano y dejar la mano colgando con naturalidad en su costado. Pero había tenido miedo de hacer eso.

Tom Mix hizo girar el *tomahawk*. Su filo golpeó contra la sien de la Reina. Este cayó. La hoja resbaló de su mano.

Tom gritó a los otros dos:

—¡Quedaos donde estáis!

Se miraron el uno al otro, inquietos, pero se detuvieron.

—Levantad vuestras manos —dijo Tom—. ¡Bien por encima de vuestras cabezas!

Las manos se alzaron tanto como les fue posible. Simons, el pelirrojo, dijo:

—¿Qué ha ocurrido?

—¡Colocaos debajo de ese árbol de hierro!

Los dos echaron a andar hacia el lugar indicado. Bajo el árbol había una choza abandonada, pero la hierba a su alrededor había sido recientemente cortada. Había vuelto a crecer hasta una altura de treinta centímetros, lo cual permitía a Mix ver si los otros llevaban armas o no. Se inclinó y examinó al español. El tipo aún respiraba, aunque dificultosamente. Podía recuperarse o no, aunque si lo hacía, era probable que jamás se recobraría totalmente. Quizá fuera mejor para él morir, puesto que iba a ser torturado. Ese era el destino de todos los espías en aquella zona que fracasaban en matarse a sí mismos cuando se enfrentaban a una captura inevitable. Aquel iba a ser colocado en una rueda de madera y las ligaduras de sus muñecas y tobillos tensadas hasta que todos sus huesos se descoyuntaran. Si no daba ninguna información útil o se creía que estaba mintiendo, iba a ser suspendido desnudo sobre un fuego suave y asado lentamente.

Mientras iba dando vueltas en el espetón, era probable que le arrancaran uno o los dos ojos, o le rebanaran una oreja. Si aún se negaba a hablar, lo sacarían de allí y lo enfriarían con agua. Entonces le arrancarían las uñas de sus manos y pies, o le harían pequeños cortes en sus genitales. Era posible que le metieran un palo de pedernal caliente por el ano. Podían irle amputando los dedos uno a uno, cauterizándole inmediatamente el muñón con una piedra ardiendo.

La lista de torturas posibles era larga, y el pensamiento de todas ellas podía llegar a ser algo insoportable para cualquier persona dotada de sensibilidad e imaginación.

Mix no había visto a los albionianos someter a interrogatorio a ningún espía. Pero había

presenciado algunas inquisiciones mientras era prisionero de Kramer, de modo que sabía muy bien los horrores que le aguardaban al español.

¿Qué podía decir aquel pobre diablo que valiera la pena oír? Nada. Mix estaba seguro de ello.

Se enderezó para observar a Simons y Tashent. Estaban ahora bajo las ramas del árbol, de pie al lado de la choza.

Se inclinó y cortó la yugular del hombre. Una vez se aseguró de que estaba muerto y hubo recogido las valiosas armas, caminó hacia el árbol. El tipo iba a ser resucitado en un cuerpo completo en algún lugar a lo largo del Río, muy lejos de allí. Quizá algún día Mix volviera a encontrarse con él, y pudiera hablarle de su piadoso acto.

A medio camino hacia el árbol, se detuvo. Desde arriba, desde algún lugar de la montaña, el estridente sonido de una siringa de bambú flotó hacia él.

¿Cómo podía alguien permanecer allá arriba perdiendo el tiempo cuando todo el mundo se suponía que estaba trabajando duramente? ¿Otro par de amantes, uno de los cuales estaba entreteniéndolo al otro con música entre coitos? ¿O era aquel estridente sonido alguna especie de señal de un espía? No era muy probable, pero había que tener en cuenta todas las posibilidades.

La rubia y el pelirrojo seguían todavía con las manos alzadas. Ambos iban desnudos. La mujer tenía realmente un cuerpo hermoso, y su denso vello púbico tenía exactamente el color dorado rojizo que más lo excitaba. Recordó a una starlet con la que había tenido una aventura inmediatamente después de su divorcio de Vicky.

—Volveos —dijo.

—¿Por qué? —dijo Simons. Pero obedeció.

—De acuerdo —dijo Mix—. Podéis bajar las manos.

No les dijo que en una ocasión había sido apuñalado por un prisionero desnudo que sujetaba un cuchillo entre sus nalgas hasta que estuvo cerca de su captor.

—Ahora contadme, ¿qué ha ocurrido?

Los acontecimientos se habían producido en gran medida tal como había imaginado. La pareja se había escabullido de un grupo de trabajo para hacer el amor entre la hierba. Mientras permanecían tendidos en la hierba entre dos asaltos, preparándose para encender unos cigarrillos, habían oído al espía caminar cerca de ellos. Tomando sus armas, habían empezado a seguirle. Estaban seguros de que el desconocido no pretendía nada bueno.

Luego habían visto a Mix siguiendo a de la Reina, y estaban a punto de unirse a él cuando el español los vio. Su reacción de intentar engañar a Mix haciéndole creer que ellos eran los espías había sido muy rápida.

—Hubiera podido llegar a tener éxito si no hubiera intentado matarme inmediatamente en vez de aguardar una ocasión más propicia —dijo Tom—. Bien, vosotros dos, volved a vuestro trabajo.

—No vas a decirle a nadie nada de esto, ¿verdad? —dijo Guindilla.

—Quizá, quizá no —dijo Tom, sonriendo—. ¿Por qué?

—Si guardas silencio sobre esto, yo podría recompensarte ampliamente por ello.

Eric Simons lanzó un gruñido.

—¡Guin! No serías capaz, ¿verdad?

Ella se alzó de hombros, causando oleadas de intriga.

—¿Qué mal haría? Sería solamente para protegernos. Ya sabes lo que ocurrirá si él habla. Seremos puestos a dieta de pan de bellota y agua durante una semana, humillados públicamente, y... bien, ya sabes cómo es Robert. Me pegará, e intentará matarte.

—Podemos simplemente marcharnos —dijo Simons.

De pronto frunció el ceño.

—¿O acaso es que te apetece revolearte con ese hombre, zorra?

Tom se echó a reír de nuevo.

—Si sois atrapados mientras desertáis, seréis ejecutados —dijo—. No os preocupéis. No soy un sucio chantajista, un lujurioso Rudolf Rassendale con un corazón como una piedra.

Se pusieron pálidos los dos.

—¿Rassendale? —dijo Simons.

—No importa. Vosotros no lo conocéis. Marchaos. No voy a decirle a nadie toda la verdad. Diré que estaba solo cuando descubrí al español. Pero decidme, ¿quién está tocando la jeringa ahí arriba?

Dijeron que no tenían la menor idea. Mientras se alejaban por entre la hierba para recuperar sus armas y sus ropas, empezaron a discutir acaloradamente. Mix no creía que su pasión el uno por el otro fuera a sobrevivir a aquel incidente.

Cuando sus irritadas voces se desvanecieron, Tom se volvió hacia la montaña. ¿Debía regresar a la llanura e informar de que había matado a un espía? ¿Subir a la montaña para comprobar quién era el que tocaba la jeringa? ¿O hacer lo que había venido a hacer, es decir, dormir un poco?

Venció la curiosidad. Siempre le ocurría lo mismo. Diciéndose a sí mismo que debería ser un gato, uno que ya había utilizado una de sus nueve vidas, empezó a trepar. Había fisuras a lo largo de la cara de la montaña, rebordes, pequeñas mesetas, y empinados y angostos senderos. Sólo una cabra montés o una persona muy decidida o muy loca los utilizaría para ascender por el farallón, sin embargo. Un hombre sensible miraría hacia arriba y quizá admiraría el panorama, pero se quedaría abajo y holgazanearía o dormiría o se revolcaría con una mujer hermosa en la hierba. O mejor haría las tres cosas, sin mencionar el sorber un poco de buen *bourbon* o lo que su copia le hubiera proporcionado en el apartado alcohol. Sudando, pese a la sombra, llegó a la cima de una de las pequeñas mesetas. Un edificio que parecía más un tenderete que una cabaña se alzaba en medio del llano de piedra. Tras él había una pequeña cascada, uno de los muchos torrentes que al parecer nacían de las invisibles nieves de las cimas. Las cascadas eran otro misterio de aquel planeta, en el que no había estaciones y por tanto debía haber una rotación invariable de noventa grados respecto a la eclíptica. Si las nieves no tenían período de deshielo, ¿de dónde procedía el agua?

Yeshua estaba junto al torrente. Estaba desnudo y tocaba la flauta pánica y bailaba con la misma viveza que los adoradores de caprunas patas de El Gran Dios. Giraba y giraba. Y saltaba, y se inclinaba hacia adelante y hacia atrás y pateaba y doblaba las piernas y hacía piruetas. Tenía los ojos cerrados y se aproximaba peligrosamente al borde de la meseta.

Como David bailando después de la recuperación del arca de Dios, pensó Mix. Pero Yeshua hacía aquello para un público invisible. Y desde luego no tenía nada que celebrar.

Mix se sentía a disgusto, pues le parecía estar curioseando, atisbando. A punto estuvo de decidir

retirarse y dejar a Yeshua entregado a lo que estuviese entregado. Pero pensó en la difícil subida y el tiempo que le había llevado, y esto le hizo cambiar de idea.

Le llamó. Yeshua dejó de bailar y se tambaleó hacia atrás cómo si le hubiese alcanzado una flecha. Mix se acercó a él y vio que lloraba.

Yeshua se volvió, se arrodilló y chapoteó en el agua helada de un pozo que había junto a la catarata y luego se volvió para mirar a Mix. Había dejado de llorar, pero su mirada tenía un brillo extraño.

—No bailaba porque me sintiese feliz o inundado por la gloria de Dios —dijo—. En la Tierra, en el desierto que hay junto al Mar Muerto, yo solía bailar. No había nadie más que El Padre y yo. Yo era un arpa y Sus dedos tañían el éxtasis. Era una flauta y Él despertaba en mi cuerpo los cantos del Cielo.

»Pero ya no. Ahora bailo porque si no lo hago gritaría de angustia hasta que se me incendiase la garganta, y me arrojaría por el precipicio buscando una muerte que deseo hace mucho. ¿Qué utilidad tiene esto? En este mundo uno no puede suicidarse. Al menos definitivamente. A las pocas horas debe enfrentarse de nuevo a sí mismo y al mundo. Por suerte, no tiene que enfrentarse también a su dios. No queda ninguno ya.

Mix se sintió aún más torpe y desconcertado.

—No creo que la cosa sea tan terrible —dijo, sin mirar a Yeshua—. Puede que este mundo no sea lo que tú pensabas que sería. ¿Y qué? No puedes reprocharte haberte equivocado. ¿Quién tenía razón? ¿Quién podría haber sospechado la verdad, esta verdad increíble? Y este mundo tiene muchas cosas nuevas que no tenía la Tierra. Disfrútalas. Es cierto que no estamos en una fiesta perpetua, pero ¿lo estábamos en la Tierra? Al menos no tenemos que preocuparnos por la vejez, hay abundancia de mujeres bellas, y no tienes que andar preocupándote por la comida ni por el dinero. ¡Demonios, aunque no haya caballos ni coches, prefiero este mundo! Aunque pierdas algunas cosas, ganas otras.

—No entiendes, amigo mío —contestó Yeshua—. Sólo un hombre como yo, un hombre que ha visto a través del velo que nos presenta la materia de este universo físico, que ha visto la realidad que hay más allá, que ha sentido en su interior la inundación de la Luz...

Se detuvo, miró hacia arriba, cerró los puños y lanzó un prolongado y ululante grito. Mix sólo había oído en una ocasión un grito como aquel: en África, cuando un soldado boer cayó por un precipicio y se dio cuenta de que, hiciese lo que hiciese, no tenía escape. No, no había oído realmente a ningún soldado boer. Una vez más, estaba mezclando fantasía con realidad. «Mix» era un buen nombre para él.

—Quizá sea mejor que me vaya —dijo Mix—. Sé muy bien cuando no hay nada que hacer. Siento que...

—¡No quiero estar solo! —dijo Yeshua—. Soy un ser humano; ¡necesito hablar y escuchar, ver sonreír, oír risas, conocer el amor! Pero no puedo perdonarme a mí mismo el ser... ¡lo que fui!

Mix se preguntó de qué hablaría. Se volvió y empezó a caminar hacia el borde de la meseta. Yeshua le siguió.

—¡Ay, si me hubiese quedado allí con los Hijos de Zadok! ¡Pero no! ¡Creí que el mundo de los hombres y las mujeres me necesitaba! Las rocas del desierto se abrieron ante mí como un pergamino,

y en ellas leí lo que iba a pasar, y pronto, porque Dios me lo mostraba. Dejé a mis hermanos en sus cuevas y sus celdas y me dirigí a las ciudades porque mis hermanos y mis hermanas y los niños que vivían en ellas debían saber para que tuviesen oportunidad de salvarse.

—Tengo que irme —dijo Mix—. Siento que te veas apesadumbrado por ese problema, pero no puedo ayudarte, a menos que sepa de qué se trata. Y aún en ese caso dudo que pudiera ayudarte gran cosa.

—¡Tú has sido enviado para ayudarme! No es ninguna coincidencia el que te parezcas tanto a mí y el que nuestros caminos se cruzaran.

—No soy médico —dijo Mix—. Olvídalo. No puedo ayudarte.

Bruscamente, Yeshua se tranquilizó y dijo con suavidad:

—¿Pero qué digo? ¿Es que nunca voy a aprender? Claro que nadie te ha enviado. No hay nadie que pueda enviarte. Es pura casualidad.

—Ya nos veremos —dijo Mix.

Empezó a descender. Miró una vez atrás y vio la cara de Yeshua, su propia cara, mirándole. Se sintió irritado, pensó que debería haberse quedado para ayudar de algún modo a aquel hombre. Podría haberse quedado escuchando, permitirle que se explicase, que se desahogase.

Cuando alcanzó de nuevo las colinas y empezó el camino de regreso, su actitud era distinta. Dudaba de que hubiera podido ayudar realmente al pobre diablo.

Desde luego Yeshua debía estar medio loco. Y esto era una de las cosas extrañas de aquel mundo y de la resurrección. Todos los demás no sólo habían despertado de entre los muertos con el cuerpo de sus veinticinco años (salvo, claro está, los que habían muerto en la Tierra antes de esa edad) sino que los que habían sufrido una enfermedad mental en la Tierra resucitaban completamente sanos.

Sin embargo, con el paso del tiempo, y con la presión de los problemas de aquel mundo nuevo, muchos empezaban a enfermar mentalmente. No había muchos esquizofrénicos; pero hablando con un individuo del siglo veinte se enteró de que por lo menos tres cuartas partes de las esquizofrenias se había demostrado que se debían a un desequilibrio físico y que se trataba de una cuestión básicamente genética en su origen.

Sin embargo, cinco años de vida en el valle del Río habían producido una cantidad apreciable de locos o semilocos, aunque no en las mismas proporciones que en la Tierra. Y la resurrección no había tenido éxito en convertir a la mayoría de los considerados sanos y conducirlos hacia un nuevo punto de vista, una distancia actitud, una que encajara con la realidad. Fuera cual fuese la realidad.

Igual que en la Tierra, la mayor parte de la humanidad era a menudo irracional, aunque racionalizadora, y era impermeable a la lógica que no le gustaba. Mix había sabido siempre que el mundo estaba medio loco y se había comportado de acuerdo con ello, normalmente en su beneficio.

O así había creído entonces. Ahora, puesto que en ocasiones había tenido tiempo suficiente de contemplar el pasado terrestre, veía que había estado tan medio loco como el resto de la gente. Esperaba haber aprendido sus lecciones, pero había muchas ocasiones en las que lo dudaba. De todos modos, excepto unos cuantos hechos aislados, había sido capaz de perdonarse a sí mismo por sus pecados.

Pero Yeshua, por desgracia, no podía perdonarse a sí mismo lo que había sido o hecho en la

Tierra.

Después de contarle a Stafford lo de la Reina, Mix fue a su cabaña y se bebió lo que le quedaba de whisky, casi un litro.

¿Quién hubiera podido pensar que hubiera un sosias de Tom Mix, y que este fuera un antiguo judío, por el amor de Dios? Era una lástima que Yeshua no hubiera nacido en la misma época que él. Yeshua hubiera podido ganar un buen dinero como su doble.

Pese al ruido que aún se oía en torno a la cabaña, consiguió dormir bien. El descanso no duró mucho tiempo, sin embargo. Dos horas más tarde, Channing lo despertó. Tom le dijo que se largara. Channing siguió agitando su hombro, luego olvidó aquel método de despertarle, y vació un balde de piel lleno de agua sobre su rostro. Escupiendo agua, maldiciendo, golpeando con sus puños, Mix se levantó de la cama. El sargento echó a correr fuera de la cabaña, riéndose a carcajadas.

El consejo duró una hora, y luego regresó a la cabaña para dormir un poco más. Fue despertado momentáneamente cuando las piedras de cilindros retumbaron. Afortunadamente había prometido algunos cigarrillos a un hombre si colocaba la copia de Mix por él de modo que no se quedara sin cenar.

Un poco más tarde entró Delores, depositó sus copias, y luego intentó despertarle para hacer por primera vez, y quizá por última, el amor con él. Él le dijo que se fuera, pero ella hizo algo que muy pocos hombres pueden ignorar. Más tarde, comieron, y luego fumaron un par de cigarrillos. Puesto que era probable que no volviera vivo de la invasión, un cigarrillo no iba a hacerle ningún daño. Además, a Delores no le gustaba fumar sola después de un buen coito.

El cigarrillo, sin embargo, le hizo toser, y se sintió mareado. Juró de nuevo no volver a fumar más, aunque realmente el tabaco sabía delicioso. Un momento más tarde, sin embargo, habiendo olvidado su resolución, encendió otro.

Un cabo apareció entonces tras él. Tom besó a Delores. Ella se echó a llorar y dijo que estaba segura de que no volvería a verlo nunca más.

—Aprecio tus sentimientos —dijo Tom—. Pero no son reconfortantes precisamente.

Las flotas de Anglia y Nueva Cornualles, un estado vecino que había decidido en el último minuto unirse a la invasión, estaban acercándose a las orillas de Nueva Albión. Tom, vestido con su sombrero de ala ancha, capa, chaleco, faldellín, y botas Wellington, subió a la nave insignia. Era el mayor barco de guerra de Nueva Albión, con sus tres mástiles y sus diez catapultas. Tras él se situaron las otras embarcaciones mayores, cuatro buques de guerra. Detrás iban veinte fragatas, como eran llamadas las embarcaciones de dos mástiles, aunque se parecían muy poco a las fragatas de la Tierra. Después venían cuarenta cruceros, catamaranes de un solo palo pero grandes. Siguiendo a estos iban sesenta y una canoas de guerra de un mástil, construidas con troncos de bambú gigante ahuecados.

El cielo nocturno resplandecía en un Río en el cual el tráfico de embarcaciones agrupadas era intenso. Se produjeron algunas inevitables colisiones, pero sin que resultaran grandes daños, aunque causaron un montón de gritos y maldiciones. El peligro se incrementó cuando los Hunos, o escitas,

sacaron su flota. Linternas de ojo de buey quemando aceite de pescado parpadeaban por todas partes. Un observador en las colinas hubiera pensado en una danza de luciérnagas en la Tierra. Pero si quedaba aún algún espía, no encendió ningún fuego señalizador ni batió tambores. Debía permanecer escondido, ocultándose todavía de los grupos de búsqueda. Todos los soldados masculinos que quedaban atrás guardaban los fuertes y otros puestos importantes. Quienes batían ahora las colinas eran mujeres armadas.

Los kilómetros fueron sucediéndose lentamente. Luego la flota ormondiana salió para unirse a ellos, con el estandarte del duque en vanguardia. Se cruzaron más señales.

Justo al norte de Ormondia estaba el decididamente neutral estado de Jacobea. Stafford y Ormondia habían discutido el invitarlo a convertirse en un aliado, pero finalmente habían decidido en contra. Había pocas posibilidades de que se uniera a ellos, y aunque lo hiciera, no podía confiarse en su seguridad. Ahora, mientras la flota se aventuraba en aguas jacobeanas, los gritos de los centinelas llegaron hasta ellos. Las tripulaciones vieron encenderse antorchas, y oyeron el retumbar de los tambores de troncos huecos cubiertos con piel de pez. Los jacobeanos, temiendo una invasión, salieron de sus cabañas, las armas en la mano, y empezaron a situarse en formación.

Allá arriba en las colinas empezaron a encenderse fuegos. Eran producidos por espías de Kramer, a quienes Jacobea permitía operar sin molestarlos.

Sin embargo, las nubes estaban empezando a formarse en el cielo. Quince minutos más tarde, vaciaron su contenido, ahogando los fuegos. Si los planes de Stafford funcionaban como estaba previsto, no habría relevos que permitieran que las señales llegaran hasta Kramer.

El hombre de las señales en la embarcación del duque parpadeó un mensaje a los jacobeanos. Identificó las flotas y dijo que no tenían intención de producir ningún daño. Estaban navegando contra Kramer, y si Jacobea quería unirse a ellos, serían bienvenidos.

—No lo harán, por supuesto —dijo Stafford. Se echó a reír—. Pero esto va a ponerlos frenéticos. No sabrán qué hacer, y terminarán no haciendo nada. Si nos siguen a la batalla, y perdemos, Dios no lo permita, entonces Kramer tomará venganza contra ellos. Si vencemos, con la ayuda de Dios, y no nos ayudan, entonces se encontrarán en mala posición con respecto a nosotros, que podemos invadirles. Sería de justicia que lo hiciéramos, y les serviría de escarmiento. Pero no deseamos traer más dolor y sangre sobre esta tierra. Claro que ellos no lo saben.

—En otras palabras —dijo Mix—, no saben si cagarse de miedo o lanzarse a ciegas.

—¿Qué? Oh, entiendo lo que quieres decir. Es una frase descriptiva, pero más bien desagradable. Exactamente como los excrementos a los que te has referido.

Haciendo una mueca, se dio la vuelta.

Cualesquiera que fuesen los cambios que el Mundo del Río había causado en Stafford, uno de ellos no había sido la tolerancia hacia el lenguaje obsceno. Ya no creía en el Dios del Antiguo y del Nuevo Testamento, aunque seguía usando Su nombre, pero reaccionaba tan intensamente aquí como en la Tierra a las palabras «sucias». La mitad del No Conformismo seguía viviendo todavía en su interior. Lo cual debía producirle un dolor diario, pensó Mix, puesto que los exmonárquicos y los excampesinos en aquella zona no eran contrarios al habla realista.

Las embarcaciones pasaron por el estado situado justo debajo de Deusvolens mientras la niebla

ascendía del Río y descendía de las colinas según lo previsto. A partir de entonces, los hombres en las torretas de vigía por encima de las grises nubes dirigían la navegación tirando de cuerdas. Los hombres que sujetaban esas cuerdas en cubierta indicaban a los timoneles hacia qué lado debían girar la caña y cuándo esperar el giro de las grandes botavaras. Era una navegación peligrosa, y en dos ocasiones Mix oyó el crujir de dos embarcaciones chocando.

Tras lo que pareció un tiempo interminable, fue dada la señal de que Deusvolens estaba a la vista. Al menos, esperaban que se tratara de su destino. Navegando tan a ciegas, con tanto los planos como el Río ocultos por la niebla, no podían estar seguros.

Poco antes de que el cielo empezara a palidecer bajo el gran resplandor del naciente sol, la «ciudad» capital de Fides fue avistada. Uno de los vigías bajó para informar.

—Hay grandes luces por todo el lugar. Hay algo agitándose allí, mi lord mayor.

Un momento más tarde hubo un grito procedente de lo alto.

—¡Botes! ¡Muchos botes! ¡Están dirigiéndose directamente hacia nosotros! ¡Atención, milord!

Stafford reveló que podía maldecir tan bien como cualquiera cuando se hallaba sometido a una gran presión.

—¡Por las heridas de Cristo! ¡Es la flota de Kramer! ¡El maldito cerdo! ¡Está iniciando su propia invasión! ¡Vaya maldita casualidad! ¡Ojalá se pudra eternamente en el culo del diablo!

Frente a ellos les llegó el clamor de guerra, hombres gritando, el resonar de flautas, el batir de tambores, luego, débilmente, el sonido de grandes embarcaciones embistiendo unas contra otras, gritos de hombres cayendo al agua o siendo alanceados, acuchillados, golpeados con mazas o hachas.

Stafford ordenó que su nave ignorara la flota krameriana, si era posible, y pusiera rumbo a Fides. Ordenó también que fueran enviadas señales a las demás embarcaciones albionianas.

—¡Dejemos que el duque y los cornuallenses y los hunos se encarguen del enemigo en el agua! —dijo—. ¡Iremos a la orilla tal como habíamos planeado!

A medida que el sol iluminaba las montañas a su izquierda, reveló una alta muralla de tierra y rocas en cuya parte superior había un muro de troncos verticales extendiéndose hasta tan lejos como el ojo podía ver. En su base la niebla era como un colchón de lana, pero pronto sería barrido por el sol. Había miles de cabezas provistas de casco detrás del muro, y sobre ellas las puntas de miles de lanzas. Los enormes tambores de alarma estaban resonando aún, y sus ecos reverberaban en las montañas tras ellos.

Entre el ensordecedor ruido, la Invencible, la nave capitana, pasó a lo largo de la puerta principal, justo más allá del extremo de los muelles, y arrojó, una tras otra, las grandes piedras de sus catapultas. Se estrellaron contra las puertas principales. Otras naves, en fila india, pasaron tras ella y arrojaron también su carga. Algunas piedras golpearon demasiado alto, otras demasiado bajo. De todos modos, se abrieron cinco enormes agujeros en el muro de troncos, y unos cuantos defensores resultaron aplastados.

En vez de girar en redondo para utilizar las catapultas del otro lado, una maniobra que hubiera tomado mucho tiempo, las embarcaciones siguieron navegando a lo largo de la orilla. Tenían que seguir un cierto tiempo antes de tomar tierra para evitar ser embestidas por las que venían detrás. Cuando la nave insignia hubo avanzado lo suficiente como para dejar sitio a sus seguidoras se

detuvo, sus velas fueron arriadas, y su proa giró hacia tierra. Las anclas, enormes piedras atadas con cuerdas, fueron arrojadas en los bajíos. Inmediatamente fueron arriados los botes más pequeños, y puesto que no había sitio en ellos para todos los que iban a bordo, muchos soldados saltaron al agua.

Avanzaron en enjambre hacia la orilla bajo una granizada de lanzas, mazas, piedras lanzadas con hondas y hachas, hasta la franja de tierra entre la base de las murallas y el borde de la orilla. Corrieron hacia la destrozada puerta, muchos de ellos llevando altas escaleras.

Mix iba en cabeza. Vio a los hombres caer delante y a ambos lados de él, pero escapó de ser herido. Al cabo de un minuto, se vio obligado a frenar su marcha. La puerta estaba todavía a casi un kilómetro de distancia; estaría demasiado cansado para luchar inmediatamente si corría a toda velocidad. La estrategia de Stafford y el Consejo no parecía tan buena ahora. Estaban perdiendo demasiados hombres intentando agruparse en las brechas para un asalto masivo. Sin embargo, si los planes hubieran ido como se esperaba, el asunto hubiera podido funcionar muy bien. Las demás flotas tenían que navegar a lo largo de los muros y arrojar las enormes rocas a intervalos sobre y más allá del lugar donde se hallaban las naves de Stafford. De este modo hubieran podido abrirse cincuenta brechas distintas y los deusvolentianos hubieran tenido que dispersar sus fuerzas para luchar contra todos los asaltantes.

Si tan sólo la flota de Kramer no hubiera decidido zarpar justo antes de que se iniciara el gran ataque. Si tan sólo... esa era la divisa de los generales, sin mencionar a los pobres diablos de soldados que tenían que pagar por los si tan sólo.

Mientras corría, miró de tanto en tanto hacia el Río. La niebla ya casi había desaparecido por completo. Pudo ver...

El ensordecedor trueno de las piedras de cilindros entrando en erupción casi hizo que su corazón se paralizara. Las había olvidado por completo. Estaban en el interior de las murallas de piedra, protegidas con empalizadas de troncos. Al menos el enemigo no iba a tener tiempo de tomar su desayuno.

Miró de nuevo hacia su derecha. En medio del Río había al menos cincuenta embarcaciones aferradas en parejas, con sus tripulaciones intentando abordarse mutuamente. Muchas otras se hallaban maniobrando todavía, intentando alejarse lo suficiente del enemigo como para poder lanzar sus misiles: bombas incendiarias de aceite de pescado, piedras, lanzas arrojadas por hombres vigorosos, mazas, piedras atadas a mangos de madera. Era una lástima que no hubieran tenido tiempo de hacer bumeranes y entrenar a los hombres a utilizarlos. Hubieran sido muy efectivos.

No podía determinar cómo estaba yendo la batalla en el agua. Dos naves estaban en llamas. Si eran amigas o enemigas era algo que no podía determinar. Vio hundirse a una canoa de guerra, con un agujero en su fondo causado por una roca lanzada por una catapulta. Una fragata estaba avanzando a popa de un enorme catamarán. Era demasiado pronto para decir a quién le estaba sonriendo la victoria. La cual, incidentalmente, era una zorra traicionera. Justo en el momento en que piensas que no puedes perder, da un repentino giro que hace que los derrotados se conviertan de pronto en conquistadores.

Ahora los atacantes se habían agrupado frente a la gran puerta o delante de las otras brechas. Tuvo que recuperar su aliento, y lo mismo hicieron la mayoría de los demás. Sin embargo, los

hombres que habían tomado tierra en las embarcaciones que se habían detenido más cerca estaban ya trepando por las murallas y penetrando por los orificios en el muro. Intentándolo, al menos. Muchos muertos o heridos yacían en las laderas y en las entradas. Sobre ellos los kramerianos arrojaban lanzas o piedras o derramaban aceite de pescado hirviendo de cubos de cuero a través de múltiples orificios inclinados practicados en las piedras.

Tom arrojó su lanza y tuvo la satisfacción de verla hundirse en uno de los rostros que coronaban los puntiagudos extremos del muro de troncos. Extrajo su pesada hacha de su cinturón y siguió corriendo.

Sólo unos cuantos defensores podían mantenerse en las pasarelas detrás del muro, y muchos de ellos habían sido derribados por lanzas o grandes piedras de bordes afilados atadas a astas de madera.

El suelo detrás del muro debía estar sembrado de cadáveres, superando con mucho los de los invasores. Al principio los defensores se apiñaron al otro lado de la puerta, pero ahora, dominada la primera oleada de albionianos, los deusvolenstianos estaban retirándose, aguardando la segunda oleada para recibirla, abrirse, rodearla, y atacarla desde todos lados.

Un comandante lanzó un grito para iniciar la siguiente carga. Mix se alegró de no poder estar en ella. No hasta que aquellos que estaban delante de él tuvieran el suficiente éxito como para que todos los demás pudieran entrar.

Stafford, de pie cerca de Mix, le gritó al comandante que retuviera el ataque. Dos fragatas estaban acercándose. Podían lanzar sus catapultas por encima de las naves ancladas y por encima del muro y a los hombres que había detrás de él. El mayor no pudo oírle en medio de todo el estrépito. Aunque hubiera podido, tampoco hubiera podido detener la acción. Aquellos que estaban detrás de él lo empujaban hacia la puerta. Mix lo entrevió recibiendo una lanza en pleno pecho, luego desapareció de su vista.

Finalmente, Tom se vio empujado hacia adelante por los hacheros que había tras él. Cayó una vez sobre un cuerpo, fue pisoteado brutalmente varias veces, luchó por volver a ponerse en pie, y empezó a trepar por la empinada ladera de tierra. Luego cruzó la puerta, caminando sobre cuerpos derribados, resbalando, intentando mantener el equilibrio, y se encontró en medio del tumulto.

Luchó como pudo en medio del amasijo de cuerpos, pero apenas había entablado batalla con un lancero que se vio girado hacia un lado y se encontró luchando con otro hombre, bajo y de piel oscura, con un escudo de piel y una lanza. Mix arrojó a un lado el escudo con su hacha y bajó la lanza de un golpe. Alzó el hacha, alcanzando al hombre en la barbilla. El tipo retrocedió tambaleándose, pero algo golpeó la muñeca de Mix, y este dejó caer el hacha.

Rápidamente, Tom extrajo su *tomahawk* con su mano izquierda y saltó sobre el hombre, acabando de derribarlo. A horcajadas sobre él, dejó caer su arma, abriéndole el cráneo entre los ojos. Se puso de nuevo en pie, jadeante. Un albioniano se tambaleó hacia atrás y cayó contra él, derribándole de nuevo. Se debatió bajo el peso y consiguió apartarlo y levantarse otra vez. Limpió de un manotazo la sangre que cubría sus ojos, sin saber si era suya o del soldado que le había caído encima. No era consciente de haber recibido ninguna herida en la cabeza.

Jadeante, miró a su alrededor con llameantes ojos. La batalla estaba decantándose contra los

invasores. Al menos una cuarta parte de ellos eran ya bajas, y otra cuarta parte estaba a punto de serlo. Aquel era el momento de una retirada estratégica. Pero entre él y la puerta había al menos un centenar de hombres, mirando hacia adentro, sus lanzas dispuestas, aguardando. Los invasores estaban atrapados.

Más allá de ellos, en las otras brechas, la lucha aún continuaba. Había, sin embargo, tantos kramerianos entre él y las entradas que no podía distinguir claramente los detalles.

Stafford, ensangrentado, perdido el casco, los ojos desorbitados, aferró su brazo.

—¡Tenemos que formar a los hombres para cargar contra la puerta y salir de aquí!

Era una buena idea, pero ¿cómo llevarla a la práctica?

Repentinamente, por esa inexplicable pero innegable telepatía que existe entre los soldados en combate, todos los albionianos llegaron a la misma decisión. Se volvieron y se lanzaron contra los que bloqueaban la salida. Fueron alanceados por la espalda mientras corrían, empujados desde atrás por mazas y hachas, o derribados por otras armas desde los lados. Stafford intentó controlarlos para lanzar un ataque disciplinado. Hubiera debido saber que era demasiado tarde, aunque lo intentó valientemente, pese a todo. Fue derribado por dos hombres, se levantó, y volvió a caer. Quedó tendido de espaldas, la boca abierta, uno de sus ojos mirando fijamente al cielo. El otro estaba atravesado por la punta de una lanza.

Lentamente, empujado por el peso del asta de la lanza, su cabeza se volvió, y su único ojo miró fijamente a Mix.

Algo golpeó a Tom en la nuca, y sus rodillas se aflojaron. Fue vagamente consciente de que estaba cayendo, pero no tenía la menor idea de quién era o dónde estaba, y no tuvo tiempo de imaginarlo.

Tom Mix despertó, y lamentó haberlo hecho.

Estaba tendido de espaldas, y un pulsante dolor traspasaba su nuca, y una invisible mano retorció su estómago. El rostro que estaba inclinado sobre él era borroso y como doble, oscilando hacia adelante y hacia atrás. Era largo y delgado y lleno de sombras, obscuro, de ojos negros, con una sonrisa mostrando hileras de blancos dientes en donde faltaban los dos delanteros inferiores.

Tom gruñó. El rostro pertenecía a de Falla, el lugarteniente de Kramer. Los dientes que le faltaban habían sido rotos por el propio Tom en su primera escapatoria de aquel mismo lugar, Fides. No creía poder repetir la hazaña.

El español habló en un excelente inglés, apenas acentuado.

—Bienvenido a Deusvolens.

Mix se obligó a sonreír.

—Supongo que no puedo comprar un billete de vuelta.

—¿Qué? —dijo de Falla.

—No importa —dijo Mix—. ¿Qué tipo de cartas planeas jugar conmigo?

—Sean las que sean, vas a aceptarlas —dijo de Falla.

—Tú eres quien conduces.

Se sentó y tendió un brazo. Su visión no era en absoluto mejor, y el movimiento le hizo sentir deseos de vomitar. Desgraciadamente, su última comida había sido digerida hacía ya tiempo. Tuvo un vómito seco, lo cual hizo que el dolor en su nuca empeorara.

De Falla parecía divertido. Sin duda lo estaba.

—Ahora, amigo mío, el zapato, como decís vosotros los ingleses, está en el otro pie. Aunque tú no lleves ningún calzado.

Aquello era cierto. Mix había sido despojado de todo. Miró a su alrededor y vio su sombrero en la cabeza de un hombre, y más allá de él otro llevando sus botas. En realidad veía cuatro hombres. La concusión había sido fuerte. Bueno, había recibido peores heridas, y había sobrevivido. Las posibilidades de vivir largo tiempo, sin embargo, no parecían muy buenas.

Había cuerpos en el suelo por todas partes, ninguno de los cuales se movía ni emitía ningún sonido. Supuso que todos excepto los ligeramente heridos habían sido aliviados de sus dolores. No por piedad, sino por economía. No tenía sentido malgastar comida en ellos.

Alguien había arrancado la lanza del ojo de Stafford.

—La batalla sigue todavía en el Río —dijo de Falla—. Pero ahora ya no queda la menor duda de quién va a ganar.

Tom no le preguntó quién llevaba la ventaja. No quería darle esa satisfacción.

El español hizo un gesto a dos soldados. Alzaron a Mix entre ellos y echaron a andar con él cruzando la llanura, rodeando los cadáveres. Cuando le fallaron las piernas, empezaron a arrastrarle, pero de Falla llegó corriendo. Les dijo que buscaran una camilla. Mix no necesitaba preguntar por qué estaba siendo tan bien tratado, relativamente hablando. Era un prisionero especial que debía ser

salvado por razones especiales. Se sentía tan débil y enfermo que, por el momento, ni siquiera le preocupaban esas razones.

Lo llevaron hasta el lugar donde empezaban las chozas y bajando una calle y pasadas las chozas hasta un recinto. Era muy amplio, aunque contenía tan sólo a unos pocos prisioneros. La puerta de troncos fue abierta, y fue conducido a un cercado de troncos verticales clavados en el suelo. En su interior había una pequeña cabaña. Estaba en un recinto dentro de un recinto.

Los dos soldados lo depositaron en el interior de la cabaña y comprobaron la cantidad de agua que había en una jarra de arcilla cocida, su provisión de bebida. El orinal de noche fue examinado, y uno de los soldados aulló un nombre. Un hombre pequeño y delgado con una expresión preocupada acudió corriendo, y recibió una reprimenda por no haberlo vaciado. Mix pensó que realmente era especial si eran tenidos en cuenta tales detalles.

Aparentemente, el anterior ocupante no había sido tan bien considerado. El hedor era insoportable, por mucho que uno intentara anestesiar el olfato.

Pasaron siete días. Mix fue sintiéndose mejor, fue recuperando las fuerzas, aunque no en su totalidad. Ocasionalmente se veía afectado por momentos recurrentes de doble visión. Su único ejercicio era caminar en torno a la cabaña, dando vueltas y más vueltas. Comía tres veces al día, pero no bien. Había identificado su copia, que había sido tomada de la nave insignia con los prisioneros, pero solamente le daban la mitad de la comida que contenía, y nada de los cigarrillos ni del licor. Sus guardias se quedaban estos para ellos. Aunque tan sólo había fumado dos cigarrillos en los últimos dos años, ahora deseaba espantosamente uno.

Durante el día no era tan malo, pero al llegar la noche sufría a causa del frío y la humedad. Y sobre todo sufría por no poder hablar con nadie. Al contrario de la mayoría de los guardias que había encontrado durante una docena de períodos de encarcelamiento, esos se negaban a decirle ni una sola palabra. Incluso parecían reservar sus gruñidos.

En la mañana del octavo día, Kramer y sus victoriosas fuerzas regresaron. Por lo que pudo oír de la conversación de los guardias, Nueva Albión, Ormondia y Anglia habían sido conquistadas. Iba a haber mujeres para todos, incluidos aquellos que no habían participado en la invasión.

Tom pensó que Kramer estaba celebrando demasiado pronto su victoria. Aún quedaban Nueva Cornualles y los Hunos. Pero supuso que la derrota de sus armadas les había hecho encerrarse en sus territorios por un tiempo.

Los otros prisioneros, unos cincuenta, fueron traídos de vuelta al recinto de su trabajo de reparaciones en las murallas. Sonidos jubilosos llegaron de la zona en torno a la puerta principal, batir de tambores, chillidos de flautas, vítores. Kramer entró el primero —incluso a aquella distancia, Mix reconoció su cuerpo rechoncho y sus rasgos porcinos— en un gran sillón llevado por cuatro hombres. La multitud gritó su bienvenida e intentó arracimarse a su alrededor, pero fue echada hacia atrás por sus guardaespaldas. Tras él entró la plana mayor de su ejército, y luego los primeros de los soldados que regresaban, todos sonriendo ampliamente.

El sillón fue depositado frente al «palacio» de Kramer, una enorme estructura de troncos en la cima de una colina baja. De Falla acudió a darle la bienvenida, y ambos hombres hablaron unos momentos. Mix estaba demasiado lejos para oír nada de lo que dijeron.

Algunos prisioneros desnudos fueron traídos a punta de lanza hasta el recinto. Entre el sucio, magullado, ensangrentado grupo, estaba Yeshua. Se sentó inmediatamente con la espalda apoyada contra la pared, y hundió la cabeza como si estuviera completamente desalentado. Tom le gritó hasta que un hombre le preguntó a quién deseaba. El hombre cruzó el recinto y le dijo algo a Yeshua. Al principio, Tom pensó que Yeshua iba a ignorarle. Miró a Tom por un momento, y luego dejó que su cabeza colgara de nuevo. Pero después de unos momentos se alzó, algo vacilante, y caminó con lentitud hacia el recinto circular. Miró a través de los espacios entre los troncos, con ojos mustios. Había sido golpeado en rostro y cuerpo.

—¿Dónde está Bithniah? —preguntó Tom.

Yeshua volvió a bajar la vista. Dijo, con voz hueca:

—Estaba siendo violada por varios hombres la última vez que la vi. Debió morir en el proceso.

Dejó de gritar mientras yo era llevado al bote.

Mix señaló a algunas prisioneras que había allí.

—¿Y esas?

—Kramer dijo que deseaba a algunas vivas... para quemarlas.

Mix dejó escapar un gruñido.

—Temía que fuera por eso por lo que no me mataban —dijo—. Kramer debe estar pensando una venganza especial para mí.

No añadió, aunque estaba pensando en ello, que Yeshua debía hallarse también en esa clase «privilegiada». Yeshua ya debía saberlo, de todos modos.

—Si empezamos un alboroto —dijo— podríamos obligarles a matarnos a algunos de nosotros. Si tenemos suerte, podemos hallarnos entre los afortunados.

Yeshua alzó la cabeza. En sus ojos había un brillo extraño, el mismo que había visto en ellos Mix la última vez. Estaban enrojecidos e hinchados, como si hubiese llorado mucho.

—¡Ay, si no tuviésemos que resucitar! Si pudiésemos convertirnos en polvo para siempre, disolviendo en la tierra nuestros pensamientos y nuestro calvario... ¡Ay, si nos comiesen los gusanos! Pero no, no hay escape. Debemos vivir otra vez. Y otra, y otra. Dios no nos permitirá liberarnos.

—¿Dios? —dijo Tom.

—Es sólo una forma de hablar. Los viejos hábitos tardan en morir.

—Las cosas están difíciles —dijo Tom—, pero no son tan malas si consideramos lo malos que son los tiempos. Infiernos, estoy seguro de que todas estas luchas terminarán algún día. La mayoría, al menos. Vivimos unos tiempos trastornados. Aún nos falta enderezarnos, demasiada gente sigue comportándose del mismo modo que lo hacía en la Tierra. Pero aquí las cosas son distintas. No puedes sojuzgar a un hombre. No puedes atarlo a su trabajo y a su casa porque él lleva consigo su propia provisión de comida y no se necesita mucho para edificar una nueva casa. Puedes esclavizarlo durante un tiempo, pero o bien escapará o se matará o hará que sus captores lo maten, y estará de nuevo vivo y libre y tendrá otra oportunidad de gozar de una buena vida.

»¡Mira! Podemos hacer que esos tipos nos maten ahora de modo que no tengamos que pasar por todo el dolor que Kramer está pensando que puede infligirnos. Los guardias no están aquí ahora. Quita la barra que asegura la puerta y déjame salir. Como puedes ver, no puedo alcanzarla desde aquí

para hacerlo yo. Una vez esté fuera, organizaré a los otros, y saldremos de aquí luchando.

Yeshua dudó, luego aferró el gran pasador y, tirando de él, lo corrió hacia un lado. Mix empujó la pesada puerta, abriéndola, y abandonó su prisión dentro de la prisión.

Aunque no había guardias dentro del recinto, había varios en las plataformas afuera en los muros y en las torres. Esos vieron a Mix abandonar su recinto, pero no dijeron nada. Tom pensó que era porque sabían que iba a ser sacado pronto de allí. Simplemente estaba ahorrándoles el trabajo de abrir la puerta.

No iba a pasar mucho tiempo antes de que los prisioneros fueran sacados como un rebaño del recinto.

Llamó a los demás, unos sesenta, y les dijo que se agruparan a su alrededor.

—¡Escuchad, todos vosotros! ¡Kramer os ha elegido para torturaros! ¡Va a organizar una gran fiesta, un circo romano! ¡Pronto todos nosotros vamos a desear no haber nacido, aunque supongo que ya lo sabéis! ¡Por eso digo que debemos frustrar sus planes! ¡Y ahorrarnos todo ese dolor! ¡Eso es lo que pienso que debemos hacer!

Su plan les pareció a todos una locura, aunque principalmente por lo inaudito. Pero ofrecía un tipo de escapatoria que antes no hubiera sido considerado como tal. Era mejor que simplemente quedarse sentados allí como ovejas enfermas esperando ser sacrificadas. Sus cansados ojos cobraron una cierta vida; sus exhaustos y magullados cuerpos perdieron su abatida apariencia, hinchándose con esperanza.

Solamente Yeshua puso objeciones.

—Yo no puedo tomar una vida humana.

—¡No vas a necesitar hacerlo! —dijo Tom, exasperado—. ¡No en el sentido que conocemos de la Tierra! ¡Vas a proporcionarle a tu hombre la vida! ¡Y lo salvarás de la tortura!

—Él no debe tomar la vida de nadie —dijo un hombre—. Puede presentarse voluntario para ser uno de los que mueran.

—Sí, eso es cierto —dijo Tom—. ¿Qué opinas de eso, Yeshua?

—No. Eso me convertiría en colaborador de un asesinato, y en consecuencia en un asesino. Además, eso sería suicidio, y yo no puedo matarme a mí mismo. Eso también sería un pecado contra...

Se mordió el labio inferior.

—¡Mira! —dijo Tom—. No tenemos tiempo de discutir. Los guardias están empezando a mostrarse curiosos. Antes de que te des cuenta, entrarán en tromba aquí.

—Eso es lo que tú quieres —dijo Yeshua.

—¡No sé —exclamó furiosamente Tom— lo que hiciste o fuiste mientras estabas en la Tierra, pero fuera lo que fuese, no has cambiado en absoluto! ¡Te he oído decir que has perdido tu religión, pero sigues actuando como si no hubieras perdido ni un ápice de ella! ¡Ya no crees en Dios, y sin embargo no dejas de decir que no puedes ir en contra de Dios! ¿Estás loco, hombre?

—Creo que he estado loco durante toda mi vida —dijo Yeshua—. Pero hay algunas cosas que no haré. Van contra mis principios, aunque ya no crea más en El Principio.

Por aquel entonces el capitán de los guardias estaba gritándoles algo a los prisioneros, exigiendo

saber qué era lo que estaban haciendo.

—Olvida a ese loco judío —dijo una mujer—. Terminemos con eso antes de que entren.

—Entonces alineaos —dijo Mix.

Todos excepto Yeshua se colocaron en una de dos filas, en las cuales cada persona hacía frente a otra. Lo cual iba bien, puesto que si no lo contaban a él su número era par. Frente a Mix había una mujer, una morena que recordaba vagamente haber visto en Nueva Albión. Estaba pálida y temblorosa, pero decidida.

Él alzó el orinal de noche por su borde y dijo:

—Tú hablas.

Lanzó el amarronado recipiente de arcilla hacia arriba, y lo contempló girar y girar sobre sí mismo. Sesenta y dos pares de ojos se clavaron en él.

—¡Parte abierta! —exclamó la mujer, con voz fuerte pero temblorosa.

El recipiente, girando, cayó. Aterrizó boca abajo y se partió en dos.

—¡No vaciléis! —gritó Tom—. ¡No tenemos mucho tiempo, y podéis perder los nervios!

La mujer cerró los ojos mientras Tom daba un paso hacia ella y aferraba su garganta. Durante unos breves segundos ella mantuvo sus brazos abiertos formando un ángulo recto con respecto a su cuerpo. Estaba intentando no oponer resistencia, hacer el trabajo más fácil para él y más rápido para ella. La voluntad de vivir era, sin embargo, demasiado fuerte. Aferró las muñecas de él e intentó apartar sus manos. Sus ojos se abrieron mucho, como si estuviera suplicándole. Él apretó más fuertemente su garganta. Ella se retorció y pateó, alzando su rodilla por entre las piernas de él. Tom se apartó, pero no lo suficientemente rápido como para evitar recibir el rodillazo en su bajo vientre.

—¡Infiernos, así no vamos a conseguir nada! —exclamó.

La soltó. El rostro de la mujer estaba azulado, y su respiración era fatigosa. La golpeó en la barbilla, y ella se desplomó al suelo. Antes de que pudiera recobrar el conocimiento, él ya la estaba estrangulando de nuevo. Le tomó tan sólo unos pocos segundos terminar con su respiración. Quiriendo asegurarse, sin embargo, mantuvo su presa un poco más.

—Tú eres la afortunada, hermana —dijo, y se levantó.

Los componentes de su fila, que habían ganado la apuesta o la habían perdido, según como se mirara, estaban teniendo el mismo problema que había tenido él. Aunque la otra fila había aceptado en principio no luchar contra sus estranguladores, la mayoría de ellos habían sido incapaces de mantener su promesa. Algunos habían conseguido soltarse y estaban forcejando con sus presuntos asesinos. Unos cuantos estaban corriendo, perseguidos por los otros. Algunos estaban muertos, y algunos estaban ahora intentando estrangular a sus estranguladores.

Miró a la gran puerta. Estaba abriéndose. Tras ella había una horda de guardias, todos armados con lanzas.

—¡Alto! —rugió—. ¡Ya es demasiado tarde! ¡Atacad a los guardias!

Sin esperar a ver cuántos le habían oído, echó a correr hacia el primero de los lanceros. Gritó para darse a sí mismo valor y para sobresaltar a los guardias y ponerlos a la defensiva. ¿Pero qué podían temer los guardias de un hombre desarmado, desnudo y debilitado?

De todos modos, los guardias que estaban más cerca de él alzaron sus lanzas.

¡Bien! Se lanzó con todas sus fuerzas hacia las puntas, los brazos en alto, dispuesto a recibir algunas en su vientre y algunas en su pecho.

Pero el capitán ladró una orden, y dieron la vuelta a sus armas. Las astas podían ser utilizadas como mazas.

Sin embargo, saltó, y vio el extremo romo del asta de una lanza abatirse sobre su cabeza y hacerle perder el conocimiento.

Cuando despertó había dos dolores en su cabeza, el nuevo mucho peor que el antiguo. También sufría otra vez de diplopía. Se sentó y miró a su alrededor, a la borrosa escena. Había cuerpos de prisioneros aquí y allá. Algunos habían sido muertos por los otros, y algunos habían sido golpeados hasta morir por los guardias. Tres de los guardias estaban tendidos en el polvo, uno de ellos muerto, los otros sangrando. Aparentemente, algunos prisioneros habían arrebatado las lanzas de los guardias y se habían tomado una pequeña venganza antes de resultar muertos. Yeshua estaba de pie apartado del resto de los prisioneros, sus ojos cerrados y su boca moviéndose. Parecía como si estuviera rezando, pero Mix dudaba que lo hiciera. Cuando volvió a apartar la vista, vio a una veintena de lanceros cruzando la puerta del recinto. Kramer iba a la cabeza. Mix observó al bajo y gordo jovencuelo con su pelo castaño oscuro y sus ojos muy pálidos caminando hacia él. Su porcino rostro parecía complacido. Probablemente, pensó Mix, se sentía contento de que Mix y Yeshua no hubieran resultado muertos.

Kramer se detuvo a unos pocos pasos de Mix. Su aspecto era ridículo, aunque él debía pensar que tenía una espléndida figura. Llevaba una corona de madera de roble que llevaba engastado en cada una de sus siete puntas un botón redondo hecho con conchas de moluscos. Sus párpados superiores estaban pintados de azul, una afectación de los hombres de su tierra, y una afectación que Mix consideraba afeminada. Los extremos superiores de su capa de toalla negra estaban asegurados en torno a su grueso cuello con un pesado broche hecho de cobre, un metal tremendamente raro y caro. En uno de sus gordezuelos dedos llevaba un anillo de roble en el cual estaba incrustada una esmeralda sin tallar, también un producto raro. Una toalla faldellín negra rodeaba su barriga, y sus botas largas hasta la rodilla eran de piel de pez negra. En su mano derecha sostenía un largo cayado de pastor, símbolo de que era el protector de sus ovejas... su gente. También significaba que había sido destinado por Dios a ese papel.

Detrás de Kramer había dos magullados y ensangrentados y desnudos prisioneros, a los que Mix no había visto nunca antes. Eran hombres bajos y de piel oscura, con rasgos levantinos.

Mix entrecerró los ojos. Estaba equivocado. Conocía a uno de los dos. Era Mattithayah, el hombrecillo que había confundido a Mix por Yeshua cuando habían sido hechos prisioneros de Kramer por primera vez.

Kramer señaló a Yeshua. Habló en inglés, con fuerte acento alemán.

—¿Es ese el hombre?

Mattithayah soltó un torrente de palabras ininteligibles. Kramer le asestó un puñetazo en la mandíbula que le hizo retroceder tambaleándose. Habló al otro prisionero. Este contestó en inglés, pero en un inglés tan alterado como el de Kramer, aunque se viese claramente que su lengua nativa era distinta.

—¡Yeshua! —grito—. ¡Rabí! ¡Maestro! ¡Llevamos años buscándote! ¡Y ahora estás aquí tú también!

Se echó a llorar, y abrió los brazos y avanzó hacia Yeshua. Un guardia le golpeó en la espalda

con el asta de su lanza, en la zona de los riñones, y el hombrecillo gruñó y cayó de rodillas, el rostro retorcido por el dolor.

Yeshua había mirado una vez a los dos prisioneros, luego había lanzado un gruñido y había hundido de nuevo la cabeza entre las rodillas.

Kramer, ceñudo, murmurando, se acercó a Yeshua y le agarró por su largo cabello. Tiró hacia arriba y obligó a Yeshua a mirarle.

—¡Loco! ¡Anticristo! —gritó—. ¡Pagarás por tus blasfemias! ¡Lo mismo que los locos de tus dos amigos!

Yeshua cerró los ojos. Sus labios se movieron mudos. Kramer le golpeó en la boca con el dorso de la mano y la sangre brotó en la comisura izquierda.

Kramer gritó luego:

—¡Habla, maldito! ¿Pretendes tú ser Cristo?

Yeshua abrió los ojos. Luego habló con voz queda.

—Yo sólo pretendo ser un hombre llamado Yeshua. Si ese Cristo vuestro existiese y estuviese aquí, se horrorizaría, se volvería loco de desesperación al ver para lo que han servido sus enseñanzas.

Kramer golpeó a Yeshua con tal fuerza que este cayó de espaldas. Kramer le asestó una patada en las costillas.

—¡Renuncia a tus blasfemias! ¡Renuncia a tu satánica locura! ¡Te ahorrarás mucho dolor en este mundo si lo haces, y quizá puedas salvar así tu alma en el otro!

Yeshua alzó la cabeza, pero no dijo nada hasta que hubo recuperado el aliento.

—¡Haz conmigo lo que quieras, gentil impuro!

—¡Cierra tu sucia boca, monstruo chiflado! —gritó Kramer.

Yeshua lanzó un gruñido al recibir otra patada de Kramer en las costillas, y se quedó un rato gimiendo.

Kramer, su negra capa ondeando tras él, avanzó a largas zancadas hacia Mattithayah y su compañero.

—¿Aún sostenéis que este lunático es el Hijo de Dios?

Los dos prisioneros estaban pálidos, pese a su piel oscura, y sus caras parecían de cera. Ninguno de los dos contestó a Kramer.

—¡Contestadme, cerdos! —gritó. Luego arrebató la lanza a uno de los soldados y empezó a pegarles con el asta. Los prisioneros intentaron escapar a sus golpes, pero se lo impidieron los soldados.

Yeshua, que había logrado ponerse de pie, dijo:

—Es tan salvaje porque teme que ellos puedan decir la verdad.

—¿Qué verdad? —dijo Mix.

Su doble visión estaba incrementándose y sentía como si fuera a vomitar. Estaba empezando a perder interés en todo excepto en sí mismo. ¡Dios, si solamente pudiera morir antes de que lo ataran a la estaca y prendieran fuego a la leña!

—He oído antes esa pregunta —dijo Yeshua.

Mix no supo por un momento lo que quería decir Yeshua. Luego la iluminación lo inundó. Yeshua había creído que él había dicho: «¿Qué es la verdad?».

Después de que Kramer hubiera golpeado a Mattithayah y a su amigo hasta hacerles perder el conocimiento, ambos fueron arrastrados por las piernas fuera de la puerta, sus cabezas golpeando contra las irregularidades del suelo, sus brazos arrastrándose detrás de ellas. Kramer avanzó hacia Yeshua, su lanza muy alta, como si tuviera intención de administrarle el mismo tratamiento. Mix esperó que lo hiciera. Quizá, en su ira, matara a Yeshua y así lo salvara del fuego.

Aquello frustraría enormemente a Kramer. Pero un hombre sudoroso y jadeante entró corriendo por la puerta, y gritó en voz muy alta el nombre de Kramer. Pasaron treinta segundos, sin embargo, antes de que pudiera recobrar el aliento. Traía malas noticias.

Aparentemente, se estaban acercando dos flotas, la una procedente de Río arriba, la otra de Río abajo. Ambas eran enormes. Los estados del norte de Kramer y los estados del sur de los recién conquistados territorios se habían sentido galvanizados y se habían unido en una acción contra Kramer, y los Hunos del otro lado se habían unido a ellos. Finalmente se habían dado cuenta de que debían aliarse y atacar a Kramer antes de que este se lanzara contra ellos.

Kramer se puso pálido, y golpeó al mensajero en la cabeza con su lanza. El hombre cayó sin un solo sonido.

Kramer estaba en mala situación. La mitad de su propia flota había resultado destruida en su victoria, y el número de sus soldados se había visto considerablemente reducido. Iba a pasar mucho tiempo antes de que estuviera preparado para otro ataque, y no estaba en condiciones de resistir una invasión de una fuerza tan enorme. Estaba perdido, y él lo sabía.

Pese a su dolor, y a la certeza del fuego que lo aguardaba, Mix consiguió sonreír. Si Kramer era capturado, indudablemente sería torturado y luego quemado vivo. Era de justicia que así fuera. Quizá si el propio Kramer sentía sobre su carne las horribles llamas, no estuviera tan ansioso de someter a otros a ellas cuando se alzara de nuevo. Pero Mix lo dudaba. Kramer gritó órdenes a sus generales y almirantes para que se prepararan para la invasión. Una vez se hubieron ido, se volvió, jadeante, hacia Yeshua. Mix lo llamó.

—¡Kramer! Si Yeshua es quien esos hombres dicen que es, y no tienen ninguna razón para mentir, entonces, ¿qué será de ti? Has matado y torturado sin ningún motivo; y has puesto así tu alma en gravísimo peligro.

Kramer reaccionó tal como Mix había esperado que hiciese. Lanzó un grito y corrió hacia Mix, enarbolando el asta de la lanza. Mix la vio caer sobre él.

Pero Kramer debió haber controlado su golpe. Mix despertó un cierto tiempo más tarde, aunque no completamente. Estaba de pie y atado a una gran estaca de bambú. Bajo él había un montón de pequeños troncos de bambú y agujas de pino.

A través de su enturbiada visión, pudo ver a Kramer aplicando la antorcha. Esperó que el viento no desviara el humo y lo apartara de él. Si ascendía recto, entonces moriría de asfixia y nunca sentiría las llamas sobre sus pies.

La madera crujió. La suerte no estaba con él. El viento estaba desviando el humo de su cuerpo. De pronto, empezó a toser. Miró a su derecha y vio, vagamente, que Yeshua estaba atado a otra estaca

muy cerca de él. Contra el viento. Bien, pensó. El pobre viejo Yeshua arderá, pero el humo de su fuego me matará antes de que yo arda.

Empezó a toser violentamente. Los dolores en su cabeza le golpeaban como puños. Su visión se enturbió por completo. Cayó hacia el olvido.

Pero antes de esto oyó, lejana y distorsionada, la voz de Yeshua, como un trueno sobre las montañas:

—¡Ellos sí saben lo que hacen!

## J. C. en el rancho turístico

*Esta es la primera vez que el siguiente relato aparece publicado.*

*Su génesis se debe a un intercambio de correspondencia que mantuve con Bob Bloch, durante el cual le pregunté si había leído la novela Tom Mix murió por vuestros pecados, de Darryl Ponicsan. Me contestó diciendo que no la había leído y añadió: «Pero tampoco he leído Jesucristo en el Rancho 101».*

*Bloch es un auténtico manantial de ocurrencias como esta. Lo cierto es que no puede evitarlo, y millones de personas se alegran de ello.*

*Cuando leí su respuesta, pensé, ¡caray, menudo título para un relato! Decidí escribirle para decírselo y preguntarle si tenía intención de escribir algo basado en dicho título, y que si no era así, yo estaría encantado de hacerlo. Contestó que no y me dio permiso para llevar a cabo mi proyecto.*

*El resultado está ante ustedes. Cambié el título porque en la actualidad, no demasiados lectores deben haber oído hablar del una vez famoso Rancho 101 o de que Tom Mix hubiera trabajado allí como vaquero. Pero, para reconocer indirectamente la contribución de Bob a la narración, tanto por el título como por la última línea, incluí un personaje llamado Bob Blotch.*

*En esta historia, la figura de Jesucristo aparece tratada desde un ángulo diferente al que prevalece en la anterior.*

Gracias por la copa, forastero. Me llamo Cogorzas Waters. Tal vez haya oído hablar de mi abuelo, el famoso forajido tejano Rudo Waters. Llevaba siempre en las alforjas un ejemplar de las obras de Shakespeare y una Biblia, y era muy aficionado a citarlas, aunque probablemente sus citas no fueran del todo exactas.

Él fue quien dijo: «El mundo es una diligencia a la que habría que robar».

Esto no tiene nada que ver con aquella mañana en que me hallaba en Big Wash, comprando provisiones para el Rancho Turístico XR. Pero resulta que mi abuelo también dijo algo que yo debería haber tenido en cuenta entonces. «En una ocasión», dijo, «sin saber que aquel tipo con aspecto de ser un gallina era Wild Bill Hickock, traté de asaltarle. Naturalmente, fui arrestado. De modo que: no juzgues por las apariencias si no quieres acabar siendo juzgado... y encarcelado».

Si hubiera sabido lo que iba a ocurrir cuando aquel alto y apuesto forastero que lucía un sombrero blanco entró en el pueblo bajo el tórrido sol de Arizona, me hubiera ido de allí inmediatamente, y evitado así cierto lío en el que yo y algunos más nos metimos a causa de haber juzgado por las apariencias.

El forastero conducía una vieja y destartada camioneta que arrastraba un remolque en el que viajaba un caballo blanco. La forma en que comenzó a atar el vehículo a uno de los postes antes de recordar que lo que llevaba no era un caballo me dijo que estaba más acostumbrado a tratar con estos que a conducir. O puede que sólo estuviera abstraído pensando en algo. Fuera como fuese, me acerqué a él y tras haberme presentado, observé que tendría unos treinta y tres años y que sus grandes ojos marrones tenían aspecto de haber visto mucho.

J. C. Marison no sólo tenía muy buen aspecto, incluso con aquella larga y negra barba que llevaba, sino que el bulto que se formaba en la entrepierna de sus vaqueros parecía mayor que una ubre de vaca. Era el tipo ideal para el XR. Dijo que sí, que estaba buscando trabajo, de modo que, tras explicarle cómo llegar a McGiddow's Hill, le dije que se presentara ante Rich de mi parte.

—No sólo es un rancho turístico —comenté—, también se trabaja, y a algunos de los huéspedes femeninos les gusta trabajarse a los vaqueros.

Sus ojos no se iluminaron como deberían haberlo hecho, y como en estos tiempos que corren nunca se sabe, le pregunté:

—Te gustan las mujeres, ¿no?

Al responderme que eran la clase de personas con las que se sentía más a gusto, tuve la impresión de no haberme equivocado en mi suposición. Después de que se fuera, me puse a llamar a la puerta de la tienda de comestibles de Nab, hasta que bajó.

—¿Qué diablos haces aquí tan pronto? —refunfuñó.

—En el rótulo pone que a cualquier hora —contesté.

—Ya lo sé, pero estábamos arriba tomando un par de copas —dijo—. Creí que te quedarías roncando en la cama de la Sueca hasta mediodía.

No le dije que llevaba tal cogorza que era incapaz de levantar un solo pie para subir hasta la habitación, y ya no digamos de conseguir que algo más se levantara. Cuando me desperté sobre la mesa de billar, aquel asqueroso y viejo San Bernardo de Mary la Sueca me estaba mordisqueando las botas. Ese perro es como su dueña; se comería cualquier cosa.

Una vez conseguí ponerme en pie, decidí que era el momento de poner en práctica eso de que un clavo saca a otro clavo y me encaminé hacia La Última Oportunidad. Serían ya las diez cuando salí de allí, pero mi resaca había desaparecido.

Entonces vi a otro forastero que entraba en el pueblo conduciendo un gran Cadillac de color negro. Al aparcar frente a la cárcel y bajarse del coche, pude observar que era tan corpulento y apuesto como J. C. pero, a diferencia de aquel, llevaba un Stetson negro y un traje oscuro que le daban aspecto de ser uno de los asistentes al funeral de algún banquero de Wall Street. Tenía el cabello del mismo color que mis ojos en aquel momento, y el azul claro de los suyos hacía que respondieran a lo que mi abuelo llamaba «reflectores de asesino». La protuberancia que se le formaba en la entrepierna era tan sobresaliente como la de J. C, con lo cual queda todo dicho.

Después de verle entrar en la oficina del sheriff, me apoyé en la puerta de mi furgoneta intentando que los picos de los Montes Supersticiosos, que se veían a cincuenta kilómetros de distancia, volvieran a ser los que habían sido siempre y no el doble. Debí tardar algo más que unos pocos minutos en conseguirlo porque, para entonces, el forastero y nuestro sheriff, el reverendo Bob Blotch, salieron de la oficina.

Tras intercambiar unas palabras, el primero subió a su automóvil y salió del pueblo en dirección al Wild Horse Motel.

Blotch, advirtiendo mi presencia y mi condición, se me acercó con expresión melosa y me observó de arriba a abajo exhibiendo una sonrisa burlona.

—No iré a meterme de nuevo en el calabozo ¿eh? —dije—. Estoy sufriendo un ligero ataque de hígado, pero me pondré bien enseguida.

Tenía la esperanza de que se tragara aquel cuento. El jefe ya contaba con que me buscara problemas el sábado por la noche, pero se pondría hecho una furia si el lunes por la mañana no me presentaba a trabajar. Además, la idea de pasar otro día tras los barrotes, mientras Blotch me leía aquellos panfletos que incitaban a la moderación, era suficiente como para ponerme aún más enfermo.

—¿Quién era ese hombre con el que estaba hablando hace un momento? —le pregunté para que dejara de pensar en mí.

—En realidad no es asunto tuyo —dijo—, pero se trata del señor Buh, de nombre Belzeh, que ha venido de Nueva York para apretarle las clavijas a tu jefe. A menos que Rich aparezca por aquí con el dinero, voy a tener que extender los papeles de ejecución de la hipoteca de ese antro de perdición que llamáis XR. No tardarás en quedarte sin trabajo, borracho pendenciero ¡Ay de los que se levantan con el alba para seguir la embriaguez! Isaías, cinco-once.

Si no hubiera llevado tejanos tan ajustados, las partes me habrían ido a parar a las botas. Al viejo Rich le habían ido realmente mal las cosas. Había quedado parálítico de cintura para abajo al volcar con el *jeep* y, desde entonces, la mala suerte había hecho presa en él con más fuerza que unas ladillas contraídas en un burdel de Nogales. El embalse de las montañas cedió y arrastró tres de las casas destinadas a los huéspedes. El establo se incendió y abrasó a diez caballos. Los ladrones de ganado le robaron cien vacas y un toro de raza. Sí, lo sé, pero lo cierto es que los cuatreros se muestran más activos actualmente que en tiempos de mi abuelo. Luego, uno de los vaqueros sementales, Guarreras

Saunders, contagió de purgaciones a tres clientes. Se extendió el rumor y, a partir de entonces, vienen la mitad de los que solían hacerlo.

Blotch dejó de sonreír y me miró de reojo.

—El señor Buh andaba preguntando por un vagabundo llamado J. C. Marison. Dijo que le debía dinero y que le gustaría devolvérselo. ¿Lo conoces?

Aquello hizo que se me pasara un poco la tajada. Buh no tenía aspecto de andarte detrás a menos que fueras tú quien le debieras dinero a él, de modo que dije no saber nada de Marison. Nosotros los deudores debemos permanecer unidos.

Tuve que aguantar un sermón de diez minutos por parte del sheriff-reverendo, pero al final me dejó ir. Cuando salía del pueblo, pasé frente, a la iglesia de tablas que Blotch había construido con la ayuda de Dios... según dijo él. En realidad fue la mano de obra que la cárcel proveía quien la levantó. Frente a la Iglesia de los Últimos Días, había un gran mural, expuesto con el fin de que nosotros, los pecadores, nos apartásemos de la bebida. El tacaño de Blotch había encargado la pintura a un artista borracho y vagabundo a cambio de los diez días de calabozo que le correspondían, con lo que la montura en la que Jesús descendía a la tierra parecía más una liebre que un asno. Tras Jesús había un grupo de ángeles que parecían haber salido de las *Revelaciones*. El que iba a la cabeza del grupo se parecía considerablemente a Blotch y esgrimía una soga con el nudo de la horca. Huyendo de aquella feroz acometida celestial, una multitud formada por gentes de aspecto disipado que en su mayoría llevaban bebidas alcohólicas se dirigía hacia un pozo ardiente. Uno de los pecadores guardaba bastante más que un cierto parecido conmigo.

En último término se veía a la Gran Meretriz de Babilonia. La Sueca, otra de las pesadillas de Blotch, era quien había posado como modelo, y por más grandes que tenga las tetas, lo cierto es que no hay para tanto. Si lo sabré yo...

Aquel cuadro me ponía siempre de muy mal humor, de modo que pisé el acelerador a fondo y tardé sólo quince minutos en llegar al rancho. J. C, todo sonrisas, salía en aquel momento de casa del jefe, seguido de Mary Rich. Saltaba a la vista que la chica había sucumbido a sus encantos, así que decidí recordarle a J. C. que no se le había contratado para complacer a la hija del jefe. Pasé rápidamente junto a ellos y entré en la sala de estar donde Xavier Rich estaba sentado en su silla de ruedas.

Le conté lo que había oído sobre el señor Buh, pero aquello no pareció inquietarle como creí que lo haría.

—Las cosas no van tan mal como parece —dijo—. Creo que podría conseguir un préstamo de la señora Lott. Hace un rato, estaba aquí quejándose de la falta de diversión —ambos sabemos perfectamente a qué se refiere— cuando aparecieron ese J. C. y su voluminosa entrepierna. Cayó rendida a sus pies como si fuera un árbol que el tipo hubiera cortado a hachazos. Si tiene aguante suficiente, podría hacerle un poco de caso y lograr que me deje dinero para librarme de esos banqueros de Nueva York durante un tiempo.

Pensé que aquello era como si un tipo que quisiera suicidarse le pidiera a alguien que le echase al río la piedra que acababa de atarse al cuello, pero no dije nada. Wanda Lott, conocida entre los peones del rancho como la Vandalota, era una neoyorquina grande y atractiva que se había separado

de su acaudalado marido. Tenía cincuenta años, aunque ella declaraba cuarenta y uno. Cada primavera, venía a pasar dos meses en el rancho acompañada de alguna amiga suya, tan rica y ligera de cascos como ella.

—El único problema de J. C. —comentó el jefe—, son sus malos modales. Ni siquiera habiendo mujeres presentes se ha quitado el sombrero.

Estaba a punto de responder que el interés de la señora Lott no se centraba precisamente en lo que el sombrero le cubriese a J. C, pero en aquel momento entró Mary. El jefe sugirió que me retirase, y fui a descargar la furgoneta. Después de comer, salí para ayudar a llevar un rebaño a los comederos y aproveché para observar a J. C. Al principio me pareció que sabía todo lo que hay que saber sobre caballos, pero cuando vi que un novillo se le escapaba y echaba a correr para meterse en una ciénaga, ya no me sentí tan seguro.

Decidí seguirle para ver qué hacía y también para prevenirle sobre Buh. En aquel momento, el novillo se levantó, ganó la orilla de la ciénaga y comenzó a correr ladera arriba. Incluso para aquel gran caballo blanco resultaba prácticamente imposible acercarse al animal. Entonces, J. C. hizo algo que me dio ganas de tenderme en el suelo y esperar a que el *delirium tremens* se me pasara. Prescindió del lazo y se quitó el sombrero. Al hacerlo, algo brilló a la luz del sol, pero de ningún modo podía ser lo que yo había visto.

Era una aureola. Sí, eso es lo que he dicho. Una aureola, un anillo de luz ¿Qué? Sí, gracias, que sea doble.

Cogió la aureola con la mano derecha y la lanzó como si fuera un plato. La aureola, surcando el aire y ensanchándose a medida que lo hacía, acabó por ceñirse al cuello del animal e hizo que se detuviera en seco. J. C. cabalgó hacia él y le quitó la aureola, que volvió a adquirir su tamaño habitual, se la colocó sobre la cabeza y la cubrió con el sombrero.

El novillo, manso y apacible, volvió trotando al rebaño seguido de J. C, que no pudo verme porque me había metido en la ciénaga.

En aquel momento, vi el *jeep* del sheriff sobre la cima de McGiddow's Hill parado en el camino que la cruza. Blotch estaba de pie junto al vehículo, observando a J. C. con unos prismáticos. No me sorprendió demasiado que anduviera husmeando por allí. Se pasaba la vida yendo a hurtadillas de acá para allá, para ver si nos atrapaba cometiendo actos pecaminosos. Imagino que debió pensar que estaríamos sodomizando a las terneras, cosa que ninguno de nosotros había vuelto a hacer desde que comenzamos a afeitarnos.

No le dije a nadie lo de la aureola. Lo que había visto era suficiente para hacer pensar incluso a un vaquero. Aquella noche, durante la habitual barbacoa, que incluía comida, bebida, canciones y chistes verdes en abundancia, estuve ayudando a servir. La señora Lott se mantenía más cerca de J. C. que un lechal de la ubre de su madre. Mary Rich se puso furiosa y su padre se enfadó porque ella se había enfadado, pero tampoco podía hacer nada al respecto.

De repente, el jefe me llamó.

—¡Maldita sea, Cogorzas! ¿Cómo es que no has traído suficiente bebida? ¿No será que te has bebido la mitad en el camino de vuelta? Vamos, ve volando al pueblo y tráete ginebra, whisky y vodka. Dos cajas de cada.

Aún cuando era culpa mía, aquel panorama me puso de muy mal humor. J. C, que se había librado por un instante de la Vandalota porque a esta le habían entrado ganas de mear, me salió al paso.

—¿Tienes algún problema Cogorzas?

Se lo expliqué y me contestó:

—Yo me encargo de eso.

Antes de que pudiera protestar se había puesto en marcha, pero yo le seguí porqué sabía que Nab no iba a fiarle a menos que llevara una nota de Rich. Estaba a unos diez pasos por detrás de él, cuando vi que entraba en el barracón. Yo me disponía a hacer lo mismo pero me detuve al ver a través de la ventana lo que estaba haciendo. Había comenzado a llenar tres jarras con agua del grifo. «¿Qué diablos...?», pensé. En cuanto las tuvo llenas, salió llevando una jarra en cada mano. Le seguí de vuelta a la barbacoa y... ¡Imagínate, el tipo se pone a llenar las botellas vacías, y de una jarra salía ginebra y de la otra, vodka!

De verdad; probé las dos.

Justo cuando me dirigía de nuevo hacia el barracón para ver lo que había en la tercera jarra, vi que llegaba el señor Buh. Frío como el diablo, se plantó ante el jefe y se presentó. Rich estuvo a punto de explotar cuando Buh dijo que le gustaría echar un vistazo a lo que no tardaría en ser *su* propiedad. Aunque lo buscó con la vista entre los allí reunidos, no vio a J. C. Había desaparecido.

De todos modos, a la señora Lott no pareció importarle. Bastó una mirada a aquel apuesto y corpulento personaje, y a su gigantesco bulto, para que se sintiera inmediatamente atraída por él. Aquello hizo que el jefe se reprimiera las ganas que tenía de echar a Buh a patadas de allí ya que, naturalmente, no podía permitirse ofenderla.

Yo me dirigí a toda prisa hacia el barracón para probar el brebaje de la tercera jarra ¡Era whisky! ¡Tan bueno como el Wild Turkey!

Justo cuando cruzaba corriendo la puerta del barracón para salir de allí antes de que J. C. llegara, el sheriff-reverendo Blotch me agarró desde la obscuridad y me atrajo hacia sí, haciéndome doblar la esquina del barracón. Olía como si se hubiera cagado en los pantalones, cosa que efectivamente había hecho.

—¡He visto la aureola! —gritó—. ¡Y el milagro del agua convertida en alcohol! ¡Y sé que tú también has visto ambas cosas! ¿Qué cono está pasando aquí?

—Oiga, ese lenguaje no es propio de un predicador —dije yo—. Además, está usted en propiedad privada.

—Vaquero estúpido y borracho —repuso babeando—. Si conocieras un poco la Biblia, estarías cagado de miedo.

Yo lo estoy, aunque en realidad no tengo nada que temer. ¡Pero tú, Cogorzas, estás entre los cabritos!

—Oiga —dije—, está usted loco si cree que soy uno de esos sodomitas. A mi edad, ya no anda uno follando cabras.

—¡Serás cabeza hueca! —exclamó—. *Si un ciego guía a otro ciego, ambos caerán en la olla.* Mateo, quince-catorce. Pero... *Entonces, se abrirán los ojos de los ciegos.* Isaías, treinta y cinco-cinco. ¿No te das cuenta de quién es realmente J. C? ¿Sabes qué lugar es este? Tú también viste esos

milagros; la aureola y la transformación del agua en alcohol. ¡Supongo que no hace falta que un arbusto en llamas te revele la verdad!

Un escalofrío me recorrió el espinazo, y por un momento pensé que iba a decorarme los calzones, tal como él había hecho.

—¿Quieres decir que... —susurré— J. C. son las iniciales de...?

—¡No! —tronó él—. ¡J. C. no es Él! ¡No es más que un impostor! ¡J. C. es el Anticristo! ¡Si leyeras la Biblia en vez de esas procaces revistas de mujeres, sabrías que antes de que llegue el verdadero Cristo, comparecerá el falso! ¡Pero el justo sabrá distinguirlos!

—¿Cómo lo ha hecho usted para descifrar todo este embrollo? —pregunté.

—¿Seguramente, pagano ignorante, habrás oído hablar de Armagedón? —continuó con voz entrecortada—. ¿Dónde se librará la última batalla entre el bien y el mal? ¿Donde el demonio y su secuaz, el Anticristo, serán derrotados? ¡Siempre creí que Armagedón debía estar en Palestina, pero estaba equivocado! ¡Está aquí! ¿Que cómo lo sé? ¡Mira McGiddow's Hill!

Me dio vuelta para que pudiera verla, aunque yo ya sabía que estaba allí. La colina había recibido el nombre de un prospector que encontró oro en 1885.

—¡Armagedón significa la colina de Megido! —bramó—. ¡Di rápidamente «McGiddow's Hill» y casi no notarás la diferencia! ¡Y este es el rancho XR! ¡Las dos primeras letras del nombre griego de Cristo! ¡Pero el maligno ha llegado antes bajo la figura del Anticristo, encarnado por J. C. Marison! ¿No te das cuenta? ¡J. C. Jesucristo; Marison, hijo de María! ¡Ese vaquero vagabundo es el falso Mesías que se hace pasar por el verdadero! ¿Te has convencido ya?

Me había convencido de que el tipo había estado comiendo avena loca.

—¿Sí? —dije de todos modos—. ¿No irá a decirme que el verdadero es ese forastero del sombrero negro? Utilizando su razonamiento, Belzeh Buh suena como Belcebú. *Usted* es quien lo ha entendido al revés. ¿Cree usted que Cristo se haría pasar por el diablo? ¡De ningún modo!

Aquello le dejó helado. La idea de que pudiera haber tomado a uno por el otro, sumándose así a los condenados, le habría hecho soltar todo el lastre si no hubiera vaciado ya sus intestinos. Lloriqueó como un niño al que le hubieran quitado el caramelo que estaba chupando y me dejó ir. Corrí como si acabara de oír que en La Última Oportunidad daban bebidas gratis, pero sabiendo que podía seguirme hasta la fiesta, alborotar a todo el mundo y frustrar las esperanzas que nuestras huéspedas tenían de darse un revolcón, lo hice en sentido contrario.

Avanzando a ciegas en la oscuridad, arremetí contra un cactus. ¡Tenías que haberme oído jurar y maldecir! El infierno debe ser un lugar donde no crecen más que cactus y donde uno no puede darse la vuelta sin llenarse el culo de pinchos. En aquel momento oí aullar a Blotch al tropezar con otro. Se me ocurrió pensar que yo no tenía más remedio que blasfemar, pero que él disponía de profesionales como Isaías y Jeremías a los que recurrir.

En mi huida, me había acercado a una de las casas de huéspedes; a través de la ventana abierta se veía luz en el interior. Para cuando hube recuperado el aliento, sabía ya que era la que ocupaba la señora Lott, y por el gemir y el insistente dale que dale, supe que había encontrado la diversión que andaba buscando. No soy ningún mirón y siempre he tenido en cuenta el consejo del abuelo en cuanto a evitar el peligro. Estaba en la cama con una fulana cuando Wyatt Earp llegó en su busca. En vez de

enfrentársele o de huir por la ventana, el abuelo se escondió tras una de esas aparatosas cortinas con que suelen estar decorados los burdeles anticuados. Más tarde, cuando se le preguntó por qué no había resuelto a tiros el asunto, respondió: «La discreción es la mejor cualidad del velour».

No era exactamente lo que Bill Shakespeare le hizo decir a su personaje Falstaff, pero cuadraba.

Cuando me disponía a alejarme sigilosamente, Blotch me vio gracias a la luz que proyectaba la ventana y se me acercó sudoroso y vacilante. Sin embargo, al advertir el rumor que procedía de la casa, se olvidó de todos aquellos pinchos del demonio.

—¿Qué clase de perversa e infernal fornicación es esa que tiene lugar ahí dentro? —exclamó con voz ahogada—. ¿Quieres convencerme de que Marison es Jesús y de que tolera al mismo tiempo esta porquería? ¡Te equivocas! ¡Tiene que ser el Anticristo!

No hubiera servido de nada intentar hacerle callar.

—¿Qué me condene si no es esa serpiente maligna quién está ahí dentro con una ramera! Al diablo le gusta joder. Revelaré al mundo su presencia, y los Últimos Días habrán llegado. ¡Puede matarme con sus tenebrosos poderes, pero me convertiré en un mártir y me sentaré a la diestra del Padre! ¡Gloria, aleluya!

Tenía agallas el tipo, hay que reconocerlo. Pensaba enfrentarse al mismísimo Satán e imaginaba que sería fulminado en el acto, pero aún así seguía adelante. Y ya que él se disponía a echar un vistazo, también podía hacerlo yo, ¿no? De acuerdo, sólo una breve ojeada. En realidad, no tiene nada de malo presenciar la competición. Yo tampoco soy manco —sobre todo cuando no estoy borracho—, y en una ocasión, una mujer me adjudicó el primer premio poniéndome un lazo azul en la verga. Claro que entonces era más joven.

Blotch se dirigió hacia la ventana y, una vez allí, resolló y se agitó como un caballo que hubiera visto aproximarse al veterinario con una gran jeringa en la mano. El rostro se le encendió de tal manera que el rojo parecía manar de él como salsa de tomate aguada. Miré por encima de su hombro, y lo que vi no quiero volverlo a ver en mi vida.

Ahí estaba la señora Lott, vestida tan sólo con unas botas con espuelas, con Buh encima suyo, vestido tan sólo con el sombrero. Del trasero de este último no se distinguía más que una mancha borrosa, como si el tipo estuviera actuando en una película porno proyectada a cámara rápida. Ni en las serpientes de cascabel he visto semejante frenesí. Me quedé boquiabierto pero, aún así, no pude evitar pensar que era como J. C. en eso de llevar siempre el sombrero puesto. Me pregunté si no habría entre ellos algún lazo familiar. ¿Por qué había preguntado por J. C? Además, ¿no eran Jesucristo y el diablo, un ángel caído, en cierto modo parientes?

Ya ves, estaba por creer que tal vez el reverendo tenía razón, cuando Buh interrumpió el bombeo por un instante, dejando la mitad de la verga, unos veinte centímetros, fuera. En aquel momento, lo creí hasta el fondo de mi alma corrompida. Sólo el demonio podía tener semejante tranca.

Desde donde me hallaba, podía ver la parte superior de aquel enorme fallo, y entonces observé que estaba rodeado por un anillo crepitante de luz azul.

—¡La aureola del diablo! —exclamé con voz entrecortada.

Blotch me cogió la mano como si necesitara algo humano, yo mismo, a falta de otra cosa, a lo que agarrarse. Sus ojos se hincharon como si el gas de su estómago hubiera tomado el camino

equivocado. El hedor que despedía empeoró de tal modo, que llegué a pensar que advertiría a los de adentro de que estaban siendo observados, pero se hallaban demasiado ocupados como para darse cuenta. Si el fin del mundo hubiera llegado en aquel momento, ellos no habrían notado la diferencia.

La señora Lott gimió y hundió las espuelas en las nalgas de Buh hasta hacerlas sangrar, y este arrancó de nuevo. Cuando aquella monstruosidad asomaba entre una y otra andanada, el anillo azul crepitaba y restallaba. Tardé cerca de un minuto en comprender que aquello era realmente electricidad y que cada vez que la carga se introducía en ella, la señora Lott experimentaba una sensación que habría consumido a la mayoría de las mujeres. Aunque, con semejantes proporciones, a nadie se le hubiera ocurrido que aquel tipo necesitara un generador auxiliar.

Ella debía tener un fusible de cien amperios como mínimo y no parecía que fuera a fundirse; no en ese sentido, al menos.

Yo no sabía cuánto hacía que duraba aquello pero, de todos modos, no tenía intención de interrumpirles. Sobre todo si aquel tipo era realmente el diablo, dispuesto a evitar el segundo «advenimiento». No el suyo; el de su enemigo.

Sin embargo. Blotch acabó por reunir el valor suficiente.

—¡Ajajá, Belcebú, llamado también Satán y Lucifer! —vociferó—. ¡Te cogí! ¡A ti y a la Gran Meretriz de Babilonia!

Antes de que pudiera darle el consejo que el abuelo tenía reservado para tales situaciones, ya había entrado por la ventana y comenzado a citar la Biblia con voz delirante, aunque ahorrándose en esta ocasión las habituales referencias. La señora Lott comenzó a chillar; Buh se incorporó de un salto y se volvió hacia Blotch. Y yo quise morir.

No es que tuviera una verga monstruosa. Tenía *dos*, una encima de la otra, y a la vista de la piel de ambas deduje que había estado hundiendo la de abajo en el agujero inferior, al tiempo que la otra bombeaba en el superior.

He oído muchas cosas extrañas sobre el demonio, pero nunca nada semejante.

De todos modos, ni siquiera aquello logró desconcertar a Blotch, que caminó directamente hacia él con valentía de perfecto imbécil. Los rojos cabellos de Buh se habían erizado bajo su sombrero como si cada uno de ellos fuese un pene en erección, y aquellos ojos azules eran como las puertas abiertas de un horno crematorio. En ellos vi todo lo que quiero saber sobre el infierno.

—¡Quede al descubierto el mal eterno! —gritó Blotch mientras le arrebatava el sombrero a Buh.

El grito de la señora Lott llegó incluso a ahogar el mío.

Aquel sombrero ocultaba dos cuernos anchos y planos que se curvaban hacia atrás siguiendo el contorno de la cabeza y cuyos extremos se alzaban formando agudas puntas.

Creí que Buh iba a hacer trizas a Blotch, pero en aquel momento la puerta se abrió de golpe.

—¡Quieto, Belzebuh! —gritó J. C. al entrar—. ¡No hay necesidad de hacer daño a estos terráqueos!

—¡Ya eres mío, Jotacemarison! —exclamó Buh.

Se volvió y apuntó a J. C. con ambas trancas, como si fuera a perforarle con ellas. O al menos, eso fue lo que trató de hacer, estoy seguro, pero le había inyectado tanta electricidad a la señora Lott que no consiguió emitir más que unos débiles chisporroteos que murieron a mitad de camino de

donde se hallaba J. C, a quien hubiera dejado frito de no tener la batería descargada.

—La he utilizado como una Dalila para ti, Sansón —dijo J. C. sonriendo.

Entonces, quitándose el sombrero, ató a Buh de brazos y piernas con su aureola. Buh forcejeó para liberar sus brazos, pero era inútil y lo sabía.

—Ya has estado persiguiéndome el tiempo suficiente —dijo J. C—. Tenía órdenes de hacer que fueras tras de mí para alejarte mientras se completaba el Proyecto. Ahora ya ha concluido y voy a llevarte prisionero a Quixpot. De todos modos, acaba de declararse un armisticio. Te habrían llegado noticias de no tener las antenas sintonizadas tan sólo para el sexo. Si el tratado se firma, la Tierra quedará a partir de ahora fuera de límites.

El pobre Blotch no tenía ni idea de lo que estaba ocurriendo.

Yo, por el contrario, he visto suficientes películas de ciencia ficción como para adivinar que aquellos dos eran agentes secretos de planetas enemigos que actuaban en este mundo. Era más fácil creer esto que lo que Blotch creía, tal y como se pudo comprobar más tarde cuando J. C., antes de marcharse —en un ovni, supongo— y sin precisar demasiado los detalles, confirmó mis suposiciones.

Después, se excusó y llevó a Buh a las montañas para recluirlo en algún lugar, en espera de que llegara la nave espacial. Un final feliz, como los de las viejas películas del oeste de serie B que tanto me gustaban cuando era chico, y que no hubiera querido que dejaran de hacer. Ciertamente, de todos modos, que J. C. no se casó con la hija del dueño del rancho. El hecho es que, si resultaba estar tan bien equipado como Buh, era una verdadera lástima. En cuanto a la señora Lott, imploró en tono lastimero que se la llevaran junto con Buh. Imagino que debió tener visiones de todo un planeta lleno de tipos dotados de perforadoras eléctricas de columna doble, dispuestas a entrar en acción.

Dijo que le daría a Rich toda su fortuna si podía marcharse con él. Nunca supe cómo acabó todo aquello, pero sé que Rich consiguió el dinero y que ella no volvió nunca más por el rancho.

A lo mejor, la mujer de Lott acabó también convertida en columna de sal... aunque, pensándolo bien, es mucho más probable que acabara como salteadora de columnas.

J. C. no nos hizo guardar el secreto. Dijo que podíamos explicarle el episodio a quien quisiéramos porque nadie iba a creernos, excepto, tal vez, algún que otro chalado por los platillos volantes. Pero, al fin y al cabo, ¿a quién le importaban esos tipos?

Como decía el abuelo: «La verdad siempre resurge, aunque generalmente no tiene a donde ir».

Blotch no podía creer que aquellos dos no fueran más que alienígenas de otros planetas. Se había creado todo un mundo que no existía, un mundo en el que, si moría, acabaría en el cielo junto a los que mandaban, mientras nosotros nos precipitaríamos en el infierno. Se fue corriendo sin esperar ser presentado a J. C, agitando la cabeza, y vociferando algo sobre hablar con lenguas de bronce y no sé qué del estrépito de los simples. Algo de la Biblia, supongo.

La noche anterior a la de su partida, J. C. me llevó a La Última Oportunidad para charlar mientras tomábamos unas copas. Me habló de su rancho allá en las estrellas, pero no me dijo una sola palabra de lo que había estado haciendo aquí en la Tierra. Imaginé que sería mejor no saberlo.

Íbamos por la quinta —copa, no botella— cuando el bullicio decayó repentinamente. Levanté la vista y advertí a qué se debía aquel inesperado sosiego. Inconcebible. Blotch se hallaba de pie en la

entrada; las hojas de la puerta batían a su espalda. Era la primera vez que ponía el pie en un *saloon* y tal vez fuera la última, aunque de esto no estoy tan seguro. Lo que vino a continuación fue realmente patético.

Estaba blanco como el papel higiénico y se estremecía como una caseta de retrete en pleno huracán. Al principio, creí que había venido con idea de enfrentarse a J. C, de retarle a que saliera a la calle, pero no llevaba armas. Supongo que he visto demasiadas películas del oeste. De todos modos, por más nervioso que estuviera y aunque hubiera venido acompañado por un pelotón, no iba a intentar echarle el guante a alguien que llevaba una aureola bajo el sombrero y quién sabe qué bajo los tejanos.

Caminando hacia ella con paso rígido, plantó sobre la barra un billete de cinco dólares.

—Una ronda para Cogorzas, el señor Marison y yo.

Aquello casi me hizo caer de espaldas. ¿Quién iba a pensar que el predicador fuera a hacer algo así? Principios aparte, era un tacaño.

Todo el mundo comenzó a murmurar, preguntándose qué habría ocurrido. Vaciamos nuestras copas y, en cuanto logró dejar de toser, Blotch dirigió una mirada acuosa hacia los tristes ojos de J. C. Entonces, como si la bebida le hubiera armado de valor, dijo:

—¡Tú eres el hijo de Dios!

J. C. adoptó una expresión severa y repuso:

—Cuando me llame eso sonría, forastero.

# El volcán

*Este es uno de mis relatos de «autor ficticio», término que se explica en el prólogo de El fantasma de las Cloacas. Baste decir aquí que este relato fue firmado en un principio por «Paul Chapin», cuyos rasgos principales se esbozan en el prefacio editorial que viene a continuación.*

*Escribiendo como Chapin, creé al personaje del detective privado Curtius Parry (adviértanse las iniciales), lisiado. Imaginé a todos los protagonistas de Chapin incapacitados de alguna u otra forma.*

## Prefacio Editorial

Aunque no se ha publicado aún ninguna biografía de Paul Chapín, son muchos los que saben de él y de su obra. El comentario más completo que sobre él se ha hecho figura en *La Liga de los Atemorizados*, el segundo volumen de la biografía del gran detective Nero Wolfe. Sabemos a ciencia cierta que Paul Chapín nació en 1891, que pronto dio muestras tanto de brillantez como de haber adoptado una actitud *swiftiana* hacia el mundo, y que quedó lisiado a resultas de un accidente sufrido durante una novatada en Harvard. Los críticos sostienen que este suceso influyó notablemente en sus obras, calificadas de himnos a la brutal belleza de la violencia. La primera novela de Chapín fue publicada en 1929; sus obras más conocidas son *El Talón de Hierro* (cuya adaptación para la escena se representó en Broadway) y *Al último se lo lleva el diablo*.

Debido probablemente a la prohibición que sufrió por parte de las autoridades, esta última alcanzó gran difusión en 1934, y su pretendida obscenidad resultaría inofensiva actualmente. Fue en esa época cuando, tras haber sido considerado sospechoso de asesinato, Nero Wolfe demostró su inocencia. Chapín correspondió al gesto de Wolfe haciéndole aparecer en su siguiente novela bajo el nombre de Nestor Whale y matándole de forma particularmente horrible. *El Volcán* trata, como todas las narraciones de Chapín, del asesinato, el salvajismo y la violencia, tanto física como psíquica, pero difiere de las demás en que el grado de retórica es menor que el habitual y en que puede ser producto —aunque no somos capaces de asegurarlo— de la fantasía.

En un maizal de los Catskills era más fácil creer en fantasmas que en un volcán.

Curtius Parry, detective privado, creía en el volcán porque los periódicos y las emisoras de radio no tenían razones para mentir. Además, como evidencia adicional, contaba con una carta de su amigo Edward Malone, periodista de *The Globe*. Mientras viajaba en el asiento posterior de su automóvil por la carretera del Condado de Greene, sostenía en su mano la carta que Malone le había enviado dos días antes.

Estaba fechada el 1 de abril de 1935 y firmada por Bonnie Havik.

*Querido Sr. Parry:*

*Conseguí hablar con el señor Malone durante unos minutos sin que mi padre y mis hermanos me oyeran. Dijo que le enviaría una nota de mi parte si yo lograba entregársela. Aquí está. No tengo mucho tiempo. Estoy escribiendo esto en el sótano; ellos creen que he bajado a buscar compota de pera. Por favor, señor Parry, ayúdeme. El sheriff que tenemos aquí no vale nada, es un inútil. Dicen que Wan huyó después de que mi padre y mis hermanos le golpearan. Yo no lo creo, y me temo que le hicieron algo peor. No me atrevo a hablar con nadie de los de aquí sobre Wan porque todo el mundo me odia. Wan es mejicano ¡Por favor, haga lo posible por venir! ¡Estoy tan asustada!*

Según la nota de Malone que acompañaba a la carta, «Wan» era Juan Tízoc. Había llegado pocos años antes procedente de Méjico, entrando probablemente de forma ilegal en el país, y vagando por los alrededores, bien mendigando o trabajando en alguna que otra granja. En el momento de su desaparición, llevaba tres meses trabajando para los Havik. Dormía en un cuartito situado en el desván del granero. Malone había intentado echar un vistazo al interior de la habitación, pero la puerta estaba cerrada con candado. Cuando le preguntó al *sheriff* Huisman sobre Tízoc, este repuso que, al parecer, había huido atemorizado por el volcán.

Tízoc, pensó Parry. Aquel nombre no provenía de España. Era indígena de Méjico, probablemente azteca e indudablemente náhuatl. Malone le había enviado la descripción que de Tízoc le había dado Bonnie. Bajo, robusto y de facciones evidentemente náhuatl: nariz aguileña de amplias ventanas, dientes macizos y ligeramente prominentes, y boca ancha. Al sonreír, explicaba Bonnie, su rostro se iluminaba como el cielo al estallar un relámpago.

Bonnie estaba loca por él. Pero Tízoc debía estarlo, en sentido literal, para haberse liado con una muchacha blanca en aquella aislada comunidad de los Catskills. Hacía sólo tres años que, en las afueras de un pueblo situado a quince kilómetros de distancia, habían asesinado a un negro por haber viajado en el asiento delantero de un coche, junto a la mujer blanca que le había recogido en la carretera.

Malone incluía, junto con la carta de Bonnie, una nota propia y el informe preliminar de los

geólogos sobre el lugar de los hechos.

*La chica ha sido, y sigue siendo, maltratada por su padre y sus hermanos. Su madre también la maltrataba pero, como ya sabes, murió hace cuatro días al ser alcanzada por una piedra lanzada por el volcán.*

*Bonnie tiene una cicatriz horrorosa en la cara que, según los rumores locales, le hizo su padre con un atizador al rojo vivo. También he podido apreciarle magulladuras en los brazos que parecen bastante recientes.*

*Por otra parte, algunos campesinos dicen que ella podría haber sido la causante de «todo aquello», refiriéndose a los extraños fenómenos que tuvieron lugar en la finca de los Havik cuando Bonnie contaba once años. Al parecer, le echaron la culpa de los incendios espontáneos que por aquel entonces se declararon en la casa y en el granero. Hay algunos que te dirán, tanto si les preguntas como si no, que Bonnie ha vuelto a las andadas. Es evidente que la consideran psíquicamente responsable de la aparición del volcán; creen que tiene poderes extraños, y algunos chiflados venidos del Greenwich Village, Los Ángeles y otros lugares donde no abunda la sensatez, concuerdan con esta teoría. Ya sé que todo esto es absurdo, pero prepárate para enfrentarte a conversaciones de este estilo y, tal vez, a acciones del mismo cariz.*

El informe de los geólogos se había redactado dos días después de que el campo se abriera y comenzara a vomitar lava y vapor. Estaba destinado al público, pero no se daría a conocer hasta que el gobernador lo permitiera. Al parecer, no quería que se publicase nada que pudiera desatar el pánico en la zona. Malone había conseguido (léase robado) una copia.

El documento comenzaba informando al público de que los Catskills no eran de origen volcánico. El subsuelo era principalmente de origen sedimentario, estando constituido por capas masivas de arenisca y conglomerados. Bajo la arenisca había esquistos.

Pero, inexplicablemente, la arenisca y el esquisto estaban siendo calentados por algún poderoso agente, hasta el punto de que fluían al rojo blanco y emergían por la chimenea que se había abierto en el maizal. El volcán arrojaba trozos de arenisca, calentados hasta convertirse en un semilíquido, más allá de los márgenes del campo. La mayor parte de la fuerza propulsora parecía deberse al vapor de agua de origen meteórico que, explotando entre las rocas, las disparaba hacia el exterior.

Los geólogos, tras analizar los gases y cenizas expelidos por el cono, se habían mostrado contrariados. Según los análisis de gases volcánicos realizados en 1919 en el Kilauea, Hawaii, la composición media debería haber sido, más o menos, la siguiente: 7075 por ciento de agua, 14.07 por ciento de anhídrido carbónico, 0.40 por ciento de monóxido de carbono, 0.33 por ciento de hidrógeno, 5.45 por ciento de nitrógeno, 0.18 por ciento de argón, 6.40 por ciento de anhídrido sulfuroso, 1.92 por ciento de anhídrido sulfúrico, 0.10 por ciento de azufre y 0.05 por ciento de cloro.

La composición de los gases del volcán Havik, en partes por quintal, era: 65 de oxígeno, 18 de

carbono, 10.5 de hidrógeno, 3.0 de nitrógeno, 1.5 de calcio, 0.9 de fósforo, 0.4 de potasio, 0.3 de azufre, 0.15 de cloro, 0.15 de sodio, 0.05 de magnesio, 0.006 de hierro y 0.004 de otros elementos.

En la H<sub>2</sub>O expelida, que constituía la mayor parte de los gases, había partículas suspendidas de cloruro sódico (sal de mesa) y bicarbonato sódico. Había también mucho anhídrido carbónico y partículas de carbón chamuscado.

La lava de arenisca fluía del cono a una temperatura de 710 grados centígrados.

Parry leyó la lista tres veces, manteniendo el ceño fruncido hasta el momento en que levantó la vista del papel.

—¡Ja! —exclamó entonces, sonriendo.

—¿Qué, señor? —preguntó el chófer.

—Nada, Seton —repuso Parry de primer momento, para después murmurar—: Los geólogos están tan cerca que no lo ven, por más elemental que sea... pero, no puede ser... ¡Sencillamente, no puede ser!

Poco después de la una del mediodía, el automóvil entró en Roosville, un pueblo cuyo aspecto venía a ser el mismo que el de cualquier centro agrícola del sudeste del estado de Nueva York. A Parry le recordaba el pueblo de Indiana donde había crecido, sólo que Roosville estaba más limpio y se veía mucho menos miserable. Tras informarse en la gasolinera, se dirigió a la pensión de Doorn. Las habitaciones escaseaban debido a la avalancha de visitantes que el volcán había atraído, pero Malone había dispuesto que Parry compartiera con él su habitación. Seton dormiría en un catre instalado en el sótano. Era evidente que a la señora Doorn le había impresionado aquel alto y apuesto forastero que venía de Manhattan. Lejos de turbarle, la manga izquierda de su abrigo, vacía, le intrigó. Preguntó si Parry había perdido el brazo en la guerra, y excusó su franqueza comentando que la reciente muerte de su marido había sido el efecto producido a largo plazo por una herida sufrida en St. Mihiel.

—Yo también fui herido —dijo Parry—. En el bosque de Belleau.

No añadió, sin embargo, que fueron dos balas calibre .45 del arma de un matón las que le segaron el brazo, durante una refriega ocurrida en el Bowery, hacía ya cuatro años.

Poco después, Seton y Parry salían del pueblo por el camino de grava que partía del centro en dirección este. El sendero viraba y se retorcía como una serpiente cuya cabeza hubiera quedado atrapada en las fauces de un lobo, caracoleando mientras subía y bajaba por aquellas colinas cubiertas de espesura en las que se entremezclaban las coníferas y los árboles de hoja plana. Luego bordearon una profunda cañada rocosa, una de las muchas que hay en los Catskills.

La violencia había creado las cañadas tiempo atrás, pensó Parry, pero aquella violencia era el resultado natural de la estructura geológica de la zona. El volcán también era producto de la violencia, pero su presencia en los Catskills no era previsible ni natural; era tan inexplicable como la de un dinosaurio.

Tras rodear un recodo, el automóvil salió a un terreno comparativamente llano. A medio kilómetro se alzaba la granja Havik: un edificio grande de dos pisos, construido en madera y pintado en blanco, y un amplio granero de color rojo. Y, tras este último, un penacho de vapor blanco tachonado de partículas oscuras.

El automóvil se detuvo al final de una larga fila de vehículos, estacionados con las ruedas de la parte izquierda sobre la grava y las de la derecha sobre la cuneta blanda y fangosa. Parry y Seton bajaron del coche y caminaron a lo largo de la fila en dirección a la valla de estacas blancas del cercado de la parte delantera de la granja. Desde allí, por encima de las cabezas de la multitud alineada alrededor del maizal, Parry alcanzaba a ver, más allá del granero y en el centro del campo, un cono truncado de unos tres metros de alto cuyas paredes nudosas y rojizas recordaban irresistiblemente a una herida que se secura y volviera a sangrar alternativamente, una y otra vez. De él surgía un geiser de vapor. Instantes después de su llegada, un resplandor incandescente iluminó los bordes del cráter. Reflejándose en la nube de vapor, la masa que lo originaba sobrepasó los ennegrecidos bordes. Era lava al rojo blanco, arenisca impulsada desde el interior de la tierra que

rebosaba del cráter, extendiendo las paredes del cono en sentido horizontal y alzándolas en vertical.

Le pareció que el suelo temblaba ligeramente a intervalos irregulares, como si a través de la tierra y desde muy lejos llegaran hasta allí los latidos de un corazón enorme pero moribundo a la vez. Debía ser producto de su imaginación, ya que según el informe de los científicos no habían tenido lugar las perturbaciones sísmicas previstas. Sin embargo, las personas que formaban la multitud congregada en torno al campo y frente a la casa, comenzaron a cruzar miradas ansiosas. Demasiado blanco de los ojos, demasiado carraspeo, arrastrar de pies y caminar hacia atrás. Algún rumor había corrido entre el gentío, algo que haría que se sobresaltasen si cualquier acontecimiento mínimamente adverso tenía lugar.

La portezuela del coche del sheriff, estacionado junto a la entrada de la valla, se abrió, al tiempo que el sheriff descendía para dirigirse hacia Parry con andares de pato. Era bajo pero muy gordo, una bola de grasa que fumaba un puro barato y maloliente y en cuyo rostro purpúreo resaltaba la mirada desafiante que sus ojos entornados dirigían hacia Parry. En realidad, pensó Parry, no es una bola de grasa, sino más bien un vaso sanguíneo a punto de estallar.

Los finos labios de aquella gruesa cara se movieron para preguntar:

—¿Tiene usted negocios aquí, señor? Parry miró a la multitud. Saltaba a la vista que algunos eran periodistas o científicos, y también que la mayoría estaba constituida por vecinos que no tenían otro negocio más importante al que dedicarse que curiosear. Pero lo último que el sheriff haría sería provocar la hostilidad de los votantes.

—No, a menos que la curiosidad sea para usted un negocio —repuso Parry. Por el momento, no tenía necesidad de identificarse, y podría trabajar mejor si la ley de Roosville no andaba vigilándole.

—Muy bien, puede entrar —dijo Huisman—. Pero le costará un dólar por cabeza, si su hombre entra con usted.

—¿Un *dólar*?

—Sí. Entre que se les quemó el granero, que a la señora Havik la mató una piedra de ese volcán hace sólo cuatro días, y que esta gente, además de no respetar su intimidad, no deja de estorbar y pisotearlo todo, los Havik están pasando un mal momento. De alguna manera tienen que arreglárselas.

Parry le hizo un gesto a Seton y, después de que este entregase los dos dólares al sheriff, cruzaron la puerta. Se abrieron paso entre la gente, pasaron junto a unos enviados especiales de la Pathé, y se detuvieron al llegar al margen del campo. A causa de las recientes lluvias, estaba enfangado en su mayor parte y la hierba se veía chamuscada por las «bombas» de lava que arrojaba el volcán, esparcidas por todo el campo hasta contabilizar varios cientos. Al salir del cráter eran aproximadamente esféricas, pero el impacto las había achatado. Como Seton señaló, le daban al campo el aspecto de un prado donde hubieran pacido vacas de piedra.

La lava había dejado de fluir y estaba enrojeciendo a medida que se enfriaba. Parry se volvió para mirar la parte trasera del granero, hundida aquí y allá y marcada con diversas manchas negruzcas. Evidentemente, la parte trasera de la casa también había sido alcanzada por las piedras, ya que todas las ventanas, excepto las que quedaban al abrigo del alero del porche, estaban

protegidas con tablones.

Un hombre apareció por una de las esquinas del granero. Sonriendo y con la mano extendida, se acercó a Parry con grandes zancadas.

—¡Cursh, hijo de...! —saludó—. ¡No estaba seguro de que fueras a venir! ¡Al fin y al cabo, tu cliente no va a poder pagarte!

—Cada año hago un donativo por el importe de un caso —respondió Parry, sonriendo a su vez y estrechándole la mano—. Además, en esta ocasión creo que sería yo quien pagaría a mi cliente.

Ed Malone saludó a Seton y añadió:

—He averiguado ciertas cosas que no he tenido tiempo de comunicarte. Los vecinos dicen que el volcán es obra de Dios, que lo ha hecho aparecer para castigar a los Havik. No se les aprecia demasiado por aquí. Son reservados, rara vez acuden a la iglesia, están borrachos noche y día y son muy desaliñados. Y, sobre todo, a los vecinos no les gusta como tratan a Bonnie aunque, como dicen ellos, sea «un tanto rara».

—¿Qué hay de Tízoc?

—Nadie le ha visto. Claro que nadie se ha puesto a buscarle tampoco. Bonnie no le ha dicho nada al sheriff porque teme que vaya a contárselo a su familia, en cuyo caso lo pasaría mal. Debe andar intentando salir para verte pero...

Una detonación como la de varios cartuchos de dinamita estallando a la vez les hizo arremolinarse. Gritaron atemorizados junto con la gente que les rodeaba al ver una masa al rojo blanco que se les venía encima. Echaron a correr y oyeron tras de sí un resquebrajamiento. Al darse la vuelta, vieron un agujero que echaba humo en la parte trasera del granero.

El grito de «¡Fuego!» se elevó entre la multitud. Parry y los demás rodearon el granero a toda prisa y desde la parte delantera se asomaron al interior. La roca incandescente había aterrizado sobre un montón de heno, junto a la pared posterior, provocando el incendio de ambos. Las llamas se estaban propagando rápidamente hacia los establos, donde los tres caballos que albergaban relinchaban y coceaban frenéticamente. Desde los corrales, junto a la pared anterior del edificio, llegaban los agudos y aterrorizados chillidos de los cerdos.

Durante los fútiles esfuerzos que se llevaron a cabo para salvar el granero, Parry identificó a los Havik. El fuego les había hecho salir a todos de la casa. Henry Havik era un hombre muy alto y delgado de unos cincuenta y siete años de edad, calvo, con la nariz rota, las encías inflamadas y los labios gruesos. La nariz también era bulbosa y estaba cubierta de venitas reventadas; las erupciones del whisky. Cuando lo tuvo cerca, Parry advirtió que su aliento apestaba a alcohol y a dientes cariados. El aspecto de sus hijos, Rodeman y Albert, era la versión juvenil del que su padre ofrecía. Trascorridos veinte años, o menos, sus rostros estarían tan cubiertos de venitas reventadas y sus dientes tan cariados como los de su padre.

Bonnie había logrado salir durante la confusión y, aunque hubiera debido preocuparse del granero, era evidente que buscaba a Parry. Al ver a Malone se le acercó, al tiempo que este señalaba a Parry. Tenía tan sólo veintiún años, pero las profundas arrugas de su rostro, la notoria cicatriz que surcaba su mejilla izquierda y el andrajoso y holgado vestido que llevaba le hacían parecer mayor. De no estar tan revuelto, su cabello rubio habría resultado atractivo. En realidad, limpia, arreglada y bien vestida, sería guapa, se dijo Parry. De todos modos, había algo salvaje e inquietante en aquellos pálidos ojos azules.

El granero seguía echando humo mientras los hombres, entre toses y juramentos, sacaban de allí a los caballos y a los cerdos al tiempo que otros formaban una hilera de cubos. Como los Havik no tenían teléfono, el sheriff tuvo que salir a toda prisa en su coche para avisar a los bomberos. Parry le hizo un gesto a Malone y Bonnie le siguió, dirigiéndose los tres hacia el otro lado de la casa. Le hubiera gustado apostar a Seton, como centinela, pero el chófer se había perdido entre la barahúnda.

—No hay tiempo ni necesidad de presentaciones —dijo Parry—. Háblame de Juan Tízoc, Bonnie. Todo esto tiene que ver con él ¿verdad?

—Es usted muy listo, señor Parry —repuso ella—. Sí, así es. Cuando Padre contrató a Juan, no le presté mucha atención. Era bajo y moreno, parecía un indio, y tenía un acento extraño. También era cojo. Me explicó que, de pequeño, un turista americano que marchaba a toda velocidad le había atropellado y que nunca había podido volver a andar derecho desde entonces. A veces aquello le amargaba, pero cuando estaba conmigo se pasaba la mayor parte del tiempo riendo y bromeando. Eso fue lo que, al principio, hizo que me gustara tanto, Sepa que antes de que él llegara, no había muchas oportunidades de reír por aquí. No sé cómo, porque tampoco es que le viera demasiado, pero me hizo la vida más fácil; los días me parecían bordeados por una aureola de luz, aunque en sí no fueran muy luminosos. Madre y Padre seguían agobiándole en el trabajo; trabajaba mucho, pero ellos no parecían nunca satisfechos y no dejaban de insultarle, de gritarle... y hasta se ponían quisquillosos con la comida. Pero él sabía encontrar tiempo para mí...

—Si tan mal le trataban ¿por qué no se marchó?

—Estaba enamorado de mí —repuso ella, apartando la vista.

—¿Y usted?

—Yo le amaba —respondió con voz apenas audible.

Gimió un poco y dijo:

—¡Y ahora se ha ido, me ha dejado! —Y tras una breve pausa, añadió—: ¡Pero no puedo creer que quisiera dejarme!

—¿Por qué no?

—¡Le diré por qué! Los dos sabíamos perfectamente lo que cada uno sentía por el otro sin haber cruzado una sola palabra sobre ello ¡Y puede estar seguro de que buscamos las palabras adecuadas! Supongo que si yo hubiera sido mejicana me lo habría dicho hace tiempo, pero él sabía que respecto a la gente de Roosville era igual que un negro. Y yo le quería, pero también me avergonzaba de ello. Al mismo tiempo, no creía posible que ningún hombre, ni siquiera un mejicano, me amara.

Se tocó la cicatriz.

—Siga —dijo Parry.

—Acababa de darles el forraje a los caballos, cuando Juan entró en el granero. Miró a su alrededor y, al ver que no había nadie más, vino directamente hacia mí. Me di cuenta enseguida de lo que iba a hacer, así que me eché en sus brazos y comencé a besarle. Me estaba diciendo, entre besos, lo mucho que odiaba a los *gringos*, especialmente a mi familia, y cuánto deseaba que acabaran todos en el infierno, excepto yo, naturalmente, porque me quería tanto, cuando...

Rodeman Havik pasó en aquel momento frente a la puerta del granero y los vio. Llamó a su padre y a su hermano, y los tres juntos entraron en el granero y se abalanzaron sobre Tízoc. Este logró

derribar a Rodeman, pero el padre y Albert saltaron sobre él y comenzaron a golpearle y a darle patadas. Entonces apareció la madre de Bonnie y, con la ayuda de Rodeman, arrastraron a Bonnie hasta la casa y la encerraron en el sótano.

—Y esa fue la última vez que le vi —dijo con los ojos bañados en lágrimas—. Padre dijo que le había echado de la granja y que le había dicho que le mataría si no se iba de la región. Y luego me pegó. Dijo que merecía que me matara, porque ninguna mujer blanca decente dejaba que un desharrapado le pusiera la mano encima. Pero soy tan fea que me sentía afortunada de que incluso un desharrapado se hubiera fijado en mí.

—¿Por qué la odia tanto su padre? —preguntó Parry.

—¡No lo sé! —exclamó ella sollozando—. ¡Pero me gustaría tener el suficiente valor como para matarme!

—¡No te preocupes! ¡Ya te ayudaré yo! —vociferó alguien.

Henry Havik, con los ojos entornados amenazadoramente, los labios apretados de tal manera que parecían el filo de una navaja y la nariz cubierta de hollín, se abalanzó sobre su hija.

—¡Zorra! —gritó—. ¡Te dije que te quedaras dentro!

Parry se interpuso entre Havik y Bonnie.

—Si la pega, no tardaré ni diez minutos en meterle en la cárcel —advirtió.

Havik se detuvo, pero no aflojó los puños.

—¡No sé quién es usted, manco estúpido, pero será mejor que se aparte! ¡Está interfiriendo entre padre e hija!

—Ella es mayor de edad y puede irse cuando quiera —repuso fríamente Parry. Luego, manteniendo la vista clavada en el granjero, añadió en voz alta—: ¡Bonnie, decídase y me la llevo conmigo al pueblo! Y no haga caso de sus amenazas. Nada puede hacerle mientras tenga protección. O testigos.

—¡A él no le importa que me vaya o no! —dijo ella—. ¡Y yo tengo miedo de irme! ¿Qué voy a hacer sola por ahí?

Parry la miró; sentía por ella una gran compasión y, a la vez, cierta repugnancia.

—Bonnie —dijo finalmente—, tiene usted suficiente sentido común como para saber que por mala que sea la situación en que vaya a encontrarse, siempre será mucho mejor que la actual. Tenga el valor, las agallas de hacer lo que su buen sentido le dicta.

—¡Pero si me voy —se lamentó—, nadie hará nada para saber qué le ha ocurrido a Juan!

—¿Qué? —gritó Havik al tiempo que intentaba golpear a Parry, aunque se hizo evidente que su primer objetivo había sido su hija. Parry paró el golpe con el brazo y le dio una patada en la rodilla, mientras Malone hundía su puño en el plexo solar del granjero. Este cayó, agarrándose la rodilla con ambas manos y haciendo esfuerzos por respirar. Un instante después, los dos hijos, seguidos de cerca por el sheriff Huisman, aparecieron por una de las esquinas de la casa. Huisman ordenó a todo el mundo que se quedara quieto y todos obedecieron excepto Havik, que se retorció de dolor en el suelo.

Después de que todos se pusieran a hablar a la vez, Huisman exigió, y obtuvo, silencio. Pidió a Bonnie que explicara lo ocurrido.

—¿Así que es usted detective privado, Parry? —dijo tras haberla escuchado—. Bueno, pues no tiene autorización para ejercer aquí.

—Cierto —respondió Parry—, pero esto no tiene nada que ver con la actual situación. Represento a la señorita Havik (¿no es así, Bonnie?), y ella desea abandonar este lugar. Tiene más de veintiún años y, por tanto, es legalmente habré de hacerlo, el señor Havik nos ha atacado (tengo dos testigos que pueden ratificar esta declaración), y si no se calla, le voy a acusar de...

—¡Están en mi propiedad! —exclamó Havik—. En cuanto a usted, patas largas...

Parry tomó a Bonnie del brazo.

—Vámonos —dijo—. Ya enviaremos a alguien a buscar su ropa.

Los hijos miraron a su padre. Huisman frunció el ceño y se puso el puro entre los dientes. Parry sabía lo que estaba pensando. El sheriff era consciente de que la hija estaba en su derecho. Además, había allí un periodista de Nueva York ¿Qué podía hacer, en el caso de que quisiera hacer algo?

—Lo pagarás caro, desagradecida —amenazó Havik, pero sin hacer nada para evitar que su hija se fuera. Temblando y caminando tan sólo porque Parry la obligaba y dirigía, la muchacha salió de la granja en dirección al automóvil de Parry.

Parry se metió en la cama a las diez, pero estaba demasiado cansado para dormirse inmediatamente. Los acontecimientos ocurridos en la granja de Havik le habían excitado y los que siguieron, además de ponerle los nervios de punta, le habían hecho consumir aún más energía. Estaba furioso con el sheriff a causa del desprecio que había demostrado hacia Bonnie después de oír su declaración y de su negativa a interrogar a los Havik o a registrar la granja. Sencillamente, opinaba que la paliza que le habían propinado a Tízoc había sido una acción justa, incluso loable. Y argüía que no había pruebas suficientes para justificar una investigación sobre la desaparición de Tízoc. Que el sheriff tuviera razón con respecto a este último punto, encolerizaba aún más a Parry.

Tras la prolongada sesión que mantuvieron en la oficina del sheriff, Parry consiguió una habitación para Bonnie en casa de la señora Amster. Después, fueron a la pequeña tienda de ropa, compraron vestidos, y una vez de vuelta en la habitación, Bonnie se bañó, se maquilló un poco —hubiera considerado pecaminoso excederse— y se vistió para acompañar a Seton y Parry al restaurante. Allí, la chica se vio sometida a las miradas curiosas, y hostiles en algunos casos, que sin ninguna reserva le dirigieron los clientes mientras murmuraban entre sí. Para cuando salieron del restaurante, lloraba.

Más tarde, pasearon por el pueblo mientras ella le contaba a Parry los detalles de su vida en casa de sus padres. Parry era fuerte, pero de vez en cuando los sufrimientos y tragedias de la humanidad se negaban a mantenerse a raya. Como el mar arremetiendo contra un dique, encontraban una fisura y se colaban a través de ella. Normalmente era un solo caso, que como el de Bonnie representaba a millones de hombres, mujeres y niños que se veían obligados a soportar injusticias, crueldades y falta de amor, el que lograba abrir un hueco y entonces, todos los demás, o la conciencia de los mismos, entraban en tromba tras la punta de lanza.

A Parry le costó dormirse porque se sentía como una enorme concha en cuyo interior el océano del sufrimiento se agitara en doloroso alboroto. Finalmente, logró dejarse llevar, para acabar despertándose, medio atontado, al oír que llamaban a su puerta. Encendió la luz y se dirigió vacilante hacia la puerta, notando en el camino que Malone, exhalando vaharadas de whisky, no se había despertado. Abrió la puerta y su gesto reveló a su patrona, la señora Doorn, y a la señora Amster. Al instante recobró toda su consciencia. Antes de que la señora Amster acabara de tartamudear los detalles, él ya había supuesto lo ocurrido.

Poco después, salía por la puerta principal para sumergirse en la mortecina madrugada de Roosville. Corrió a casa de Huisman, que estaba tan sólo una manzana de su oficina. Al sheriff no le hizo gracia que interrumpiera su sueño, favorecido por la cerveza, pero se vistió y salió a buscar su coche, seguido de Parry.

—Suerte que no se le ha ocurrido ir solo —dijo con voz pastosa—. El viejo Havik podría haberle pegado un tiro en el trasero y alegar después que estaba usted invadiendo una propiedad privada. Tal como están las cosas, no estoy seguro de que Bonnie no haya vuelto con su padre por propia voluntad.

—Puede ser que lo hiciera —repuso Parry acomodándose en el asiento delantero—. Sólo hay una forma de averiguarlo. Si Havik la ha obligado a ir con él, es culpable de secuestro. La señora Amster me ha dicho que, al despertarse, sólo ha tenido tiempo de ver a Havik y a sus hijos haciendo entrar a Bonnie en el coche, sin haber oído nada hasta entonces.

Aunque Huisman condujo tan rápido como aquel sinuoso camino permitía, no conectó la sirena ni encendió las luces rojas de destello. Cuando tomaron el camino que llevaba a la granja de los Havik, apagó los faros. De todos modos, no hacían ninguna falta porque la luz que despedían la lava y las piedras que arrojaba el volcán perfilaban la casa a la perfección.

—¡Parece que esté a punto de estallar! —exclamó el sheriff con voz alarmada—. ¡Nunca lo había visto tan encendido!

En aquel momento, ambos dejaron escapar un grito. Un fragmento singularmente grande, una mancha blanca en el oscuro manto de la noche, había surgido del cono y volaba hacia la casa. Desapareció ras el tejado y, un instante después, una llamarada brotó donde la roca había caído.

Con los frenos clavados y los neumáticos chirriando, Huisman detuvo el coche junto a la valla y él y Parry descendieron a toda prisa. El resplandor que emitían el cono y las llamas del tejado perfilaban la casa. Al mismo tiempo, les permitió ver a Bonnie, con la parte superior de su vestido medio desgarrada, que bajaba los escalones del porche y corría hacia ellos. Les gritó algo, pero el silbido del vapor, las explosiones del volcán y los gritos de su padre y hermanos que salieron tras ella, ahogaron sus palabras.

—¡Havik lleva una escopeta! —le gritó Parry a Huisman.

Este se detuvo maldiciendo y soltó la correa que sujetaba el revólver a su funda. Havik bajó corriendo los escalones y se detuvo para apuntar los dos cañones de su arma hacia Bonnie.

Parry le gritó a esta que se echara al suelo y, aunque no podía haberle oído, Bonnie se dejó caer. A la luz de otro objeto incandescente que llegaba por encima de la casa, Parry vio que la muchacha había tropezado con una piedra, cuyo fulgor inicial había disminuido hasta convertirse en un rojo apagado.

El arma de Havik tronó dos veces, y los perdigones se hundieron en tierra junto a Parry.

Huisman también se había echado al suelo, pero al hacerlo había dejado caer torpemente su arma.

Parry vio dónde iba a acabar la mortal trayectoria de la piedra y gritó. Más tarde, se preguntó por qué había tratado de prevenir a un hombre que pretendía matar a su propia hija y que, sin duda alguna, había intentado matarle a él también. La única respuesta era que, siendo humano, no siempre, ni mucho menos, actuaba con lógica.

Se oyó un golpe sordo y Havik cayó, con la piedra medio derretida aferrada a su cráneo destrozado. El olor a carne y cabello quemados se propagó por el lugar.

Rodeman y Albert Havik gritaron horrorizados y corrieron hacia su padre. El sheriff aprovechó aquel momento para recobrar su revólver y, al levantarse, ordenarles que tiraran al suelo sus rifles. Se disponían a hacerlo cuando varias rocas más cayeron sobre el tejado, justo detrás de ellos. Al moverse, intimidados por el ruido, el sheriff interpretó mal sus movimientos y disparó dos veces. Fue suficiente.

Curtius Parry consiguió para Bonnie un puesto de criada en una familia de Westchester, y habló con un especialista en cirugía plástica para que le eliminara la cicatriz. Habiendo hecho todo lo que podía hacer por ella, se hallaba descansando en su apartamento de la calle 45 Este, con una copa en la mano; Ed Malone, sentado junto a él en un cómodo sillón, tenía a su vez una copa en una mano y un cigarrillo en la otra.

—¿Que no hay forma de encontrar a Tízoc? —estaba diciendo Malone—. ¿Y qué? Al menos salvaste a Bonnie de morir asesinada y nada menos que la justicia poética la libró de su brutal familia.

—Están muertos, sí —dijo Parry, alzando su tupidas cejas—, pero siguen vivos en Bonnie, impregnándola poco a poco de su violencia. Pasará mucho tiempo antes de que dejen de lacerar sus entrañas, si tal cosa llega a ocurrir algún día. En cuanto a sus muertes, ¿fueron realmente ejemplos de justicia poética? Y respecto a Juan Tízoc, si te explico mi teoría sobre lo que le ocurrió, me tratarás de loco.

—Vamos, explícate, Cursh —dijo Malone—. No voy a reírme ni a tratarte de loco.

—Sólo te pido que no lo divulgues. Muy bien. Los Catskills no son una zona volcánica, pero Méjico sí lo es...

—¿Y? —preguntó Malone, tras un prolongado silencio.

—Considera por un momento la teoría que algunos de los habitantes del pueblo sostenían. Hablaban de los incendios espontáneos que tuvieron lugar en casa de los Havik cuando Bonnie tenía once años, e insinuaron que Bonnie era en cierto modo responsable de la aparición del volcán. Pero no sabían que en todo caso supuestamente auténtico de salamandrismo, como se le conoce, el fenómeno cesa siempre cuando el niño llega a la pubertad. Por tanto, Bonnie no pudo ser responsable.

—Me alegro de oírtelo decir, Cursh —comentó Malone—. Temía que fueras a basar tu teoría en cuestiones sobrenaturales.

—Sobrenatural no es más que un término utilizado para explicar lo inexplicable. No, Ed, no fue Bonnie quien calentó la arenisca y abrió la tierra en el maizal para impulsar toda esa materia incandescente sobre los Havik. Fue Tízoc.

Malone se salpicó la mano con el contenido de su copa.

—¿Tízoc? —inquirió.

—Sí. Los Havik le mataron, y estoy seguro de que lo hicieron ciegos de rabia y de la forma más sangrienta. Luego, cavaron una tumba en el centro del campo, le enterraron, y allanaron el barro superficial para que no se notase. Esperaban que las raíces del maíz se alimentaran de Tízoc y que las mismas plantas destruyeran toda posible evidencia de la tumba. Todo esto resultó de lo más apropiado ya que el maíz, y no creo que los Havik lo supieran, se cultivó por primera vez en el antiguo Méjico. Pero Méjico es al mismo tiempo tierra de volcanes. Y todo hombre, incluso muerto, se expresa a través del espíritu de la tierra que le vio crecer y de los métodos y materiales que tiene

a su alcance.

»Los Havik no sabían que el odio y el deseo de venganza de Tízoc eran tales que ardía en ellos incluso muerto. Ardía de odio y su alma palpitaba con violencia, aún cuando su corazón había dejado de latir. Y fue la violencia de su odio y de sus deseos de venganza la que convirtió la arenisca en magma...

—¡Basta, Cursh! —gritó Malone—. He dicho que no iba a tratarte de loco, pero...

—Sí, lo sé —repuso Parry—. Pero piensa en lo que te voy a decir y luego, si puedes, propón una teoría mejor. Viste el informe de los geólogos sobre la composición y las proporciones relativas de los gases y cenizas expelidas por el volcán, y sabes que no son las que cualquier volcán de los estudiados hasta el momento actual ha expulsado.

Parry bebió un trago de whisky y apoyó el vaso en la mesa.

—Tanto los elementos expulsados como sus proporciones relativas son exactamente los que componen el cuerpo humano.

# La patrulla del amanecer de Henry Miller

*Esta no es una historia de ciencia ficción. Lo fue en su forma original, pero como no acabó de cuajar, la dejé de lado y esperé a que madurase —algunos dirían «se pudiese»— en mi inconsciente. Finalmente mi buen y querido cerebelo, o lo que sea que contenga el inconsciente, me sugirió un concepto completamente nuevo sobre la misma idea, según el cual el relato debía tener lugar en época moderna pero sin pertenecer a la ciencia ficción.*

*En mi opinión, podría clasificarse como un relato de fantasía. O quizá sería mejor etiquetarlo como de psicología de la fantasía.*

*Cualquiera que sea la clasificación que merezca, he de decir que me divertí mucho escribiéndolo. De las cartas que recibieron los editores de Playboy se deduce que los lectores también disfrutaron mucho con él. Algunas de las cartas provenían de pacientes, auxiliares y médicos de lo que eufemísticamente se conoce como «residencias».*

La señora Stoss, enfermera jefe del Hogar Residencial Columbia, miró al interior de la habitación. Los ronquidos simulados de Henry Miller se sumaban a los auténticos que emitían sus tres compañeros de habitación. Entreabriendo uno de sus párpados, Henry vio la cara del Águila Negra que asomaba tras la rechoncha cabeza de la enfermera. Por encima del hombro de esta, surgió una mano negra con el índice y el pulgar curvados y unidos.

Señal: La Baronesa Sanguinaria no prodirará sus vuelos esta noche.

Después de que Stoss y el auxiliar se hubieran ido, se puso a pensar en lo que El Águila Negra le había dicho antes de ir a dormir.

—Escucha, As, Stoss está decidida a acabar contigo. No sé qué es lo que le molesta a esa gorda, pero está que echa chispas con los meneos que les das a esta pandilla de conos resechos. Le revienta que haya alguien que se lo pase bien. Está todo el día quejándose, que si esto, que si lo otro. Esto, eres tú. Y *lo otro*, los tres maridos que se le murieron. Ninguno de sus hombres debió darle lo que ella quería, fuera lo que fuese. Claro que ella no habla jamás de follar. No diría mierda ni aunque tuviera la boca llena. Pase lo que pase, As, estoy de tu parte. Pero si te atrapa, nadie te va a poder ayudar.

Una hora antes del amanecer se despertó. Toque de meada. Tenía la palanca de la alegría tan tiesa y dura como aquella del Spad XIII en el que había volado cincuenta y nueve años antes. La agarró, la movió a derecha e izquierda, y vio que las alas respondían.

Se levantó parpadeando de la cama y se quedó de pie frente a la mesita de noche, sobre la que se veían dos fotografías enmarcadas. Una era de su hija, pobre desgraciada. Tenía el vidrio roto desde el día en que él envió el retrato al otro lado de la habitación cuando ella rehusó traerle a escondidas algo de beber.

La otra era una fotografía de un hombre, de pie junto a un biplano. Era un apuesto joven de veinte años, un teniente del Servicio Aéreo del Ejército; él. El Spad, *La Píldora Amarga*, lucía sobre el fuselaje la insignia del 94 Escuadrón. El vidrio brillaba a la débil luz de la habitación, reflejando sus días de gloria.

Por aquel entonces era medio hombre y medio Spad, un centauro del cielo, carne unida a la madera, a la tela y al metal. Ahora... setenta y nueve años, calvo, tuerto, una cara como un campo de batalla acribillado por los proyectiles, dentadura postiza, y un cuerpo ajado enfundado en un pijama que le venía grande.

Pero El Águila Solitaria estaba de nuevo en pie y dispuesto a emprender otra patrulla del amanecer. Apoyándose en la rodilla mala, fue cojeando hasta el cuarto de baño, y meó. La palanca de la alegría, que por una cuestión de economía era también su ametralladora Vickers, se le quedó tan flácida como una colilla en una letrina. Daba igual. Cuando la clavara en el huno funcionaría a la perfección.

Salió del cuarto de baño, abrió uno de los cajones de la mesita, y sacó un gorro de cuero forrado de piel y unas gafas de aviador. Se los puso y se deslizó hacia el pasillo. No había un sólo aparato enemigo. El tufo que despedían varios cientos de modelos caídos en desuso flotaba en el aire. Se habían cagado en la cama y había unos cuantos despiertos, llamando con voz chillona a los auxiliares para que vinieran a limpiarles. Sin embargo, no vendría nadie hasta primeras horas de la mañana.

La mayoría estaban dormidos y tanto les hubiera dado estar todo el día con mierda hasta los tobillos aunque hubieran sido conscientes de ello. No podían moverse ni hablar.

¡Oh, oh! Ahí venía El Espectro Blanco. Por una de las esquinas del fondo del pasillo había aparecido una mujer en una silla de ruedas. Había madrugado e iba en busca de una víctima. Si mantenía el rumbo, acabaría topándose con el Von Richtofen de la residencia. Stoss se pondría hecha una furia con ella, como un sargento ensañándose con un recluta estúpido.

Volvió a su hangar para dejar que El Espectro Blanco pasara de largo. Iba por los noventa y seis, pero aún no se le había obstruido el tubo de combustible. Un verdadero as, un devastador tiburón de los cielos. Si no fuera tan condenadamente fea ya haría tiempo que la habría desafiado. Pasó de largo sigilosamente. Nunca hablaba; no hacía más que patrullar noche y día, esperando atrapar a alguien por sorpresa. En cuanto la vieja pasó, él viró hacia la izquierda y voló corredor abajo. Aunque el paso que mantenía hacía que le doliera el tren de aterrizaje y que el Hispano Suiza alojado en su pecho latiera con fuerza, alcanzó el objetivo según el horario previsto.

Aquel hangar sólo contenía a dos, Harz y Whittaker. Harz era una masa estremecida por sus propios ronquidos, grande como un bombardero Zeppelin Staaken. Podía acabar con ella en cualquier momento; combatientes duros e intachables era lo que él andaba buscando. Como Whittaker. Una viuda —¿acaso no lo eran todos?— de edad inconfesada que, según su agudo ojo de halcón, tendría unos setenta y cuatro. Sin contar a algunas de las jóvenes enfermeras, el aparato más bien hecho de todo el asilo. Aunque el revestimiento estuviera un tanto deteriorado, tenía un bastidor perfecto y, considerando la fecha en que había salido de la fábrica, sus capotas seguían estando en muy buen estado. La clasificó como un Fokker D-VIIF; el mejor.

Se había mostrado bastante sociable... hasta el día en que él pasó zumbando junto a ella y dejó caer una nota, desafiándola. A partir de aquel momento, era tan fría y distante como lo sería el Kaiser si le hubieran invitado a comer en casa de un porquero. Pero tenía clase. No había ido a chivarse a la Baronesa.

Con el motor a un ritmo menos acelerado, planeó hacia ella y se detuvo ¡Qué diablos...! Bajo la sábana, algo se arrastraba sobre el cuerpo de ella ¿Una cucaracha gigante? ¿Una enorme chinche? No, era su mano que se agitaba sobre la carlinga. La sábana ondeaba como la tela desgarrada del ala de un Nieuport en un picado demasiado largo y pronunciado.

Sonriendo, salvó la barra que la armadura formaba a los pies de la cama y levantó la sábana.

Whittaker gimió mientras su BMW IIIa de seis cilindros en línea, 185 caballos de potencia y refrigerado por agua, ronroneaba. Sus dedos jugueteaban con los instrumentos de la carlinga *Sacre merde!* Aquel Fokker presumido no respondía a sus desafíos, pero tampoco prescindía de las acrobacias, de librar furtivos combates consigo misma.

Bajo la sábana, en una obscuridad como la del interior de una nube en plena noche, El Águila Solitaria planeó. Las piernas abiertas de ella le guiaron como las luces de una pista de aterrizaje. Estaba atento a las posibles medidas de emergencia que ella pudiera tomar: el aullido de una sirena o un contraataque de sus puños golpeándole la cabeza como la metralla del fuego antiaéreo.

Le retiró la mano, sin encontrar resistencia ni oír protesta alguna y, dejando caer el morro, inició un picado. El viento aullaba entre los cables de las alas y los montantes, el motor rugía. Al cabo de un instante, con el objetivo en el punto de mira, comenzó a disparar ráfagas cortas y rápidas ¡Qué diablos! Su lengua también era una ametralladora Vickers.

Y ahora, abandonada ya toda precaución, vertió un lento y prolongado chorro de fuego en el interior de su carlinga. El Fokker se estremeció y gimió bajo los efectos de su inyección. Gracias a Dios, no era como tantos hunos con los que se había topado en Columbia, cuya higiene dejaba bastante que desear. A decir verdad, olían como aquellos aviones de motor rotativo de la primera guerra mundial que se lubricaban con aceite de ricino; los pobres desgraciados que se veían obligados a respirarlo, no escapaban de la diarrea.

El tubo de escape estaba limpio y se había rociado la carlinga con algún perfume francés. Sabía a whisky de destilería clandestina. No era momento de ponerse nostálgico, de todos modos.

Whittaker sabía que él estaba allí, pero no le decía una sola palabra. El volcán arde bajo el hielo... los ases vuelan muy alto. Lo había incorporado a su fantasía; para ella, él no era de carne y hueso, formaba parte de sus ensueños... ¿Y qué? Aunque antes había que manipularla un poco, la Vickers ya estaba a punto. Se tendió sobre ella, agarró sus voluminosas capotas redondas, le mordió los ejes de las hélices y entonces introdujo suavemente la ametralladora en la carlinga. En voz baja y cariñosa ella murmuró obscenidades y palabrotas que probablemente no había oído hasta que llegó al asilo.

Entonces empezó a agitarse, haciéndole saltar como si estuviera volando a través de una zona de baches y fuese alcanzado por una corriente ascendente cada vez que acababa de atravesar uno. Su Vickers tableteaba, engullendo la munición de la cinta mientras los proyectiles de fósforo trazaban líneas de éxtasis a través del cielo nocturno.

Aquello fue demasiado para el D-VIIF. Ella dio un grito y el depósito de combustible se le rompió, inundándole de mierda la Vickers y el tren de aterrizaje.

Salió maldiciendo de la capa de nubes, se deslizó por un lado de la cama y corrió hacia la puerta. El Staaken se había despertado y gritaba pero no sabía lo que estaba ocurriendo. Sin gafas era tan ciega como un soldado de infantería al que le hubiera explotado al lado una bomba de humo.

La voz de la Baronesa resonó desde más allá del ángulo del pasillo. ¡Atrapado! ¡No! ¡El Águila Solitaria, nunca! Se precipitó en un hangar ocupado por cuatro pilotos que habían dejado de volar hacía mucho tiempo. ¡Oh, oh! ¡Un visitante! Aquella loca arpía de Simmons, la octogenaria del eczema, estaba en la cama con el pobre Osborn, a gatas entre las escuálidas piernas del viejo. A ella no le importaba que Osborn hubiera perdido los pies en un accidente años atrás. Lo único que le interesaba era su palanca. Se había quitado la dentadura postiza y la había dejado sobre la cama.

Los demás veteranos seguían roncando. Simmons alzó la cabeza, su rostro parecía un condón seco y usado; le dedicó un gruñido viscoso. Osborn, tendido de espaldas, intentaba ganar altura desesperadamente pero no conseguía despegar de la pista. Un auténtico pingüino. Henry se deslizó bajo la cama. Si la Baronesa entraba se pondría tan furiosa con aquellos dos que se olvidaría de registrar aquel hangar. Si Simmons cerraba el pico...

—¡Viejo tullido! —gritaba—. ¡Ya estoy harta de mamar polla fofa!

Henry se sobresaltó tanto que levantó la cabeza y se dio contra los muelles del bastidor.

—¡Mierda!

Transcurrió silencioso un largo minuto, entonces el bastidor empezó a subir y a bajar. Zafarrancho de combate. De modo que Simmons se las había arreglado para desencasquillar el arma del viejo. El Águila Solitaria tendría que darse a la fuga. La Baronesa no tardaría en presentarse en el hangar de Whittaker. Salió de allí debajo y se puso en pie. Los tres vejestorios seguían durmiendo con sus mandíbulas desdentadas boqueando como crías de pájaro pidiendo gusanos. Y gusanos era precisamente lo que les esperaba.

Osborn seguía tendido de espaldas. Simmons estaba de pie, agarrándole el muslo izquierdo con ambas manos. *Sacrebleu!*, Osborn tenía la pierna metida hasta la pantorrilla en la carlinga de Simmons y esta saltaba encima como un mico de juguete en un palo, un Sopwith Camel atrapado por el fuego antiaéreo. Osborn estaba siendo arrastrado hacia el pie de la cama ya que, a cada salto, ella se iba hacia atrás gritando como una condenada cada vez que el muñón se hundía en su interior.

Iba a despegar para dirigirse a territorio aliado cuando un alarido de Simmons le hizo detenerse. En una de las arremetidas había apoyado los dedos del pie sobre la dentadura postiza y esta se había cerrado como un cepo. Al tiempo que ella caía de la cama Henry salía riendo de allí... ¿Y ahora, qué?

En el pasillo tan sólo se veía al Espectro Blanco. Se acercaba a todo gas sonriendo como la calavera de la insignia que lucía el Nieuport del gran Nungesser. Esperaría hasta el momento en que se cruzasen y entonces... ¡bum!

Ella intentó girar cuando él la rodeó para evitarla, pero su aparato no tenía el impresionante momento de torsión de un Camel. Henry se colocó tras ella, la empujó tan rápido como se lo permitía el estado de su tren de aterrizaje y la soltó. Apareciendo por un extremo del pasillo, Stoss rugió como los motores de un bombardero Gotha.

Justo cuando él llegaba al otro extremo oyó un alarido seguido de un gran estrépito. No pudo resistir la tentación de asomarse. La Baronesa estaba tendida en el suelo, de espaldas. La silla había quedado tumbada de costado y el piloto yacía junto a ella. El Águila Negra reía de tal manera que era incapaz de ayudar a levantarse a ninguna de las dos.

Henry despegó en dirección a su base, una vez allí dejó el equipo de vuelo en el cajón de la mesa y se metió en la cama. Tenía el fuselaje cubierto de la mierda que el Fokker había dejado escapar, pero sólo tendría que soportarla hasta que las cosas se hubieran calmado un poco y, de todos modos, no olía tan mal como el aliento de Stoss.

El viejo Hispano latía como si tuviese arena en los cojinetes. No podría resistir incursiones como aquella durante mucho más tiempo. Uno de aquellos días el motor dejaría de funcionar y él se lanzaría en el último picado. ¿Y qué? ¿Había mejor manera de morir? Él no era como los otros pilotos, demasiado cansados, enfermos o seniles como para interesarse por algo. Él pensaba quedarse en la zona de combate hasta que el Gran As, el más grande de todos, le derribara.

Aunque no antes de haber hecho desaparecer de los cielos a la Baronesa Sanguinaria. La odiaba tanto como ella le aborrecía a él... ¡Al diablo con ella! Se remontó hasta setiembre de 1918, la Gran Ofensiva. Aquel mes había derribado cuatro aparatos y reventado dos globos de observación Drache.

Pero el primero de octubre, mientras disparaba sobre un Pfalz D-12, aquel piloto alemán se colocó detrás suyo sin que él supiera de dónde había salido. *La Píldora Amarga* estaba hecho jirones, la tela ardía, él tenía la rodilla destrozada y el agua del radiador le estaba escaldando las piernas. No podía echar mano del paracaídas porque aquel capullo del comandante «Bandera Pirata» Pershing había prohibido que los pilotos americanos los llevaran.

Trató de dominar el aparato, que se hallaba prácticamente fuera de control, y dirigirlo hacia tierra con la esperanza de que el depósito de combustible no estallara.

De todos modos consiguió hacerlo caer de costado, apagar el fuego y colocarlo de nuevo en posición horizontal justo antes de estrellarse en un riachuelo. Los soldados alemanes que lo sacaron del avión no dudaron de que estuviese muerto. Había perdido el ojo izquierdo y la mayoría de los dientes, y estaba cubierto de sangre.

A partir de entonces y durante el resto de su vida todo fue cuesta abajo. Un carpintero lisiado con una esposa enferma y cuatro niños. No obstante, su palanca de la alegría, su fiel Vickers, había funcionado a la perfección, y aunque no disponía de tanta munición como cuando había participado en la Gran Ofensiva tenía más que algunos de los mocosos que conocía.

—Su hija dijo:

—¡Pero, papá! ¡Cada vez estás peor! ¡La enfermera del turno de día me ha dicho que estás perdiendo el control de tus intestinos!

—¡Tonterías! Uno de mis compañeros de habitación se cagó en el suelo, debió creer que estaba en casa, y yo resbalé y caí encima. No me duché inmediatamente porque la enfermera de noche se pone hecha una furia si me encuentra fuera de la cama después del toque de silencio.

Ella se mordió el labio y añadió:

—La señora Stoss dice que de noche sales por ahí en plan furtivo y que... bueno... que molestas a las señoras.

—¿Se ha quejado alguna de ellas?

—No, pero dice que la mayoría están demasiado viejas como para resistir. No saben lo que ocurre y las que lo saben se portan tan mal como...

—Dílo, mujer —rió él—. Tan mal como yo.

Había otros pacientes en el salón —¿pacientes? ¡Diablos! ¡Prisioneros geriátricos de guerra!—, sentados en los sofás o en sillas de ruedas y acompañados de sus respectivas visitas. Cotorreaban como una pandilla de putas francesas o permanecían sentados con la mirada opaca, babeando con la boca abierta mientras sus parientes trataban de levantarles el ánimo.

Él no necesitaba de los esfuerzos de nadie en ese sentido. Se sorprenderían bastante si supieran qué y hasta qué punto era capaz de levantar él sólo.

—Debería haberte dejado ir al hospital de veteranos. Allí no habrías encontrado viejas de las que abusar.

—Fuiste tú quien quisiste que viniera aquí, a Busiris, para que no estuviese demasiado lejos de ti, y ahora resulta que te veo una vez al mes... con suerte. Y no me vengas con ese rollo de que es

muy pesado tener que conducir durante cien kilómetros cada vez. No, no me equivoqué en mi decisión aunque la tomara principalmente porque te convenía. El hospital de veteranos queda descartado. Si tengo que escoger entre cementerios de elefantes...

—La enfermera Stoss dice que a lo mejor tiene que ponerte en una habitación individual, o bien... inmovilizarte.

—¿Quieres decir atarme a la cama? ¿O ponerme una camisa de fuerza? ¡Una mierda! Te olvidas de que logré escapar del campo de concentración más duro que esos putos alemanes tenían, y eso que estaba para el arrastre.

—¡Por favor, papá, habla más bajo! ¡Y modera el lenguaje! Escucha, no será fácil, pero si te portas bien podrías venir a casa y ya nos arreglaríamos de alguna manera...

—¿Estás loca? ¡Tu marido me odia! ¡Tendría que dormir en el sofá de la salita! ¡Y ese perro que no para de ladrar me vuelve loco!

—¡Shh! Me estás haciendo morir de vergüenza. La señora Stoss dice que eres incontrolable. Cree que...

—¡Cree! ¡Pero nunca me ha visto haciendo nada! Está más loca de lo que tú te piensas que estoy yo.

Saludó con un gesto al Águila Negra que pasó empujando la silla de ruedas de la señora Zhinsky en dirección a la puerta de la sala.

—¿Quién es ese hombre de color?

—El negro de los Spads. Ayer por la noche tuvo que patrullar por partida doble porque uno de esos zeppelines borrachos a los que llaman auxiliares no podía. A menudo trabaja dos turnos seguidos para poder mantener a su familia y llevar a sus dos hijos a la Universidad. Es uno de esos negros perezosos de los que siempre está hablando tu marido. Es mi camarada, vuela a mi cola.

—¿De qué estás hablando?

—De nada, divagaciones seniles.

Ella se puso en pie sorbiendo y secándose las lágrimas con un pañuelo.

—Ojalá fueras como los demás.

—¿Para qué? ¿Para pasarme el día sentado papando moscas y necesitar que alguien me limpie el culo o cantando absurdas canciones hasta volver locos a los que no lo estaban al llegar? ¡Ni hablar, yo no me rindo! Ese puto Kaiser acabará por maldecir el día en que Hank el Intrépido se alistó. Pienso seguir derribando.

—¿Derribando?

—Sólo es una forma de decirlo.

—Escucha, papá, esa enfermera dice que te ha tratado «con toda la compasión y cuidado del mundo y...».

—¿Compasión? ¿Cuidado? ¿Ese huno de mirada de acero? ¿El azote de los cielos?

—¡No empieces otra vez! ¡No puedo soportarlo!

—Tal vez sería mejor que nos escribiésemos. Así no tendrías que soportar las quejas de tu marido sobre lo que le cuesta la gasolina que gastas para venir hasta aquí.

Se levantó y se alejó cojeando, sin mirarla pero añadiendo en voz alta:

—¡La próxima vez déjate todos esos cuentos en casa y trae algo de whisky!

Pasó frente a la señora Whittaker que estaba hablando con una visita y le hizo un guiño. Se puso tan roja como el triplano de Von Richtofen.

¡Se ruborizaba!

De modo que él no había sido únicamente un personaje de ensueño. Ella había tenido conocimiento de que era de carne y hueso y, además, no le había dicho a Stoss la verdad sobre la conmoción de aquella mañana. El código de los cielos había sido respetado. La caballerosidad no había muerto.

Tal vez se sentía demasiado avergonzada como para admitir ante alguien, incluida ella misma, lo que había sucedido. O, tal vez, creía que todas las mujeres se cagaban cuando tenían un orgasmo. A lo mejor su marido había sido un coprófago retorcido y ella le había creído cuando le dijo que aquella era la forma habitual de hacerlo. Pero ¿se podía llegar a ser tan corrupto?

¿Qué maldades se agazapaban en los corazones de los hombres?

Sólo Dios y Lo Oscuro lo sabían.

Tranquilidad en el Frente Occidental, aunque sin armisticio inminente. La Baronesa había alterado su horario y ahora se levantaba cada media hora para patrullar. El Águila Negra le había advertido de que se la tenía jurada. Estaba dispuesta a luchar y se la veía rabiosa como un gato montés con un nudo en la minga y en plena época de celo.

—La próxima vez que oiga jaleo irá directamente a tu habitación y si no te encuentra allí ya te ha cazado. Todo esto supone para ella mucho trote extra, con lo poco que le gusta a esa culona. Te odia porque sabe que no pararás mientras vivas. Le encanta putear. Es una bruja.

Henry se quedó en cama durante cinco noches, menos cuando sonaba el toque de meada. La sexta, Stoss volvió a su horario habitual. Henry sonrió; el Águila Solitaria había demostrado tener más paciencia que la Baronesa Sanguinaria.

El séptimo día tuvo que entrar en acción. Llevaba demasiado tiempo de permiso y tenía la palanca de control fuera de todo control. Su Vickers palpitaba debido a la presión que ejercía la munición. A las 5:10, seguro de que la Baronesa estaba en su cuartel general, se puso el gorro y las gafas.

—¡Contacto!

—¡Contacto!

Fuera del hangar, pista adelante y luego ya, planeando hacia la azul lejanía, preñada del hedor de la mierda de los jubilados.

Objetivo: la señora Hannover. Con ese apellido tenía que ser un CL IIIa, aquel precioso caza de escolta que de lejos parecía un monoplaza pero que cuando uno se ponía a su cola se encontraba con que la Parabellum del observador lo tenía en el punto de mira.

Había hablado alguna vez con la chavala —sólo tenía sesenta y cinco— y la había encontrado encantadora. De todos modos, tenía un defecto de funcionamiento. A veces, se quedaba callada, con la mirada perdida, como si estuviera escuchando un receptor de radio alojado en la cabeza, y ni

siquiera se daba cuenta cuando te ibas.

Esa era la razón de que sus dos hijos la hubieran llevado al asilo. Era un estorbo, por no decir ya que también era rica y que estaban intentando que la declarasen incapacitada.

A las 5:13 llegó planeando hasta su objetivo, hizo un reconocimiento del terreno. Encontró a su pareja durmiendo y aterrizó en su cama. Estaba preparado para despegar a todo gas si ella se ponía a gritar, pero en vez de eso suspiró como si supiera que iba a venir, y el combate empezó.

A decir verdad, no llegó a ser un combate. Los CL IIIa siempre acababan embaucándole a uno.

Lo único que le molestó, aparte de la falta de agresividad, fue que ella no dejó de susurrar: «¡Jim! ¡Oh, Jim! ¡Dios mío!»). Pero ¿qué más daba si le había tomado por algún otro as? Es mejor que el enemigo no acabe de identificarle a uno hasta que se le logra derribar.

Aquel prolongado permiso le había proporcionado tanta munición que decidió quedarse e intentar un segundo asalto. Tardó sólo un cuarto de hora en volver a cargar la Vickers con la ayuda de Hannover, aunque esta seguía creyendo que se trataba del tal Jim. Pero, justo cuando estaba a punto de disparar por segunda vez, sintió un agudo dolor en el tubo de escape. La exclamación de dolor que dejó escapar se confundió con el extático grito de ella. Rodó hacia un lado y cayó del lecho. Un aterrizaje forzoso pero aún así, la estructura resistió. Las únicas reparaciones que necesitaba concernían al revestimiento de la cola y a la sección media de las alas. Las tenía rasguñadas pero podía volar.

El Espectro Blanco estaba al pie de la cama, sentada en su vehículo y riendo con un agudo graznido como la Sombra (un famoso as de la primera guerra mundial, antes de dedicarse a luchar contra el crimen). El bastón que llevaba escondido bajo la manta que le cubría las piernas, un cañón Hotchkiss con todas las de la ley, amenazaba a la Hannover. El Espectro Blanco intentaba darle por detrás también a ella.

El maldijo. Había olvidado la primera regla del combate aéreo: estar siempre bien seguro de que boche no se ha situado furtivamente a tu cola.

Al ponerse en pie emitió un gruñido. Los daños habían sido mayores de lo que creyó en un principio. Se sintió como si le hubiesen metido dentro un cohete Le Prieur. ¡Maldito Espectro Blanco!

—*Schweinhund!* ¡Ya nos volveremos a ver las caras!

Salió del hangar a todo lo que daba un Spad de setenta y nueve años. Aunque necesitaba un respiro, no tenía tiempo de tomárselo. Había que volver a la base antes de que la Baronesa le interceptara. Lo peor de todo era que la Vickers no había hecho servir la segunda carga, y sobresalía del pijama como una Lewis 7 mm. del morro de un bombardero Handley Page 0/400. Estaba orgulloso de que tuviera vida independiente, pero en aquel momento deseó ser capaz de controlarla.

Jadeando, se inclinó hacia la izquierda. Tomó tierra a toda prisa y entró en el hangar. Apenas había tenido tiempo de hacerse cargo de la escena cuando sus ruedas resbalaron y se elevó describiendo un rizo. Tyson, uno de sus compañeros de habitación, estaba ahí de pie con la verga fuera y un charco frente a él mientras la Baronesa, a cuatro patas, juraba y maldecía. Debió entrar para comprobar si él estaba allí y el charco la había hecho resbalar. Trayectoria de colisión. Cayó sobre la espalda de la Baronesa, y esta se dio de narices contra el suelo. No se levantó ni hizo el

menor movimiento. Se quedó en la misma posición, con la nariz en el suelo, las alas y el tren de aterrizaje bajo el fuselaje y la cola levantada.

—¡Ajá, ya te tengo!

¿Por qué no? Estaba perdido. Le iba a caer un consejo de guerra de mil diablos. Le derribarían, le inmovilizarían, le encarcelarían y le confinarían. Se habían acabado las patrullas del amanecer. Para siempre.

Era la primera vez que utilizaba una táctica tan poco ortodoxa, pero arremeter con la Vickers contra el tubo de escape del enemigo era una forma segura de derribarlo, aunque las autoridades la desaprobasen. Y aunque, seguramente, significase también su caída, el último picado desde la gran bóveda azul, así añadiría a su lista al as de ases. Asió sus enormes capotas —debían pesar media tonelada cada una—, y comenzó a realizar una serie de maniobras, *Immelmanns*, *chandelles*, *virages* y demás alardes que sin duda le llevarían a la victoria. Sólo la voz de Tyson le apartó de sus quehaceres. Su mirada, habitualmente plúmbea, se avivó mientras exclamaba con desprecio:

—¡Sodomita asqueroso!

De todos modos, fue hasta su cama, se metió en ella, y al cabo de poco roncaba.

Poco antes de que Henry agotara toda la munición, ella gruñó y dio señales de volver en sí. Entonces, empezó a jadear y gemir. Tal vez estuviera medio inconsciente, en una fantasía. Del mismo modo que el Fokker y la Hannover, entraba sólo en parte en aquel, para ellas, desagradable mundo. Pudiera ser que no supiera realmente lo que estaba ocurriendo. En cualquier caso la Vickers estaba en su tubo de escape y allí era donde ella quería que estuviese. Lo había deseado toda su vida pero era demasiado inhibida como para permitir que tal pensamiento traspasara los límites de su inconsciente y habérselo dicho a sus maridos. Eso era lo que el Águila Negra, cuya hija se había especializado en psicología, había insinuado.

Tanto le daba a él la psicología. Aunque el Hispano estaba haciendo tal esfuerzo que estaba a punto de saltar en pedazos, la estaba derribando. Poco le importaba que la consecuencia fuese un hijo póstumo, poco le importaba...

El Águila Negra entró al tiempo que Henry Miller, aquel viejo y loco as, el último de los pilotos que entabló batalla con el Huno, caía de la grupa de la Baronesa. Henry estaba muerto, aquellos ojos vidriosos y el gris azulado de su piel no mentían.

La señora Stoss, a cuatro patas, con el culo al aire y el ano chorreante y palpitando, murmuraba algo.

¿Era realmente «¡Más! ¡Más! ¡Por favor! ¡Por favor!» lo que decía?

De repente se despertó y empezó a gritar mientras se ponía en pie. El Águila Negra reía como un histérico.

La sonrisa del Águila Solitaria era aún más amplia que la suya.

## El enigma del puente doliente... entre otros

*Esta es otra de mis obras de autor ficticio, publicada por primera vez en una revista bajo la firma de «Harry Manders». A Manders se le supone autor de la historia que narra su asociación con A. J. Raffles, el famoso ladrón de guante blanco. A la muerte de este último, Manders se hizo periodista. Cuando más arriba digo «famoso», tal vez debiera haber dicho antaño famoso. Cualquier aficionado a las novelas policíacas y de misterio, actuales o del pasado, reconocerá de inmediato los nombres de Harry «Gazapo» Manders y Arthur J. Raffles. A principios de siglo, Raffles era tan conocido como Sam Spade, Philip Marlowe y Lew Archer lo son actualmente. De hecho, «Raffles» se utilizó en literatura inglesa como sinónimo de «ladrón de guante blanco». Creo que incluso figuraba en los diccionarios, pero en las enciclopedias y diccionarios de que dispongo, no aparece la palabra. Una lástima.*

*Los admiradores de Sherlock Holmes reconocerán la historia, cuyo título he parafraseado, y también al inspector Hopkins. Sin embargo, puede que a algunos no les resulte familiar el inspector Mackenzie, que aparecía en las historias de Raffles y fue quien finalmente capturó a Manders.*

*Me lo pasé en grande haciendo que los pasos de Holmes y Raffles se cruzaran, por fugaz que fuera su encuentro, y que Raffles resolviera tres crímenes que Holmes no logró aclarar.*

# Prefacio Editorial

Harry «Gazapo» Manders fue un escritor inglés que, entre 1890 y 1900, alternó su profesión con las actividades de ladrón de guante blanco. Su idolatrado socio y mentor, Arthur J. Raffles, un jugador de cricket de la categoría de Lord Peter Wimsey o W. G. Grace, era un hombre de doble personalidad y dotado de una gran confianza en sí mismo, un ladrón y transformista sólo comparable a Arsenio Lupin. Las narraciones de Manders han aparecido en cuatro volúmenes titulados (en América) *El Atracador Aficionado*, *Raffles*, *Un Ladrón en la Noche* y *El Sr. Justicia Raffles*. «Raffles» ha sido incorporado a la lengua inglesa (y a otras varias) como apelativo de ladrón de guante blanco, de un Jimmy Valentine elegante y de clase alta. Naturalmente, todo aficionado a los cuentos de misterio conoce perfectamente al incomparable, aunque trágicamente malogrado Raffles, y a su compinche Manders.

Tras la muerte de Raffles en la guerra de los boers, Harry Manders abandonó el crimen y se convirtió en un respetable periodista y escritor. Se casó, tuvo hijos y murió en 1924. El agente literario que se encargó de comercializar sus primeras obras fue E. W. Hornung, cuñado de Arthur Conan Doyle, mientras que Barry Perowne se ocupó de las editadas tras su muerte. No obstante, el propio autor prohibió que uno de sus cuentos fuera publicado hasta que no hubieran transcurrido cincuenta años a partir del momento de su muerte. El período estipulado ya se ha cumplido y, ahora, el mundo tendrá oportunidad de saber de qué forma fue salvado del más grave peligro sin ser en absoluto consciente de ello. Al mismo tiempo, descubrirá que los caminos del gran Raffles y del gran Holmes se cruzaron una vez por lo menos.

La bala boer que me atravesó el muslo en 1900 me dejó cojo para el resto de mi vida, pero aún así fui capaz de afrontar tal desgracia. Sin embargo, a la edad de sesenta y un años, me encuentro de repente con que un asesino que ha acabado con muchos más hombres que las propias balas se ha alojado en mi interior. El médico, pariente mío, me da seis meses como máximo, seis meses que, para ser sincero, me asegura que serán muy dolorosos. Sabe de mis crímenes, por supuesto, y tal vez piense que mi sufrimiento constituye un ejemplo de justicia poética. No estoy seguro, pero juraría que tal era el significado de la ligera sonrisa con que me comunicó mi funesto destino.

Sea como fuere, me queda poco tiempo. Pero he decidido escribir aquella aventura de la que una vez Raffles y yo juramos no decir nunca una sola palabra. Ocurrió; ocurrió de verdad, pero el mundo no la habría creído entonces. Me hubieran tomado por loco o por embustero.

Sin embargo, la escribo ahora porque, dentro de cincuenta años, el mundo puede haber progresado hasta el punto de que cosas como la que explico resulten verosímiles. Tal vez el hombre haya llegado a la Luna para entonces, si logra perfeccionar un propulsor que funcione tanto en el aire como en el espacio, o si descubre el tipo de propulsión que trajo... bueno, me estoy anticipando.

Debo confiar en que el mundo de 1974 crea esta aventura. Entonces el mundo sabrá que, fueran cuales fuesen los crímenes que Raffles y yo cometimos, pagamos por ellos mil veces con lo que hicimos durante aquella semana de mayo de 1895. Y de hecho, el mundo tiene con nosotros una deuda inconmensurable, y la tendrá siempre. Sí, mi querido doctor, mi desdeñoso pariente que espera que sufra dolor como castigo, hace tiempo que pagué mi deuda. Me gustaría que viviera para leer estas palabras. Quién sabe, tal vez llegue usted a centenario y pueda leer este informe de lo que me debe. Así lo espero.

Estaba echando una cabezada en el sillón de mi habitación de Mount Street cuando el sonido metálico de la verja del patio me sobresaltó. Un instante después, un repiqueteo familiar resonó en mi puerta. La abrí para encontrarme, tal como esperaba, al propio A. J. Raffles. Entró, alegres sus brillantes ojos azules, y se quitó el *Sullivan* de los labios para señalar a mi whisky con soda.

—¿Aburrido, Gazapo?

—Bastante —repuse—. Hace casi un año que no entramos en acción. El viaje que emprendí alrededor del mundo después del asunto Levy resultó estimulante. Pero ya hace cuatro meses que volví y desde entonces...

—¡Aburrimiento y bilis! —exclamó Raffles—. ¡Pues bien, Gazapo, se acabó! ¡Esta noche te prometo emoción a raudales para quemar toda esa bilis!

—¿Y el botín? —pregunté.

—¡Joyas, Gazapo! Zafiros estrella, para ser exactos, o corindón azul, cortados *en cabochon*, o sea, redonda la parte superior y plana la inferior. Y grandes, Gazapo, groseramente grandes, casi del tamaño de un huevo de gallina, si mi informador no exagera. Además, hay un misterio en torno a esos zafiros, Gazapo, un misterio que mi distribuidor me ha estado susurrando al oído en esa jerga *cockney* que habla. Vienen de un tal Mr. James Phillimore, de Kensal Rise, pero nadie sabe de dónde los saca o a quién se los birla. Mi distribuidor ha insinuado que tal vez no provengan de cajas fuertes señoriales o de gargantas distinguidas, sino que pueden haber entrado de contrabando procedentes del Sudeste Asiático, de Sudáfrica o de Brasil, directamente de la mina. En cualquier caso, esta noche iremos a hacer un reconocimiento y si se presenta la oportunidad...

—Vamos. A. J. —dije con cierto resquemor—, ¡sé sincero! Tú ya has hecho todo el reconocimiento necesario y esta noche, como por casualidad, decidiremos que el momento es propicio y daremos el golpe, ¿no es así?

Siempre me había sentido un poco molesto de que Raffles decidiera hacer todo el trabajo preliminar, el armazón, como se conoce en los bajos fondos, por su cuenta. Por alguna razón, no me tenía confianza en lo que a exploración se refería.

Raffles expelió un enorme y perfecto anillo de humo de su *Sullivan* y me dio una palmada en el hombro.

—¡No se te puede ocultar nada, Gazapo! Sí, ya he examinado el terreno y verificado el horario de Mr. Phillimore.

Yo era incapaz de reprocharle nada al hombre más magistral que he conocido. Con toda sumisión, me puse ropa oscura, me acabé el whisky y salí con Raffles. Aunque no teníamos razón alguna para creer que así fuera, estuvimos paseando durante un rato para asegurarnos de que no nos seguía ningún policía. Después, a las 11:21, tomamos el último tren a Willesden.

—¿Vive cerca de la casa del viejo Baird ese Phillimore? —pregunté por el camino, refiriéndome al prestamista al que mató Jack Rutter y cuyo caso describí en *Homicidio Premeditado*.

—En realidad —dijo Raffles, observándome con sus penetrantes ojos gris acero—, es la misma

casa. Phillimore la alquiló cuando, una vez en orden, la finca de Baird quedó disponible para los posibles inquilinos. Es una curiosa coincidencia, Gazapo, pero entonces todas las coincidencias son curiosas. Es decir, para el hombre. La naturaleza es indiferente.

(Sí, ya sé que antes he dicho que tenía los ojos azules, y así era. Se me ha criticado por decir en una historia que eran azules y en otra, grises. Pero, como cualquier idiota habría supuesto, tenía los ojos de color gris azulado, que bajo una luz son de un color y bajo otra, del otro).

—Eso fue en enero de 1895 —dijo Raffles—. Estamos en terreno resbaladizo, Gazapo. En mis investigaciones, no he logrado descubrir evidencia alguna de que Mr. Phillimore existiera antes de noviembre de 1894. Hasta que alquiló unas habitaciones en el East End, nadie parece haberle visto u oído hablar de él. Llegó no se sabe de dónde, estuvo hasta enero en esas habitaciones —un lugar terrible, por cierto—, y después alquiló la casa donde ese tunante de Baird exhaló el último suspiro. Desde entonces, ha estado llevando una vida bastante tranquila si exceptuamos que, una vez al mes, visita a varios distribuidores de objetos robados del East End. Tiene una cocinera y un ama de llaves, pero no viven con él.

A aquellas horas de la noche, el tren no iba más allá del empalme de Willesden y, desde allí, nos pusimos a caminar en dirección a Kensal Rise. Volvía a depender de Raffles para guiarme a través de paisajes poco familiares. Sin embargo, en esta ocasión había luna, y el campo no se veía tan despoblado como la última vez en que estuve allí, pues los prados que atravesé aquella fatídica noche estaban ocupados por diversas casas de campo, algunas todavía a medio construir. Seguimos un sendero que discurría entre un bosquecillo y un prado y salimos a la carretera de bloques de madera alquitranados que había sido acondicionada hacía tan sólo cuatro años. Ahora se veía una curva que entonces no había estado allí, pero seguía habiendo una única farola mortecina en el lado opuesto al que ocupaba la casa.

Ante nosotros se alzaba la esquina de un elevado muro. La luz de la luna hacía brillar los trozos de cristal que lo remataban y perfilaba al mismo tiempo las agudas puntas que se veían en la parte superior de la gran verja verde. Nos pusimos las máscaras. Como ya hiciera años atrás, Raffles colocó sobre las puntas varios tapones de corcho y después echó su abrigo sobre ellos. Nos encaramamos a la verja y pasamos al otro lado sin hacer ruido. Raffles quitó los tapones y saltamos a un macizo de laureles que crecía junto a la pared. Admito que me sentía inquieto, más aún que la última vez. El fantasma del viejo Baird parecía andar rondando por allí. La obscuridad era más densa de lo que debería haber sido.

No se veía luz en la casa. Acababa de echar a andar hacia el camino de grava que llevaba hasta ella, cuando Raffles me agarró por los faldones del abrigo.

—¡Quieto! —exclamó—. He visto a alguien... algo, más bien, en esos arbustos que hay al otro extremo del jardín. Allí, en el ángulo de la pared.

Yo no logré ver nada pero creí a Raffles; sabía que su vista era tan aguda como la de un indio. Caminamos lentamente a lo largo del muro, deteniéndonos una y otra vez para escudriñar en la obscuridad de los arbustos que crecían junto al ángulo de la pared. Cuando nos separaban unos veinte metros de este, vi algo informe que se movía entre las matas. Insistí en que nos largáramos, pero Raffles me susurró con rudeza que no podíamos permitir que un competidor nos ahuyentase.

Tras un fugaz conciliábulo, nos dirigimos hacia él muy lentamente pero sin vacilar; dos sombras algo más sólidas emboscadas en la sombra del muro. Al cabo de unos pocos minutos, muy largos de todos modos, y empapados en sudor, el extraño cayó abatido por el puñetazo que Raffles le asestó en la mandíbula.

Raffles arrastró al hombre inconsciente fuera de la mata para que pudiéramos echarle una mirada a la luz de la luna.

—Vaya, vaya. Mira qué tenemos aquí, Gazapo —dijo—. Estos largos tirabuzones rizados, esta nariz prominente y arqueada, estas cejas excesivamente tupidas y este olor a perfume parisino que despide... ¿No le has reconocido aún?

Tuve que confesar que no.

—¡Como que se trata del afamado periodista y mal afamado duelista Isadora Persano! —exclamó—. ¿No me digas que nunca has oído hablar de él o de ella, como podría ser el caso?

—¡Claro! —repuse—. ¡El periodista del *Daily Telegraph*!

—Ya no —dijo Raffles—. Ahora trabaja por su cuenta. Pero ¿qué diablos estará haciendo aquí?

—¿Supones —dije lentamente— que también él se dedica por la noche a actividades muy distintas de las que lleva a cabo durante el día?

—Tal vez —respondió Raffles—. Pero también podría estar aquí en calidad de periodista. Habrá oído algo sobre Mr. James Phillimore ¡El diablo le lleve! ¡Si la prensa está aquí, puedes estar seguro de que Scotland Yard no anda muy lejos!

Las facciones de Mr. Persano eran una curiosa mezcla que combinaba una tosca masculinidad con un ofensivo afeminamiento, aunque esta última característica no era realmente culpa suya. Su padre, un diplomático italiano, había muerto antes de que él naciera y su madre, una inglesa que ansiaba tener una hija, sufrió una amarga decepción cuando el unigénito resultó ser un niño. Libre de trabas paternas o de conciencia, le puso de nombre Isadora y le crió como una niña. Llevó vestidos de niña hasta que entró en una escuela privada, donde su cabello largo y ciertas actitudes femeninas le hicieron objeto de una persecución particularmente viciosa por parte de los muchachos. Fue allí donde desarrolló su capacidad para defenderse con los puños. Cuando llegó a adulto, vivió en el continente durante varios años y llegó a crearse una sólida reputación como hombre peligroso de insultar. Se decía que había herido a media docena de hombres con sable o pistola.

De la bolsita en la que llevaba las herramientas del oficio. Raffles sacó un cabo de cuerda y una mordaza. Tras atar y amordazar a Persano, le registró los bolsillos. El único objeto que suscitó su curiosidad fue una gran caja de cerillas que llevaba en el bolsillo interior de la capa. La abrió y sacó algo que brilló a la luz de la luna.

—¡Por Todos los Santos! —exclamó—. ¡Es uno de los zafiros!

—¿Es rico Persano? —pregunté.

—No tiene que trabajar para vivir, Gazapo. Y ya que no ha entrado aún en la casa, supongo que lo habrá conseguido por medio de algún distribuidor. Al mismo tiempo, presumo que metió el zafiro en una caja de cerillas porque es algo que difícilmente se le ocurrirá robar a un ratero. A decir verdad, yo mismo he estado a punto de ignorarla.

—Vámonos de aquí —dije yo. Pero él se agachó con la vista fija en el reportero y dirigiendo

alguna que otra mirada a la joya, que dicho sea de paso, sería como una cuarta parte de un huevo de gallina. En aquel momento. Persano se movió y emitió un quejido. Raffles le susurró algo al oído y él asintió.

—Si te parece que va a gritar, dale. —Y diciéndome esto, le quitó la mordaza.

Tal como se le había insinuado, Persano habló en voz baja. Confesó que de sus contactos en los bajos fondos le habían llegado rumores sobre las piedras preciosas, y que tras seguir la pista de nuestro distribuidor, había conseguido con bastante facilidad comprar una de las joyas de Mr. Phillimore. De hecho, dijo, aquella era la primera que Mr. Phillimore había llevado para vender. Sintiendo curiosidad por saber de dónde venían las piedras, pues no se sabía de ningún robo de esta clase, había venido para espiar a Phillimore.

—De esto saldría un gran artículo —aseguró—. Pero no tengo la menor idea de qué se trata. Sin embargo, debo advertirles que...

No hubo oportunidad de tener en cuenta su advertencia. Tanto Raffles como yo oímos hablar en voz baja al otro lado de la verja y el sonido de unos pasos sobre la grava.

—No me dejen así, muchachos —dijo Persano—. Podría tener problemas para explicar de forma satisfactoria lo que estoy haciendo aquí. Y además, la joya...

Raffles deslizó la piedra en el interior de la caja de cerillas e introdujo esta en el bolsillo de Persano. Si nos atrapaban, al menos no nos encontrarían la gema encima.

—¡Buena suerte! —dijo mientras le desataba los tobillos y las muñecas al periodista.

Un instante después, tras echar nuestros abrigos sobre los trozos de cristal roto, Raffles y yo saltamos la pared trasera y corrimos agachados hasta introducirnos en una densa arboleda situada a unos veinte metros por detrás de la casa. Al cabo de un momento, vimos a Persano saltar la pared. Pasó corriendo frente a nosotros, sin vernos, y desapareció por la carretera dejando tras de sí una densa estela de perfume.

—Tenemos que hacerle una visita —comentó Raffles. En aquel momento, me puso la mano sobre el hombro para avisarme, pero no había necesidad. Yo también había visto aparecer a los tres hombres por una de las esquinas del muro. Uno se situó en el ángulo; los otros dos echaron a andar hacia nuestra arboleda. Nos batimos en retirada con el mayor sigilo. Como no había ningún tren a hora tan avanzada, caminamos hasta Maida Vale y tomamos un coche para volver a casa. Raffles se fue a las habitaciones que ocupaba en el Albany, y yo a la mía de Mount Street.

Cuando leímos los periódicos de la tarde, supimos que el asunto había cobrado aspectos aún más extraños. Pero todavía no teníamos idea de la horrorosa metamorfosis que estaba por llegar.

Dudo que haya en todo Occidente —o en Oriente, podría añadir— una sola persona que sepa leer y escribir, que no haya leído sobre el extraño caso de Mr. James Phillimore. A las ocho de la mañana, un coche que provenía de Maida Vale se detuvo ante la verja de su casa. El ama de llaves, la cocinera y Mr. Phillimore eran los únicos ocupantes de la mansión. Los alrededores del muro exterior estaban siendo vigilados por ocho hombres del Departamento de la Policía Metropolitana. El cochero llamó al timbre eléctrico de la verja de entrada. Mr. Phillimore salió de la casa y se dirigió por el camino de grava hacia la verja. En aquel momento le vieron el cochero, un policía que estaba cerca de la puerta, y otro que estaba apostado en un árbol. Este último dominaba por entero y con toda claridad la parte delantera del jardín y de la casa, mientras que otro hombre, apostado también en un árbol, dominaba por entero y con toda claridad la parte trasera del jardín y de la casa.

Mr. Phillimore abrió la verja, pero no la cruzó. Comentándole al cochero que el tiempo parecía amenazar lluvia, añadió que iba a volver a la casa para coger el paraguas. El cochero, el policía y el ama de llaves, le vieron entrar de nuevo. El ama de llaves estaba entonces en la habitación que ocupa la parte delantera del edificio. Entró en la cocina al tiempo que Mr. Phillimore entraba en la casa y, no obstante, oyó claramente las pisadas de este al subir las escaleras que desde el vestíbulo conducen al primer piso.

Fue la última en ver a Mr. Phillimore. Este no volvió a salir de la casa. Transcurrida media hora, Mr. Mackenzie, el inspector de Scotland Yard encargado del caso, decidió que Mr. Phillimore habría advertido que se hallaba bajo vigilancia. Mackenzie dio la señal y cruzó la verja acompañado de tres hombres, mientras otros cuatro permanecían en sus puestos. No hubo parte alguna de los alrededores del muro exterior que no fuera observada en todo momento. Ni tampoco en ningún momento la zona interior delimitada por el muro dejó de ser vigilada.

Debidamente mostrada al ama de llaves la autorización legal, los policías entraron en la casa y procedieron a una exhaustiva búsqueda. Para su asombro, no pudieron encontrar ni rastro de Mr. Phillimore. Aquel caballero de metro ochenta de altura y ciento diez kilos de peso había desaparecido por completo.

Durante los dos días siguientes, la casa —y el jardín que la rodeaba— fue sujeta a la más intensa investigación, tras lo cual quedó demostrado que no albergaba túnel secreto o escondrijo alguno. La policía dio cuenta de cada centímetro cúbico. Era imposible que Mr. Phillimore no hubiera abandonado la casa; y, sin embargo, estaba claro que no lo había hecho.

—Otro minuto de retraso y nos hubiéramos visto en un aprieto —dijo Raffles, sacando otro *Sullivan* de su pitillera de piala—. Pero Señor, ¿qué está ocurriendo allí? ¿Qué fuerzas misteriosas actúan en ese lugar? Date cuenta de que no se han encontrado joyas en la casa. Al menos, la policía no ha declarado haber encontrado ninguna. Veamos, ¿volvió Phillimore para coger el paraguas? Por supuesto que no. El paraguas se encontraba junto a la puerta, en el paragüero; pero él pasó de largo y

subió al primer piso. Por lo tanto, vio a los zorros apostados fuera y saltó de nuevo al interior de la mata de brezo como el buen conejito que era.

—¿Y dónde está la mata de brezo? —pregunté.

—¡Ah! Esa es la cuestión —susurró Raffles—. ¿Qué clase de conejo es ese que hace desaparecer la mata de brezo tras de sí? Esta es la clase de misterios que atraen al Gran Detective. Ha condescendido a examinar el asunto.

—¡Entonces mantengámonos al margen! —exclamé—. ¡Hemos sido especialmente afortunados de que ninguna de nuestras víctimas haya llamado a tu pariente!

Raffles era primo en tercer o cuarto grado de Holmes, aunque, por lo que sé, ni siquiera se habían visto. Dudo mucho de que el detective haya ido a Lord's, o a cualquier otro sitio, para presenciar un partido de cricket.

—No me importaría medirme con él en agudeza —dijo Raffles—. Tal vez entonces cambiara de opinión sobre quién es el hombre más peligroso de Londres.

—Tenemos dinero más que suficiente —repuse yo—. Abandonemos este asunto.

—Ayer mismo te estabas quejando de aburrimiento, Gazapo —observó—. No, creo que debemos hacerle una visita a nuestro periodista. Tal vez sabe algo que nosotros, y posiblemente la policía, no sabemos. De todos modos —añadió displicente—, puedes quedarte en casa, si lo prefieres.

Naturalmente, aquello me picó e insistí en acompañarle. Al poco rato, subimos a un coche y Raffles le dijo al cochero que nos condujera a Praed Street.

El apartamento de Persano se hallaba al final de dos tramos de una escalera hecha de mármol de Carrara y con la barandilla de caoba tallada. El portero nos llevó hasta el 10-C, pero se fue cuando Raffles le entregó una generosa propina. Raffles llamó a la puerta. Transcurrido un minuto sin recibir respuesta, forzó la cerradura. Un instante después, nos hallábamos en el interior de una suite extravagantemente amueblada. Un fuerte olor a incienso flotaba en el aire.

Entré en el dormitorio y me detuve horrorizado. Persano, vestido únicamente con ropa interior, yacía en el suelo. La ropa interior, sienta decirlo, era el encaje totalmente negro de la *demimondaine*. Supongo que si en esa época hubieran existido los sostenes, habría llevado uno. Sin embargo, no presté mucha atención a la ropa a causa de la horrible expresión de su rostro, contraído en una máscara de terror indescriptible.

Junto a las yemas de sus dedos extendidos se veía la gran caja de cerillas. Estaba abierta; en su interior, *algo* se retorció.

Yo retrocedí, pero Raffles, tras una convulsiva inhalación, le tocó la frente, le tomó el pulso y examinó sus ojos rígidos.

—Absolutamente enloquecido —indicó—. Paralizado por un horror surgido del más profundo de los abismos.

Alentado por su ejemplo, me acerqué a la caja. Su contenido tenía un cierto parecido con un gusano, un gusano grueso y tubular con una docena de finos tentáculos en un extremo. De este podía suponerse que era la cabeza, ya que por encima de las raíces de los tentáculos se veían unos ojillos de color azul pálido con pupilas semejantes a las de un gato. No había nada que hiciera pensar en orificios nasales o bucales.

—¡Dios! —exclamé, estremeciéndome—. ¿Qué es?

—Sólo Dios lo sabe —repuso Raffles, levantando la mano derecha de Persano y examinándole las yemas de los dedos—. Fíjate, cada una tiene una mota de sangre —dijo—. Parece como si les hubieran clavado una aguja.

Se inclinó sobre la caja y añadió:

—Cada tentáculo tiene un pequeño aguijón en la punta, Gazapo. Tal vez a Persano no le haya paralizado el horror, sino el veneno.

—¡No te acerques más, por el amor de Dios! —protesté.

—¡Mira, Gazapo! —exclamó él—. ¿No te parece que tiene algo diminuto y brillante en uno de los tentáculos?

A pesar de la náusea que sentía, me agaché junto a Raffles y miré sin reserva al monstruo.

—Parece un trozo de cristal muy delgado y ligeramente curvo —dije—. ¿Y qué?

Acababa de decirlo, cuando el extremo del tentáculo se abrió y el minúsculo objeto desapareció en su interior.

—Ese *crystal* —señaló Raffles—, es lo que queda del *zafiro*. Se lo ha comido. Ese debía ser el último trozo.

—¿Se ha comido un zafiro? —pregunté estupefacto—. ¿Come metal, corindón azul?

—Gazapo —dijo en tono pausado—, tengo la impresión de que ese zafiro sólo tenía la apariencia de un zafiro. Tal vez no era óxido de aluminio, sino algo lo suficientemente duro como para engañar a un experto. El interior podría haber contenido una sustancia más blanda que la cascara, tal vez un embrión.

—¿Qué? —exclamé.

—Quiero decir... ¿te parece inconcebible, y sin embargo es cierto, Gazapo, que eso haya sido *incubado* en el interior de la joya?

Al cabo de un instante, salíamos apresuradamente de allí. Raffles había decidido no llevarse consigo el monstruo —cosa que yo le agradecí mucho— porque quería que la policía pudiera disponer de todas las pistas posibles.

—Hay algo muy maligno en todo esto, Gazapo. Muy siniestro. —Encendió un *Sullivan* y añadió, arrastrando la voz—: ¡Muy *intruso*!

—¿Quieres decir, extrabritánico?

—Quiero decir... extraterrestre.

Poco después, bajamos del coche en St. James Park y lo cruzamos caminando, en dirección al Albany. En la habitación de Raffles, fumando puros y bebiendo whisky con soda, discutimos el significado de todo lo que habíamos visto, pero no fuimos capaces de encontrar ninguna explicación, razonable o de cualquier otro cariz. A la mañana siguiente, leyendo el *Times*, el *Pall Mall Gazette* y el *Daily Telegraph*, nos enteramos de lo poco que faltó para que nos atraparan. Según los diarios, los inspectores Hopkins y Mackenzie y el detective privado Holmes habían entrado en el apartamento de Persano dos minutos después de que nosotros saliéramos de allí. Persano había muerto de camino al hospital.

—Ni una palabra sobre el gusano de la caja —dijo Raffles—. La policía lo mantiene en secreto. Sin duda, temen alertar a la población.

De hecho, nunca llegaría a hacerse referencia oficial alguna a la criatura, y no fue hasta 1922 que el Dr. Watson la mencionó de pasada en una de las aventuras que se publicaron de su colega. No sé qué ocurrió con ella, pero supongo que debieron meterla en un recipiente con alcohol donde debió morir rápidamente y, sin duda, el recipiente debe estar acumulando polvo en el trastero de algún museo de la policía. En cualquier caso, debieron eliminarla porque, de no haber sido así, el mundo no sería actualmente lo que es.

—¡Sólo nos queda una cosa por hacer, Gazapo! —exclamó Raffles cuando acabó de leer el último periódico—. ¡Debemos entrar en casa de Phillimore y buscar nosotros mismos!

Yo no protesté. Temía más a su menosprecio que a la policía. De todos modos, pospusimos nuestra pequeña expedición y, esa misma noche, Raffles salió para llevar a cabo un reconocimiento entre los distribuidores del East End y por los alrededores de la casa, en Kensal Rise. La noche del segundo día apareció en mi apartamento. Yo tampoco había perdido el tiempo; a base de beberme unas cuantas botellas de champán, había logrado reunir una buena provisión de tapones de corcho para las puntas de la verja.

—La policía ha dejado de vigilar la finca —comentó—. No he visto un solo hombre en los bosques de los alrededores, de modo que esta noche entraremos en casa del fallecido Mr. Phillimore. Es decir, si es que ha fallecido —añadió en tono enigmático.

Al tiempo que sonaban las campanadas de medianoche, saltamos la verja una vez más. Instantes

después, Raffles, con su diamante, un tarro de melaza y una hoja de papel de estraza, retiraba uno de los vidrios de la puerta, tal como había hecho la noche en que entramos y encontramos a nuestro supuesto chantajista con la cabeza machacada por un atizador.

Introdujo la mano por la abertura, dio vuelta a la llave y retiró el pestillo que, según supusimos, habría cerrado algún policía que después debió salir por la puerta de la cocina. Cruzamos el umbral, cerramos la puerta y nos aseguramos de que todas las cortinas de la habitación frontal estaban corridas. Entonces, tal como hiciera en aquella aciaga noche, Raffles encendió una cerilla y con ella, una lámpara de gas cuya luz desveló pocos cambios en la habitación. Al parecer, a Mr. Phillimore no le había interesado redecorarla. Salimos al vestíbulo, subimos las escaleras y llegamos al pasillo del primer piso, en el que se veían tres puertas.

La primera daba acceso al dormitorio. Este contenía una enorme cama con baldaquino —un monstruo de mediados de siglo que Baird había comprado de segunda mano en alguna tienda del East End—, una cómoda de arce alta y barata, una mecedora, un jarro y dos grandes sillones tapizados de cuero.

—La última vez que estuvimos aquí sólo había un sillón —dijo Raffles.

La segunda habitación estaba intacta, tan vacía como la primera vez que la vimos. Al final del pasillo estaba el cuarto de baño, también intacto.

Bajamos de nuevo al vestíbulo, entramos en la cocina y descendimos a la carbonera, en la que había también una pequeña bodega. Tal como yo esperaba, no encontramos nada. Después de todo, los hombres del Yard eran minuciosos, y lo que a ellos les hubiera pasado por alto lo habría encontrado Holmes. Estaba a punto de sugerir a Raffles que debíamos admitir nuestro fracaso e irnos antes de que alguien viera las luces en la casa, cuando un ruido procedente del primer piso me detuvo.

Raffles también lo había advertido. Poco se le escapaba a aquellos oídos. Aunque no hacía ninguna falta, levantó una mano para hacerme callar.

—¡Silencio, Gazapo! —dijo al cabo de un momento—. Puede que sea un policía, pero creo que se trata de nuestra presa.

Subimos sigilosamente las escaleras de madera, que insistían en crujir bajo nuestro peso. Lentamente, atravesamos la cocina, pasamos al vestíbulo y entramos en la habitación frontal. Al no ver a nadie, volvimos a subir al primer piso y, cautelosamente, abrimos la puerta de cada habitación y miramos en el interior.

Al asomarnos al cuarto de baño, volvimos a oír un ruido. Venía de la parte delantera de la casa, pero no supimos decir si había sido arriba o abajo.

Raffles me hizo una seña y ambos volvimos atrás por el corredor, caminando de puntillas. Él se detuvo ante la puerta de la habitación central, miró al interior y después me precedió hacia la puerta del dormitorio. Se asomó (recuerden, no habíamos apagado las luces aún) y entró apresuradamente.

—¡Señor! —exclamó—. ¡Uno de los sillones ha desaparecido!

—Pe-pero... ¿a quién se le ocurriría llevarse un sillón? —dije yo.

—¡A quién, realmente! —convino, y corrió escaleras abajo desdeñando toda precaución. Yo logré serenarme lo suficiente como para ordenar a mis pies que se movieran.

—¡Ahí va! —gritó Raffles desde afuera cuando llegué a la puerta.

Raffles había recorrido la mitad del sendero de grava, mientras una vaga figura salía a toda prisa por la verja de entrada. Quienquiera que fuese, tenía una llave.

Recuerdo haber pensado, sin que viniera al caso, que había refrescado mucho durante el poco tiempo que habíamos estado en la casa. Aunque, en realidad, mi reflexión no estaba tan fuera de lugar, porque la llegada del aire frío había provocado la aparición de una densa niebla que se cernía sobre la carretera y serpenteaba a través de los bosques. Y, naturalmente, favorecía al hombre que perseguíamos.

Raffles, tan implacable como un cobrador de facturas a la caza de un deudor, mantuvo su vista clavada en la lejana figura hasta que desapareció en una arboleda. Cuando yo acabé de cruzarla y salí jadeando al otro extremo, encontré a Raffles parado al borde de un arroyo estrecho pero que quedaba bastante hundido. A pocos pasos, envuelto en la niebla, un puente corto y muy estrecho cruzaba el angosto cauce. Por el sendero que partía del otro extremo se llegaba a una de las casas a medio construir.

—No ha cruzado el puente —aseguró Raffles—. Le habría oído. Si hubiera bajado al arroyo, yo habría advertido el chapoteo y, por otra parte, no ha tenido tiempo de volver sobre sus pasos. Crucemos el puente y veamos si ha dejado huellas en el fango.

Atravesamos el puente en fila india. Los tablones se combaron un poco bajo nuestro peso, haciéndonos experimentar un cierto desasosiego.

—Deben estar utilizando los materiales más baratos que pueden encontrar. Espero que en las casas estén empleando algo mejor, porque si no se las llevará el primer golpe de viento.

—Realmente, parece bastante frágil —convine—. No debe ser muy de fiar el constructor. De todos modos, ya no se construye como antes.

Raffles se agachó al otro extremo del puente, encendió una cerilla y examinó el terreno a ambos lados del sendero.

—Hay toda clase de huellas —dijo contrariado—. Es evidente que pertenecen a los trabajadores, aunque tal vez encontremos entre ellas las del hombre que buscamos. Pero no, lo dudo. Todas las huellas han sido hechas por las macizas botas de los obreros.

Me envió a buscar huellas por el empinado y fangoso terraplén que quedaba al sur del puente, mientras él hacía lo propio con el que quedaba al norte. Nuestras cerillas brillaban y morían mientras nos comunicábamos en voz alta los resultados de nuestra inspección. Las únicas pisadas que vimos fueron las nuestras. Subimos trepando por el terraplén y volvimos al puente. Uno al lado del otro, nos inclinamos sobre la frágil barandilla para mirar hacia el arroyo que discurría por debajo. Raffles encendió un *Sullivan*, y el agradable aroma que despidió me llevó a encender uno yo también.

—Hay algo sobrenatural aquí, Gazapo. ¿No lo notas?

Estaba a punto de responder, cuando me puso la mano sobre el hombro.

—¿No has oído un quejido? —me preguntó en voz baja.

—No, —repuse mientras se me erizaban los pelos de la nuca, levantándose como muertos de sus tumbas.

Entonces, él pegó un fuerte taconazo sobre el tablón. Y yo oí un gemido casi imperceptible.

Antes de que pudiera decirle nada, Raffles saltó por encima de la barandilla y le oí aterrizar sobre el barro del terraplén. Bajo el puente relució una cerilla, y entonces me hice cargo de lo delgada que era la madera del puente. Veía la llama a través de los tablones.

Raffles dejó escapar un grito de horror. La cerilla se apagó.

—¿Qué ocurre? —grité yo. Y de repente, caí. Me agarré a la barandilla, noté como se *desvanecía* de entre mis manos, caí sobre las frías aguas del arroyo con los tablones bajo mi cuerpo, noté como se escabullían de debajo mío, y volví a gritar. Raffles, que había sido derribado y sepultado durante un instante por el puente, se levantó vacilante. Encendió otra cerilla y soltó un juramento.

—¿Dónde está el puente? —pregunté, de forma un tanto estúpida.

—Ha volado —gruñó él—. ¡Como el sillón!

Saltó a la orilla y trepó hasta lo alto del terraplén, donde se quedó atisbando en la oscuridad durante unos instantes, iluminado por la luz de la luna. Tiritando, me arrastré fuera del arroyo, me puse en pie tambaleándome aún más que él y subí gateando por el frío y resbaladizo terraplén. Aturdido por la irrealidad de todo aquello, llegué jadeando junto a Raffles, que respiraba casi tan pesadamente como yo.

—¿Qué es? —le pregunté.

—¿Qué es, Gazapo? —repuso lentamente—. Es algo que puede cambiar de forma y adoptar prácticamente la de cualquier cosa. No obstante, a partir de ahora, no se trata de determinar qué es sino dónde está. Debemos encontrarlo y matarlo aunque haya tomado el aspecto de una bella mujer o de un niño.

—Pero ¿de qué estás hablando? —exclamé.

—Gazapo, Dios sabe que cuando encendí esa cerilla debajo del puente, vi un ojo marrón que me miraba fijamente. Estaba insertado en una parte del tablón que era más grueso que el resto, y no distaba de algo que parecían unos labios y una oreja malformada. Al parecer, no había tenido tiempo de completar su transformación, o lo que es más probable, había decidido retener los órganos de la vista y el oído para saber qué ocurría a su alrededor. Si hubiera hecho desaparecer sus órganos de detección, no hubiera tenido la menor idea de cuál era el momento más seguro para volver a cambiar de forma.

—¿Te has vuelto loco? —dije.

—No, a menos que tú compartas mi locura, porque has visto lo mismo que yo. De una u otra forma, Gazapo, esa criatura puede alterar su carne y su estructura ósea. Ejerce tal control sobre sus células, sus órganos y sus huesos —haciéndolos pasar de la rigidez a una extrema flexibilidad— que puede adoptar el aspecto de otros seres humanos o transformar su apariencia en la de un objeto, como el sillón del dormitorio, que era exactamente igual que el original. No me extraña que Hopkins y Mackenzie, e incluso el temible Holmes, no logran encontrar a Mr. James Phillimore. Tal vez llegaron incluso a sentarse sobre él mientras descansaban tras la búsqueda.

Es una lástima que no abrieran la tapicería con un cuchillo cuando buscaban las joyas. Me temo que habrían quedado algo más que sorprendidos. Me pregunto quién sería el Phillimore original. En los registros no figura nadie que pudiera haber sido el modelo. Puede ser que esa criatura se basara en alguien con otro nombre para reproducir sus rasgos físicos y adoptara el de James Phillimore de

una tumba o de una noticia aparecida en los periódicos referente a algún americano. Fuera como fuese, el hecho es que esa criatura es también el puente que acabamos de cruzar. Un puente doliente que no logró contener un leve gemido cuando nuestras botas le lastimaron.

Raffles pronosticó que aquella criatura estaría corriendo o caminando hacia Maida Vale.

—Y desde allá, tomará un coche para ir a la estación más próxima y se pondrá en camino hacia el laberinto de Londres. Lo malo será que no sabremos qué o a quién buscar. Puede hallarse bajo la forma de una mujer, de un caballo o de un árbol, aunque este último no es un refugio que permita mucha movilidad. ¿Sabes? —continuó tras haber reflexionado durante unos instantes—, creo que debe haber ciertas limitaciones en lo que puede llegar a hacer. Ha demostrado que puede estirar su masa hasta alcanzar casi el grosor de una hoja de papel. Pero, después de todo, está sujeto a las mismas leyes físicas que nosotros, llegue hasta donde llegue dicha masa. Su substancia es limitada y sólo puede crecer hasta ese límite. Y supongo que sólo puede comprimirse hasta un determinado punto. Por tanto, puedo haberme equivocado al decir que tal vez sea capaz de adoptar la forma de un niño. Probablemente, puede extenderse considerablemente pero no puede contraerse demasiado.

Como más tarde se vería, Raffles estaba en lo cierto. Pero también estaba equivocado. Aquella criatura tenía medios para hacerse más pequeña, aunque a cierto precio.

—¿De dónde puede haber venido, A. J.?

—Ese es un misterio que sería mejor dejar en manos de Holmes —respondió—. O, tal vez, de los astrónomos. Yo diría que no es autóctona, y que ha llegado recientemente, acaso de Marte o quizá de un planeta más lejano, durante el mes de octubre de 1894. ¿Recuerdas, Gazapo, cuando todos los periódicos se llenaron de noticias referentes a una estrella que cayó en el estrecho de Dover, a menos de ocho kilómetros de la propia ciudad de Dover? ¿Podría haberse tratado de alguna clase de nave capaz de transportar a un pasajero a través del espacio? ¿Una nave que procediera de cierto cuerpo celeste donde existe vida, vida inteligente, aunque no como nosotros los terráqueos la conocemos? ¿Una nave que hubiera caído por fallarle el sistema propulsor? Y llegados a este punto ¿la fricción de su brusco descenso hizo arder parte de la carcasa? ¿O las llamas eran meramente la expresión visible de su sistema propulsor, constituido tal vez por enormes cohetes?

Incluso ahora, mientras escribo esto en 1924, me maravillo de la soberbia imaginación y de los poderes deductivos de Raffles. Esto ocurría en 1895, tres años antes de que *La Guerra de los Mundos* de H. G. Wells se publicase. Ciertamente Verne llevaba ya muchos años escribiendo sus maravillosas historias de invenciones científicas y viajes extraordinarios. Pero en ninguna de ellas había planteado la vida en otros planetas o la posibilidad de infiltración o invasión por parte de seres inteligentes, procedentes de mundos lejanos. El concepto era, para mí, absolutamente sorprendente. Y, sin embargo, Raffles lo dedujo de lo que para otros hubiera sido un conjunto de perfectas incoherencias ¡Y se suponía que en esta alianza, yo era el escritor, el hombre versado en ficciones!

—Establezco esta conexión entre la estrella y Mr. Phillimore porque este apareció sin que se supiese de dónde, poco después de que la estrella cayera. En enero de este año, Mr. Phillimore vendió la primera joya a un distribuidor de objetos robados. Desde entonces, Mr. Phillimore ha vendido una joya al mes, cuatro en total. Parecen zafiros estrella, pero de nuestra experiencia con el

monstruo que encontramos en la caja de cerillas de Persano, podemos suponer que no son tales. ¡Esas pseudojoyas, Gazapo, son huevos!

—¿No lo dirás en serio? —insinué yo.

—Mi primo tiene una máxima que se ha extendido considerablemente y que dice: Una vez eliminado lo imposible, lo que queda, por más improbable que parezca, es la verdad. Sí, Gazapo, la raza a la que pertenece Mr. Phillimore pone huevos. Huevos que, en su forma inicial, parecen zafiros estrella. La forma de estrella que se ve en el interior pueden ser los primeros contornos del embrión. Después, la cascara se rompe y la pequeña criatura se come los fragmentos. Y luego, al cabo de poco tiempo, diría yo, el bicho debe adquirir capacidad de movimiento; comienza a reptar por ahí y acaba por refugiarse en un agujero, el agujero de un ratón, tal vez. Y allí, comienza a alimentarse de cucarachas, de ratones, y cuando se hace mayor, de ratas. ¿Y después. Gazapo? ¿Perros? ¿Bebés? ¿Y después?

—¡Basta! —grité—. ¡Es demasiado horrible como para pensar en ello!

—Nada es demasiado horrible como para pensar en ello si uno puede hacer algo al respecto. En todo caso, si estoy en lo cierto, y ruego para que así sea, hasta ahora sólo ha roto la cascara uno de los embriones; el del primer huevo que la criatura puso, el que obtuvo Persano. Dentro de treinta días otro embrión romperá la cascara, y esta vez podría llegar a escapar. Debemos seguir la pista de todos los huevos y destruirlos. Pero primero tenemos que atrapar a la criatura que los pone. Y eso no será fácil. Posee una inteligencia y una adaptabilidad sorprendentes, o al menos, un mimetismo extraordinario. En un mes ha aprendido a hablar inglés perfectamente y se ha puesto al corriente de las costumbres británicas. Toda una proeza, Bunny. Miles de franceses y americanos que han estado un cierto tiempo aquí, no han logrado comprender el idioma, el temperamento o las costumbres británicas. Y se trata de seres humanos; aunque, naturalmente, hay algunos ingleses que no están muy seguros de ello.

—¡Vamos, A. J.! —exclamé—. ¡No todos somos tan esnobs!

—¿Ah, no? Hay que serlo para saberlo, querido colega, y yo soy desvergonzadamente esnob. Al fin y al cabo, si uno es inglés no es ningún crimen serlo, ¿no te parece? Alguien tiene que ser superior, y ambos sabemos perfectamente quién es ese alguien ¿no es así?

—Estabas hablando de la criatura —dije con voz malhumorada.

—Sí. Debe estar aterrorizada. Sabe que ha sido descubierta y creará que toda la raza humana está pidiendo a gritos su sangre. O, al menos, así lo espero. Si nos conociera bien, sabría que somos muy reacios a denunciarla a las autoridades, porque no queremos que nos tomen por locos ni estamos en situación de salir airoso de una investigación sobre nuestras propias vidas. Pero seguramente, espero, debe ignorarlo y, por tanto, intentará escapar del país. Para hacerlo, tomará el medio de transporte más próximo y rápido, con lo cual tendrá que comprar un billete hacia un destino concreto. Ese destino, supongo, será Dover. Pero podría ser que no.

En Maida Vale, Raffles interrogó a varios cocheros. Tuvimos suerte. Uno de ellos había visto a otro recoger a una mujer que podría ser la persona —o criatura— que andábamos buscando. Animado por el billete de una libra que Raffles le entregó, el cochero se apresuró a describirla. Era muy alta, dijo, parecía tener unos cincuenta años y, por alguna razón, le resultaba familiar, aunque no

creía haberla visto antes por allí.

Raffles le hizo describirla rasgo por rasgo. Le dio las gracias y, al volverle la espalda, me hizo un guiño. Cuando estuvimos solos, le pedí que me explicara aquel guiño.

—Los rasgos de la mujer le resultaron familiares porque eran los de Phillimore, aunque algo afeminados —dijo Raffles—. Vamos por buen camino.

Mientras volvíamos a Londres en otro coche le dije:

—No comprendo cómo hace desaparecer la ropa cuando cambia de forma, o de dónde ha sacado la ropa de mujer y el bolso. ¿Y el dinero para comprar el billete?

—La ropa debe ser parte de su cuerpo. Debe tener un soberbio control sobre él; es como un gran camaleón.

—¿Y el dinero? —volví a preguntar—. Entiendo que ha estado vendiendo los huevos para mantenerse y también, supongo, para propagar su especie. Pero, al convertirse en una mujer, ¿de dónde ha sacado el dinero para comprar el billete? Y el bolso, ¿formaba parte de su cuerpo antes de la metamorfosis? Si así es, entonces es *capaz* de desprender partes de su cuerpo.

—Imagino que debe tener reservas de dinero escondidas en diversos lugares —respondió Raffles.

Bajamos del coche junto a St. James Park y fuimos caminando hasta las habitaciones de Raffles en el Albany. Allí, tomamos rápidamente el desayuno que nos trajo el conserje, nos pusimos barbas falsas y unos lentes, preparamos un maletín y nos llevamos una manta de viaje. Al mismo tiempo, Raffles se puso un aparatoso anillo que escondía en su interior un cuchillo de resorte, pequeño pero muy afilado. Raffles lo había comprado tras haber logrado escapar de una trampa mortal tendida por la Camorra (descrita en *La Última Carcajada*). Dijo que si entonces hubiera tenido algo parecido, habría sido capaz de liberarse él mismo en lugar de necesitar que alguien le rescatara del diabólico verdugo automático del conde Corbucci. Y en esta ocasión, tenía el presentimiento de que le convenía llevar el anillo puesto.

Al poco rato, abordamos un coche y no tardamos en hallarnos en el andén de Charing Cross, esperando el tren de Dover. Minutos después, cómodamente instalados en un compartimiento privado y mientras fumábamos puros y bebíamos coñac de una petaca que Raffles había traído consigo, el tren partía.

—Me inclino a abandonar deducciones e inducciones en favor de la intuición, Gazapo —dijo Raffles—. Aunque bien podría equivocarme, la intuición me dice que nuestra presa va en dirección a Dover en el tren anterior al nuestro.

—Hay otros que también piensan lo mismo —dije mirando a través del cristal de la puerta—. Pero en su caso, debe haber sido la deducción y no la intuición la que les ha traído aquí.

Raffles levantó la vista con tiempo para ver pasar las agraciadas y agudas facciones de su primo y los rechonchos pero afables rasgos de su colega, seguidos al cabo de un instante por el duro rostro de Mackenzie.

—De alguna manera —dijo Raffles—, mi primo, ese sabueso humano, ha olfateado la pista de la criatura ¿Habrà llegado a suponer algo de lo que realmente ocurre? Si es así, no creo que lo comparta; y en caso de que deje escapar una pequeña parte, esos tipos del Yard, que no ven más allá

de sus narices, le tomarán por loco.

Poco antes de que el tren llegara a Dover, Raffles se desperezó y chasqueó los dedos; un gesto vulgar que nunca le había visto hacer.

—¡Hoy es el día! —exclamó—. ¡O debería serlo! Gazapo, sabemos que Phillimore iba cada treinta y un días al East End para vender una joya. ¿No será que pone un huevo cada treinta días? Porque, en ese caso, ¡hoy tiene que poner otro! ¿Crees que le será tan fácil como a una gallina? ¿O sufre dolores y debilidades análogos a los de la mujer? La puesta de un huevo, ¿es algo que deja al que lo pone postrado durante una o dos horas, o no pasa de ser un acontecimiento sin importancia? ¿Se puede poner un zafiro estrella sin apenas dificultad, con un simple cloqueo de satisfacción?

Al bajar del tren, Raffles comenzó a interrogar a los mozos y al personal del tren y de la estación. Tuvo la fortuna de encontrar a un hombre que había estado en el tren que nosotros suponíamos había utilizado la criatura. Sí, había notado algo desconcertante. En uno de los compartimientos viajaba una mujer sola, una tal Mrs. Brownstone, muy corpulenta. Pero cuando el tren se detuvo en la estación, fue un hombre quien salió del compartimiento, y a ella no se la veía por ninguna parte. No obstante, él estaba muy ocupado como para hacer algo al respecto, en caso de que hubiera habido algo que hacer.

—¿Habrás tomado una habitación en un hotel con idea de disponer del aislamiento necesario para poner el huevo?

Salimos corriendo de la estación y tomamos un coche para que nos llevara al hotel más próximo. En el momento de partir, vi a Holmes y a Watson hablando con el mismo hombre con el que nosotros acabábamos de hablar.

El primer hotel que visitamos fue el Lord Warden, que estaba cerca de la estación y disfrutaba de una bella vista sobre el puerto. No tuvimos suerte; ni allí, ni en el Burlington, situado en Liverpool Street, ni en el Dover Castle, en Clearance Place. Pero en el King's Head, también en Clearance Place, averiguamos que acababa de estar allí. El recepcionista nos informó de que un hombre que respondía a nuestra descripción se había registrado y había salido exactamente cinco minutos antes de que llegásemos. Estaba pálido y tembloroso, como si hubiera bebido mucho la noche anterior.

Al tiempo que nosotros salíamos del hotel, entraban Holmes, Watson y Mackenzie. La mirada que Holmes nos dedicó hizo que un escalofrío me recorriera el espinazo. Yo estaba seguro de que había advertido nuestra presencia en el tren, en la estación, y ahora en el hotel. Posiblemente, los recepcionistas de los demás hoteles le habían dicho que dos hombres que preguntaban por la misma persona les habían precedido.

Raffles llamó a otro coche y ordenó al cochero que nos llevara hacia la zona del puerto, comenzando por Promenade Pier.

—Podría equivocarme, Gazapo, pero tengo la impresión de que Mr. Phillimore vuelve a casa.

—¿A Marte? —pregunté sorprendido—. ¿O al planeta del que proceda?

—Me inclino a creer que su destino no es otro que la nave que lo trajo aquí. Podría hallarse aún bajo las aguas, descansando en el fondo del estrecho, que en ningún sitio supera las veinticinco

brazas de profundidad. Puesto que debe ser hermética, podría parecerse al submarino eléctrico de Campbell y Ash. Probablemente, Mr. Phillimore intenta ocultarse durante un tiempo, zambullirse — literalmente—, para dejar que las cosas se enfríen un poco en Inglaterra.

—¿Y cómo hará para resistir el frío y la presión de veinticinco brazas de agua de mar, mientras se dirige hacia la nave? —pregunté.

—A lo mejor se convierte en un pez —repuso en tono irritado.

—¿Podría ser aquel? —señalé por la ventanilla.

—Podría muy bien serlo —respondió, para gritarle después al cochero que fuera más despacio.

Aquel hombre alto, de anchas espaldas y enorme barriga, rostro duro y nariz colorada, se parecía al hombre descrito por el ferroviario y el recepcionista. Además, llevaba un maletín morado, tal como ambos habían mencionado. Nuestro coche se desvió hacia donde él estaba; nos miró, se puso pálido y echó a correr ¿Cómo nos había reconocido? No lo sé. Llevábamos aún las barbas y los lentes, y anteriormente sólo nos había visto a la luz de la luna o de una cerilla, y con las máscaras puestas. Tal vez poseía un olfato muy agudo, pero no sé cómo logró distinguir nuestro olor entre los del alquitrán, las especias, el sudor de hombres y caballos, y el de la basura en descomposición que flotaba en el agua.

Cualesquiera que fuesen sus medios de detección, nos había reconocido. Y la persecución comenzó.

No duró mucho en tierra. Echó a correr por un muelle para embarcaciones privadas, desamarró un bote, saltó a bordo y comenzó a remar como si estuviera entrenándose para la Henley Royal Regatta. Yo me quedé un momento de pie al borde del muelle, estupefacto y horrorizado. El maletín, que estaba en contacto con su pie izquierdo, se estaba derritiendo, *fluía* hacia su pie. En sesenta segundos y a excepción de una bolsa de terciopelo que contenía, el maletín desapareció. En la bolsa, supuse, estaría el huevo que había puesto en la habitación del hotel.

Un minuto después, remábamos tras él en un bote mientras su propietario alzaba un puño impotente hacia nosotros. A los pocos instantes se le unieron otros gritos. Miré hacia atrás y vi a Mackenzie, Watson y Holmes junto al dueño del bote. Tras intercambiar unas palabras con él, volvieron corriendo al coche que les había traído y salieron a toda prisa.

—Deben ir a por un barco de la policía, una lancha de vapor, a paletas o a hélice —dijo Raffles—. Pero dudo que puedan alcanzar a *eso* si hay buen viento y logra salir con fuerza.

*Eso* era el destino de Phillimore, un pequeño velero de un solo mástil, fondeado a unos cincuenta metros mar adentro. Raffles dijo que era un cúter. Tenía unos diez metros de eslora, iba aparejado con velas áuricas y llevaba foque, trinquete y vela mayor... según Raffles. Le agradecí la información porque yo no sabía nada sobre cualquier cosa que se moviera sobre el agua y además, tanto me daba. Donde haya un buen caballo y un sólido terreno para cabalgar, que se quite todo lo demás.

Phillimore era un buen remero, cosa que no era de extrañar con ese cuerpo, pero poco a poco le íbamos ganado terreno. Para cuando abordó el *Alicia*, nosotros estábamos tan sólo a unos pocos metros del barco, y cuando saltó por la barandilla, la proa de nuestro bote dio contra la popa del suyo. Raffles y yo quedamos patas arriba, pero a los pocos segundos trepábamos ya por la escala de

cuerda. Raffles iba delante, y yo estaba convencido de que le iban a dar en la cabeza con una cabilla o con lo que utilicen los marineros para darle a la gente en la cabeza. Más tarde me confesó que él también se temía que le partieran el cráneo. Pero Phillimore estaba demasiado ocupado reclutando a la tripulación como para molestarnos en ese momento.

Cuando digo reclutando, quiero decir que estaba escindiéndose en tres marineros. En aquel momento, yacía en cubierta y estaba derritiéndose, con ropa y todo.

Debimos haber cargado contra él entonces y agarrarlo mientras estaba indefenso, pero estábamos demasiado horrorizados como para hacer nada. A mí me entraron náuseas y me acerqué a la borda para vomitar. Mientras lo hacía, Raffles logró controlarse y avanzó decidido hacia aquella monstruosidad trilobulada. Sin embargo, cuando no había dado más que unos pocos pasos, resonó una voz.

—¡Levanten los brazos, caballeretes! ¡Vamos, arriba!

Raffles se detuvo. Yo levanté la cabeza y vi con ojos llorosos a un viejo lobo de mar. Debió salir de la toldilla, o como se diga, porque no le habíamos visto subir a bordo. Nos apuntaba con un gran revólver Colt.

Entre tanto, aquella esquizofrénica transformación concluyó, y ante nosotros aparecieron tres pequeños marineros. Ninguno me llegaba más arriba de la cintura y eran exactamente iguales, excepto en tamaño, al viejo lobo de mar. Llevaban barba, gorras a rayas azules y blancas, pendientes en la oreja izquierda, jerseys a rayas rojas y negras, bombachos azules, e iban descalzos. En un par de carreras, levantaron el ancla e izaron las velas; el barco comenzó a moverse, escoró, y dejó atrás el muelle de Promenade Pier.

Tras entregarle a uno de los enanos la pistola, el viejo marino se hizo cargo del timón. A todas estas, un pequeño vapor que venía detrás, con la chimenea vomitando humo, trataba en vano de alcanzarnos.

Transcurridos unos quince minutos, uno de los pequeños marineros pasó a gobernar el velero. El viejo y uno de sus duplicados nos metieron en el camarote. El enano nos apuntaba mientras el viejo nos ataba las manos a la espalda y los pies a la pata de una litera.

—¡Asqueroso traidor! —le gruñí al viejo marino—. ¡Estás traicionando a la raza humana! ¿Dónde está tu humanidad?

—¿Mi humanidad? —graznó mientras se rascaba las patillas—. ¡Donde los lores del Parlamento, los banqueros regordetes y los piadosos propietarios de las fábricas de Manchester guardan la suya, mi buen y joven caballero! ¡En el bolsillo! ¡La voz del dinero habla más alto que la de la humanidad, como cualquiera de esos terratenientes o fabricantes admite cuando se emborrachaba en la intimidad de su mansión! ¿Qué ha hecho por mí la humanidad, excepto facilitar a mis padres la tisis y convertir a mis hermanas en putas borrachas?

No dije nada más. No tenía sentido intentar razonar con semejante miserable. Se aseguró de que estábamos bien amarrados y salió junto con el pequeño marino.

—Mientras Phillimore, como la Galia, siga dividido en tres partes, nos queda una oportunidad —observó Raffles—. Seguramente, cada uno de los cerebros de esos marineros debe tener sólo un tercio de la inteligencia del Phillimore original. Por otra parte, mi anillo será la llave de nuestra

libertad.

Al cabo de un cuarto de hora, los dos estábamos libres. Entramos en la pequeña cocina, que venía a continuación del camarote y formaba parte de la misma estructura, y cada uno de nosotros cogió un gran cuchillo y una sartén. Y cuando, tras una larga espera, uno de los tres marineros bajó al camarote, Raffles le golpeó con la sartén en la cabeza antes de que pudiera gritar. Entonces, contemplé horrorizado como Raffles le echaba las manos al cuello y no lo soltaba hasta asegurarse de que había muerto.

—No es momento de andarse con delicadezas, Gazapo —dijo con una mueca mientras extraía el huevo-joya del bolsillo del cadáver—. Si Phillimore logra multiplicar su descendencia, la humanidad desaparecerá lenta y silenciosamente, hombre por hombre. Si es necesario hacer volar este barco, y nosotros con él, no vacilaré ni un instante. De todos modos, hemos reducido en un tercio sus fuerzas. Ahora, veamos si podemos hacerlo en un cien por cien.

Se metió el huevo en el bolsillo, y un momento después asomamos nuestras cabezas con toda cautela y miramos hacia afuera. Estábamos en la parte delantera y de cara a la proa, por tanto, el viejo no podía vernos desde su posición en el timón. Los otros dos enanos trabajaban con el aparejo a las órdenes del timonel. Supongo que aquella criatura no sabía navegar a vela y necesitaba instrucciones.

—Mira allí, justo delante nuestro —dijo Raffles—. El día está claro, Gazapo, y sin embargo, allí hay un banco de niebla que no tiene razón de ser. Y navegamos directamente hacia allí.

Uno de los enanos sostenía un objeto que se parecía mucho a la pitillera de Raffles, pero con dos botones rotativos y un alambre largo y grueso que sobresalía de la parte superior. Según me dijo Raffles más tarde, en aquel momento pensó que sería una máquina que enviaba vibraciones a la nave que yacía en el fondo del estrecho. Estas vibraciones, codificadas, por supuesto, transmitían una señal para que la maquinaria automática de la nave extendiera hasta la superficie un tubo por donde se expelía la niebla artificial.

Su explicación era increíble, pero era la única que había. Naturalmente, en aquella época ninguno de nosotros había oído hablar de la radio, aunque algunos científicos ya tenían conocimiento de los experimentos de Hertz con las oscilaciones. Y Marconi patentaría la telegrafía sin hilos al año siguiente. Pero el aparato de Phillimore debía ser mucho más avanzado de cualquiera de los que disponemos en 1924.

—En cuanto entremos en la niebla, atacamos —dijo Raffles.

A los pocos minutos, los jirones de niebla cayeron sobre nosotros, haciéndonos sentir las caras frías y húmedas. Apenas podíamos ver a los dos enanos, que trabajaban frenéticamente para arriar las velas. Nos deslizamos fuera y nos asomamos por una de las esquinas que formaba el camarote para mirar hacia el timón. El viejo lobo de mar no estaba allí, pero tampoco tenía motivo, porque el barco prácticamente se había detenido. Era evidente que debíamos hallarnos sobre la nave espacial, que descansaba sobre el fango a veinticinco brazas por debajo nuestro.

Raffles volvió al camarote después de decirme que no les quitase ojo de encima a los dos enanos. A los pocos minutos, justo cuando yo comenzaba a sentirme presa del pánico debido a su prolongada ausencia, apareció por la entrada del camarote.

—El viejo estaba abriendo las llaves de purga —dijo—. Con toda el agua que está entrando, el barco no tardará en hundirse.

—¿Y él? —pregunté.

—Le golpeé en la cabeza con la sartén —respondió Raffles—. Supongo que estará ahogándose.

En aquel momento, los dos marineros llamaron a voces al viejo y al tercer miembro del trío para que se apresurasen. Estaban arriando el bote del cúter y, al parecer, no creían que quedara mucho tiempo para que el barco se hundiera. Nos abalanzamos sobre ellos a través de la niebla justo cuando el bote llegó al agua. Chillaron como pollos que hubieran visto aparecer a un zorro y saltaron al bote. No tuvieron que saltar mucho ya que, en aquel momento, la cubierta del cúter no sobresalía más que medio metro por encima del agua. Saltamos también al bote, y ambos caímos de cara. Mientras nos poníamos en pie y lejos ya de nosotros, el cúter volcó y la quilla surgió de entre las olas. Afortunadamente, los cables que sujetaban el bote al pescante se habían soltado y no fuimos arrastrados cuando, a los pocos minutos, el barco se hundió.

Una enorme forma redonda, como el caparazón de una gigantesca tortuga, emergió a nuestro lado. El bote cabeceó y se llenó de agua. Mientras intentábamos acercarnos a los dos hombrecillos, que se defendían con sus navajas, se abrió una compuerta en uno de los costados de la gran nave de metal. Al quedar la parte inferior de la compuerta por debajo de la superficie, el agua comenzó a entrar en la nave y arrastró a nuestro bote al interior de esta. La nave engullía al bote y a nosotros con él.

La puerta se cerró a nuestras espaldas y nos encontramos en una cámara metálica y bien iluminada. Mientras Raffles y yo blandíamos nuestros cuchillos y sartenes frente a los ágiles y rápidos hombrecillos, el agua fue achicada. Como más tarde advertiríamos, la nave volvía a hundirse en las profundidades del estrecho.

Finalmente, los dos enanos saltaron a una plataforma de metal. Uno de ellos apretó un botón de la pared y se abrió otra compuerta. Saltamos tras ellos porque sabíamos que si se nos escapaban y alcanzaban sus armas, que debían ser temibles, estábamos perdidos. Con un golpe de su sartén, Raffles hizo caer a uno de la plataforma mientras yo le tiraba tajos al otro con mi cuchillo.

El que había caído de la plataforma gritó algo en un idioma extraño y el otro saltó junto a él, se tumbó sobre su compañero, y a los pocos segundos comenzaron a fundirse el uno en el otro.

Fue un acto de total desesperación. Si hubieran tenido más de un tercio de su inteligencia normal, probablemente habrían actuado de forma más eficaz. La fusión llevaba tiempo, y esta vez no nos quedamos paralizados de terror. Saltamos de la plataforma y alcanzamos a la criatura a medio camino entre la forma de los dos hombres y su aspecto normal, o natural. Aún así, aparecieron los tentáculos con sus garras envenenadas en los extremos, y los ojos azules comenzaron a formarse. Parecía la versión gigante de la criatura que habíamos visto en la caja de cerillas de Persano, pero sólo alcanzó dos tercios del tamaño que habría alcanzado si no hubiéramos matado a su tercera parte en el cúter. Tampoco los tentáculos eran tan largos como podrían haberlo sido pero aún así, no nos permitían llegar hasta su cuerpo. Brincamos a su alrededor y fuera de su alcance, cortándole las puntas de los tentáculos con los cuchillos o golpeándoselas con las sartenes. Comenzaba a sangrar y tenía dos tentáculos fuera de combate, pero nos seguía manteniendo a raya mientras completaba su metamorfosis. Si le dábamos tiempo a utilizar sus pies, sus pseudópodos, debería decir, no

hallaríamos en terrible desventaja.

Raffles me gritó algo y corrió hacia el bote. Yo le miré de forma un tanto estúpida.

—¡Ayúdame, Gazapo! —dijo.

Corrí hacia él.

—¡Arrastremos el bote y echémoselo encima! —sugirió.

—¡Pesa demasiado! —respondí.

De todos modos, tiré de un costado mientras él empujaba por la popa, y aunque creí que iba a echar los intestinos por la boca, logramos hacerlo deslizarse sobre el suelo húmedo. Aún así nos faltó rapidez y la criatura, advirtiendo el peligro, comenzó a incorporarse. Raffles dejó de empujar y le lanzó la sartén, alcanzándola bajo la cabeza y haciéndola caer. Durante unos instantes quedó tendida como si estuviera conmocionada, y supongo que así era.

Raffles se situó en el otro costado y cuando ya casi estábamos sobre la criatura, pero fuera del alcance de sus vigorosos tentáculos, levantamos la proa de la embarcación. No conseguimos alzarla demasiado porque era muy pesada, pero cuando la dejamos caer, seis de los tentáculos quedaron aplastados bajo su peso. Nuestra primera intención era dejarla caer justo en la mitad de su repugnante cuerpo, pero sus tentáculos nos impidieron acercarnos más.

No obstante, había quedado parcialmente inmovilizada. Saltamos al interior del bote y, utilizando sus costados como parapeto, comenzamos a atacar a los tentáculos que aún quedaban libres, cortándoles los extremos o golpeándolos con las sartenes a medida que aparecían por encima de la borda. Entonces, mientras la criatura aullaba a través de las aberturas de los extremos de sus tentáculos, salimos del bote y la apuñalamos una y otra vez. De las heridas comenzó a manar una sangre verdosa, hasta que los tentáculos dejaron de retorcerse. Los ojos se hicieron más opacos; el color verdoso se volvió de un negro rojizo y se coaguló. Un hedor nauseabundo, el de su muerte, brotó de sus heridas.

Nos tomó varios días estudiar los controles que se veían en el panel del puente de la nave. Cada uno llevaba una inscripción en una extraña escritura que nunca seríamos capaces de descifrar. Pero Raffles, el siempre temible Raffles, lograría descubrir el dispositivo que hacía ascender a la nave hasta la superficie, y el que abría la compuerta exterior. Era todo lo que necesitábamos saber.

Entretanto, comimos y bebimos de lo que había almacenado para alimentar al viejo marino. Los otros alimentos tenían un aspecto repugnante, y aunque hubieran sido atractivos, no nos hubiéramos atrevido a probarlos. Tres días después y tras haber remado hasta cierta distancia, vimos como la nave —la niebla había desaparecido—, con la compuerta abierta, se hundía bajo las aguas. Y que yo sepa, aún debe estar en el fondo del estrecho. Decidimos no informar a las autoridades sobre nuestra experiencia con aquella criatura y su nave, ya que no teníamos ningún deseo de acabar en prisión, por muy patriotas que fuésemos. Se nos podría haber indultado dados nuestros grandes servicios pero, según Raffles, aún así cabía la posibilidad de que nos encerraran de por vida, porque las autoridades desearían mantener el asunto en secreto.

Raffles dijo también que, probablemente, la nave contenía mecanismos que asegurarían la supremacía de Gran Bretaña si caían en manos del gobierno. Pero, por aquel entonces, ya era la nación más poderosa del mundo y ¿quién sabe qué clase de caja de Pandora abriríamos? Naturalmente, no sabíamos que veintitrés años más tarde, la primera guerra mundial acabaría con la mayor parte de nuestra juventud y relegaría a nuestra nación a ocupar un puesto de segunda fila a partir de entonces.

Una vez en tierra, tomamos un tren para Londres, donde emprendimos una campaña destinada a robar y destruir todos los huevos-zafiro. Uno de los embriones había roto ya la cascara y se había refugiado en las paredes, pero Raffles, tras despertar a sus ocupantes, prendió fuego a la casa. Nos partía el corazón tener que destruir joyas que valían alrededor de un millón de libras. Pero lo hicimos y así salvamos al mundo.

¿Llegó a adivinar Holmes algo de lo ocurrido? Poco escapaba a aquellos grises ojos de halcón y al cerebro que se ocultaba tras ellos. Sospecho que supo mucho más de lo que le dijo incluso a Watson. Esta es la razón de que Watson, al escribir *El Enigma del Puente Thor*, declarara que hubo tres casos en los que Holmes fracasó.

El caso de James Phillimore, que volvió a entrar en su casa para coger un paraguas y que nunca más se le volvió a ver. El caso de Isadora Persano, a quien se encontró totalmente en estado de *shock*, mirando fijamente a un gusano en una caja de cerillas, un gusano desconocido para la ciencia. Y el caso del cúter *Alicia*, que en una soleada mañana de primavera entró en un banco de niebla para no volver a salir de él; ni el barco, ni ninguno de sus tripulantes.

# Brass y Gold (o Caballo y Zepelín en Beverly Hills)

*Esta historia, junto con «En la Banda Negra» y «Jinetes del Salario Púrpura», forma parte de la trilogía de Beverly Hills. Escrita durante la época en que viví allí, la trilogía tiene como escenario Beverly Hills, lugar donde, por primera y espero que última vez en mi vida, estuve viviendo en una casa de pisos. Día a día, mi gato y yo enloquecíamos un poco más, nos sentíamos un poco más infelices. El día en que una mano salió del interior de un buzón y cogió la carta que yo estaba a punto de echar, llegué a la conclusión de que tenía que irme. O me iba, o acababa desquiciado.*

*Así pues, nos mudamos a una casita de South Holt, en Los Angeles, no muy lejos del propio Beverly Hills pero sí lo suficiente... o al menos, eso creí yo entonces. Estando instalados allí, una riada que bajó por Burton Way inundó mi garaje, situado respecto de la calle a un nivel inferior. Más de la mitad de mi colección de libros y revistas, todavía en cajas de embalaje, quedó destruida. Todos mis libros de Oz, mis Tartanes y Doc Savages, un buen número de revistas de gran valor para mí, muchos de mis libros y revistas de ciencia ficción como Science Wonder y Air Wonder, material que llevaba coleccionando desde 1929, muchos de mis manuscritos, etc.*

*Así pues, nos mudamos a la casa más grande que he tenido nunca, más hacia el centro de la ciudad. No pude evitar sentir un cierto disgusto al abandonar aquel gran abeto y el cuervo gigante que se posaba en su copa, pero aún no me había alejado lo suficiente de la maléfica influencia de Beverly Hills.*

*Me sentía bastante bien en aquella gran casa de South Burnside, y al ser despedido como tantos otros trabajadores de la industria aeroespacial, un mes antes del primer alunizaje, me sentí muy feliz. Decidí dar el paso decisivo y convertirme en un escritor profesional. No tenía más que dar unos pocos pasos para ir a trabajar. Se habían acabado los trayectos cotidianos de ciento cincuenta kilómetros por la autopista. Y no pensaba volver a trabajar para nadie nunca más. Si las cosas iban tan mal que no podía ganarme la vida escribiendo, me dedicaría a robar bancos.*

*Ahora, ya no vivo en la tierra de los terremotos y los desprendimientos. Vivo en tierra de ciclones y de inviernos que recuerdan a la era de las glaciaciones. Y me gusta.*

*Pero lo extraño del caso es que, cuando voy a visitar a alguien de Los Angeles, ahora me gusta. Ni siquiera me inquieto cuando paseo por Beverly Hills, aunque lo que sí hago es evitar acercarme a los buzones de las esquinas.*

En los suburbios situados al sur de la línea férrea que corre paralela al Santa Monica Boulevard, en Beverly Hills, vivía un hombre llamado Brass. Brass estaba rodeado de Golds, Goldsteins, Golbergs, Goldfarbs y de Silvers, Silversteins, Silverbergs y Silverfarbs<sup>[1]</sup>

—¡Abandono! ¡Me rindo! —solía gritar desde la ventana de su apartamento cuando el dorado de la luna llena se convertía en verde a causa de la contaminación. Y tras beber otro trago de Old Turkey, chasqueaba los labios y volvía a asomarse a la ventana.

—¡Llévame al banco y encerrarme en la cámara acorazada! ¡Convertidme en anillos y pulseras! ¡Pero descubriréis que sirvo para algo más que para rendir un posible provecho económico! ¡Brass sirve para algo más que para arrear caballos o empinar el codo!

Si se hacía caso de lo que decían sus vecinos judíos, Brass era un gentil procedente de Utah, borracho y poeta para más señas. Se creía que, antes de que los magnates del ganado vacuno se adueñaran de su tierra, había sido ovejero. Aquel rumor exasperaba a Brass, que en realidad provenía de un antiguo linaje de criadores de caballos. El otro rumor que corría, según el cual había sido vaquero, también le encolerizaba.

En su tierra, podía pasarse un día entero cabalgando sin ver una sola vaca, acostumbraba a gritar Brass por la ventana. Pero nadie parecía oírle. De noche, los vecinos solían dar bulliciosas fiestas que acallaban todo ruido exterior, o bien habían salido para asistir a alguna fiesta que daban en otra parte.

Durante el día, los hombres estaban en la oficina y sus esposas se limitaban a asomarse a las ventanas y hablar a gritos con las vecinas de enfrente. Entre los edificios, había verdaderos complejos de alambres para tender la ropa de los que colgaban billetes de cien dólares, secándose entre la neblina verdosa de la contaminación y a la luz de aquel sol de color verde dólar.

—Aquí no ocurre igual que en el Bronx ¿eh? —gritó la señora Gold a su vecino—. ¡Allí era la gente quien contaba dinero, no al revés!

—¡Por el amor de Dios, cállese! —rugió Brass asomándose a la ventana—. ¡Soy poeta! ¡Y no se puede escribir poesía cuando toda esta cháchara sobre dinero, que de todos modos yo no tengo, hace que hasta el firmamento parezca contante y sonante!

La señora Samantha Gold vio que la boca de su vecino se movía entre el oro de su barba. Sonrió y le saludó con la mano. Hubo un tiempo en que no era tan amistosa. El día en que miró por la ventana de su tercer piso hacia la ventana del segundo piso del edificio contiguo y vio a un hombre barbudo con el pelo largo y con sombrero que leía un libro enorme, creyó que se trataba de un erudito del Talmud o de un rabino, o de ambas cosas.

Es un hecho de sobras conocido que no hay erudito del Talmud o rabino de Beverly Hills que viva más al norte del Olympic Boulevard. No es bueno para ellos; no pueden pagar alquileres tan elevados y, además, provocan pausas muy embarazosas en las conversaciones. Si se les pesca en la ciudad en cualquier otro día que no sea un sábado, se les hace retroceder hasta Olympic Boulevard o más al sur aún, azotándoles con tarjetas de crédito, que tienen los bordes muy afilados.

La primera vez que vio a Brass, la señora Gold llamó a la policía. Pero el oficial investigador dijo que Brass no tenía coche y que, por tanto, no se le podía perseguir con multas de aparcamiento o con una citación judicial por saltarse semáforos en rojo. De todos modos, el oficial tenía intención de

vigilarle de cerca. Siempre cabía la posibilidad de que cruzarse la calle de forma imprudente.

El informe acabó sobre la mesa del despacho del alcalde, un gentil. Durante un discurso en la Cámara de Comercio, el alcalde reveló que había gente en la ciudad que pagaba menos de 400 dólares mensuales de alquiler, e incluso había quien no sobrepasaba los 150.

—¡Sabéis perfectamente que estoy con los desvalidos y los necesitados! —dijo el alcalde con voz atronadora—. ¡Pero esa clase de gente tiene que irse! ¡Están arruinando la imagen de Beverly Hills!

Ovación de gala.

La señora Gold habló con el poli y averiguó que Brass no era ningún rabino. Ni siquiera era judío.

—Antes se podía identificar a la gente por su aspecto —comentó ella—, pero ahora no hay manera, todo está hecho un lío. A veces, incluso los jóvenes ejecutivos parecen hippies.

Y después de que el poli la mirara de pies a cabeza, añadió:

—Pero bien vestidos, con ropa cara. Y limpios.

—Cierto —contestó él—. Míreme a mí. Católico irlandés y sin embargo me llamo Oliver Francis Cromwell.

Pero el poli no la había mirado de aquella forma a causa de sus comentarios, casi subversivos. Ella acababa de pasar de los treinta y, con siete kilos de peso menos, podría haber trabajado como doble de Sofia Loren.

Lo cierto era que dos meses antes la señora Gold se parecía más a Oliver Hardy. Profesaba el judaísmo ortodoxo pero, mientras otros eran adictos al whisky, el tabaco o la heroína, ella se moría por los canapés de jamón con pan de centeno y cubiertos de salsa de champiñones. Su marido la encerraba en el dormitorio y, a través de una portezuela que en un principio se había instalado para el perro, le deslizaba una bandeja con un desayuno frugal, equilibrado y aceptado por la Ley Mosaica. Al mediodía, la criada le pasaba otra bandeja y, por la noche, el marido la dejaba salir del dormitorio pero supervisaba todo lo que ella cocinaba.

Aún así, había veces en que Samantha conseguía romper el bloqueo. En una ocasión, el marido apareció de improviso al mediodía y ella tuvo que meter el bocadillo en un recipiente de plástico y descolgarlo por la ventana con una cuerda.

Brass, el áureo poeta, medio muerto de hambre por haberse gastado toda la mensualidad entre el alquiler y el Old Turkey, cogió el bocadillo y se lo comió.

El marido de la señora Gold descubrió la cuerda mientras buscaba comida escondida pero, aún así, no pudo probar nada. Al día siguiente, la señora Gold se encontró con que había adelgazado lo suficiente como para pasar a través de la portezuela y fue al apartamento de Brass para agradecerle el haberla salvado y también para pedirle que le devolviera el bocadillo. Y se enamoraron.

Samantha Gold leía mucho porque pocos quehaceres más tenía. Sabía, o creía saber, por qué se había enamorado de Brass. Aunque era mucho más alto. Brass se parecía a su padre cuando era joven. Claro que también había otras razones. Era poeta, pero incluso la emocionaba más que fuera vaquero, aunque con respecto a esto último, él no tardó en sacarla de su error.

No obstante, había ciertos obstáculos que se interponían a su idilio. Él era gentil y, además, bebía

mucho. Sin embargo, la señora Gold le dijo que su alcoholismo no representaba para ella un gran problema. Su padre también le daba a la botella más de lo que le convenía.

—El beber tampoco es problema para mí... menos cuando estoy sin blanca —dijo Brass.

—Realmente, no tienes aspecto de gentil —comentó Samantha, sentada en un sillón y mirándole con enormes ojos modelo Loren.

—*Madame*, yo no soy gentil —repuso él—. Yo soy mormón. Tú eres la gentil, porque para los mormones, todos los que no lo son, son gentiles. Claro que, en realidad, soy un mormón un tanto relajado, así que, en cierto modo, tienes razón. He perdido la Gracia, que además resulta ser el nombre de mi exmujer. Se ha comprobado mediante estadísticas que el índice de alcoholismo entre los mormones es aún más bajo que entre los judíos devotos. Pero, cuando un mormón bebe, llega a sumergirse más que nadie en las profundidades del dorado mar del alcohol —para citar a Baquílides—, sin emerger nunca con la perla de incalculable valor. Supongo que se trata de un caso de supercompensación. Pero soy un poeta y, por tanto, tengo la obligación estética, y tal vez teológica, de beber. Ahora, te agradecería que me dejaras solo. Presiento que se aproxima un poema.

—Robert Graves dice que todo verdadero poeta rinde culto a la Diosa —dijo ella—. ¿Te refieres a eso cuando hablas de obligación teológica?

En aquel momento ella parecía y se sentía como la propia Atenea, aunque no tan delgada como hubiera querido, y lo sabía. Él también lo sabía porque se arrodilló, puso sus manos sobre las rodillas de ella, y alzó la vista para mirarla, mientras recitaba un soneto extemporáneo. A ella le gustó el poema y le encantó sentir sus manos en las rodillas; llevaban muchos meses sin que unas manos masculinas las tocaran. Pero no le gustó nada el olor a bebida, por más cara que fuera. De todos modos, cuando él le ofreció un bocadillo de jamón, decidió que el Old Turkey se podía tolerar.

—Siempre he creído que, siendo poeta, había que vivir en Haight-Ashbury o en West Venice, o en Mount Shasta —dijo ella, entre bocado y bocado—. Este es un lugar bastante raro para un poeta que está prácticamente sin un céntimo.

—Este es un lugar bastante raro para todo el mundo —respondió él, al borde de la incandescencia a causa de las chispas que desprendía su inspiración poética y los cometas que despedían sus gónadas—. Mi idea era ir a un lugar al que nadie se le ocurriera ir, un sitio verdaderamente ajeno para un poeta. Por eso estoy aquí.

Su abuelo le había dejado una pequeña suma que los abogados se habían encargado de dividir en mensualidades. Por otra parte, el abuelo había lamentado profundamente que Brass abandonara la senda del Señor, pero al mismo tiempo le admiraba porque no estaba dispuesto a besarle las botas a nadie, ya fueran limpias o llenas de estiércol. Y decía que Brass era, por lo menos, «un gandul con honor» y «un tipo con toda la barba». A Brass le encantaba esta última frase.

—No hablemos de dinero. Hablemos de amor —dijo agarrándole de nuevo las rodillas y levantando la vista para mirar, más allá de sus pechos, como un astronauta con la vista perdida por detrás del enorme círculo de la Tierra, a aquel alargado y delicioso rostro mediterráneo que asomaba tras el bocadillo.

—¿Que no hablemos de dinero? —preguntó ella—. Esto es Beverly Hills. Mi marido dice que primero es el dinero y que el amor le sigue detrás, de forma natural. Como un tiburón que persigue a

una barca para comerse la basura.

Brass hizo una mueca. El tema de su poesía era la belleza.

Samantha se acabó el bocadillo y miró hacia la nevera. Brass suspiró, se levantó, y haciendo resonar las botas sobre el suelo sin alfombrar, se dispuso a prepararle otro bocadillo. Ella, mientras le observaba, comenzó a explicarle historias de Beverly Hills.

Estaba el caso de la señora Miteymaus, que tras un parto de veinte horas, dio a luz un billete de mil dólares. El agente del servicio de Recaudación de Contribuciones, equipado con mascarilla, delantal y guantes, actuó como ayudante del tocólogo y dedujo el 90 por ciento antes de que se cortara el cordón umbilical. La señora Miteymaus decidió enviar al bebé a un orfanato y reclamar una deducción por caridad. Finalmente, el bebé fue adoptado por un banco y, más tarde, llegó a dar un interés del 8,1 por ciento. Al enterarse a través de una amiga maliciosa (Samantha admitía que el adjetivo era redundante), la señora Miteymaus sufrió tal disgusto que juró no volver a tener nunca más contacto sexual, ni siquiera con su marido.

Brass le preguntó si era cierto lo que se contaba de Beverly Hills referente a que era una ciudad con tantos polis, que en las horas punta había que retirarlos de las calles para que no entorpecieran la circulación.

Samantha respondió que sí, que era cierto.

Desinhibida gracias al tercer bocadillo, comenzó a hablarle de su vida privada y a explicarle algunas de sus peñas. En una ocasión, creyó estar perdiendo el amor de su marido por engordar demasiado. Pero ahora que se había adelgazado, relativamente hablando, seguía sin obtener amor de él. Irving le estaba dando el salto con una gentil que además bebía.

—Este mundo es como una pústula de odio, traición y dolor —dijo él—. Incluso en las solitarias noches que pasaba vigilando a los caballos en la pradera, acompañado tan sólo por estos y la luna, el viento me traía sonidos y olores de odio, traición y dolor de un mundo podrido, desde cientos de kilómetros de distancia. Oía gritar y sollozar, y olía a gasolina y a arenques podridos. Entonces, metía la nariz entre las crines de mi caballo y aspiraba con fuerza aquel maravilloso olor a noble sudor de caballo. Te aseguro que hay pocos olores más agradables que este.

La señora Gold dejó el bocadillo a un lado para que no interfiriese, se inclinó y apoyó la nariz sobre el pecho de él. La camisa de lana a cuadros aún irradiaba un débil aroma equino.

—Otra colada a base de detergentes con enzimas y desaparecerá —dijo él—. ¡Cómo odiaré ese día!

Él la besó en la nuca. Ella se estremeció como una yegua a la que hubieran picado espuelas, y ya no volvió a comer jamón en todo el día.

Siguieron viéndose por las mañanas y de vez en cuando por las tardes. Pero llegó el día en que ella ya no pudo pasar a través de la portezuela del perro y, tras forcejear durante un rato para desatascarse, se dirigió a la ventana y le hizo señas a Brass, sentado a su vez junto a la ventana y sin nada más encima que su Stetson de ala ancha. Estaba limpiándose las botas y componiendo un poema a la Diosa Perra y preguntándose al mismo tiempo si no debería hacer voto de castidad durante una o dos semanas. A la musa le gustaba que sus adoradores fueran ardientes y fogosos, pero no quería que gastaran todo su fuego y su simiente en seres inferiores como, en este caso, Samantha Gold.

Esta tampoco tenía acceso al teléfono, de modo que se veía limitada a saludarle con la mano porque, de haberse puesto a hablar a gritos, los vecinos se hubieran enterado de lo que se traían entre manos... si es que no lo sabían ya.

Finalmente, tras haber encontrado una conjunción de palabras que rimaba con «equino», él abrió los ojos. Transcurridos unos instantes de perplejidad, logró entenderla. La criada había ido a la tienda de comestibles y normalmente olvidaba cerrar la puerta con llave, de modo que podía subir. Él se vistió, metió comida y bebida en una bolsa, y fue al departamento de ella. Ella le explicó y, después de revolcarse por el suelo de risa —y de aplastar el bocadillo al hacerlo— él fue a buscar la llave del dormitorio que estaba en el cajón del escritorio de Irving.

La decoración del dormitorio era elegante y tan de clase media como él había esperado que fuera. Lo que no esperaba encontrar era una enorme fotografía de un zepelín de la primera guerra mundial en vuelo. Junto a ella había otra en la que se veía a un joven de grandes bigotes, vestido con el uniforme de los oficiales navales alemanes de hacia 1911.

—Mi padre —dijo Samantha.

—¿Tu padre era un dirigible?

—Has estado bebiendo otra vez ¿eh? No, era teniente en un zepelín.

Brass estaba intrigado, pero también impaciente por marcharse antes de que llegara la criada. Y la certeza de que ella no llevaba nada debajo de aquel fino vestido le estaba haciendo olvidar su prioritaria fidelidad a la Diosa.

—Está bien —dijo él mientras descansaba en la obscuridad de la habitación—, iremos a conocer a tu padre, aunque no imagino por qué habría de alegrarle el conocerme.

—En cierto modo, él también es poeta —respondió ella—. Es un anciano adorable, aunque un poco raro. Creo que está enamorado de sus dirigibles. No quiere hablar de otra cosa, menos cuando le da por pensar en el gobernador. Entonces, se pone hecho una furia y comienza a echar pestes, y le llama Abdul von Schicklgruber, el Consentido de los Plutócratas. A mí no me interesa en absoluto la política. ¿Sabes qué pienso yo de eso? Que si uno no logra alcanzar el éxito en el cine, tendrá que intentar otra cosa. Bueno, como te decía, los zepelines son su obsesión. Sueña con ellos, construye modelos, lee libros... hasta yo misma sueño con zepelines después de hacerle una visita. Cada domingo por la noche, esos enormes artefactos navegan a través de mis sueños.

—La otra noche soñé con mi yegua —dijo Brass—. Dos días antes de venirme a Beverly Hills, la mató un camión. Tenía los ojos grandes y negros, como los tuyos. Eran unos ojos transparentes, llenos de amor, con sed de algo que nunca llegué a averiguar. Normalmente, un caballo no quiere más que heno, zanahorias, agua y descanso, y algún que otro terrón de azúcar. Sin embargo, al mirar a aquellos ojos, sabía que el diminuto cerebro que se escondía tras ellos tenía sus propios sueños. O puede que no fueran más que el reflejo de los míos.

—¿Los ojos de tu yegua te recuerdan a los míos? —preguntó ella mientras se incorporaba.

—Viniendo de mí, eso es un cumplido —repuso él sin atreverse a contarle el resto del sueño—. Al despertarme, creí haber oído su sudor, pero no era el suyo.

—¿El mío, entonces? —preguntó ella de camino a la nevera.

—Será mejor que pares —dijo él—, o no podrás pasar ni por la puerta de entrada; y por la del

perro ya no digamos.

Ella se había inclinado hacia adelante, y él se imaginó a la yegua sacudiendo su magnífica cola negra sobre una y otra grupa.

El domingo, Samantha le explicó a Brass que había logrado convencer a Irving de que había olvidado cerrar con llave la puerta del dormitorio. Tuvo que mentirle porque la criada la delató. Irving solía ir con ella los domingos a visitar a su padre. No lo hacía porque este último le gustara o por disfrutar de la compañía de Samantha, sino porque quería asegurarse de que ella no comía nada prohibido. Sin embargo, hoy había tenido que atender a un asunto de negocios que había surgido de improviso.

—Un asunto de negocios... esa mujer con la que se ve —dijo ella—. Pero pienso vengarme.

Y se fue. A los pocos minutos, Brass se reunió con ella en el porche de la casa de su padre, situada en la zona más pobre de Beverly Hills. La casa no costaba más que

50.000 dólares. En Peoría, Illinois, y tras haber instalado una buena calefacción, no habría pasado de los 12.000.

Encontraron al señor Goldbeater en el jardín trasero, trabajando en su última aeronave, que se había incendiado durante una incursión sobre Inglaterra. Era su modelo más logrado. Medía diez metros de longitud y tenía cuatro góndolas con motores de gasolina que funcionaban y una góndola de control en la que cabía un hombre de baja estatura, si no le importaba viajar en posición fetal. Sobre los costados llevaba pintadas una gran cruz de Malta de color negro, una bandera americana, la bandera del estado de California y la Estrella de David.

Brass no hizo ningún comentario, había visto combinaciones más extrañas.

El viejo pareció sorprendido, pero sonrió y bombeó vigorosamente la mano de Brass. Entraron en la casa, que estaba atestada de dirigibles de menor tamaño, y el anciano insistió en llenarle la copa hasta alcanzar unos seis dedos, cosa que Brass no era en absoluto reacio a aceptar.

—Por que vuelva la época de los caballos —dijo el señor Goldbeater—. Y por la caída de Abdul von Schicklgruber.

—Por el regreso de los dirigibles —repuso Brass.

Bebieron.

Samantha sorprendió a ambos llenándose un vaso de bourbon.

—Por el triunfo del verdadero amor —dijo a su vez, y bebió.

—Las aguas de Kentucky hacen surgir lo más profundo y sincero de nuestro corazón —dijo el señor Goldbeater.

Luego miró a su hija y a Brass.

—¿Cuánto tiempo hace que os acostáis juntos, Samantha?

—¡Papá!

—No el suficiente, todavía —repuso Brass, haciendo ademán de que le llenase el vaso.

—Una mujer realmente bien hecha —dijo el señor Goldbeater—. Y aunque de poco seso, con un gran corazón. Demasiado buena para ese memo de Irving. Y a ti se te ve un tipo de muy buena madera.

Bebió otro trago.

—Irving se ha liado con una gentil que bebe daiquiris —dijo estremeciéndose.

Samantha se sentó y alargó la mano para que le volviera a llenar el vaso. Odiaba el alcohol, pero era el único anestésico que tenía a mano.

—¿Cuándo te has dado cuenta, papá?

—En cuanto habéis entrado. Tenía que ocurrir, a menos que te engordaras tanto comiendo de la fruta prohibida, si no te importa que llame así a los bocadillos de jamón, que ningún hombre quisiera saber nada de ti.

Brass miró el retrato de la madre de Samantha. Inmediatamente se dio cuenta de dónde había sacado esta sus magníficos pechos, y por qué un hombre que adoraba los zepelines le había pedido a aquella mujer que se casara con él.

Al marcharse, a Brass todo le daba vueltas. Estaba rodeado por una nube, y de ella asomaba la enorme nariz de un zepelín negro volando sobre Londres. El sueño periódico del viejo Goldbeater.

Una vez en el apartamento de Brass, Samantha le confesó que ella solía tener también aquel sueño.

—Veo una nube negra y algodonosa suspendida en el cielo, bajo la que se extiende la ciudad. Y de pronto, se oye un zumbido de motores y del interior de la nube aparece deslizándose esa tremenda nariz roma, seguida del larguísimo artefacto. Es grande y poderoso, pero tan furtivo y sombrío que resulta siniestro; y penetra el aire de forma tan irresistible... me horroriza, y sin embargo me atrae.

Él bajó la vista hacia ella.

—*Feuer Ein!* —exclamó.

—¡Fuego uno! —dijo ella al cabo de un instante, jadeando—. No sabía que hablastes alemán.

—He visto muchas películas de submarinos —explicó él, cuando hubo recuperado el aliento—. No sé que dicen los alemanes para ordenar que suelten las bombas. *Lassen fallen die Bomben, Dreckkopf?*

—Tengo que volver a casa —dijo ella en tono vago—. Si no, me quedaré dormida, y si Irving vuelve a casa y no me encuentra, entonces sí que verás caer las bombas. Encima mío.

—Debo haber bebido demasiado bourbon en casa de tu padre —comentó él—. Si no ¿por qué iba a pedirte que te quedaras y dejases que Irving se enterara de lo nuestro? ¿A fin de que se divorcie de ti? ¿Acaso no me quieres?

—Insistes en que el dinero no lo es todo —dijo ella—. Y yo insisto en que el amor tampoco lo es. Con Irving tengo seguridad; y muy desagradable tendría que ponerme para que se divorciase de mí. Cree que el divorcio le desprestigiaría ante las esposas de sus socios, lo que significa que sus socios y amigos hablarían mal de él. Además, encontraría la manera de dejarme sin un céntimo. Y tú...

—Entonces ¿qué hacemos? ¿Seguir así?

—Hasta que nuestra aventura termine, como es natural que ocurra.

—Para la persona de la cual se prescindir, ningún final resulta natural —dijo él.

Aquella frase le poseyó; en su interior nació el germen de un poema. No vio ni oyó a Samantha salir de la habitación.

Cuando el poema sobre lo precedido de las cosas hubo adoptado su forma definitiva, Brass

comenzó a pensar de nuevo en Samantha. Pero tenía poco tiempo para pensar y menos aún para actuar. El propietario del edificio en que vivía, un gentil, lo había vendido. A los dos días, ya estaba allí la excavadora, la grúa con su gigantesca bola de acero. Los inquilinos amenazaron con demandarle, y el propietario, de vacaciones en Hawaii, respondió: «Adelante». Señaló que, seis meses antes, había enviado cartas a los inquilinos explicándoles por qué y cuándo debían marcharse. Si no las habían recibido, la culpa era del servicio de correos, que se estaba deteriorando junto con todo lo demás.

Los golpes de la gran bola atronaron e hicieron temblar a todo el edificio, y a Brass le despertaron los fragmentos de techo que le cayeron encima. Se vistió a toda prisa e hizo las maletas sin doblar nada. Había decidido, nada más abrir los ojos, abandonar la idea de obligar a las autoridades a que le sacaran del edificio. Los edificios eran casi tan perecederos como el amor; nada duraba para siempre. Allí construirían un edificio de seis pisos, con apartamentos de elevado alquiler, donde otros hombres y mujeres se enamorarían y decidirían escaparse o quedarse. Y después, aquel edificio sería igualmente derruido.

Pero no era fácil demoler al amor, que al fin y al cabo, se parecía más a un animal, a una criatura viviente, que a un edificio de materia inorgánica. Llevaría a cabo un intento más y, si fallaba, por lo menos habría proporcionado a Beverly Hills otro elemento de folclore.

Le llevó casi toda la mañana alquilar un caballo en Griffith Park, un coche y un remolque, y transportar al animal al corazón de Beverly Hills, a la esquina de Wilshire Boulevard y Beverly Drive.

Una vez allí, montó en su caballo blanco y —reprimiendo un deseo de gritar: «¡Hi-Yo, Silver!»— galopó hacia el este por Wilshire. Música inaudible de una obertura de Rossini. Clamor muy audible de silbatos de policías, bocinazos de automóviles, chirridos de frenos y maldiciones graznadas que levantaban el vuelo como cuervos a su paso.

Antes de llegar a Doheny, dobló hacia el sur por una de esas calles con nombres de árboles mientras las herraduras de su corcel echaban chispas y los puros caían de las bocas de los vendedores de la Rolls Royce del establecimiento de la esquina. Como de costumbre, no había sitio para aparcar, de modo que cabalgó por la franja de césped que se extendía entre el bordillo y la acera, hizo detenerse al caballo, desmontó de un salto, amarró al jadeante bruto a un arbusto, cruzó corriendo el umbral bajo la atónita mirada del administrador, que acababa de abrir la puerta principal, y corrió escaleras arriba hasta el tercer piso.

Llamó a la puerta del apartamento de los Gold, no obtuvo respuesta, y echó la puerta abajo a patadas y empujones. La criada se había ido; oyó el llanto débil de Samantha. Corrió por el pasillo y dobló el ángulo que formaba este.

Samantha estaba atascada en la portezuela del perro.

Levantó la vista para mirarle y dijo:

—Intenté hacerte señas, pero tenías las persianas echadas. Entonces, le pedí a la criada que fuera a avisarte, pero me contestó que era Irving y no yo quien le pagaba. De todos modos, me entregó una carta urgente de mi padre. Ha despegado esta mañana en su modelo, su mini-zepelín, dice en la carta, rumbo a Sacramento. Dice que va a bombardear la mansión de ese gobernador infame y nos desea

suerte a ti y a mí.

Samantha comenzó a llorar. Brass se puso a tirar de ella pero dejó de hacerlo cuando ella empezó a quejarse.

—Creí que habrías perdido peso desde que dejamos de vernos —dijo.

—Irving decidió permitirme comer todos los bocadillos de jamón y salsa de champiñones que quisiera, para que no pudiera escabullirme. Llegó a la conclusión de que el mejor carcelero es el propio prisionero. La propia, en este caso. Pero entonces oí que iban a derribar tu casa y recibí la carta de mi padre, y me di cuenta de que yo también tenía que hacer algo digno y valeroso. Intenté salir para escaparme contigo. Al fin y al cabo, podría tener todos los bocadillos que quisiera y amor por añadidura. ¿Qué bebes demasiado y que el suelo estaría sin alfombra? ¿Y qué?

Brass comenzó a patear la puerta hasta que le dolieron los pies y entonces se puso a golpearla con las sillas hasta destrozar una docena. Pero Irving, consciente de la fragilidad y mala calidad de la construcción moderna, había hecho instalar la puerta a conciencia.

Desde afuera llegó el aullido decreciente de una sirena.

—Quería llevarte conmigo en mi caballo, aunque sólo fuera por un par de manzanas —dijo Brass—. Luego habríamos cogido el Mustang que he alquilado y nos habríamos ido hacia las montañas.

—Vete tú —dijo ella—. No me esperes. Ahora sé por qué estoy aquí atascada. Aunque luego intenté echarme atrás, ya había elegido, Sabía que si lograba no comer tanto, podría salir fácilmente. Pero no pude, de modo que vete. Ya no puedo volver atrás. Además, para ser sincera, me dan miedo los caballos.

Él se arrodilló y la besó. Su aliento despedía un olor a bocadillo de jamón y a pepinillos ortodoxos que no resultaba del todo desagradable.

—Adiós —dijo él poniéndose en pie.

—Adiós —repuso ella.

Cuando bajaba los escalones de la entrada, un policía, al verle con el sombrero, las botas y el cinturón de hebilla de plata, se le acercó.

—¿Es suyo este caballo, vaquero?

Tendido sobre la acera, el caballo exhalaba su último suspiro echando espumarajos sanguinolentos. A causa del esfuerzo realizado, había recibido una sobrecarga de monóxido de carbono, ácido nítrico, ozono, acetona, formaldehído y plomo vaporizado.

—No, oficial —respondió Brass en tono cortés—. Debería llamar a los bomberos. En el tres cero ocho hay una mujer intentando nacer.

El policía no le entendió bien y llamó a una ambulancia. Sin aclararle lo que había querido decir, Brass se alejó caminando. Dejaba dos muertes tras de sí. ¿Qué le deparaba el mañana?

En Wilshire, se detuvo a observar una manifestación compuesta por varios cientos de jóvenes. Iban bien vestidos, se les veía bien alimentados y bien educados, y evidentemente eran los hijos e hijas de aquellos contra los cuales se manifestaban. En sus pancartas se leía:

¡ADORADORES DE MAMMON, ARREPENTÍOS!

¡BEVERLY HILLS APESTA!

¡RENUNCIAD A VUESTRO AMOR AL DINERO!  
¡RECORDAD SODOMA Y GOMORRA!

Entre los jóvenes se veían también rabinos, pastores y clérigos. No era día de fiesta, por lo tanto corrían el riesgo de que les echaran de allí, aunque esta vez con porras y aerosoles en lugar de tarjetas de crédito. En la distancia ululaban las sirenas de la policía; las fuerzas del orden se apresuraban a responder a las llamadas de los alarmados ciudadanos.

Brass agitó su sombrero y vitoreó a los manifestantes. También pensó en unírseles, pero acababa de salir de una especie de prisión y, por el momento, no se sentía como para soportar otra. Necesitaba respirar un poco de aire comparativamente fresco entre los pinos y componer más odas a la Diosa. Cada uno contribuía a su manera.

Una vez en el coche, puso rumbo a las montañas y encendió la radio. Se había avistado un ovni que se dirigía hacia la capital del estado. Los cazas a reacción de la Guardia Nacional perturbaban la emisión. Sus estelas se inmovilizaban en el cielo mientras el sol hacía centellear al lento y misterioso vehículo.

# El niño podrido de la jungla pasa de todo

*A lo largo de mi carrera he escrito diversos pastiches sobre Tarzán y también una biografía del señor de la selva, conocido en Inglaterra como Lord Greystoke, hombre muy cosmopolita y cultivado. (Sí, Virginia, existe un Tarzán real).*

*Cuando se menciona a Tarzán, el primer nombre que suele venir a la mente —a menos que sea usted de esas personas que sólo le conocen a través de las películas, en cuyo caso no conoce al verdadero Tarzán—, es el de E. R. Burroughs, autor de diversos libros en los que dicha figura aparece considerablemente novelada. Me aficioné a los libros de Burroughs siendo muy joven aún y todavía no he logrado superar completamente esta adicción.*

*Pero en época reciente, he tenido oportunidad de leer y admirar (aunque nunca me aficionaré a ellas) las obras de otro Burroughs, de nombre William. Sus historias, si se les puede llamar así, están escritas en un estilo inculto y plagado de absurdos, y se enlazan entre sí mediante técnicas muy poco convencionales. Entre todas ellas, recomiendo especialmente Nova Express.*

*Casi todos sus trabajos contienen grandes dosis de homosexualidad, toxicomanía, violencia, aversión y desprecio por las mujeres, paranoia, sadismo y masoquismo, además de hacer hincapié en los aspectos más repugnantes de este mundo (y también de otros).*

*Esta combinación suena bastante poco atractiva, pero su inquieta imaginación y las delirantes metáforas que utiliza hacen que la lectura de sus singulares escritos sea mentalmente estimulante.*

*Por desgracia, lo subjetivo de muchas de las referencias logra confundir incluso al lector más letrado. Dichas referencias pueden comprenderse mediante la lectura de Junkie (heroinómano), la biografía del autor. En realidad, el lector no debería recurrir a esta para comprender la novela de William. No obstante, y aunque no logre captar tales referencias, puede encontrar que la escritura de Burroughs es digna de ser leída y que resulta mentalmente estimulante.*

*Así pues, un día en que me hallaba relejendo Nova Express, pensé: ¿Qué hubiera ocurrido si en lugar de Edgar Rice Burroughs, hubiera sido William Burroughs quien hubiese escrito los libros de Tarzán?*

*Estaba seguro de que no habría posibilidad de vender semejante pastiche doble en caso de que yo lo escribiera. Por otra parte, la supuesta obscenidad y pornografía que inevitablemente contendría, no constituiría obstáculo alguno para su publicación. Estábamos en 1968; tanto Henry Miller como William Burroughs habían publicado, y mi propio Jinetes del Salario Púrpura había aparecido el año anterior en las Visiones Peligrosas de Harlan Edison. Sin embargo, estaba seguro de que ninguna revista de ciencia ficción aceptaría publicar el relato. Por alguna razón que desconozco, no se me ocurrió enviarla a Playboy pero, de todos modos, dudo de que se hubieran quedado con ella. A los editores podría haberles gustado, pero no la habrían considerado adecuada para la mayoría de sus lectores.*

*A pesar de la dificultad de venderlo, lo escribí porque me divertía hacerlo, y porque quería saber si era capaz de imitar el estilo de William Burroughs. El primer intento duró tres horas. Al cabo de dos días, volví a él y elaboré el segundo y último borrador en una hora.*

*Bueno, pues se vendió casi de inmediato, pero a una publicación muy peculiar. Me refiero a que era la última clase de revista a donde creí que iría a parar.*

*Roger Lovin, director de una editorial dedicada a publicar revistas pornográficas, la American Art Agency, era al mismo tiempo un entusiasta de la ciencia ficción. Había oído hablar de mi relato y me pidió verlo, lo leyó, y dispuso que se imprimiera en Broadside. Según me dijo Norman Spinrad, se trataba de una revista de lo más obscuro y, riendo, añadió que era la mejor de las que la American Art Agency publicaba, la que tenía más clase.*

*A Lovin no le importaba. Él quería publicar el relato y este acabó por aparecer en Broadside, entre pechos colosales y mujeres con medias y ligeros, guapas pero demasiado mamíferas. Los otros dos escritos presentados era Francesas en venta y Mi idilio con 60 starlets, ninguno de cariz novelesco. Suponiendo que se molestaran en leerla, imagino que la mayoría de los lectores debieron quedar bastante confundidos por mi historia, exceptuando en todo caso un 0'01 por ciento.*

*En estos momentos estoy hojeando la revista. Tanto las fotos como la prosa de los artículos resultan bastante inofensivos, casi inocentes. Mucho han cambiado los criterios en once años.*

*Dos años después, Charles Platt reimprimió el relato en New Worlds Science Fiction, una revista inglesa dedicada a la literatura experimental de «nueva ola». Un salto considerable.*

*En 1971, Norman Spinrad recopiló una antología titulada Los Nuevos Mañanas, una obra que contenía algunos de los mejores ejemplos de la «nueva» ciencia ficción. En ella incluyó mi historia, y escribió un prefacio en el que reconocía mis esfuerzos pioneros, en el campo de la ciencia ficción.*

*Hace unos pocos años intenté escribir un pastiche en el que Edgar Rice escribía Nova Express, pero no funcionó y tuve que desecharlo. Aunque todavía no sé cuál, soy consciente de que este fracaso encierra una lección. Tal vez sea que uno no debe exprimir algo hasta tal punto. Pero hay que intentarlo porque ni no, no hay forma de hacerse sitio.*

*Si William Burroughs, en vez de Edgar Rice Burroughs, hubiera escrito las novelas de Tarzán...*

## Al futuro

*Grabaciones cortadas y remontadas al azar por Ramaenrama Bruce, el viejo chimpancé narco, el tonto del culo compinche del Niño, lívido y frío en la caja orgánica.*

*Del discurso en el Parlamento de Lord Greystoke, alias el Niño Podrido de la Jungla, a salón lleno, con gente de pie incluso, y el Niño metiéndoselos realmente a todos en el bolsillo.*

—¡Pelmazos capitalistas! ¡No me enviéis más ayuda a los subs! Estáis corrompiendo a mis simples chicos negros, se pasan todo el día conduciendo por las viejas plantaciones a lo largo del río Zambeze en Cadillacs con aire acondicionado, dándole al caballo, meneando a los ubangi contra mí... Bwana aún no ha caído de morros al suelo pero tan seguro como la mierda que va a hacerlo pronto. ¡Dadles M-16, tanques, morteros, lanzallamas para abrirse paso por los senderos de la jungla, tal como el tipo Ojos-oblicuos Mao nos prometió!

¡Caballeros, Señoras, Tercer Sexo! ¡Os hablé de la apomorfina, pero no escuchasteis! Os dije que habíais invertido demasiado en la Mafia y en la General Motors, os dije que debíais patear también vuestro hábito del dinero. Buscad el verdor, liberad vuestras espaldas... no tenéis nada que perder excepto vuestras cadenas, es decir vuestros valores inmobiliarios, bonos, castillos, Rolls Royces, putas, papel higiénico perfumado, vuestra conexión con El Hombre... es un largo camino hasta la jungla pero vale la pena, construid vuestros músculos y vuestro carácter corte/

¡...me habéis llamado aquí teniéndome que pagar todos los gastos para degradarme humillarme arrancarme mi taparrabo y mi antiguo y honorable título! Me odiáis porque estáis colgados de la civilización y yo nunca me he dejado atrapar por ella. Estáis sentados sobre un barril con autopistas llenas de *smog* y televisión y playas llenas de petróleo e inflación e impuestos y alimentos congelados y despertadores y productos cancerígenos y corbatas y toda esa mierda. Llamadme noble salvaje... yo os diré como es eso con mi personal *purusharta* tarzánica... implica abrazar el *dharma* y el *artha* y aferrarse al *moksha* a través del *kama*...

El viejo Lord Bromley-Rimmer que llevaba una peluca de pelo púbico sobre su calva cabeza y un pajarillo y unas bolillas arrugadas como pasas de Corinto rematando una peluda serie de pliegues de aspecto más bien desagradable, agarró la entrepierna de Lord Materfutter y dijo:

—Querido, ¿qué tipo de tonterías está farfullando, Swahili, eh?

El joven Lord Materfutter dijo:

—Chaval, algún tipo de tonta jerga africana, vete a saber, ¿quién sabe?

... y ellos, esos jodidos árabes, se largaron de nuevo con mi Jane... un complot de los banqueros venusianos comunistas intersolares... así que vuelvo de nuevo a mi jungla, a patearme de nuevo mis senderos arbóreos, a través de las chorreantes frondas, a encontrarme con Numa el león, patear las civilizaciones desaparecidas, contarle mis problemas a Sam Tantor alias el Niño Colalarga. El viejo Sam, siempre escribiendo enmiendas a los protocolos de los Antiguos de Marte, hundiendo su trompa en la sangre de inocentes espectadores, escribiendo enmiendas en la arena con sangre y sin nadie que

pueda leer lo que ha escrito allí con...

Yo, el único jodido hombre libre en el mundo... viviendo en un estado de anarquía, arriba en los árboles... con todos los críos y críos adultos (o así se llaman) soñando en el Viaje del Gran Árbol, en las colgantes lianas, en la libertad, en vivir con el cuchillo a la cintura y el jamás escrito código de la jungla...

El viejo morfodita Lord Bromley-Rimmer dijo:

—Querido, esa Anarquía, ¿se refiere a las nuevas naciones africanas o qué?

El Niño Podrido de la Jungla aullando en la Cámara de los Lores como si le estuviera aullando al viejo Sam Tantor para que acudiera corriendo a ayudarlo a salir del lío, tirando realmente de sus flácidos colgajos de sangre azul.

... he conseguido el *satyagraha* en el viejo sentido original sánscrito de apuntar directamente al culo, gordos maricas. Abandono. Chao. Vuelvo al Continente Negro... los jeques del desierto se largaron de nuevo con Jane... va a correr otra vez la sangre...

Fundido. El fantasmagórico rostro de una erección de Lord Materfutter, el resuello paregórico de una respiración:

—¿Qué chorradas está diciendo ese macaco con los suspensorios en piel de leopardo acerca del precio de la gloria? /corte/

Estos son extractos del diario de John Clayton que escribía en maldito francés sólo Dios sabe por qué... *Sacre bleu! Horn d'un con!* Alice muerta, ¿quién va a soplar me el pito ahora? El chico gritando hasta reventar, por supuesto no se parece en nada al vástago de bien modelados rasgos y pelo negro y ojos grises de una noble familia británica que vino aquí con Willie el Bastardo y esos imbéciles cabezascuadradas de estirpe anglosajona. No más leche para él no más culo para mí, llevadme de vuelta al viejo Norfolk //doble corte//

Esa Cosa Goriloide trasteando en el cerrojo de la puerta de la vieja cabina de troncos que John Clayton construyó con sus propias manos. Ojos lanzando puñales a través de la ventana. Rojos como dos diamantes en el culo de un sodomita. John Clayton, saliendo afuera con una gran hacha, dispuesto a rebanar algo de buena madera antroipoide.

Enormes garras peludas fuertes como baluartes firmes como las de un *junkie* lanzando a Clayton de un lado para otro. Un aliento hediondo. Como si estuviera quemando pieles de plátanos. *¡Flash! ¡Flash!* El Gorila Exprés bombeando túnel arriba por mi recto. Las almorranas estallando como tomates podridos, suaves gemidos, casi suspiros. La muerte acudiendo. Y acudiendo. Y acudiendo. Deslumbrantes orgasmos sangrientos. No es una mala forma de terminar... pero no puedes tocar mi inviolada alma blanca... ¿demasiado tarde para hacer un trato con la Cosa Goriloide? Llévate a mi pequeño, Jaguar, castillo fosado, viejo y fiel servidor de la familia, llévatelo contigo... *ma tante de pisse...* ¿quién cuidará del bebé, transmisor del nombre familiar? *Vive la bougerie!* /corte/

Veinte años más tarde, dos años más, dos años menos, el Niño Podrido de la Jungla sigue el rastro del asesino de la Gran Mamá Mono que lo arrancó de su cuna y lo crió como si fuera suyo con disciplina y seguridad y cálidos recuerdos de peludas tetas y caliente leche no pasteurizada... el Niño balanceándose colgado de lianas de árbol en árbol, más rápido que la mierda de babuino pasando a través de un embudo de estaño. Hordas de hormigas lo *blitzkriegizan* como guerrilleros de

la jungla profunda, rojas cosas insectoides que son los pensamientos exteriorizados de la monstruosa Madre-Hormiga de la Nebulosa del Cangrejo en guerra secreta para apoderarse de su pequeño planeta, esa Peoria de la Tierra.

El mono que lleva sobre su hombro, Nkima, se come las rojas cosas insectoides, engulle trillones de ellas con un solo movimiento de su tracto digestivo, y la Madre-Hormiga cierra por este día su tienda galáctica...

El Niño echa su lazo corredizo en torno al asesino culonegro de su madre y lo iza por el cuello al árbol frente a Dios y a los ciudadanos locales que se llaman *gomangani* en dialecto simio.

—Has ido demasiado lejos esta vez, dice el Niño mientras le arranca el agujero del culo al asesino de su madre con el viejo cuchillo de caza de su padre y lo sodomiza al mismo tiempo a la antigua manera turca mientras el asesino de su madre se agita y se agita en la agonía de la muerte.

Como metal fundido el hijoputa congoleño eyacula girándolamente sobre los *gomangani* locales, que exclaman:

—¡Hey, mirad eso!

El viejo *junkie* del doctor brujo escupe sus pulmones a golpes de tos en la sucia y enfermiza mañana gris africana, arrastrando los pies a través del plateado polvo del viejo *kraal*.

—¿Decís que mi hijo ha muerto, despanzurrado por el Niño?

Los tambores de la jungla baten como las viejas sienes de un borracho a la mañana siguiente.

¡A la caza del blanco!

El Niño, conocido a veces como Genocida John, liquida realmente a aquella estúpida mierda de *gomangani*. Naturalmente es una lástima desperdiciar tanta carne negra, dice el Niño, pero así es el código de la jungla. Nobleza obliga.

Los locales dicen:

—Ya estamos hasta los cojones de toda esta mierda, y se largan. El Niño se queda pues sin diversión, y el culo de su chimpancé es demasiado peludo, sin mencionar la costumbre de los chimpancés de cagarse cuando les viene el orgasmo. Entonces llega Jane, alias la Rubia de Baltimore, huyendo de un tipo estilo Rudolph Rassendale que parece estar diciendo constantemente:

—Cásame con Jane o le pongo un tapón al culo de tu padre.

El Niño rescata a Jane y llevan a cabo la gran escena doméstica, van a Europa al Continente Civilizado pero el Niño descubre en seguida que el código de la jungla entra constantemente en conflicto con las ordenanzas locales. Los poli dicen no puedes ir por ahí haciéndoles una doble llave nelson a los criminales y rompiéndoles el cuello aunque ellos te hayan asaltado también tienen sus derechos civiles. La foto del Niño cuelga en las oficinas de correos y en las comisarías de policía y en las paredes por todas partes, es conocido como el Arquetipo Archie y por la policía de París como *La Magnifique Merde* 50.000 francos vivo o muerto. Con las cosas poniéndose calientes a su alrededor, el Niño y la Rubia de Baltimore se vuelven a la casa en el árbol.

Entonces aparece La, conocida a veces como Sacrificio Sal y más comúnmente como Margarita la Destripadora. Es la reina de Opar, gobernante de unos peludos hombrecillos que habitan la oculta colonia de la antigua Atlántida, al Niño siempre le han hecho tilín las ciudades perdidas. Así que el Niño rompe con Jane para ir a hacerle la rosca a La.

—Entonces vinieron esos jodidos árabes de nuevo y se llevaron a Jane, se la follaron en masa... no ha valido una mierda desde entonces... me costó todas las joyas y todos los lingotes de oro que había mangado de Opar librarla de su gono, sífilis, pian, ladillas, piorrea, disentería doble, recto reventado, uretra hendida, nariz desgarrada, orejas agujereadas, riñones magullados, ninfomanía, dependencia al hachís, y otras cosas demasiado desagradables como para mencionarlas...

Y entonces ahí llegaron los señores de la Guerra que Terminará con Todas las Guerras, estilo 1914, y los jodidos hunos se llevaron a Jane... sus ojos de mantis religiosa brillaban con lascivia insectoide. Como una negra y antiorgónica *Weltanschauung* horbigeriana, reciben órdenes de venusianos verdes que se mantienen telepáticamente en contacto con von Hindenburg.

—*Ja Wohl!* —ladra el teniente Herrlipp von Dreckfinger a su coronel, Bombastus von Arschangst —. *Yutisarremos a esa de Baltimore parra attraphar al gottverdammerungt Niño Podrrido de la Yungla, ese pseudoarrio Oberaffenmensch, ¡y lo matarremos hasta que toda África sea nuestra! ¡Bebhemos a la salud del Kaiserr y de la Familia Krrupp!*

El Niño, que estaba fornicando de nuevo con La, la deja caer como un viejo *junkie* dejaría caer sus pantalones a cambio de una buena picada de caballo, y sigue el rastro a los hunos, en el código de la jungla.

Frías burbujas orgánicas azules caen derivando del cielo vespertino, el sol en su ocaso es un ensangrentado támpax extendiendo hediondos tentáculos escarlata sobre la enorme bola de mierda que es la Tierra. La noche avanza como polis en su coche celular, Misteriosos sonidos de selva tropical... el rugir de Numa, los gruñidos como si estuvieran resfriados de los jabalíes salvajes, los gritos de *Rachel* de los papagayos de plumas verdes y ojos amarillos como un viejo tipo narco estilo Panamá 1910.

La sangre huna mana, los cuellos arios crujen como varillas de canela, el Niño apoya su pie en el culo de un teutón muerto y lanza el grito de victoria del mono macho, que hace cagarse de miedo incluso a Numa el Rey de las Bestias.

El Niño y su compañera viven de nuevo en la vieja casa del árbol... los chimpancés *selacahc sol ed oroc led omtir la naejacrac es*<sup>[2]</sup>, Numa ruge, Sheeta la pantera tose como un viejo *junkie*. Jane alias la Puta de Baltimore regaña, chilla, se lamenta de los mosquitos las moscas tsé-tsé las hormigas las hienas y todos esos arrogantes gomangani que se han instalado en el vecindario, están convirtiendo una jungla decente en una pura mierda en tres días, yo no tengo prejuicios raciales ya lo sabes algunos de mis mejores amigos son *waziris*, pero ya no me llevas nunca a cenar fuera, total Nairobi está solamente a mil quinientos kilómetros de distancia, allí al menos hay realmente algo que hacer por el amor de Dios y corte/

... los árboles derribados por las sierras mecánicas, los animales masacrados, los ríos polucionados bajando mierdas de todas clases con excrementos del grosor y el tamaño de serpientes, botellas de ginebra rotas, condones y todo tipo de otras cosas desechadas, detergentes, filtros de cigarrillos... y los grandes monos embarcados a los zoos de los Estados Unidos, enviando telegramas: Clima California del Sur y programa bienestar simplemente fabulosos stop no problemas para ligar stop Cerca de Tijuana stop Vaya precio libertad individualidad filosofía existencial y toda esa mierda stop.

... Opar es una trampa para turistas. La controla todo el arte nativo made-in-Japan y firma todas las concesiones y no puedes darte una vuelta por ningún lado sin tropezarte con el culo de un negro.

El avance africano ha hundido realmente a Tarzán... la voz de Jane y los ruidos de la jungla van amortiguándose como un cometa abandonando la Tierra para siempre en dirección a los fríos abismos interestelares...

El Niño nunca mueve ya un músculo mientras contempla el dedo gordo de su pie, sin pensar en nada —¿no harían ustedes lo mismo?—, ni siquiera en el cono de La adornado con diamantes, ya no quiere joder con ninguna mujer, ya no quiere joder en absoluto, se carga de caballo, pasa de todo, la parte inferior de su espina dorsal está a diez grados por debajo del cero absoluto como si se hallara en contacto directo con el Hombre del Oxígeno Líquido en Cabo Kennedy...

El Niño viaja con tan sólo billete de ida en el Expreso Hegeliano tesis antítesis síntesis, chupando las frías burbujas orgánicas azules y expeliendo el Eterno Absoluto...

# La voz del sonar en mi apéndice vermiforme

*Este es uno de mis «paramitos politrópicos», un neologismo no demasiado serio de invención propia que en lenguaje corriente significaría «cuentos paralelos de múltiple significado». Esta altisonante denominación representa a aquellas historias cortas que se hallan más cerca de las películas de los Hermanos Marx y de los Three Stooges que de cualquier otra cosa. Es la clase de novela o ficción que me gusta leer y, a veces, escribir; plagada de absurdos pero también de significado.*

*La siguiente historia ilustra una de mis más antiguas creencias y pasiones, la de que uno puede encontrar La Verdad únicamente en uno mismo y sin embargo, paradójicamente, también puede encontrarla fuera de uno mismo. Hay códigos a nuestro alrededor y en nuestro interior, códigos que, si se lograsen descifrar, lo Revelarían todo. Tal vez haga falta un chiflado para descifrarlo. Es lo que corresponde.*

La blancura parpadeaba en el interior de Barnes. La blancura era como un semáforo intermitente al que le hubiera caído la lente de plástico rojo.

De nuevo su resonancia. Había demasiada blancura a su alrededor. Las paredes y el techo del laboratorio eran de un color blanco vientre de pescado. El suelo era de un seudomármol pecho de pingüino. Los dos médicos vestían de blanco.

Pero la señorita Mbama, la ayudante, aunque también vestía de blanco, era negra. Por eso Barnes no dejaba de dar vueltas en su silla giratoria, para mantenerse de cara a ella. Porque entonces, las explosiones de blancura en el interior de su cerebro se reducían en brillantez y frecuencia.

La señorita Mbama (de soltera Kurtz) era una joven alta y muy bien hecha, con una sobresaliente mata de cabello *au naturel* y facciones negroafricanas modificadas por las de ciertos antepasados bávaros. Era guapa y debía estar acostumbrada a las miradas. Pero las dé él la turbaban. De su expresión se deducía que estaba pensando preguntarle por qué giraba de aquella manera, como si ella fuera el viento y él una veleta. Pero él había decidido no responder. Estaba cansado de explicar lo que no podía explicar.

Le aplicaron electrodos en el cráneo, sobre el corazón y sobre el apéndice (sólo llevaba puesto el pantalón del pijama). Los electrodos estaban unidos por cables a los instrumentos situados en el otro extremo de la habitación, Los tubos de rayos catódicos emitían rasgos ondulantes, puntos, ondas sinusoidales, ondas cuadradas y complejas curvas de Lissajous.

Uno de los instrumentos emitía un incesante ¡ping! ¡ping!, muy semejante a los sonidos que el supersubmarino de aquella vieja serie de televisión, *Viaje al Fondo del Mar*, emitía mientras navegaba a ochenta kilómetros de profundidad en busca de uno de aquellos colosales rábanos rugientes.

En su interior también había una especie de submarino —¡sombras de *Viaje Fantástico* y la lágrima redentora!—, un navío diminuto que llevaba un transmisor de sonar.

De otro de los instrumentos surgió la voz de una mujer, hablando en una lengua que hubiera azorado a los más grandes lingüistas del mundo.

El doctor Neinstein se inclinó sobre Barnes. Su chaqueta blanca impedía que Barnes pudiera ver a Mbama y la blancura resonó de forma cegadora en el interior de este. No obstante, entre destellos, podía ver con bastante claridad.

—Odio tener que extirparlo —dijo el doctor Neinstein—. Aborrezco la mera idea. Ya ve lo disgustado que estoy, y eso que siempre me siento de lo más feliz cuando tengo que extirpar. Pero estamos perdiendo una oportunidad única, una ocasión inestimable para estudiarlo. Sin embargo, el bienestar del paciente es lo primero, o al menos, eso es lo que nos enseñan en la facultad.

Un periodista, vestido también de blanco (quería ser el Mark Twain del siglo veintiuno), se acercó a Barnes y, con un brusco ademán, introdujo un micrófono entre médico y paciente.

—Un último comentario, señor Barnes. ¿Qué se siente al saber que va a perder el apéndice, siendo el único hombre en el mundo que lo tiene?

—No es ese mi único derecho a la fama, Scoop —gruñó Barnes—. Lárguese.

—Gracias, señor Barnes. Para aquellos que acaben de conectar su aparato diremos que este es el laboratorio del doctor Neinstein, situado en el Anexo Medicofísico John Hopkins y donado por el

filantrópico y solitario Heward Howes, tras ser operado por el doctor Neinstein. Todavía se desconoce la naturaleza de la operación, pero es bien sabido que ahora Heward Howes sólo come periódicos, que tiene una cámara acorazada por cuarto de baño, y que el gobierno está muy preocupado por la actual avalancha de billetes falsos de cien dólares, cuya fuente parece ser Las Vegas. Pero ya está bien de cháchara, amigos.

»Hoy, el tema que nos ocupa es el caso del señor Barnes, el paciente más famoso del siglo veintiuno... por el momento. En provecho de aquellos que, debido a una inconcebible mala suerte, no tengan aún conocimiento del mismo, hay que decir que el señor Barnes es la única persona en el mundo que aún conserva los genes responsables de la elaboración y desarrollo del apéndice. Como saben, el actual control genético ha eliminado tan inútil y enfermizo órgano de toda la población humana desde hace cincuenta años. Pero, debido a un descuido puramente mecánico...

—... y a un ayudante de laboratorio borracho —apuntó Barnes.

—... el señor Barnes nació con los genes...

—¡Atrás, condenado periodista! —gruñó el doctor Neinstein.

—¡Oiga, matasanos! ¡Está usted obstaculizando la libertad de la prensa!

El doctor Neinstein hizo un ademán con la cabeza a su distinguido colega, el doctor Grosstete, y este tiró de una palanca que salía del suelo y estaba disimulada por un biombo situado en la otra esquina de la habitación. El grito de Scoop se elevó desde la trampilla como el mercurio de un termómetro en la boca de un enfermo de malaria.

—Hmmm. Sol en *altissimo* —comentó el doctor Grosstete—. Scoop se equivocó de profesión; imagino que en estos momentos ya se habrá dado cuenta.

Se oyó un lejano chapoteo y a continuación los bramidos de los hambrientos cocodrilos.

—Una pérdida para la ópera. Pero la ecología es la ecología... —concluyó Grosstete, agitando la cabeza.

—Nada debe entorpecer la marcha de la ciencia —dijo el doctor Neinstein.

Por una vez, las lúgubres arrugas de su rostro fueron alzadas hasta esbozar una sonrisa. Pero era un esfuerzo excesivo y las grietas volvieron a su posición habitual. Se inclinó sobre Barnes y le aplicó el estetoscopio sobre la piel desnuda del cuadrante inferior derecho del abdomen.

—Ya debe tener una teoría para explicar por qué llega una voz de mujer desde el sonar —dijo Barnes.

Neinstein señaló con el pulgar de la mano que tenía libre la pantalla que mostraba una secuencia de algo que parecían jeroglíficos.

—Observe la representación visual de esa voz. Yo diría que en el interior de ese mecanismo hay una minúscula mujer del antiguo Egipto. Pero no lo sabremos hasta que extirpemos. Se niega a obedecernos cuando le ordenamos volver. Sin duda, hay algún circuito que no ha funcionado bien.

—¿Se niega? —preguntó Barnes.

—Perdone la patética falacia.

Barnes alzó las cejas. He aquí un médico que lee algo más que literatura médica. O tal vez, aquella frase no era más que un eco de un curso de humanidades que el buen doctor se había visto obligado a soportar.

—De todos modos, dado que la lingüística no es mi profesión, no debería usted prestar atención a mi teoría.

He aquí un médico que admite no ser omnisciente.

—¿Y qué me dice de esos destellos blancos? Eso queda dentro de su competencia. Yo diría que reflejan mis resonancias idiosincráticas, por así decirlo.

—Tranquilo, señor Barnes. Usted es el profano. Nada de teorías, por favor.

—¡Pero todos esos fenómenos están en mi interior! ¡Yo los origino! ¿Quién mejor que yo para teorizar sobre ellos?

Neinstein canturreó una discordante e irreconocible tonada, haciendo que Grosstete, el fanático de la ópera, se estremeciera. Dio unos golpecitos con el pie, esbozó un paso de claqué sin soltar el estetoscopio, consultó su reloj, y atendió a los sonidos que llegaban desde el diminuto submarino.

—Aunque nadie haya visto aún esos destellos que tengo en la cabeza —dijo Barnes—, todos ustedes oyen esa voz y la ven en el tubo de rayos catódicos. Por lo tanto, a menos que crea usted que se trata de una ilusión colectiva, tendrá que abandonar su primera teoría, esa según la cual yo estaba loco ¿O el término correcto sería alucinación?

—¡Escuchen! —exclamó el doctor Grosstete—. ¡Hubiera jurado que estaba recitando un fragmento de *Aida*, *Amor eterno que nunca se marchita*! ¡Pero no! No está hablando italiano. No entiendo una sola palabra.

Mbama pasó por la izquierda de Barnes y él la siguió con la mirada hasta donde pudo. Los latidos de blancura decayeron a regañadientes como el ruido de las palomitas de maíz cuando comienzan a enfriarse.

—Excepto por el color de su piel, naturalmente —observó Barnes—, la señorita Mbama se parece considerablemente a la reina Nefertiti.

—Aida era etíope, no egipcia —señaló el doctor Grosstete—. Haga el favor de recordarlo si no quiere pasar un mal rato cuando asista a una velada musical. A propósito, tanto los egipcios como los etíopes son caucásicos. O lo son en gran medida, al menos.

—Consígase un programa —dijo Barnes—. No se puede determinar una raza sin un programa.

—Sólo estaba tratando de ayudar —dijo Grosstete, alejándose con aspecto de Doctor Cíclope aquejado de dolor de barriga.

Dos hombres entraron en el laboratorio. Ambos vestían de blanco. Uno era rojo; el otro, amarillo. Los doctores Gran Oso y Shew.

—¡Hugh! —saludó el lingüista rojo.

Se acercó a Barnes y le aplicó sobre el abdomen una pequeña grabadora, mientras el lingüista amarillo le pedía mil perdones a Neinstein, pero ¿tendría la bondad de hacerse a un lado?

El rostro grande y moreno de Gran Oso se inclinó sobre Barnes y este lo vio durante unos instantes como si fuese una imagen que le hubiera quedado grabada en la retina. Transcurridos esos instantes, Barnes se hallaba al borde de una gran llanura cubierta de hierba alta y de color amarillento. En la distancia se veían unos hombres semidesnudos que llevaban plumas y montaban caballos pintos, y más cerca, un rebaño de corpulentos bisontes de ojos y piel oscura. La voz que resonaba en sus oídos se había convertido en la de un hombre, que salmodiaba en un lenguaje

constituido por una mezcla de fricativas y tristeza.

La escena se desvaneció y de nuevo le llegó la voz de la mujer.

Gran Oso se había alejado para hablar con el doctor Neinstein, que parecía estar muy indignado. Chew estaba de pie ante Barnes, que ahora veía un paisaje como el que podría contemplarse desde la ventanilla de un avión despegando. Pagodas, campos de arroz, cometas que volaban sobre verdes colinas, y un poeta borracho que caminaba siguiendo la orilla de un arroyo.

¿A qué se debía que rojo y amarillo le hicieran ver escenas, pero no así blanco y negro? Negro era la ausencia de color y blanco era la mezcla de todos los colores. Esto significaba que, en realidad, eran los blancos (de la variedad más clara) y no los negros los que debían ser considerados como gente de color. Sólo que los blancos no eran blancos; eran rosas o marrones. Y los negros no eran negros, eran marrones.

No es que aquello tuviera algo que ver con los latidos de blanco que producía su resonancia, aquel diapasón interno que ahora se comportaba de forma aberrante. Y ahora que pensaba en ello, entre los latidos de blanco deberían producirse también latidos de negro, al mirar a la señorita Mbama. Pero estos no los veía. El negro era una señal, como si en un circuito electrónico el latido significara sí o uno y el no latido, no o cero. O viceversa, según el código que se utilice.

Barnes le explicó a Chew lo que había estado pensando y este le dijo que levantara los pies y los pusiera sobre el asiento. Entonces, comenzó a darle vueltas a la silla hasta que Barnes quedó envuelto por los cables y luego la hizo girar al revés, hasta que los cables volvieron a quedar sueltos. Los latidos de colores diferentes y los destellos de las diversas escenas abrumaron a Barnes. Le parecía haber volado desde el laboratorio hasta un extraño mundo caleidoscópico.

Y mientras la silla giraba, la voz sonaba como una cháchara aguda y atropellada.

—Tal vez haya algo de cierto en su teoría de las resonadas —dijo Chew, después de que Barnes le explicara sus sensaciones—. Es casi mística, pero eso no significa que no pueda describir ciertos fenómenos, o que no pueda utilizarse para describirlos. Si un hombre encontrara la forma de determinar, bajo todas las inhibiciones y heridas, qué es lo que realmente le hace vibrar, a qué longitudes de onda está sintonizado, no debería tener problema alguno para ser feliz. De todos modos, usted no percibió esta superresonancia hasta que se puso enfermo. Entonces ¿de qué le sirve, a usted o a cualquiera?

—Soy como una antena de televisión. Si me orientan en una dirección concreta, capto una frecuencia concreta. Puede que sólo obtenga una imagen borrosa o una señal auditiva confusa, pero si se me cambia de orientación, entonces recibo una señal fuerte y definida. Fuerte para mí; débil para usted.

Barnes hizo girar la silla para quedar de cara a Mbama.

—¿Qué le parece si salimos juntos esta noche, Mbama? —preguntó.

Aquel nombre era como el murmullo de olmos inmemoriales, como el zumbido adormecedor de las abejas o como algo de Tennyson. Al mismo tiempo, la voz de la mujer se hizo aún más melosa debido a la miel y a la idea de la seda deslizándose sobre la seda, y los jeroglíficos del tubo de rayos catódicos se curvaron y comenzaron a dispararse flechas unos a otros.

—Gracias por la invitación —respondió ella—. Es usted muy amable, pero no creo que a mi

novio le gustara. Además, no va a poder ir a ningún sitio durante una semana o más. Tendrá que quedarse en cama, ¿recuerda?

—Si alguna vez usted y su amigo dejan de...

—No creo en la pareja abierta.

—Vuelva a poner los pies sobre el asiento —dijo el doctor Neinstein—. Cierre los ojos. Si cualquier lingüista puede hacerle dar vueltas, entonces yo también puedo. Pero llevaré el experimento más lejos de lo que él lo hizo.

Barnes encogió las piernas y cerró los ojos. Al cabo de un minuto los abrió porque sintió que la silla rodaba. Sin embargo, no había nadie lo bastante cerca como para haberla hecho rodar.

La señorita Mbama, obedeciendo las indicaciones de Neinstein, caminaba en círculo a su alrededor, y él y la silla giraban conforme ella se movía.

Neinstein emitió una exclamación sofocada.

—Telequinesia —dijo Chew.

—Camine en sentido contrario —dijo Barnes a Mbama.

Cerró los ojos y la silla volvió a girar.

—Ni siquiera tengo que verla —señaló Barnes, abriendo de nuevo los ojos.

Mbama se detuvo. La silla giró un poco más de la cuenta y luego volvió atrás, hasta que la nariz de Barnes apuntó a la línea que dividía en dos a la ayudante.

—Tengo que ir a comer —anunció Mbama.

Al tiempo que cruzaba el umbral, Barnes se levantó, se desprendió de los electrodos y la siguió, cogiendo al salir la camisa del pijama.

—¿A dónde cree que va? —gritó Neinstein—. Su operación está prevista para después de comer... de que comamos nosotros, no usted. No se le ocurra comer nada. ¿Quiere otra lavativa? ¿Qué le parece colónica esta vez? Su apéndice puede estallar en cualquier momento. No crea que porque no le duele... ¡Pero ¿a dónde va?!

Barnes no respondió. Ahora, el *ping* y la voz de la mujer no le llegaban de las máquinas, que habían sido desconectadas, sino de su interior. Y luchaban en sus oídos. Pero los latidos blancos habían desaparecido.

Al cabo de una hora, la señorita Mbama regresó. Parecía asustada. Barnes entró tras ella tambaleándose y se dejó caer en la silla. El doctor Neinstein le ordenó que fuera inmediatamente a la sala de urgencias.

—No hace falta; présteme aquí mismo los primeros auxilios —dijo Barnes—. Me duele casi todo el cuerpo, pero sobre todo el apéndice. Y eso que ni siquiera me tocó ahí.

—¿Quién? —preguntó Neinstein, mientras aplicaba alcohol sobre el corte que Barnes tenía en la sien.

—El novio de la señorita Mbama, que es un tipo de tamaño considerable. ¡Ay! No sirvió de nada explicarle que no podía evitar seguirla, que mis pies, literalmente, me llevaban; que soy un radar humano que envía pulsaciones y capta extrañas imágenes. Y cuando empecé a hablar de resonancias psicofísicas, me golpeó en la boca. Creo que me ha dejado algunos dientes un tanto flojos.

Neinstein le tocó el abdomen y Barnes hizo una mueca de dolor.

—Ah, por cierto, he conseguido muchas referencias para ustedes, lingüistas —anunció—. Ahora sé de qué está hablando esa voz, si realmente es una voz. Los zarandeos del novio de la señorita Mbama, además de soltarme los dientes, han hecho que se estableciera en mi interior una nueva conexión nerviosa.

—Como los televisores —dijo Grosstete—. A veces, con una patada se arreglan.

Chew y Gran Oso volvieron a aplicar los electrodos sobre el cuerpo de Barnes y ajustaron los diales de los diversos instrumentos. Cumbres, valles, zanjas, flechas y cohetes cruzaron rápidamente los tubos y volvieron a disponerse según los contornos de unos jeroglíficos de aspecto egipcio.

Barnes describió las palabras que coincidían con las imágenes.

—Es como un arqueólogo equipado con escafandra que nada a través de las salas de un palacio, o de una tumba de la Atlántida. El rayo de luz que hace incidir sobre los murales revela los jeroglíficos uno por uno; surgen de la obscuridad y vuelven después a ella. Son figuras; pájaros, abejas u hombres-animales, abstractos o estilizados, y mezclados con extraños signos de aspecto puramente alfabético.

Gran Oso y Chew coincidieron en que la supuesta voz era en realidad una serie de señales de sonar muy moduladas, que reflejaban los diversos abismos y protuberancias de las paredes de su apéndice vermiforme a medida que el diminuto submarino se movía por su interior.

Las horas pasaron. Los lingüistas, enfrascados en el cúmulo de referencias visuales y sonoras, se esforzaban en descifrarlas. Había café y bocadillos para todo el mundo excepto Barnes, para el que no había nada, y el doctor Grosstete, que bebía alcohol de grano. Neinstein habló tres veces por teléfono; dos para posponer la operación y otra para decirle a un enfurecido director que no sabía dónde estaba su periodista.

—¡Eureka! —exclamó de pronto Gran Oso. Y al instante...

—¡Champollion! —Y después...

—¡Ventris!

Levantó una gran hoja de papel cubierta de signos fonéticos, códigos para los jeroglíficos y algunos signos de exclamación.

—Hay un jeroglífico que corresponde a *este*, otro a una cópula y otro al artículo determinado; y este otro que significa *secreto*, por lo que he podido ver hasta ahora. Vamos a ver. ESTE ES EL GRAN SECRETO DEL... ¿UNIVERSO? ¿COSMOS? ¿EL GRAN ENGENDRADOR? ESTA ES LA PALABRA QUE LO EXPLICA TODO. LEE ¡OH LECTOR! HOMBRECILLO, ESTA ES LA PALABRA...

—¡No tenga miedo, hombre! ¡Diga la palabra!

—¡No hay más! —exclamó Barnes, y añadió después con voz quejumbrosa—: Luego viene un vacío, una grieta... una corrupción. La palabra ha desaparecido. ¡La infección la ha devorado!

Se dobló sobre sí mismo, sujetándose el abdomen.

—¡Hay que operar! —dijo Neinstein.

—¿Incisión de Mc Burney o sobre el músculo recto? —preguntó el doctor Grosstete.

—¡Las dos! ¡Esta es la última Apendicectomía! ¡Haremos programa doble! ¿Están ya en el anfiteatro todos los invitados? ¿Preparados todos los equipos de televisión? ¡Vamos a extirpar,

doctor Grosstete!

Dos horas después, Barnes se despertó. Se hallaba en una cama instalada en el laboratorio y junto a él estaban Mbama y dos enfermeras.

La voz y el *ping* habían desaparecido, igual que los latidos y las visiones. Mbama pasó caminando frente a él, y ya no era más que una joven negra y guapa.

—El sonar no es más que un aparato —dijo Neinstein levantando la vista del microscopio—. No hay ninguna reina en su interior.

—Las paredes interiores del apéndice muestran muchas hendiduras y protuberancias, pero nada que parezca un jeroglífico. Claro que están tan deterioradas...

—Llevaba en mi interior el secreto, la clave del universo —refunfuñó Barnes—. Todo el conocimiento ha estado dentro de mí durante toda mi vida, Si nos hubiéramos adelantado un sólo día, lo habríamos sabido Todo.

—¡No deberíamos haber eliminado el apéndice de la especie humana! —exclamó Grosstete—. ¡Dios intentaba decirnos algo!

—¡Vaya, vaya, doctor! ¡Se está usted poniendo muy emotivo! —dijo el doctor Neinstein, para luego beberse un vaso de orina de los especímenes que había sobre la mesa de la señorita Mbama—. ¡Bah! ¡Demasiado azúcar en ese café, Mbama! Si, doctor, ningún profesional de la medicina debe alterarse por nada que tenga relación con su antigua y honorable profesión... exceptuando, tal vez, las facturas sin pagar. Utilicemos la navaja de Occam.

—¿Qué? —exclamó Grosstete palpándose la mejilla.

—Se da la coincidencia de que las irregularidades del apéndice de Barnes reflejaban los impulsos del sonar de tal forma que estos parecían reproducir jeroglíficos y una voz de mujer. Una muy improbable, pero no absolutamente imposible, coincidencia.

—¿No le parece —sugirió Barnes— que, en el pasado, los apéndices enfermaban para indicar que los mensajes se habían completado? ¿Y que si los médicos hubieran sabido lo suficiente como para mirar, habrían visto...?

—Calma, calma, mi querido señor, no lo diga. ¿Ve la palabra? Aún está usted bajo los efectos de la anestesia. Al fin y al cabo, la vida no es una historia de ciencia ficción, donde al final todo queda exhaustivamente, y agotadoramente, explicado. Incluso nosotros, los médicos, tenemos nuestros pequeños misterios.

—Así que lo único que me ocurría era que estaba enfermo.

—La navaja de Occam, mi querido señor. Hay que cortar hasta que sólo quede la explicación más sencilla, el hueso mondo y lirondo, por así decirlo. ¡Un instrumento excelente! Occam tuvo que haber sido médico para inventar esa maravillosa herramienta filosófica.

Barnes miró a Mbama mientras esta se alejaba contoneándose.

—Tenemos dos riñones. ¿Por qué un solo apéndice?

# Monólogo

*He aquí un cuento corto de terror que narra un extraño nacimiento. Apareció en 1973, incluido en una antología titulada Especie Demoníaca, cuyas historias se referían a las peculiares aptitudes e inclinaciones de ciertos niños. El título del libro me sugirió la idea de escribir un relato corto titulado Ganado Demoníaco<sup>[3]</sup>. Tal vez algún día llegue a escribirlo.*

No soporta verme enfermo.

Y yo estoy enfermo. Eso crece cada vez más en mi interior, me está devorando. No puedo decírselo, pero ella lo ve. De vez en cuando mira el bulto, o lo que creo que es un bulto. No puedo mirar hacia abajo y comprobar si lo es o no. Pero está ahí; no puede evitar mirarlo.

Aún no me duele. ¿Cuándo empieza a doler el cáncer? No podré gritar. Cuando intento hablar con ella no puedo pronunciar bien las palabras. Y, si intento gritar, se me cierra la garganta. Pero cuando el dolor aprieta...

En realidad, ¿qué tiene de extraño que esté enfermo? No le gusto cuando estoy sano. Crecí y crecí hasta hacerme grande y fuerte. Fui a la escuela. Sacaba buenas notas, muy buenas. Era un gran jugador de rugby; bueno, digamos que bastante bueno. Pero a mi madre no le gustaba.

«Hijo, estás creciendo demasiado deprisa, te estás haciendo demasiado grande. ¿Qué ha sido de mi niño, del pequeño que sostenía en mis brazos hasta que se quedaba dormido, que se sentaba en mi regazo mientras le cantaba, hasta que comenzaba a cabecear y acababa por caer en el sueño de los ángeles? Tan dulce y adorable, con aquella piel tan suave y aquellos ricitos tan graciosos, tan encantador y afable. ¿Qué ha sido de él?».

¿Sabes, madre? Miro por la ventana, y siempre vería lo mismo si no fuese por el ir y venir de las estaciones. Las hojas crecen, madre. Al principio no son sino pequeños brotes, tiernos al tacto. Pero el destino del brote es la hoja; no puede quedarse en brote para siempre, Si lo hace, muere. La hoja nace y cumple su función y entonces llega el verano que a su vez se acaba, se va, para que llegue el otoño y la hoja, al morir, sea más bella que nunca. Entonces cae y al descomponerse hace el suelo más fértil, o sirve de alimento, de hogar o de refugio para los insectos.

¿Odia el árbol a la hoja por dejar de ser brote? No, madre, no lo odia. Entonces, ¿por qué me odias? Sí, me odias, aunque no tengas el valor de reconocerlo. Me has odiado desde que tuve que separarme de ti. Pero no había más remedio, madre; tenía que ir a la escuela. No se puede ser bebé toda la vida y, aunque lograste retrasarlo un año entero, finalmente tuve que ir al parvulario. Entonces supe, con esa capacidad que tienen los niños de reconocer las cosas principalmente porque los adultos son unos mentirosos detestables, que estabas comenzando a odiarme. No estuve completamente seguro, sin embargo, hasta que comencé el primer grado. Tu odio llegó a hacerse tan terrible que llameaba detrás de tu sonrisa, de tus besos, de tu voz. Sobre todo de tu voz, cada día más y más dura hasta que se rompió. Era demasiado frágil como para no quebrarse.

Solamente me quisiste mientras fui un bebé, mientras me negué a crecer porque sabía que sólo así me querrías. Pero no podía dejar de crecer, ni siquiera para que tú me quisieras. Había todo un mundo esperándome y yo quería ser como los niños y niñas con los que iba a la escuela. Y para eso, madre, debía crecer a la vez que ellos. No quedaba otro remedio.

De modo que crecí y, a medida que lo hacía, madre, tú te hacías más pequeña. En un sentido físico, claro; comparativamente hablando. En un sentido amplio, sigues siendo tal como eras el día en que me diste a luz. No hemos sufrido ningún cambio. Nuestra relación, el hecho de que tú seas mi madre y yo tu hijito, no ha cambiado. Se ha mantenido igual desde aquel día aunque quienes la ven desde fuera no opinen lo mismo e incluso yo lo dude en ocasiones.

Pero todo cambia, madre, incluso nuestra relación. Por más que me niegue a crecer, todo se

encorva, se retuerce, como el colmillo del jabalí o el cuerno del carnero. Se curva, entra en la carne, y acaba por clavarse en el mismo hueso del que nació. El colmillo, el cuerno, madre, vuelve a su origen para morir y tal vez para matar.

Pero yo no me estoy muriendo, madre. Sí; en un sentido amplio, me muero y, sin embargo, en otro sentido también muy extenso, no es así. ¿Te parece que lo que digo tiene sentido, madre? ¿Dónde estás? Ah, ya te veo. Acabas de llegar de la iglesia donde, sin duda, cuando miras a la Virgen y al Niño, rezas desde lo más hondo de tu ser para que tú y yo seamos madera o piedra inmutable y que el niño que sostienes en tus brazos no crezca jamás. Rezas para que ambos permanezcamos inmóviles e inalterables, como la piedra o la madera.

En cierta forma, madre, tu deseo ya se ha cumplido. Si no fuera porque puedo parpadear y tratar de hablar de vez en cuando, estaría tan inmóvil como la piedra o la madera. Por eso me arrimas a la ventana, para que pueda ver la calle con sus invariables cambios y a ti cuando vas a la tienda o a rezar.

Exteriormente, inmóvil e invariable. Interiormente, algo ocurrió hace un año, pero no pude explicártelo. Y si lo hubiese hecho, madre, ¿qué podría haberte dicho excepto que llamas al médico?

Nada se detiene jamás. Todo fluye, madre, todo carcome, como *trolls* que horadan incesantemente el oscuro interior de la montaña. La montaña de mi cerebro. No, de mi alma. Y de mi cuerpo, también. ¿Qué diferencia hay entre mi cuerpo y mi alma? No lo sé. El uno podría ser la otra. Lo sé a ciencia cierta: cuando uno crece, la otra crece, a veces.

Y algo crece y crece en mi interior, madre. Aquí tendido, una tumba viviente, un ataúd de mí mismo, me consumo. Mis brazos y mis piernas son más delgados cada día que pasa, te lo he oído decir a ti. Estoy en los huesos y en mi cara ya sólo hay ojos. Tu misma lo has dicho, madre. Pero no en la habitación de al lado susurrándoselo al doctor sino a mí directamente, cuando me sonrías.

En cambio, mi vientre crece sin cesar, como tú misma dices. Es un tumor, un cáncer que devora mi cuerpo como tú, mi amada madre que no me quieres, has devorado mi alma. No hace mucho que ha empezado a dolerme. He intentado decírtelo, decirte que a veces me duele.

A altas horas de la noche, acallado el rumor del tráfico, si tú no roncas, madre, lo oigo crecer. Se mueve, susurra, roe. El cáncer me está royendo, madre.

Y tú te alegras.

¿No? Lo demuestras con todo menos con las palabras. Si lo ves crecer y no llamas a un médico, luego, cuando no puedas posponerlo, no puedas cerrar los ojos ni hacer oídos sordos a lo que me sucede, será demasiado tarde. Demasiado tarde.

Pero te alegrarás ¿no es cierto, madre? Te pondrás contenta porque el sucio y mal afeitado queapestaba a cerveza y a tabaco, el inmutable que no debería haber cambiado pero cambió, ha muerto. Sin embargo, madre, ya no estoy sucio, no apesto a cerveza ni a tabaco. Ya no. No puedo fumar a menos que tú me sostengas el cigarrillo, cosa que no harás. Y no puedo beber cerveza a menos que me la traigas, cosa que tampoco harás. Así, he tenido que soportar los sufrimientos de la abstinencia sin emitir una sola queja. Aunque a veces, al mirarme a los ojos, te debiste dar cuenta. Pero no sostenías mi mirada mucho rato ¿verdad, madre? Ahora, los míos son los ojos inyectados en sangre

de un viejo, no los lípidos ojos azules de un niño.

Ya no voy sucio ni mal afeitado. En ese aspecto no me descuidas. Me bañas y me afeitas cada día y, después, me pasas los dedos por la cara y sonrías. Recuerdas cuando era más suave aún, ¿no es así?

De todos modos, tu sonrisa es cada vez más fugaz. Puedes cerrar los ojos e imaginar que sigo siendo un niño, pero después tienes que abrirlos, y entonces me odias. Oigo cerrarse la puerta de abajo, madre, y crujir los escalones. Subirás y me preguntarás cómo me encuentro, sabiendo que sólo puedo balbucear como un niño. Las palabras, tan claras en mi mente, brotan de mi boca entremezcladas y troceadas como una gran ensalada de ininteligibilidad, como los balbuceos de un niño pequeño. Pero desagradables, porque un niño balbucea porque está aprendiendo a hablar y, con el tiempo, hablará. Pero yo balbuceo porque he olvidado cómo se habla y ya nunca lo recordaré.

Ahora oigo crujir el entarimado del pasillo bajo tus pies y te oigo canturrear la canción de cuna que, según dices, me cantabas cuando era niño. Creo que la oigo. La puerta está cerrada y tú canturreas en voz tan baja. Tal vez la he oído tan a menudo que ahora la oigo incluso cuando no es audible.

Y ahora, madre, ahora se ha movido, ¡se ha movido! ¡Se me está comiendo de tal modo que ahora se ha deslizado hacia la parte que ya ha devorado! ¡Se ha movido, madre!

Esto debe ser el final. ¡Oh, Dios, dije que quería morir! Lo he estado diciendo durante tantos años... desde que comencé a ir a la escuela. Si mi madre no me quiere, prefiero morir. Deseaba morir. Ahora me muero y estoy asustado.

¡Me muero de miedo! ¡Esta sí que es buena! Está obscureciendo cada vez más y yo también me deslizo, como esa cosa que se desliza de un lado para otro en mi interior. La carga de la muerte desplazándose en el interior de la bodega en cuanto el barco comienza a volcar... pero ¿qué estoy diciendo? Caigo, desaparezco progresivamente ¿Así es la muerte? ¿Caer, cada vez más abajo? ¿Hacerse pequeño, cada vez más pequeño?

Por lo menos... pero, no, no es cierto. Iba a decir que no me duele, pero está comenzando a dolerme. Me devora y me desgarr. Crece; o... se acerca. No, soy yo quien me acerco. ¡Qué tontería! Cuando dos cosas se aproximan, ambas están cada vez más cerca la una de la otra. Duele. Me alegro de no poder ver, de que esté oscuro. Ya tengo bastante con oírlo, pero verlo...

No, oigo a mi madre. Se acerca por el pasillo. Ahora está en la puerta y yo no puedo hablar, no puedo decir lo que siempre quise decir. ¿Me escucharía si pudiera decirlo? No. ¿Me entendería si me escuchara? ¡Oh, madre, no me dejes morir! O si lo haces, dime, por favor, dime...

Ahí estás, madre. ¡Madre! Has intentado gritar pero no has podido. El grito se te ha helado en la garganta, tal como me ocurre a mí, y te has desplomado. Ya voy, madre. Ahora me levantó, débil pero capaz. No te quedes tendida en el suelo. ¿Por qué estás tan rígida y tienes la mirada tan fija, madre? Fui yo quien sufrió la apoplejía.

No, no fui yo; este *yo*, no. ¡Madre! ¡Ya voy! ¡Mi otro yo! ¡Ya salgo! ¡Ya he salido de mi propia bodega, madre! ¡He desgarrado hasta salir! ¡Estaba a punto de morir ahí dentro! ¡La obscuridad, la presión... la humedad, madre! Nos deslizábamos, y me dolía dentro y fuera. ¡Qué terrible dolor, madre! Y el miedo, el miedo por partida doble porque no podía salir y tenía el estómago a punto de

estallar... ¿Qué? ¿De qué estoy hablando? Todo se desliza, y yo me deslizo al mismo tiempo.

No quería asustarte, mamá. ¡Yo no tengo la culpa de estar lleno de sangre! ¡Mamá! ¡Ya puedes meter a tu niño en la bañera! ¡Máz, mamá, máz!

¡Tu niño ha vuelto, ya está aquí, mamá! ¡Lávame esta sangre tan fea!

¡Sangre! ¡No puedo dejar de llorar, mamá!

¡Hay un hombre muerto en mi cama, mamá, y le cuelgan cozas!

# El arrendador de dos males

*De vez en cuando, una palabra, una frase, un cuadro o una imagen se apoderan de mi mente, y la anoto con la esperanza de poder utilizarla algún día. Algunos de estos fragmentos crecen rápidamente hasta convertirse en un todo, de tal forma que no tardo en escribir una historia basándome en ellos. Por el contrario, hay otros que pueden permanecer durante años en mi cuaderno de notas antes de que algo surja de mi inconsciente y diga: «Esto es lo que he estado madurando en la obscuridad. Tómalo, usa tu consciente y crea una historia a partir de ello».*

*Tal fue el caso de La Patrulla del Amanecer de Henry Miller, y tal es el de El arrendador de dos males<sup>[4]</sup>. Ambos comenzaron no siendo más que títulos que se me habían ocurrido, por ninguna razón concreta que yo sepa, y estuvieron aguardando en la obscuridad de mi mente durante doce años por lo menos, yendo y viniendo, palpando el suelo y las paredes de la celda que ocupaban en busca de un camino para salir a la luz. De pronto, lograron evadirse y con un grito estentóreo, anunciaron: «¡A trabajar!».*

*Y eso hicimos; trabajar duro porque, aunque la cosa ya estaba en marcha, hubo que dar a las historias la forma más precisa.*

*Algunas de estas ideas en germinación, sin embargo, alcanzan de golpe su desarrollo completo, y todo lo que tengo que hacer es sentarme frente a la máquina y ponerme a escribir. Bueno, casi todo.*

*Hay todavía muchas ideas y títulos que llevan aún más tiempo esperando en el cuaderno de notas sin que nada haya ocurrido y tal vez sin que nunca llegue a ocurrir.*

*Sigo esperando a que algo resulte de Un Conjunto de Conductos. Y nada ha salido aún de El Ingeniero de Erodinámica. O de Moradores en el Cachorro en Cielo. O de Regla 42, que, como recordarán, se cita en Alicia en el País de las Maravillas. La Regla 42 establece que todas las personas de altura superior a kilómetro y medio deben abandonar la sala. Y existe también el germen de una historia titulada Dos Einsteins Azules, con la que he luchado una docena de veces durante los últimos quince años, sin haber sido capaz de hacer nada con ella.*

*Pero, ya veremos.*

El detective teniente John Healey había tenido un mal día. Aquella mañana, durante una redada en un salón de masaje, había sorprendido en situación comprometida a un político, William «Big» Pockets. Era difícil decir para cuál de las dos partes había resultado más embarazoso, si para Pockets o para los componentes de la brigada del vicio. Antes de llevar a cabo la redada, se había dado aviso al ayuntamiento para evitar que se produjeran situaciones como aquella. Pero Pockets acababa de volver de vacaciones y no se le había podido advertir.

Durante un largo y peligroso minuto, Healey había considerado la posibilidad de arrestarle pero, finalmente, la discreción se había impuesto a su indignación. No obstante, le había dolido. Más tarde, otra redada le había llevado a una librería para adultos entre cuyas existencias figuraban las obras completas de su hermana. Estaba seguro de que sus hombres no tenían conocimiento del parentesco que le unía a la autora, pero en dos ocasiones, al darse la vuelta inesperadamente, les había visto sonreírse.

Por la tarde, había asistido a la primera reunión de una liga para la defensa de la decencia en cuya fundación había participado, pero sin que en ello tuviera nada que ver el cargo que detentaba. El primer punto del orden del día era el nombre de la nueva organización. Una mujer había propuesto que se llamara Justicia, Orden, Disciplina y Extrema Represión. A todo el mundo le pareció una buena idea hasta que Healey escribió las iniciales.

Ruborizado hasta la raíz del cabello y con voz sofocada, Healey había hecho notar el inconveniente provocando entre los asistentes risas y abucheos a parte iguales. Una vez aplacado el tumulto, el detective sugirió Frente Organizado de Lucha contra la Lujuria, la Anarquía y la Relajación, que fue votado en contra en medio de un terrible alboroto. El tercero en proponer había sido un retrasado mental que sugirió Frente para la Eliminación de la Libidinoso Libertad que Atenta contra Toda Institución y Orden. Mientras resonaban los alaridos que el último nombre había provocado, Healey comprendió. Los Ciudadanos Organizados para la Incitación Total al Orgasmo habían enviado saboteadores para burlarse de aquella buena gente. A continuación, un cuarto personaje no logró acabar de enunciar su propuesta, Sociedad Edificante y Moral para la Erradicación de... porque Healey le hizo callar a gritos. Aunque, a partir de aquel momento, no pudo dejar de preguntarse cuál sería la última palabra y, cuando llegó a casa, estuvo revisando la sección del diccionario correspondiente a la letra N.

Como presidente, Healey había ordenado que se expulsara a los infiltrados. Aquello provocó un estrepitoso griterío sobre la libertad de expresión, como si aquellos traficantes de obscenidad tuvieran derecho a contaminar la atmósfera moral del recinto. Pero C. O. I. T. O. tenía agentes repartidos por todo el auditorio, y la reunión acabó a puñetazos. Una persona sufrió un ataque de diarrea nerviosa que, aunque no resultó fatal, obligó a llamar a la policía.

Healey irrumpió en su propia casa como si fuera provisto de una orden de registro. Entró en el dormitorio trasero, abrió de un tirón las puertas del armario y comenzó a desgarrar los vestidos, faldas y trajes largos que colgaban de las perchas y a destrozar las diversas pelucas que las cajas contenían. Aquello consiguió aplacar un poco su ira, lo suficiente como para no poner en práctica su primera intención de cortarlo todo a trocitos ¿De qué serviría? Su hermana no tendría que hacer otra cosa más que volver a comprar más ropa con su mal adquirido dinero.

El resto de la noche fue una tortura. Intentó ver la televisión, pero los programas seguían abogando en contra de la violencia y a favor de la extinción de los sostenes como prenda femenina... su idea —acertada por cierto— del estímulo sexual. Apagó el televisor y comenzó a caminar arriba y abajo de la habitación. Ni siquiera podía beber para levantarse el ánimo, pues aborrecía toda bebida alcohólica, ni tampoco tomar un tranquilizante por más falta que le hiciera en aquel momento. No pensaba ingerir droga alguna excepto las prescritas por el médico y, además, tampoco estaba dispuesto a explicarle a ningún vendedor de píldoras cuál era el motivo de que las necesitara.

Pero la tentación de dejarse fuera de combate con algún poderoso sedante era casi irresistible. Así aprendería aquella zorra. Si él dormía, ella también. Por otra parte, cuando el efecto de la droga desapareciera, ella podría despertarse y sentirse lo bastante desinhibida como para cometer alguna locura. Igual le daba por bailar en medio de la calle sin otra indumentaria que la peluca, los sostenes, las medias y los zapatos de tacón alto. Se estremeció ante aquella idea y se metió en la cama. Su último pensamiento fue que, por lo menos, no soñaría.

A la mañana siguiente, al despertarse, el tocadiscos atronaba con aquella detestable música de rock y la boca le sabía como si la hubiera hecho servir de cenicero, cosa que no le hubiera importado de poder asegurarse que no había sido utilizada para nada más. Su cerebro era como un pie del 42 metido en un zapato del 36. El humo rancio del tabaco se codeaba con la peste a whisky. Tenía los ojos como si fueran cebollas podridas y —«¡oh, por Dios!»— el ano dolorido y pegajoso.

Tembloroso, con el estómago retorciéndose como si fuera una serpiente que tratara de morderse la cola, salió disparado de la cama y se metió en la ducha. Al cabo de diez minutos, físicamente limpio pero mentalmente todavía inmundo, entró en la sala de estar. Estaba hecha un desbarajuste; vasos sucios, una botella vacía... los tocones y cenizas que quedan tras un incendio forestal. Después de apagar el tocadiscos, corrió de vuelta al dormitorio y contempló horrorizado las sábanas, arrugadas y manchadas de algo que parecía baba ultraterrena, pero que no lo era.

Sobre la mesa de la cocina estaba la máquina de escribir de ella y las copias a papel carbón de un original. Por lo menos había trabajado antes de la orgía. Cuando se trataba de trabajar, los Healey eran muy cumplidores. Claro que en el caso de ella, el mundo sería mucho mejor si fuera más indolente.

Incapaz de desayunar, se puso a leer parte de la novela. *Ñoñería y Prejuicio*, de Jane Austen-Healey. Era la mugre habitual; su única cualidad, por lo que de compensación tenía, no era su significancia social, afortunadamente, sino su potencial para dar dinero. Cualesquiera que fuesen sus vicios, el desprecio del dinero no se contaba entre ellos. Gracias a Dios, al menos no era comunista.

La novela transcurría en un futuro cercano, lo cual la convertía en una novela de ciencia ficción; otra lacra que añadir a las demás. En dicha época, el movimiento de liberación de la mujer había provocado un considerable aumento de la impotencia entre la población juvenil masculina. Uno de los afectados, un detective llamado John —la muy zorra llamaba John a todos sus protagonistas— había acudido a un penetorio para solucionar su problema. Este estaba dirigido por el científico loco, Herr Doktor Sigmund Arsch toll, que había inventado un método rápido y eficaz para trasplantar

órganos genitales masculinos. John Pongoelculo recibió un pene de erección garantizada, pero se dio cuenta de que esta sólo tenía lugar cuando estaba en la iglesia y precisamente cuando cantaban himnos religiosos.

El científico le dio a escoger entre el reembolso o una nueva verga. John se decidió por la última alternativa, para acabar descubriendo que la nueva sólo se inflaba cuando se ponía a cantar el himno nacional. Arsch toll no acertaba a comprender en qué se había equivocado esta vez, y ya que John era detective —todos los héroes de Jane lo eran, la muy zorra—, le ofreció que se encargara de hallar la culpable. John aceptó, aunque no sin hacerse previamente con otro órgano.

En cuanto entró en el lavabo de caballeros que había al final del pasillo, descubrió que a este último le correspondía la acera de enfrente.

—¿Komprrende lo que quierro desirr? —observó Arsch toll—. El pfabrrrikante me ha kolado una parrtida defek-tuosa. Prruéfelo, y además de kondekorrarle kon la Kruss de Hierro, le darré kuartrro de loss grrandess.

—Primero déme otra po... po... po..., ejem, miembro —repuso John Pongoelculo—. Alguno habrá que funcione bien... ¿o no?

—La únika manerra de aferiguarrlo es serr tsientífiko, o sea, eksperrimentar. Prruebe este.

Ese día ya estaba muy avanzado para comenzar a investigar, de modo que Pongoelculo se fue a casa y seleccionó en la televisión el canal que emitía la Taquilla Erótica. Para cuando acabó la tercera película comenzó a preguntarse qué debía ocurrirle a su cuarto órgano. Lo averiguó cuando cambió a un canal normal, en el que estaban ofreciendo una versión musical de *El Criador de Ovejas*.

John Healey arrojó las copias al suelo. No tenía sentido destruirlas porque Jane siempre escondía el original. Aquello no podía continuar así. Le gustara o no, tenía que ir a ver a un psiquiatra. Estaba enfermo. Pero haría cualquier cosa para librarse de Jane; es decir, cualquier cosa que estuviera dentro de los límites de la moral.

El doctor Irving Mundwoetig, Rebajas para casos de fijación oral o anal, Especialidad en personalidades múltiples, sentado tras la mesa de caoba en forma de plátano, observó a Healey.

—No es ninguna desgracia. Se sorprendería usted si supiera la cantidad de policías que han entrado a hurtadillas aquí. Vamos, quítese esas gafas negras y ese ridículo bigote postizo y explíqueme qué le preocupa.

Healey tragó saliva y finalmente consiguió decir:

—¡Soy un esquizofrénico!

—¡Pero, bueno! ¿Acaso no lo somos todos? Comencemos por el principio. No le importa que fume y beba ¿verdad? Así me siento más relajado.

—¡Odio esos vicios inmundos! —exclamó John levantándose de la silla—. ¡*Todos* los vicios!

—¿No caga usted?

—Me marchó. Tengo que soportar el lenguaje grosero de mis compañeros, pero no veo por qué habría de aguantar el de usted.

—Vaya rigidez —murmuró el psiquiatra—. Muy bien. Nada de groserías a partir de este momento. De modo que siéntese.

Entre vacilaciones, pausas, rubores y rodeos, Healey le explicó los terribles acontecimientos de los últimos cuatro años.

—Este caso podría hacerme famoso... convertirme en un autor de éxito —musitó el doctor.

—¿Cómo dice?

—Nada, nada. ¿Le ocurrió a usted algún suceso traumático justo antes de la aparición de su hermana?

—Una mañana me levanté y me encontré el armario del dormitorio que no empleo lleno a rebosar de vestidos de mujer. Y ¡figúrese!, un gorro de ducha y productos de tocador en el segundo cuarto de baño del piso.

—Por lo menos es limpia y aseada. Lo que he querido decir es que si le ocurrió algún suceso traumático con anterioridad.

—Nada.

—Usted ha debido reprimir el incidente, puesto que *usted mismo* compró los artículos femeninos.

—¡Yo no! —gritó Healey—. ¡No se atreva a decirme que soy la misma persona que esa pu... pu... esa... mujer!

Con un suspiro, Mundwoetig se sirvió un bourbon triple.

—De acuerdo. Cuando tenía usted doce años, salió un día de excursión por los bosques cercanos a su casa, llevándose a su perra pastor alemán. Una perra *policía*, fíjese en el detalle. Su hermana gemela, Jane, se empeñó en acompañarle. Usted la obligó a marcharse pero ella se negó a hacerlo sin llevarse consigo a Princesa. Ninguna de las dos fue vuelta a ver nunca más. Usted cree que algún maniaco mató a la perra, violó a su hermana, la asesinó y luego las enterró a las dos en algún sitio.

—Creo que también violó a Princesa.

—¡Oh! ¿Cómo dice? —exclamó el doctor alzando las cejas.

—Ya sabe usted lo que son los pervertidos.

—Bueno, sea como sea, usted se sintió culpable, muy culpable. Su mente infantil decidió entonces que sería policía y vengaría a su hermana, librando al mundo de la plaga de la perversión. A partir de entonces ha llevado usted una vida extremadamente puritana. Ni siquiera ha tenido relaciones sexuales con una mujer.

—Con nadie.

—Es curioso que diga eso. Sin embargo, ha tenido relaciones sexuales bajo su segunda personalidad como Jane Austen-Healey, escritora pornográfica y, para usar su propia frase, una guarra de tomo y lomo.

—¡Ya no puedo soportarlo más! He pensado en suicidarme, eso le enseñaría una buena lección a esa zorra, pero sería un baldón en mi expediente. Por otra parte, a lo mejor con eso le hacía un favor a ella, como acabar con los sufrimientos de un chucho vagabundo.

—¿Cómo sabe que ella no se lo pasa bien fo..., ejem,... que no está equilibrada?

—¿Llamaría equilibrada a una mujer que maliciosa y vengativamente obliga a su propio hermano a volverse loco, loco de remate, forzándolo a cohabitar con personas de su mismo sexo, a ser un

asqueroso sodo... sodo..., en fin, que le degrada de tal forma?

—Ha dicho que generalmente se apodera de usted estando dormido. Pero últimamente ha pasado usted muchas noches en blanco, ¿no es así? ¿Siempre en casa? ¿Sabe usted que a veces la nueva personalidad absorbe por completo a la antigua...? ¿Se encuentra mal, señor Healey?

—Debe ser el humo.

—Si no puede tolerar el humo de la especulación, jamás podrá soportar el calor del fuego de los hechos. Hmm... buena frase. La anotaré en mi... no importa... habrá que pulirla, de todos modos. En fin, me limitaré a beber, si tanto le molesta el humo. Bien, ahora lo que hay que hacer es averiguar *por qué* ha aparecido Jane. Quizá obtendríamos una pista observando *de qué forma* se comporta. Esto es un misterio y usted es detective. Aplique usted a este caso los mismos razonamientos que utiliza para su labor de policía y entonces...

—¿Quiere usted que me arreste a mí mismo y luego me lea mis derechos en voz alta?

—¡Eso sería muy gracioso! Los lectores... ejem, quiero decir que en una sesión no podemos hacer ya nada más. Por hoy hemos terminado. Además, la botella está vacía. Nos veremos mañana.

El psiquiatra se levantó tambaleándose.

—¡Dios mío! ¿Y si se apodera de mí estando de servicio, doctor? —exclamó Healey con un gemido—. Sería un escándalo, una vergüenza. Me echarían del departamento a patadas, y yo vestido con ropas de mujer.

—Podría ser peor si le descubriesen yendo...

—¡No lo diga, por favor! ¿Cree usted que todavía estamos a tiempo, doctor?

—Sinceramente, espero que sí. Sin embargo, no disponemos de suficiente material. Quiero decir... ¡eh! ¡Se me acaba de ocurrir una idea! Es muy curioso que no se le haya ocurrido a usted. ¿Por qué no entabla correspondencia con su hermana? Podría usted iniciar una relación maravillosa. Tiene que reconocer que hay entre ambos un gran vacío de comunicación.

*Querida Jane:*

Borró estas palabras. No era un hipócrita. No encabezaría con *querida* una carta dirigida a una persona a la que odiaba, a menos que dicha persona le debiera dinero.

Pero tal vez la omisión la pusiera furiosa.

*Queridísima Jane:*

*Quisiera entablar correspondencia contigo. A lo mejor lograríamos que las cosas funcionasen mejor y quizás acabáramos apreciándonos el uno al otro. Si así fuera, te concedería más tiempo, eso en caso de que dejaras de beber y hacer la zorra y te decidieras a escribir novelas respetables. Te permitiría apoderarte de mí después de cenar y, quién sabe, tal vez te acostarías temprano y sin pecar, y yo podría descansar un poco. Así no me levantaría con la sensación de que me han estado violando toda la noche;*

*aunque bien sabe Dios que para ti no son violaciones.*

Rasgó la cuartilla haciéndola pedazos. No serviría de nada cabré... cabré... irritarla.

Pero cuanto más trataba de componer mentalmente una carta amistosa y sincera, más indignado se sentía ¿Por qué tenía que rebajarse? Además, no podía confiar en que ella respetase los horarios convenidos de utilización. En cuanto hubiera presa a la vista, ella se abalanzaría sin acordarse de tratos ni de horarios.

*Jane:*

*Me rindo. Me tienes cogido por las pelotas y el cuello. Pero ya no puedo resistirlo más. Para mí sólo hay una salida. Y para ti también, a menos que accedas a regenerarte por completo. Créeme, si no lo haces te mataré de un tiro en la cabeza. Será un caso de suicidio-homicidio, aunque eso la policía nunca lo sabrá. De todas formas, aún hallándome desesperado no descarto el diálogo contigo. Si me dices como podemos solucionar este asunto y si tu propuesta es moral, la pondré en práctica.*

*¡Hermano mío!*

*¿Crees acaso que a mí me gusta esta situación? No puedes figurarte el asco que me da verme encarcelada en el cuerpo de un repugnante puritano gazmoño, ni las náuseas que debo vencer cada noche al encontrarme en tu repulsivo, peludo y feo cuerpo. Yo tendría que tener un par de tetas y un cono y ser follada como Dios manda. Me muero de ganas de tener un niño y por tu culpa no puedo.*

*Me encantaría poder desprenderme de ti como de las bragas y echarte a la basura. Pero, como no puedo, recuerda que a este juego jugamos dos. Si no dejas de fastidiarme me envenenaré. He escrito una carta como si fueras tú en la que confiesas ser alcohólico secreto, fumador, drogadicto, escritor pomo y marica. No te atrevas a matarte sin darme tiempo a que la deje encima de la mesa de tu jefe para que la lea. Un amigo muy querido enviará la copia que tiene en su poder a la oficina del fiscal del distrito, en caso de que el original no llegue a manos de la policía. Tus huellas estarán por toda la cuartilla y, por otra parte, no me supone ningún problema falsificar tu firma. Tus amigos de la bofia y los componentes de esa liga para la defensa de la decencia se mearán en tu tumba. Que lo pases bien.*

John emitió un gemido. A aquella zorra no se la asustaba fácilmente. Tenía el mismo valor que le caracterizaba a él.

Jane había completado su última oferta, de mierda, claro. John releyó la copia del manuscrito desde donde lo había dejado para dar rienda suelta a su furor.

Pongoelculo, el agente secreto de Arsch toll, había ido a trabajar para el fabricante de penes

artificiales. (Echando chispas de indignación, Healey ojeó sin detenerse las numerosas páginas de las obligadas y habituales escenas sexuales de toda literatura pornográfica. Pero leyó con suma atención las descripciones relativas a la confección de los órganos).

El propietario de la empresa, el profesor Castor Fouteur, otro científico loco, utilizaba una receta relativamente sencilla para preparar sus pollas maravillosas. Metía en una tinaja toneladas de vergas de toro, añadía ciertas sustancias químicas y lo cocía todo a fuego lento, obteniendo de este modo un producto rico en proteínas líquidas. Tras añadir una pizca de polvos de cantárida y después de mezclarlo a conciencia, vertía el líquido en moldes. Al enfriarse formaba falos inmensos a los que sólo faltaban los nervios. Estos se cosían a mano en otro taller.

Los talleres disponían de aire acondicionado, y música elegida por los obreros, y el horario de trabajo quedaba interrumpido por cuatro intervalos dedicados al sexo de diez minutos de duración cada uno. La moral, que no la moralidad, navegaba a toda vela.

Después de unas cien páginas, a lo largo de las cuales las pesquisas de Pongoelculo se veían a menudo interrumpidas por orgías sexuales en las que por desgracia no podía participar, descubrió la causa del fallo del producto. Las sustancias químicas de la tinaja habían sensibilizado accidentalmente a las proteínas respecto a determinados tipos de sonido. Cuando los falos se veían sometidos al género de música recibido en cada uno de los distintos talleres actuaban en ellos reflejos condicionados, como si se tratase de una especie de grabación. Ello explicaba por qué los penes sólo obtenían la erección en determinadas circunstancias.

No eran los maricas ni las ovejas quienes provocaban las erecciones de los órganos de Pongoelculo. Era el hilo musical de los servicios de hombres y las bandas sonoras de las películas.

Siendo como era un capullo sin escrúpulos, decidió no revelar el secreto hasta poder venderlo por una elevada cantidad a un sindicato. Antes de abandonar la fábrica se apoderó de seis órganos y se los llevó ocultos entre la ropa. No sólo los necesitaría como muestras para ser analizadas sino que podría utilizarlos él mismo. Todo lo que debía hacer para asegurar su potencia era instalarse el adecuado a los gustos de la chica con quien saliese, musicalmente hablando. Si le gustaba el rock, rock le metería. Si, por el contrario, era una obsesa de la música clásica, la quinta de Beethoven le garantizaría un pol... pol... ejem, un coito tremendo e inolvidable. ¡Menudo orgasmo!

Pero un inesperado control de salida reveló sus intenciones. Fouteur le sometió a tortura —todos los protagonistas de Jane eran torturados por los vengativos tales y cuales— hasta que confesó. El profesor no podía permitir que el espía quedara en libertad y además se hallaba temporalmente escaso en el suministro de proteínas. Entre gritos y alaridos, Pongoelculo terminó como ingrediente de la receta a base de vergas de toro.

—Lo que su hermana simboliza —dijo Mundwoetig— es que usted en realidad es un obseso sexual, una tranca de cuidado. Pero ella, en sentido literario, le convierte en un manojo de pollas reducidas. De este modo usted resulta inofensivo y, lo que es más, cómico. Un tipo que no debe ser tomado en serio.

—¡No me diga!

—El alimento del subconsciente es veneno para el consciente. Hmm, me gusta esta frase. Esto va a convertirse en un clásico de la psiquiatría —el doctor Mundwoetig se sirvió una generosa copa de una botella de cristal tallado con capacidad para más de tres litros—. Mi psicoanalista y yo obtuvimos óptimos resultados en la última sesión. He dejado las drogas duras, lo cual constituye un progreso gigantesco en mi terapia. Pero, bueno, volvamos a lo nuestro. Nos encontramos en una fase en la que puedo proporcionarle ciertas claves, aún cuando tendrá que ser usted mismo quien desentrañe su significado. De lo contrario se negará a creer en ellas. Pongoelculo se convierte en sopa antes de verse convertido en numerosos falos prácticamente independientes. Es decir, en organismos más que en órganos. Nuncadura, en *Sensualidad y Sensibilidad*, arrollado por una apisonadora, acaba convertido en una lámina más delgada que una sombra y luego es enterrado en un macizo de pensamientos, flor que, como usted sabe, simboliza a los maricas. Heisslippen, el viajero del tiempo en *El Parque del Hombre Envilecido*, acaba formando parte por accidente del huevo de un dinosaurio. Pétard, en *Enema*, es devorado por una descomunal planta atrapamoscas de la variedad Venus. ¿Le sugiere alguna cosa todo esto? ¿No? Muy bien. ¿Estará Jane enviándole mensajes cifrados a usted? ¡Y a ella misma, por supuesto! Usted no lo cree así. Muy bien, a ver si se lo revela este último ejemplo, sólo por una cuestión de tamaño. Pizzle, de polla pequeña, en *Ñoñería y Prejuicio*, equivale a un puzle. Coloque las piezas que concluyen el puzle y obtendrá una polla pequeña. ¿Lo ve más claro?

—Está usted chiflado.

—¿Me pasaría la vida hablando con candidatos al manicomio si no lo estuviera? Era sólo una broma, no se lo tome al pie de la letra. Siéntese, por favor. Ha llegado el momento de efectuar una profunda penetración en sus mecanismos de defensa. Usted actúa como si su hermana fuese una entidad enteramente separada de usted. Originalmente lo era, pero ahora no es otra persona nacida de su misma madre. Al igual que Palas Atenea, surgida ya adulta de la cabeza de Zeus, Jane fue concebida ya erecta —tal vez debiera retirar esta frase y decir completamente madura— en la mente de usted, en su propia mente. Ella es una personalidad artificial que usted ha concebido. De este modo puede comportarse como usted inconscientemente desearía poder hacer. No tiene por qué sentirse usted culpable de la forma de vida de su hermana porque se trata de una persona independiente. Por otra parte, usted se siente culpable por lo que a ella le sucedió, aunque en realidad no sabemos qué fue. He aquí un tema que usted ha evitado siempre que lo he mencionado. Dice usted que Jane se llevó a Princesa con ella, de modo que Jane contaba en el bosque con compañía y guardián al mismo tiempo. Pero...

—¡Es usted aún más perverso que mi hermana! ¡No voy a permitir que me entierren en su mierda! ¡No quiero escucharle más!

Mundwoetig, gritando, echó a correr tambaleándose tras Healey que huía por el pasillo. Pero el detective no entendía sus gritos porque llevaba un dedo metido en cada oído, lo que hizo que Mundwoetig se preguntase de pasada si no habría pasado por alto una fijación auricular de su paciente.

Abriéndose camino entre la multitud que atestaba el vestíbulo y con los oídos destapados, Healey se dio cuenta de que el psiquiatra había dejado de gritarle. De pronto oyó que empezaba a silbarle.

Dominando un fuerte impulso de volver sobre sus pasos, Healey siguió corriendo.

Gran cantidad de suicidios tenían lugar en los dormitorios porque era allí donde se producían las fo... fo... las concepciones. Un dormitorio era el principio, el alfa, y por lo tanto debía ser también el fin, el omega. Y, puesto que había venido al mundo desnudo, saldría de él desnudo. O casi desnudo, por lo menos. No había sido capaz de quitarse los calzoncillos. Un hombre tiene que conservar un mínimo de decencia.

Su dedo oprimió el gatillo de la .38, el cañón se hallaba muy próximo a una de sus sienes.

—Adiós, Jane. Siento muchísimo todo este asunto aunque Dios sabe que no hice nada para que empezara. No puedo soportarlo ni un instante más. He puesto papeles de periódico por el suelo para que no se manche la alfombra de sangre. ¡Ahí va!

Una voz potente, de mujer, pero en la que reconoció la de la niña a quien tan bien, aunque por tan breve espacio de tiempo, había conocido, le habló entonces, diciendo:

—¡Ah no! ¡De ninguna manera! No vas a matarme por segunda vez. Hoy, por vez primera, he logrado escuchar sin ser vista. Quizá tú no porque eres muy corto, pero yo he comprendido muy bien lo que te decía el psiquiatra. Así que me he abierto camino por entre las barreras porque sabía que, si no lo hacía, moriríamos los dos. No me importa demasiado el método que voy a emplear para salvarnos a ambos pero es el menor de dos males. Así que... ¡opero el cambio, follador de perros!

Al aproximarse al porche de la entrada de la casa de Healey, el doctor oyó los ladridos.

—Demasiado tarde, demasiado tarde —musitó, abriendo de un empujón la puerta que no estaba cerrada con pestillo—. Qué le vamos a hacer. A veces se gana y a veces se pierde. Tal vez sea mejor así. ¿O será que estoy racionalizando demasiado?

Healey saltó torpemente hacia él, con la lengua colgando. Mundwoetig le propinó unas cariñosas palmadas en la cabeza, lo cual le alentó a levantarse sobre sus cuartos traseros para lamerle la cara al doctor.

—¡Siéntate, Princesa!

# El fantasma de las cloacas

*De vez en cuando escribo alguna «historia de autor ficticio». Estas historias son cuentos supuestamente escritos por un autor que es un personaje literario, como David Copperfield o Anna Karenina, por ejemplo. Hasta ahora no se han editado historias tuyas, pero no me extrañaría que cualquier día apareciesen publicadas en algún libro o revista.*

*Lo primero que escribí con la firma de uno de estos autores fue la novela Venus en la Concha, de Kilgore Trout. ¿Hay alguien que no conozca a Kilgore Trout? He llegado a averiguar que mucha gente. Pero también hay millones de personas que están al corriente de quién es ese desventurado escritor de ciencia ficción que aparece en Dios le bendiga, Mr. Rosewater, Matadero Cinco y Desayuno de Campeones de Kurt Vonnegut. Y hace algunos años, muchos de ellos debieron sorprenderse al ver mi novela exhibida en los escaparates de las librerías. Siempre habían creído que Trout era un personaje literario y, de repente, se encontraron con una novela de Trout, una bibliografía de sus obras, una breve biografía y una fotografía en la contraportada de un escritor con cara de vivir del cuento, que no era otro que yo mismo disimulado bajo unos postizos que me había encolado cuidadosamente en la cara.*

*Muchos lectores llegaron a estar convencidos de que Trout vivía realmente, pero no todos. El pobre señor Vonnegut recibió un verdadero alud de cartas preguntándole si el libro de Trout era obra suya.*

*Vayan para él mis sentidas disculpas.*

*No obstante, la novela fue escrita como el mayor homenaje posible a mi, por aquel entonces, escritor de ciencia ficción preferido y ofrendada como el más alto tributo que podía pagar.*

*Además, descubrí que siendo otra persona, es decir, Kilgore Trout, lograba romper el bloqueo que como escritor estaba sufriendo. Por lo tanto, cada vez que la amenaza de un nuevo bloqueo se cernía sobre mí, me introducía en un personaje de otro novelista y el bloqueo desaparecía. Dado que no era yo, Philip José Farmer, quien escribía, sino un autor ficticio que no se hallaba bajo el peso de mi bloqueo, podía escribir. Cuando acababa de escribir una de estas historias, podía transcurrir una larga temporada sin que el bloqueo volviese a atenazarme.*

*Una buena treta este autoengaño, aunque sea yo quien lo diga. Al fin y al cabo ¿quién mejor que yo para decirlo?*

*Uno de los personajes de Venus en la Concha era un escritor, Jonathan Swift Sommers III. Con su firma escribí un par de historias, y espero escribir algunas más. Lo hice para divertirme y no porque me sintiera bloqueado. Pero me gustaría subrayar que Sommers III es hijo de otro Jonathan Swift Sommers, aquel nefasto y frustrado poeta cuyo epitafio aparece en la Spoon River Anthology de Edgar Lee Masters. Un caso de círculos concéntricos.*

*En esta colección hay tres historias escritas por autores ficticios. La que viene a continuación es una de ellas. Apareció por primera vez en una revista con el título de Es la Reina de la Obscuridad de Rod Keen. Rod Keen fue un personaje creado por Richard Brautigan que tuvo una fugaz aparición en su obra El Aborto: Una Fábula Histórica 1966. Keen era un trabajador de las*

*alcantarillas que entregó un manuscrito al encargado de una peculiar biblioteca de San Francisco. Su único comentario fue que se trataba de un cuento de ciencia ficción.*

*Recomiendo este extravagante libro a todo el mundo, es uno de mis preferidos.*

*Pienso que Brautigan, al dar a dicho trabajador el nombre de Rod Keen, estaba expresando indirectamente su opinión sobre las obras de un famoso y rico escritor de San Francisco que tiene la increíble audacia de llamar a lo que escribe «poesía». Dado que comparto su opinión, le he puesto al antihéroe que protagoniza este cuento un nombre similar, haciendo de él un mal poeta.*

*Las últimas líneas de «El Fantasma de las Cloacas» no son exactamente las que aparecían en la versión original.*

*Del mismo modo que al escribir Venus lo hice con un cierto sabor Vonnegutiano, he dotado a esa historia de un ligero regusto Brautiganiano.*

*Ha sido muy divertido ser Trout, Keen, el doctor John H. Watson, Gazapo Manders, Paul Chapín, Leo Queequeg Tincrowdor y Sommers III, y ya no digamos Lord Greystoke, también conocido como Tarzán, y Maxwell Grant, el autor de las historias de La Sombra. Espero seguir divirtiéndome en el futuro.*

Red McCune trabajaba todo el santo día como un galeote. Ben Hur había tenido que bregar con fuerza y tirar del remo para que aquel hermoso navío surcara las aguas. Red, a su vez, se afanaba con la manguera para empujar repelentes trozos de mierda corriente abajo. Eran su carga. Poeta ante todo, Red los había llamado en una ocasión sus sarcias.

—¿Qué? —había preguntado su compañero, «Ringo» Ringgold.

—... que soportaría las sarcias, para gruñir y sudar bajo el peso de su fatigosa vida...

—Muy bien, pero ¿qué es una sarcia?

La expresión de Ringo revelaba que había relacionado el término con los gases del estómago. Eran las consecuencias de trabajar en las cloacas.

—Es una palabra que utilizó un colega mío —había respondido Red—. Un poeta; Bill, el Bardo de Avon.

—¡Dios, otro no, por favor! ¿Qué está haciendo aquí abajo?

—Me hace compañía.

Ringo gruñó. Si hubieran estado hablando de los japoneses de la segunda guerra mundial, Ringo no hubiera dejado de hablar. Había sido uno de los primeros *marines* negros que habían desembarcado en el Pacífico Sur para matar o morir, o ambas cosas. Ringo optó por sobrevivir y volvió con un montón de recuerdos e historias.

—Yo admiraba a esos enanos amarillos —le había dicho a Red en una ocasión—. Sólo que no eran amarillos, ni mucho menos. Ahí estaban, haciéndonos frente, tan blancos como verdaderos hombres.

Al ver que Red había puesto los ojos en blanco en un gesto de impaciencia, Ringo se había apresurado a añadir:

—Ya me entiendes, hombre. Todos los americanos éramos blancos para esos nipones.

Ringo era un poco raro. Tal vez la culpa fuera de los *marines*, pero Red creía que era la cloaca quien le había afectado de tal modo. Les ocurría a todos los que allí trabajaban, incluido él. La obscuridad, la mierda que flotaba en las aguas oscuras, los gases y el calor, hacían de la cloaca una olla a presión de la que todos salían escaldados.

Red atrajo hacia sí un viejo y anticuado zapato y lo contempló durante unos instantes antes de echarlo de nuevo a la corriente. Habría pertenecido a alguna bella y feliz jovencita, allá por 1909, que seguramente nunca creyó que le saldrían arrugas, se encorvaría y engordaría, y que, agrios su aliento y su alma, acabaría viviendo de la beneficencia. Pasada de moda, vetusta como su zapato.

El gas es el pesimismo del estómago, y el pesimismo es el gas del alma. Red sufría considerablemente de ambos. Al mismo tiempo, se tenía por poeta y por arqueólogo de la vida. Una manera de matar el tiempo, y el gas, era imaginarse arqueólogo, olvidar lo que sabía sobre la realidad e imaginar que estaba reconstruyendo la civilización que había encima suyo a base de lo que pasaba flotando frente a él y de lo que él impulsaba corriente abajo.

Era un extraño mundo el de ahí arriba. Durante un tiempo se vio una gran cantidad de condones

flotando, pero ahora había pocos. Eso significaba que se había atravesado un momento de superpoblación y que las fábricas de gomas habían estado trabajando horas extras. Pero un día las gomas comenzaron a disminuir y en pocos meses, donde antes hubiera verdaderos bancos de pececillos que agitaban la cola, persiguiéndose y olisqueándose con ademanes cariñosos, no quedaba más que algún que otro solitario. Ya no había con quien hojar o jugar al escondite.

Red deducía de todo esto que algo terrible había ocurrido ahí arriba. La Mascarada Roja volvía a celebrarse, aunque esta vez no se trataba de manchas rojas en la piel, sino de impotencia. Quien fuera que se ocultara tras la máscara, caminaba por las calles de la ciudad del Golden Gate tocando a unos y a otros con su varita. Tanto daba que fueran banqueros, *gangsters*, polis, vendedores de droga, americanos típicos, muchachos emprendedores, *beatniks*, politicastros, astrólogos o concursantes de algún programa de televisión. Se les quedó más flácida que una colilla en una letrina.

Aquella imagen satisfacía inmensamente a Red. Era tan feo que prácticamente no había mujer que quisiera saber de él, y si por casualidad había alguna, era él quien no estaba dispuesto. Un caso de repulsa entre semejantes.

Red se consideraba un segundo Quasimodo. Pero mientras el jorobado merodeaba por un campanario, en las alturas, Red había escogido el subsuelo. Cuestión de vértigo.

A veces, se imbuía de tal modo de aquel panorama de población menguante que cuando salía por la boca de acceso al acabar el trabajo, se sorprendía de no encontrar las calles vacías.

—Muerta y todavía no lo sabe —solía murmurar.

En aquel momento, Red estaba dedicado a desarrollar su labor arqueológica en base a la calidad de los excrementos que descendían en convoys por el canal. Cuando, doce años antes, había comenzado a trabajar, las góndolas marrones que por aquel entonces surcaban las aguas avanzando rumbo a sus puertos de destino, las góndolas en forma de salchichón que flotaban en los canales de aquella obscura Venecia, eran de calidad superior. Naturalmente, nada que pudiera compararse al género que aflucía al retrete de su abuelo, calidad extra, pero sobresaliente de todos modos. Sin embargo, comparados con los magníficos *Queen Elizabeth*, los *Titanic* y *Lusitania* que, en sentido figurado, habían adornado aquellos mares de color marrón cerveza, las actuales existencias no llegaban más que a submarinos de la primera Guerra Mundial. En aquellos días, incluso los botes cantina, el género que producían los pobres, eran superiores a los mejores ejemplares que los ricos elaboraban en 1966. Dado el mal aspecto de las deyecciones actuales, daba miedo pensar en lo que serían en 1976.

Red no conocía la causa de aquella degeneración ¿Se trataba del DDT, de los fertilizantes artificiales o del exceso de azúcar? Lo que se come se cría, y esto último incluye a los pensamientos. El estómago es la sombra de la mente y allí donde va esta, el otro la sigue.

Era del todo imposible obtener de Sócrates o de Kant material tan malo como aquel. Sócrates y Kant pensaban; los filósofos modernos apestaban.

—¡Eh, Red! ¿En qué andas fantaseando? —preguntó Ringo.

—Pensaba en Sócrates —repuso Red.

—¿Ah, te refieres a ese cocinero griego del Captain's Nemo Submarine Sandwiches? Desde luego, la comida que da ya no es lo que era ¿Por qué será?

—Eso es lo que estaba pensando.

—Será mejor que dejes de pensar y te pongas en marcha —sugirió Ringo—. Hoy tiene que venir el inspector. Por cierto, ¿qué debe andar haciendo Ernie? Seguro que también está holgazaneando. No hay ninguna manguera que llegue hasta allí.

Red miró túnel arriba. Por espacio de cien metros, este discurría tan recto como un expresidiario afirmaría ser, para después describir una curva y perderse de vista. La linterna del casco de Ernie Mazzeo iluminaba el recodo como una luciérnaga, haciendo que brillara con luz mortecina. Era un casco de minero, pero Ernie no estaba dedicado precisamente a la extracción de carbón. Lo cierto era que Ernie apenas daba golpe, razón por la cual andaba siempre arriba y abajo.

—Tal vez habría que despertarle —insinuó Red—. Si le atrapa durmiendo, el inspector le despedirá.

Puesto que en aquel momento tenía la linterna enfocada hacia el canal, Red fue el primero en advertir aquella mancha de color casi negro que se veía en el líquido marrón oscuro. Parecía un pulpo al que le hubiera pasado una apisonadora por encima.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Si fuera más ingenuo de lo que soy —dijo Ringo—, diría que es sangre.

La cabeza de Ernie pasó flotando frente a ellos. Tenía la boca abierta y sus dientes relucían a la luz de la linterna. Había allí oro suficiente como para hacer rentable una explotación minera.

Primero llegó la policía, después la ambulancia y finalmente el inspector Bleek. Los detectives interrogaron a McCune y Ringgold, tomaban fotografías y medidas y acabaron por amontonar lo que quedaba de Ernie: la cabeza, los brazos, las piernas y el corazón. Los genitales habían desaparecido. Podía ser que los hubieran echado al canal y que hubieran pasado inadvertidamente frente a los dos trabajadores, pero nadie lo creía así. Tanto Richie Washington como Abdul. Y habían sido troceados y se habían recuperado sus miembros y sus cabezas, pero los genitales todavía no habían aparecido. La teoría imperante era que el asesino se los había llevado consigo. Nadie sabía por qué habría hecho algo semejante, pero la venta de criadillas en los restaurantes había caído en picado hasta llegar a ser prácticamente inexistente.

—Ustedes dos tendrán que venir conmigo a la comisaría —señaló el teniente Hallot.

—No os preocupéis, muchachos —dijo Bleek con voz densa y pastosa como la miel—. Veré de conseguir un abogado y me haré cargo de la fianza. Yo sé velar por mis hombres.

Dicho esto, rodeó a cada uno con un brazo para demostrar que no se dejaba llevar por favoritismos.

—No están bajo arresto —anunció Hallot—. Sólo quiero que presten declaración.

—Tomaros el resto del día libre cuando hayan acabado con vosotros —dijo Bleek—. ¡Dios mío! Pero ¿qué clase de monstruo anda suelto por aquí abajo? ¿Qué razón tendrá para atacar a los trabajadores de las cloacas? El mes pasado Richie, y Abdul el anterior. ¿Qué tiene contra vosotros? Nosotros, quiero decir. ¿No será una conspiración destinada a obstruir las cloacas y contaminar la ciudad?

Bleek parecía tan trastornado como lo estaba Red. Era un hombre corpulento que le sacaba a este último casi una cabeza tanto en altura como en anchura, y era prácticamente tan feo como él. Cada mañana su espejo se llevaba un buen susto, pero aquello no parecía preocuparle ni muchos menos de lo que le preocupaba a Red. Estaba casado con una inmigrante china que había llegado de Taiwan y a quien no le afectaba el aspecto de su marido porque, para ella, todos los caucásicos eran iguales.

—¡Vamos, ánimate, compadre! —dijo Bleek, agarrando a Red por los hombros.

—¡No te achantes, colega! —le dijo Ringo con una sonrisa burlona mientras se alejaban—. A ese hijo de puta de la voz pastosa le gustas tanto porque comparado con él, tú eres un trasero de jabalí y él uno de pavo real.

Red no decía nada. En aquel momento, tuvieron que hacerse a un lado para dejar paso a los camilleros que retiraban a Enrié, cubierto por una sábana. La sangre manaba de la camilla como si estuviera buscando un nuevo hogar.

—Creo que voy a dejar este trabajo —anunció Ringo—. ¡Diablos, ni siquiera nos pagan el plus de combate!

Durante las dos horas siguientes, Red habló poco más que para responder a las preguntas que le formularon los detectives. Era evidente que para ellos Ringo y Red eran culpables, pero aquello no le preocupaba en lo más mínimo a este último. Según sus ordenanzas todo el mundo era culpable,

incluidos los jueces. Para cuando el interrogatorio acabó, habían llegado al punto de mirarse unos a otros con expresión desconfiada. De todos modos, la encuesta no duró mucho; los rostros purpúreos de los polis adquirieron rápidamente un tono verdoso y no tardaron en salir de uno en uno con andares vacilantes. Red acabó por deducir que se debía a que él y Ringo se habían traído consigo buena parte de los aromas de la cloaca.

Aún así, aquello le extrañó. La atmósfera moral del lugar no parecía afectarles y lo cierto era que, en su mayoría, daban la impresión de engordar con ella. Entonces recordó a las ratas de la cloaca y lo gordas que estaban.

Aún no había oscurecido cuando salieron de allí. La luz era la que habitualmente iluminaba la ciudad del Golden Gate durante los días despejados. Tenía la aspereza de la realidad pero daba una apariencia irreal a edificios y personas, como si la ciudad esmeralda de Oz hubiera sido encalada por un aprendiz o por los amigos de Tom Sawyer.

Ringo encendió un cigarrillo. Era bajo y redondo de formas. Sumada a la negrura y brillantez de su piel, aquella redondez le daba aspecto de ser una bomba anarquista a punto de explotar. El cigarrillo hacía las veces de mecha.

—Vamos a comer algo —dijo.

—¡Santo Dios! ¿Después de haber visto como estaba Ernie? —exclamó Red.

Este no tenía ganas más que de ir a su habitación. A pesar de ser como no ir a ningún sitio, era mejor en aquel momento que cualquier otro lugar. Sin quitarse las botas ni el mono, pensaba meterse en la ducha para lavar un poco la ropa y después se la quitaría para ducharse él. Luego, con una lata de cerveza en la mano, metería la ropa húmeda en el horno para secarla, dejando la puerta abierta y graduando el horno al mínimo de calor. Su cuarto de baño y su única habitación se impregnarían de olor a limpio. Sería como si un sacerdote le diera la absolución después de una larga y ardua confesión, una confesión en la que el arrepentimiento no jugaba ningún papel, de todos modos. Sabía perfectamente que tenía intención de volver a pecar, de bajar a las cloacas al día siguiente. El lodazal del desánimo, pensó. El desaliento era un pecado pero en los túneles, su peculiar olor quedaba disimulado por todos los demás. Por otra parte, y puesto que tenía que tragarse la mierda de todo el mundo, el andar por aquí arriba le abatía aún más. Cierto que también se la tragaba en la cloaca, pero allí lo hacía de forma impersonal.

Más tarde, se dedicaría a pasear desnudo por la habitación, pero evitando mirar al espejo cada vez que pasara frente a él, y si en alguna ocasión se le olvidaba, le dedicaría un buen corte de mangas. El espejo siempre se lo devolvía, pero nunca lograba adelantársele. Lo intentaba, pero Red era el más rápido de todo el Oeste en aquella especialidad.

Para cuando encendiera el viejo televisor, oiría que llamaban a la puerta. La vieja señora Nilssen, su patrona, alegraría gritando con su voz septuagenaria que quería hablar con él. En realidad, era una borracha que venía con intención de echar un trago y que al poco rato querría llevárselo a la cama. La señora Nilssen, pobre alma solitaria, estaba desesperada. Imaginaba que con lo feo que era, Red se sentiría agradecido de tenerla incluso a ella, y en un par de ocasiones poco faltó para que tuviera razón. Pero él, que a duras penas lograba soportar su propia desesperación, no tenía intención alguna de cargar también con la de ella.

Después de que él le gritara unas cuantas veces que lo dejara en paz ella se iría, y entonces él se sentaría frente al escritorio que había comprado en el Goodwill y, con otra cerveza a mano, se pondría a escribir poesía. Miraría por la ventana del quinto piso en que vivía y vería otras ventanas mirándole a él. Más allá de aquellas ventanas estaban la bahía y el puente que Jack London, Ambrose Bierce, Mark Twain y George Sterling habían cruzado en otros tiempos. Sabía que su construcción se

había emprendido en época posterior a la de estos, pero le gustaba imaginarse a aquellos personajes cruzando el puente en coche de caballos. Además, si el puente hubiera existido en su tiempo, ellos lo habrían cruzado.

Pero él tenía un puente propio que cruzar: acabar el poema titulado *La Reina de la Oscuridad*. Había comenzado a escribirlo veinte años atrás, cuando contaba veinticinco, anotando sus versos en periódicos amarillentos, sobres, bolsas de comestibles y, en una ocasión, sobre el polvo de su escritorio. El polvo le había inspirado, había iluminado los mejores versos que había escrito nunca. Se excitó tanto que salió a la calle y se emborrachó, y cuando al día siguiente volvió del trabajo, corrió al escritorio para leerlos porque no podía recordarlos. Ya no estaban. Sí; por primera y última vez, la señora Nilssen había hecho la limpieza de la habitación; una excusa para buscar la botella que según ella escondía Red. De todo el mundo sospechaba lo mismo.

Nunca logró reconstruir los versos y, por tanto, perdió la oportunidad de convertirse en un destacado poeta. Aquellas líneas le hubieran lanzado; a partir de aquel momento no habría escrito nada que quedara por debajo de *Excelsior*... o así le gustaba creerlo, al menos.

Ahora, tras haber escrito un par de millones de versos, Red tenía que admitir que no tenía talla ni para jugar en las divisiones más bajas de la poesía. Su producción apestaba, igual que la cloaca. En realidad, y aunque al principio constituyera su fuente de inspiración, era la cloaca lo que había arruinado su poesía. Pero escribiría algo tan bueno como «La Ciudad de la Noche Tenebrosa» de Thompson, puede que mejor incluso, o tal vez algo que pudiera equipararse a «La Belle Dame sans Merci» de Keats, y entonces, feo o no, recibiría invitaciones para leer sus poemas en salones y universidades, y las mujeres se volvieran locas por él. Pero no, su llama se había extinguido entre la oscuridad, la humedad y el hedor. Aquella blanca, hermosa y velada figura, la musa que había imaginado acercándose a él y alejándose después para atraerle hacia los túneles más distantes y mostrarle allí el amor y la muerte, había muerto. Como un miembro del Ku Klux Klan en una reunión de los Musulmanes Negros.

No obstante, en ocasiones aún creía percibir un débil fulgor en aquel apartado recodo que formaba el oscuro canal.

—¿Se puede saber en qué diablos estás pensando? —le preguntó Ringo.

—Ahora no puedo comer nada. Vamos a beber algo primero.

Naturalmente, Ringo no tenía nada que objetar, y caminando entre la gente, que les hacía más sitio del que necesitaban para pasar, se dirigieron hacia el Tangleffot Tango Tavern. A aquella hora, la mitad de la clientela estaba constituida por borrachos y vendedores de droga, y la otra mitad, sin contar a un predicador borracho de la Iglesia Neosufí que había en la misma calle, eran soplones de la policía. El reverendo Hadji Fawkes les saludó cuando entraron.

—¿Me pregunto si habrá un Dios en las cloacas que camine entre el hedor y la humedad?

—Lo hubo hasta el martes pasado —repuso Ringo, empujando a Red para que pasara de largo.

Pero Red quería hablar con el reverendo; resultaba interesante una religión cuyo Camino era la intoxicación. Seguramente, los otros clientes debieron pensar lo mismo cuando el reverendo les invitó a beber. Pero Ringo no estaba dispuesto a abrazar ninguna fe que predicara un hombre blanco, ya fuera con bebida o sin ella.

Se sentaron junto a la máquina de discos; en aquel momento sonaban los acordes de «Muéstrame el camino para volver a casa», uno de los himnos que se cantaban en la iglesia. Pidieron una jarra de cerveza para cada uno y un par de hamburguesas para Ringo.

—Sin demasiado *ketchup* —dijo Ringo a la camarera al ver la expresión de Red.

—¿Qué tal va la poesía? —preguntó después, aunque lo cierto era que no podía interesarle menos.

—Estoy por abandonarla y escribir un libro sobre los mitos y leyendas del alcantarillado de la ciudad del Golden Gate.

—¡Vamos, hombre! ¿No irás a decirme que te has creído alguno de esos cuentos?

—¿Como el del Fantasma de las Cloacas? ¿Por qué no? Podría tratarse de algún borracho a quien le hubiera dado por imitar a Lon Chaney. Hay muchos sitios donde esconderse y, de todos modos, no tendría por qué estar siempre merodeando por los túneles. A lo mejor pasa parte del tiempo aquí arriba; incluso puede que ahora mismo esté aquí, en este bar, bebiendo y riéndose de nosotros.

—¿Crees que podría ser uno de esos? ¡Qué va! —repuso Ringo tras haber dirigido una rápida mirada hacia la clientela.

—¿Qué daño ha hecho ese fantasma, aparte de asustar a alguien con una túnica negra y una máscara en forma de calavera? No creo que esa calavera se deba a que alguien le haya echado ácido en la cara y este se le haya comido la carne. Se parece demasiado a la película, Ringo.

—Yo lo vi en una ocasión —dijo Ringo—. Iba de pie en un bote largo y plano, haciéndolo avanzar con una pértiga. Estaba cerca de uno de los ventiladores y su ropa ondeaba al viento; tenía los ojos grandes y blancos y le faltaba media cara. Era un rostro terrorífico, pero lo que realmente me hizo salir volando de allí fue su pasajero. Parecía un montón de... algo, una masa que latía como un sapo. Tenía un sólo ojo, sin párpado, y me miraba fijamente.

—Me había parecido oír que no creías en esos cuentos —observó Red.

—Lo que digo y lo que creo no siempre coincide.

—Hay mucha gente como tú —afirmó Red—. Por lo que cuentas, parece como si el Fantasma y el Terrible Turdothere se hubieran hecho amigos.

Red sonrió, pero sólo para demostrar que no había hablado en serio. Si Ringo le hubiera tomado en serio nunca más habría vuelto a bajar a la cloaca y allí se habrían acabado su trabajo, su antigüedad, su jubilación y sus recuerdos de la segunda guerra mundial. Y también su satisfacción, porque a Ringo le gustaba su trabajo; dijera lo que dijese, le gustaba.

Cada mochuelo a su olivo.

—No lo sé —dijo Ringo arrastrando la voz—. No he vuelto a ver al Fantasma desde entonces y, por lo que he oído, tampoco ha habido nadie que se haya topado con él. ¿Crees que el Turdothere hipnotizó al Fantasma y se lo llevó a su guardia para comérselo?

Durante un rato se quedaron en silencio, observando las películas de terror que emitían los televisores de sus respectivas mentes: *Drácula le ajusta las cuentas a la Criatura de la Laguna Negra*, *El Golem se encuentra con la Espiroqueta Gigante*, *Abbott y Costello contra la hija de Mr. Hyde* y *la Mujer Hiena*. Cuando los monstruos se cansaban de comer gente, se comían entre ellos.

Concluida de una vez la monserga religiosa, la máquina de discos aullaba como banda sonora una melodía *country*: «La hija del granjero fue quien anoche dos acres me dio». Un viejo, que afirmaba a gritos ser el heredero perdido de la fortuna Rockefeller, era arrojado por la puerta trasera al callejón. Otro viejo escupía sangre bajo una mesa mientras sus compinches apostaban tragos, de su botella, a favor o en contra de que pudiera volver a beber.

Según decía el mito del Turdothere, no había sido un científico loco quien había creado a la criatura. Podría haberlo sido en épocas pasadas, pero la gente ya no creía en científicos locos; la fe en su existencia se había desvanecido. Estaban tan extinguidos como Zeus, Odín y hasta puede que el mismo Dios.

La nueva amenaza estaba constituida por el escritor loco de programas de televisión. Su nombre era Victor Scheissmiller, un hombre que había existido realmente. Todo el mundo había visto su fotografía y había leído sobre él en periódicos y revistas. No era un personaje inventado, y también era cierto que se había vuelto loco, que su mente había perdido el rumbo como el avión de «Camino Equivocado» Corrigan.

Tras dieciocho años de escribir guiones para concursos, programas infantiles, películas del Oeste, películas de policías y ladrones, series de ciencia ficción y melodramas baratos, había hecho estallar el tubo de rayos catódicos de su televisor mental. No tenía garantía y tampoco intentó cambiar el viejo por uno nuevo. Un día desapareció, y lo último que se le vio hacer fue bajar por una boca de acceso de la red de alcantarillado. La nota que dejó decía que iba a crear un monstruo, el Turdothere, que después de comerse a todos los trabajadores de las cloacas, saldría a la superficie para devorar a la población entera mientras esta, hipnotizada, contemplaba la televisión.

Los habitantes de la superficie creyeron que se trataba de una broma. Incluso los trabajadores de las cloacas se reían de ello cuando estaban arriba, pero cuando recorrían los túneles no dejaban de mirar por encima del hombro.

Nadie había visto a Victor Scheissmiller en las cloacas, pero sí hubo quien vio la jadeante y

apestosa masa del Turdothere con su único ojo de cristal; el de Scheissmiller, decían algunos. Entre los trabajadores de las cloacas se decía que había sido el Turdothere quien había matado a sus compañeros y les había cortado la cabeza, los brazos y las piernas. Pero quienes lo habían visto afirmaban que no tenía dientes. Tal vez lanzaba un tentáculo de excremento y atenazándoles la garganta con él, asfixiaba a sus víctimas para después envolverlas con su masa y disolverlas entre sus jugos.

¿Cómo lograba mantenerse vivo cuando sólo unas pocas personas habían desaparecido en las cloacas? Muy fácil; comía ratas. Y probablemente también era caníbal; comía mierda.

Naturalmente, crecía al alimentarse, y dado que aquella comida no se acababa nunca, podía acabar convirtiéndose en un coloso siempre que no se declarase una huelga de fontaneros. Sin embargo, se creía que la estructura principal de su cuerpo estaba compuesta por una especie de esqueleto, armado por Scheissmiller mediante huesos viejos. Tenía nervios de hilo y de cuerda de tripa, un condón que se dilataba y se contraía como un corazón y bombeaba moscatel de una botella a modo de sangre, una jarra de flujo vaginal que hacía las veces de hígado, colillas de puro incrustadas en el cuerpo que hacían correr el oxígeno a través, y así sucesivamente.

Según otros, aquello no era correcto. La criatura no era más que una masa de mierda viviente de ochenta kilos de peso, sin huesos ni botellas, que fluía y cambiaba de forma como *El bacilo gigante que deseaba a Raquel Welch* (retitulada más tarde *Yo sodomice a El Cuerpo*).

No obstante, todo el mundo coincidía en que tenía un ojo de cristal que utilizaba para localizar a sus víctimas.

—Principalmente, está hecho de esperanzas perdidas —sentenció Red.

—¿Qué? —preguntó Ringo.

—¡Maldita sea! —exclamó Red—. ¡Mira quién está aquí!

Ringo saltó de su asiento dando un grito, volcó la jarra de cerveza, y rodeó la mesa gritando:

—¡No! ¡No puede ser!

—¿No te lo crees? —dijo Red—. No, Ringo, no es el Turdothere, Es el inspector Bleek.

—¿Qué está haciendo aquí? —preguntó Ringo, mientras volvía a sentarse e intentaba disimular el temblor de sus manos asiendo la jarra de Red y tratando de servirse un poco de cerveza sin conseguirlo.

Bleek cogió una silla y se inclinó hacia adelante, acercando su cara a la de Red tanto como pudo.

—Los polis me acaban de comunicar el informe del forense —dijo—. Ernie fue violado, igual que los otros dos.

Ringo pidió dos jarras más. Red se quedó callado durante unos instantes.

—¿Los violaron antes o después de matarlos? —preguntó finalmente.

—Antes —respondió Bleek.

—¡Es el colmo! —exclamó Ringo—. Yo renuncio. Si tengo que morir troceado a manos de un perverso sexual, que sea a la luz del día.

—¿Con toda la seguridad que tenéis? —dijo Bleek—. Temía que estuvierais pensando en renunciar, por eso he venido. Calma, amigos. Mañana, la policía dará una batida masiva por toda la red de alcantarillado. Necesitan guías, de modo que podríais echar una mano, si queréis.

Rodeó con un brazo los hombros de Red.

—El Departamento de Obras Públicas cuenta con que todos sus hombres cumplan con su deber.

Además, habrá un equipo de enviados especiales de la televisión. Podríaís salir en la tele.

¿Quién se resistiría ante semejante panorama?

La caza duró cuatro días y resultó ser tal como Red McCune esperaba que fuera. Las linternas centelleaban, los hombres gritaban y los sabuesos aullaban. La oscuridad volvía a caer en cuanto las luces habían pasado, los hombres enronquecían y los sabuesos no olían más que gas de la cloaca. Además, los perros no sabían lo que estaban buscando. Nadie tenía un guante del Fantasma para dárselo a oler o una cagarruta de un ser que era todo cagarrutas. El Asesino de la Cloaca, tal como lo llamaban los periódicos y la televisión, se había ido de vacaciones. Quienquiera que fuese, hombre o montón de mierda, no era idiota.

—¿Lo ves? —dijo Red a Ringo.

—Tiene muchos lugares donde esconderse; salidas secretas, nichos, viejos túneles que han sido tapiados y otros recovecos —repuso Ringo—. Y de todos modos, ¿quién sabe si no se ha escondido bajo el agua? El Fantasma de la Opera caminaba bajo el agua y respiraba por un tubo.

Lo que sí encontraron fue un pequinés torturado hasta morir y tres fetos humanos que parecían marcianos después de un aterrizaje forzoso. Lo habitual.

También encontraron ratas, o tal vez habría que decirlo al revés, y entonces fue cuando los cazadores comenzaron a pasarlo bien. Tras haber deambulado durante kilómetros por aquellos húmedos y hediondos lugares, cansados, medio mareados, aburridos y de un humor como para matar, al menos tenían algo que matar.

Las ratas llevaban horas huyendo a medida que los hombres avanzaban y en ese momento las había a granel, unos cuatrocientos colonos de pelaje gris acorralados por los indios. En su mayoría, las ratas se habían echado al agua durante la huida y ahora parecían bayetas mojadas. Los haces de luz hacían brillar sus ojos, rojos como semáforos diminutos. ALTO, advertían, y efectivamente, los hombres se detuvieron durante un minuto para observar a aquella masa inquieta y chillona. El haz de una linterna iluminó por un instante una sombra que brincó desde un saliente, en el rincón más apartado de la gran cámara. Era tres veces mayor que las demás y su único ojo parecía brillar con luz propia. No era gris, sino blanca por arriba y negra por abajo.

—Debe ser el jefe de la horda —dijo uno de los polis—. ¡Dios Santo, me alegro de que no todas sean tan grandes! Allí comenzaron los disparos y estacazos. Las detonaciones de los treinta y ocho, cuarenta y cinco y escopetas dejaron sordo a todo el mundo en pocos segundos. Las ratas saltaban por los aires como si fueran pequeñas minas. En lugar de escapar a través de la barrera de humanos, la mayoría corrían de un lado a otro. Habían oído decir que una rata acorralada siempre planta cara y lo creían, aunque las más escépticas trataban de huir escabulléndose entre sus enemigos y mordiendo manos y piernas. La mayoría de estas caían golpeadas por cachiporras o linternas, pero unas pocas lograron pasar.

Ringo se unió a los demás blandiendo uno de los sables de samurái de su colección.

—*¡Banzai!* —gritó, y cuando una rata se le vino encima de un salto y él logró cortarle la cabeza al vuelo, exclamó—: ¡Ajá!

Más allá de donde se hallaba Ringo, el inspector Bleek, con una amplia sonrisa que daba a su

rostro el aspecto de una máscara, disparaba su seis tiros contra la horda. Era una reliquia heredada de su abuelo, que había conquistado el Oeste con ella. Tenía un cañón lo bastante largo y ancho como para hacer feliz a un proctólogo de elefantes y disparaba balas de calibre 44 que abatían a las ratas como si fueran los indios del abuelo.

En la otra mano llevaba un gran cuchillo de caza. Red se preguntó si tendría intenciones de cortar alguna cabellera cuando la última rata hubiera caído. Red se había agachado junto a una de las paredes. Las ratas no le asustaban, pero tampoco disfrutaba matándolas. Se había quedado más atrás porque sabía que las balas comenzarían a rebotar. Efectivamente; uno de los hombres dio un grito, como en las películas del Oeste, y otro le imitó al poco rato, y entonces un poli gritó que las ratas habían comenzado a disparar. Más tarde se supo que una bala le había rozado la frente y ante el estupor que aquello le causó, creyó sin lugar a dudas que las ratas se habían apoderado de algunas armas.

Los hombres siguieron disparando, pero a partir de aquel momento lo hicieron agachados. De todos modos, cuando al poco rato uno de ellos recibió un balazo en la pierna, acabaron por entrar en razón. El fragor de las detonaciones se apagó como el de las palomitas de maíz al enfriarse, los ecos se perdieron en la lejanía, y no se oyó más que el rumor de las aguas que corrían a sus espaldas y los distantes ladridos de los sabuesos. Su dueño no estaba dispuesto a arriesgar tan valiosa propiedad con algo tan indigno como las ratas.

Durante un minuto, la sangre corrió por el pavimento inclinado que descendía hacia el canal y luego se detuvo, como un pozo de petróleo que se hubiera secado. A casa, muchachos, se acabaron los dinosaurios.

La única superviviente era una rata vieja y grande, el Custer del 7.º de Caballería Subterránea, que encaramándose y resbalando entre los montones de cuerpos muertos, se dirigía hacia el canal arrastrando lo que quedaba de sus patas traseras.

—Seguro que tiene los ojos achinados —dijo Ringo, saltando hacia adelante y cortándole la cabeza al tiempo que gritaba—: ¡*Banzai!*

—¡Maldita sea! —exclamó Bleek—. ¡Podías habérmela dejado a mí!

—No he podido evitarlo —dijo Ringo—. Siempre he admirado a los que los tienen bien puestos. Se merecía una muerte honorable.

—Estás loco —dijo Bleek. Miró a su alrededor blandiendo el cuchillo como si fuera una batuta y la orquesta se hubiera declarado en huelga.

—¡Eh! —exclamó uno de los polis—. ¡Miren eso!

En el rincón había una masa de cuerpos y trozos de cuerpos que habían sido arrastrados hasta la pared y amontonados allí por un torrente de balas. Cada uno parecía haber sido rematado tres veces por lo menos. Pero la superficie del montón comenzó a agitarse y, de pronto, la rata gigante que apenas había vislumbrado al principio de la matanza surgió de su interior. Sólo que no era una rata; era un gato cuyo único ojo llameaba como un tubo de escape de un coche de carreras y que, bufando, arqueó el lomo como si estuviera a punto de echárseles encima. A pesar de las manchas de sangre que le listaban el cuerpo de rojo, aún se apreciaba su color original: blanco por arriba y negro por abajo.

—¡Pero si es el viejo Media Luna! —exclamó Red.

—¿Quién diablos es Media Luna? —preguntó Bleek.

Red omitió que el gato fuera una auténtica leyenda viviente de las cloacas.

—Lleva rondando por aquí por lo menos un par de años. La primera vez que lo vi no era más que un viejo gato callejero, pero las ratas son un buen alimento y a base de comérselas se ha hecho cada vez más grande. ¡Mírenlo! ¡Ha sobrevivido a cien peleas allá arriba y a unas doscientas aquí abajo! Le falta un ojo y tiene las orejas cosidas a mordiscos, pero es el terror de las ratas. Le he visto enfrentarse a diez al mismo tiempo y acabar con todas ellas.

—¿Sí? —dijo Bleek. Dio unos cuantos pasos en dirección a Media Luna, y el animal se agazapó como para saltar sobre él. Bleek levantó el cuchillo, pero contuvo el gesto.

—Yo creo que se ha hecho amigo de las ratas y se ha convertido en su jefe —observó—. Al fin y al cabo, somos lo que comemos, y él no come más que ratas, por lo tanto debe ser medio rata.

—También somos lo que respiramos —señaló Red—. Esto nos convierte a los trabajadores de las cloacas en mitad hombre y mitad excrementos.

—Este tipo está loco —murmuró Ringo.

—Se habrá visto venir encima a toda esa horda de ratas —dijo Red—, y habrá echado a correr delante de ellas. Ni siquiera él sería capaz de hacer retroceder a tantas.

—Yo no quiero que ande por aquí —declaró Bleek—. Cualquiera día me toparé con él y me saltará a la cara.

Caminando de medio lado, se acercó lentamente al gato, que otra vez parecía estar a punto de hacer erupción. Un Vesubio del que Bleek era la Pompeya.

—Se muestra totalmente indiferente hacia nosotros —dijo Red—. Nos hemos cruzado una docena de veces y nos limitamos a saludarnos con un gesto de la cabeza y a seguir cada uno nuestro camino. Es un animal muy útil; mata más ratas él sólo que una docena de desratizadores, y además no reclama las horas extra.

—También podemos arrestarle —opinó uno de los polis.

Red creyó ver que echaba mano a las esposas, pero decidió que había sido producto de su imaginación.

—Déjenlo en paz —dijo Red.

—¡Soy tu jefe!

—Si lo matas, me despido.

Bleek frunció el ceño y, tras unos instantes de indecisión, enfundó el cuchillo. Entonces, como si en su interior hubiera un hombrecillo dando vueltas a una manivela que alzara las comisuras de los labios, su rostro fue iluminándose lentamente con una sonrisa. Finalmente encastada en plástico su expresión, Bleek rodeó los hombros de Red con el brazo.

—Tienes debilidad por ese gato ¿verdad?

—Somos iguales; es tan feo como yo y también se siente mejor aquí abajo, en la obscuridad.

Bleek rió y estrechó un poco más a su subordinado.

—¿Quién dice que eres feo? ¡Eres hermoso!

—Tengo espejo.

Bleek volvió a reír y, soltándole los hombros a Red, le palmeó en el trasero. El gato pasó como una flecha junto a ellos y se alejó con un trotecillo alegre, como si le hubieran dicho que no volvería a verlos. Ya tenía bastante de ratas por algún tiempo.

El Departamento de Obras Públicas ordenó que ningún trabajador de las cloacas se quedara solo mientras estuviera trabajando. Siempre debía tener a un compañero a la vista. Si no religiosamente, Red y Ringo observaron la regla devotamente, al menos. Pero transcurridas dos semanas, comenzaron a quedarse solos en alguna que otra ocasión. A diferencia de lo que ocurre con la ropa vieja, no se desprende uno con tanta facilidad de los viejos hábitos. No obstante, tan pronto como uno notaba que el otro se había adelantado a doblar un recodo o había quedado atrás, comenzaba a llamarlo y no callaba hasta verlo de nuevo. Durante aquella temporada, Red tenía pesadillas en las que siempre soñaba con las ratas. Las veía llegar de todas partes y, cuando se daba cuenta de que no podía escapar, observaba que comenzaban a avanzar hacia él. A los pocos instantes, notaba que una le subía por la pierna, se detenía justo debajo de sus nalgas, y comenzaba a olisquear. Entonces, sabiendo lo que la rata iba a hacer, él tensaba las nalgas pero sin lograr impedir que aquellos agudos dientes royeran y royeran.

Siempre se despertaba en aquel momento y, a pesar de que las ratas ya no estaban, el terror tardaba en derretirse, como un supositorio que acabara de salir de la nevera.

—Mordisquitos, mordisquitos —le decía a Bleek—. No hay por qué morir de grandes dentelladas.

—Ni tampoco de sueños.

—Los sueños han matado a mucha más gente que los automóviles. Napoleón y Hitler fueron grandes soñadores. Piénsalo por un momento y verás que fueron los soñadores quienes inventaron los automóviles.

—¿Y quién inventó los sueños? —preguntó Bleek.

Aquello sorprendió a Red de tal manera que olvidó lo que iba a decir después. Bleek parecía un tipo despreocupado, lo bastante listo como para hacer su trabajo pero sin posibilidades de negociar en el mercado del intelecto, y sin embargo, de vez en cuando, saltaba con un comentario de esta clase. Había unas pocas truchas entre sus carpas mentales.

Bleek miró su reloj.

—Sí, ya sé. Tenemos que ir yendo.

Ringo había comenzado a bajar por la boca de acceso. Mientras esperaba, Red miró a su alrededor. El cielo estaba, o parecía estar, del azul más oscuro que había visto nunca. Los altos edificios parecían montañas alineadas a lo largo de la calle, manteniéndola en sombría expectación. No obstante, la boca de acceso quedaba iluminada por un rayo de sol que entraba entre dos edificios, como indios a través de un desfiladero, pensó Red, o como la Horda Dorada invadiendo el país de las sombras. La pátina de irrealidad que la luz del sol extendía sobre la ciudad del Golden Gate era más espesa que nunca. Las sombras luchaban contra ella, batallando para defender su baluarte de realidad, pero se estaban retirando.

Bleek estaba junto a él y evidentemente estaba tratando de encontrar algo que decir antes de meterse en el coche e irse. Un coche pasó junto a ellos con una pareja en su interior y la chica, una

criatura adorable, señaló a Red y le dijo algo al conductor, un tipo atractivo. Él dirigió una rápida mirada hacia Red y luego hacia Bleek, y sus labios formaron las palabras «¡Oh, Dios mío!».

«Fealdad por partida doble», se leyó en los de la chica.

Red les hizo un corte de mangas. La chica, con la cabeza vuelta hacia atrás, se quedó un poco parada al principio, pero luego se echó a reír y se volvió hacia el muchacho para decirle algo. Red creyó durante unos instantes que el chico haría marcha atrás y saldría del coche buscando guerra, pero tras haber reducido un poco la velocidad, el automóvil aceleró de nuevo y a ellos se les vio echar la cabeza hacia atrás como si estuvieran riendo.

Red se alzó de hombros. Había visto muchas veces aquella reacción. La gente siempre se impresionaba al descubrir la conspiración que sus genes habían llevado a cabo para descomponer un rostro humano, pero después se reían.

Comenzó a descender por la escalerilla de la boca de acceso.

—¿Cómo va tu poema? —inquirió Bleek.

Red se preguntó a qué vendría aquello.

—He abandonado a *La Reina de la Oscuridad*. No, no es cierto. Ella me ha abandonado a mí. De todas formas, nunca me tomó en serio ni tuvo otra intención que coquetear. No pensaba besarme, como hace con los verdaderos poetas.

—¿Sabes que eres un poco raro? —dijo Bleek—. Claro que tengo bastantes tipos raros entre mis muchachos. Parece ser que esto de trabajar en las cloacas les atrae, pero, naturalmente, estamos en California. ¿Así que no vas a seguir escribiendo poesía?

—Se acabó —dijo Red—. Durante los últimos dos años no he deseado más que escribir cuatro versos perfectos. Al diablo con la épica, sobre todo con la épica sobre las cloacas. Todo lo que quería era escribir cuatro versos que me hicieran pasar a la posteridad, y también me habría conformado con dos. Dos versos que brillaran a los ojos del mundo para que no pudiera ver la cara del hombre que había tras ellos. No era pedir mucho, pero fue demasiado. Ella se ha despedido de mí para siempre, ya no viene a visitarme en sueños. Ahora sólo vienen las ratas.

Bleek parecía apesadumbrado, aunque muchas veces parecía estarlo. Los planos de su cara se disponían de tal forma que formaban un mapa de aflicción.

—¿Quieres decir que has llegado al final del camino?

—Como poeta, sí. Y aunque malo, como soy medio poeta, no sobrevivirá más que medio hombre.

Bleek parecía no saber qué decir.

—Hasta luego —dijo Red, y descendió por la escalerilla.

Ringo y él cogieron sus herramientas y sus fiambreras y se encaminaron hacia su trabajo. Algo había obstruido la corriente más adelante de donde ellos estaban; tenían que encontrarlo y sacarlo de allí.

Atravesaron zonas permanentemente iluminadas y luego trechos oscuros donde la única luz era la de las linternas de sus cascos. Como un tablero de ajedrez donde sólo jugaban los peones.

Sus linternas enfocaron un montón formado por algo indeterminable. La masa era como un dique que sobresalía por lo menos treinta centímetros por encima del agua.

Ringo, que se había adelantado a Red, se detuvo y miró hacia aquel extraño montón. Red

comenzó a decir algo, y entonces Ringo gritó.

La masa había cobrado vida. Estaba saliendo fuera del agua, y dos pseudópodos habían rodeado los pies y la cintura de Ringo.

Red estaba paralizado. El túnel se había convertido en un cañón por cuyo interior una bala de irrealidad lo arrollaba todo a su paso.

Ringo forcejeó con los tentáculos, logrando arrancar varios trozos de una materia blanda y de color marrón que al caer sobre el cemento de la pasarela dejaron ver unos huesos unidos entre sí por alambres, pero de la masa surgieron otros pseudópodos que le asieron por las piernas y la garganta. Los nuevos pseudópodos se extendieron y envolvieron a Ringo mientras Red contemplaba la escena horrorizado. Su linterna iluminó la boca abierta de su compañero, los dientes blancos, el blanco de los ojos, y se reflejó en aquel prominente y único ojo que se veía en el extremo de una protuberancia, alzándose junto a Ringo.

De pronto, la mandíbula de Ringo cayó y sus ojos se tornaron vidriosos, como el del monstruo. Tanto podía haberse desmayado como haber sufrido un ataque al corazón. Fuera como fuese, había caído sobre la masa, a poca distancia del ojo, y se estaba hundiendo de cara en ella.

Red quiso huir, pero no podía dejar que aquella nauseabunda criatura arrastrase a Ringo. De repente, como si en su interior hubieran accionado un interruptor de un manotazo, saltó hacia adelante. Desde el borde de la pasarela, se agachó y agarró el tobillo izquierdo de Ringo. Un tentáculo blando, viscoso, hediondo, se alzó por encima del borde de la pasarela y se enroscó alrededor de su pierna. Gritó pero no soltó el tobillo de Ringo, al que lentamente lograba atraer hacia sí. Red sabía que si se aferraba a él, probablemente conseguiría sacarle. Pero tenía que darse prisa porque si no estaba muerto ya, no tardaría en asfixiarse.

Antes de que pudiera soltar el tobillo y huir ya estaba metido hasta la cintura en la masa que, extendiéndose sobre la pasarela, le había envuelto y lo estaba succionando hacia su interior.

Frente a su cara, en el extremo de la protuberancia que lo sostenía, el ojo se balanceaba adelante y atrás.

Sin dejar de gritar, Red se quitó el casco y comenzó a golpearlo hasta que logró arrancárselo, pero en aquel momento se quedó a oscuras. El casco le había sido arrebatado de las manos y se estaba hundiendo en aquel vasto cuerpo.

Se olvidó de Ringo. Comenzó a forcejear y patear y de pronto se vio libre. Sollozando, se arrastró hasta la pared. Estaba totalmente desorientado, pero esperaba estar avanzando en la dirección que había escogido. Aquella criatura no podría avanzar contra corriente, puesto que al encaramar parte de su cuerpo a la pasarela, había dejado paso a las aguas que ahora bajaban con la fuerza suficiente como para no permitirle avanzar con rapidez.

Además, había perdido el ojo; estaba tan ciega como él. ¿Oía? ¿Olfateaba?

«A lo mejor me he vuelto loco», se dijo Red. «Esa criatura no puede existir. Debo estar delirando, debo haberla imaginado. Tal vez estoy en una celda, sujeto con una camisa de fuerza. Espero que puedan darme algo, una droga milagrosa o un tratamiento de shock, para salir de esta pesadilla. ¿Y si estoy encerrado en ella para siempre?».

Oyó un grito tras de sí, una voz humana. Dejó de gatear y se dio vuelta. El haz de una linterna

brillaba a unos cincuenta metros de él. No lograba ver a la figura que llevaba el casco, pero debía medir como mínimo un metro noventa de altura. ¿Alguien que conocía?

El haz bailoteó a su alrededor, le iluminó una vez y luego enfocó arriba y abajo de la corriente. Aunque seguía siendo más alto que lo habitual, el nivel del agua había descendido. La criatura, con Ringo en su interior, había desaparecido.

El haz dejó de enfocar al canal y jugueteó sobre la pasarela a medida que el hombre avanzaba hacia él. Red se sentó y se apoyó en la pared, incapaz de oír los pasos que se acercaban debido a su agitada respiración y a los atronadores latidos que resonaban en sus tímpanos. El hombre se detuvo frente a él, enfocándole a los ojos para que no pudiera verle la cara.

—Oiga —dijo Red.

Algo le golpeó en la cabeza. Se despertó a oscuras y sintiendo un agudo dolor en la cabeza, pero no tenía tiempo de pensar en ello. Le habían quitado la ropa y estaba tendido de espaldas, con los brazos atados bajo su cuerpo y las piernas atadas por los tobillos. Gimió y dijo:

—¿Qué está haciendo? ¿Quién es usted?

Oyó un sonido como de una aspiración repentina.

—Por el amor de Dios —insistió—, suélteme. ¿No sabe lo que ha ocurrido? Ringo ha muerto. Es cierto, Dios me ayude, se lo tragó una criatura que no se la creería, aunque la viera. Debe andar rondando por ahí, esperándonos. Un hombre solo no tiene nada que hacer, pero si vamos juntos tal vez logremos pasar.

Dio un respingo al notar que una mano le tocaba el tobillo, por encima de las cintas que lo sujetaban. Tembló cuando la mano comenzó a subir por su pierna, y volvió a saltar cuando algo frío y duro le tocó la otra pierna por un instante.

—¿Quién es usted? —gritó—. ¿Quién es usted?

No oía más que una pesada respiración. La mano y el cuchillo se habían detenido, pero ahora volvían a deslizarse sobre su carne, subiéndole por el cuerpo.

—¿Quién es usted?

La mano y el cuchillo se detuvieron.

—No me preocupa esa criatura. Somos amigos —dijo una voz densa y pastosa como la miel.

—¿Bleek?

—Ahí arriba soy Bleek. En más de un sentido. Aquí abajo soy el fantasma de la cloaca, cariño.

Red sabía que no servía de nada gritar. Pero gritó.

**FIN**

# Notas

[1] Brass: latón. Gold: oro. Silver: plata. (N. del T.) <<

[2] Aquí el viejo Ramaenrama Bruce montó la cinta al revés. <<

[3] Juego de palabras intraducible entre Demon Kind (Especie Demoníaca), título de la antología, y Demon Kine (Ganado Demoníaco), título del hipotético relato. (N. del T.) <<

[4] El título se basa en un juego de palabras intraducible entre lesser (el menor de) y leaser (el arrendador de), sobre cuyo doble significado se estructura todo el relato. (N. del T.) <<